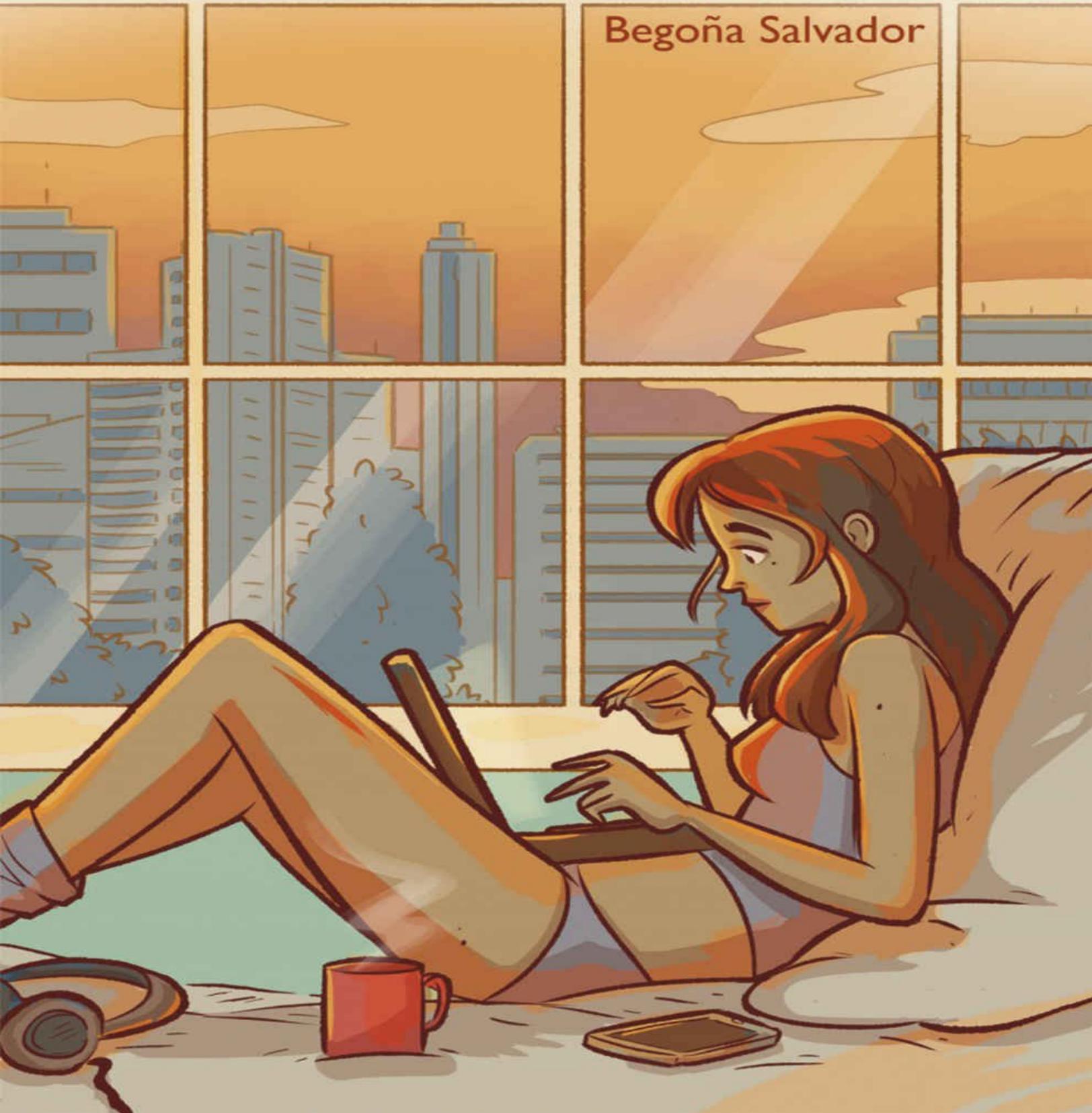


# Con **B** de Beatriz

Begoña Salvador



CON B DE BEATRIZ

BEGOÑA SALVADOR ROS

Para Eva y Paula, porque mi mundo  
es mucho más divertido gracias a vosotras.

# .1. EL CUMPLEAÑOS



Me llamo Beatriz y tengo 35 años. Los cumplí ayer. Dicen que cumplir 40 es un palo, pero a mí los 35 no me han sentado nada bien. Al parecer, me he adelantado a la crisis cuarentona. Llevo meses sintiéndome insatisfecha y triste. Con la sensación de que el tiempo pasa muy deprisa y me estoy perdiendo muchas cosas.

Tengo un trabajo fijo en un banco, con un sueldo que, no es ninguna locura, pero con el que me apaño perfectamente, y un novio que me quiere y me cuida. Pero yo no soy feliz. Con este panorama, no tenía ninguna intención de celebrar mi cumpleaños, pero mis amigas ya habían notado que, últimamente, era el bajón hecho mujer, y quisieron animarme insistiendo en que nos fuésemos de fiesta. Como son tres chicas muy machaconas, y yo no estaba con ánimos para pelear con ellas, dejé que me mangoneasen un poquito, y aquí estamos.

Os pongo en situación. Viernes noche, vestido escotado —también les dejé elegir mi vestuario—, morros pintados y tacones altos.

Traté de ponerme el *Modo diversión activado*, e intenté disfrutar de una noche de fiesta con mis amigas. Después de todo, un cumpleaños siempre debería ser un motivo de celebración.

A mi derecha, mis amigas Marta y Sara. Las fundadoras e integrantes del club: “Solo podemos salir tres veces al año porque tenemos hijos”. Y yo, extrañada y preocupada, porque muy mal me han tenido que ver, para que el día de mi cumpleaños hayan decidido cambiar los potitos y los pañales por esta fiesta loca.

Esta noche me quieren un montón y yo soy lo más importante, me lo acaban de decir.

—Hay que hacer estas cenas por lo menos una vez al mes —comentan alegres.

Cuando lloren los enanos a las 4 de la madrugada y ellas estén recién acostadas con la cabecita dando vueltas por las copitas de más y la falta de costumbre, posiblemente se piensen mejor lo de salir con asiduidad. Seguro. Ya las estoy escuchando: Dos veces al año no está nada mal, para Navidad y verano. O, bien es sabido que: Una vez al año, no hace daño.

Marta es abogada y le cuesta bastante trabajo conciliar la vida laboral con el cuidado de su hija de año y medio. En los juzgados no hay toboganes, ni parque de bolas, y hay que guardar silencio o te acusan de desacato. Los padres de Marta la cuidan todos los días, porque cuando mi amiga se incorporó al trabajo apuntó a la niña a una guardería y lo pillaba todo. Mocos, diarrea, fiebre... Cualquier virus que circulase por clase, ella lo interceptaba y se lo quedaba. Finalmente, la tuvieron que sacar.

Como pasa tanto tiempo con los abuelos, al matrimonio le sabe mal abusar, y dejarla también para pasar tiempo juntos. Yo, de vez en cuando, realizo un acto de altruismo y me quedo con la pequeña Alba, para que Marta y su marido puedan salir y reencontrarse como pareja, además de como padres.

Sara también es mami, desde hace 3 años, de un niño muy guapo que se llama Hugo. En realidad, es madre y padre las dos cosas a la vez. Hace dos años, cuando cumplió 37, decidió que no quería seguir esperando a la pareja perfecta para cumplir su sueño de ser madre y se embarcó en la aventura ella sola, con un par de narices. En el amor no le ha ido muy bien. Yo creo que alguna pareja debe haber tenido, aunque sea un rollito pasajero, pero es bastante discreta y no ha debido de ser muy serio, porque nos conocemos desde hace bastantes años, y no nos ha presentado nunca a nadie.

A mi izquierda Daniela.

Dani es mi mejor amiga. Ella no tiene hijos, y en este momento, tampoco pareja. Es muy guapa, muy alta, muy delgada y muy de todo. Estudió fotografía y le encanta la ropa. Trabajaba en una revista de moda pero la echaron por enrollarse con un modelo bastante habitual de la revista. Los pilló el director en medio de una sesión y la despidió por su comportamiento *poco* profesional. Ahora le toca currar para la BBC, bodas, bautizos y comuniones. Y no está demasiado contenta. Odia a los bebés, a los comulgantes de 9 años y el amor que desprenden los recién casados. Es un poco el *grinch* de los eventos. Pero bueno, va tirando. Y no se queja. Ella le pone al mal tiempo buena cara y mucha sombra de ojos. Antes muerta que sencilla.

Y yo presidiendo la mesa. Yo me quería sentar al lado de Dani pero no me dejaron, iban con intención de que fuese la “protá”. Y de montar jaleo. Eso lo noté enseguida.

—Vaya, vaya, vaya, ¡pero qué camarero más guapo nos ha tocado! ¿No creéis chicas? ¿Cómo te llamas? —Daniela y su sutileza.

El camarero, que se llamaba Mateo, era jovencito y se puso rojo como un tomate. El pobre se hizo un lío con las cartas y se le cayeron al suelo. Dani dice que piropeando caemos mejor y así nos hacen descuento y nos regalan chupitos. Por ahora, con este chaval no estaba funcionando. El jefe lo miraba disgustado y él se apresuró a recogerlo todo, cabizbajo.

—Dani tía, córtate, pobre chico. Se nota que es novato y lo has puesto súper nervioso —le dijo Sara apurada.

—Bea, cariño, sonríe un poquito ¿no? ¿Sabes que celebramos tu cumple? —me preguntó Dani cambiando de tema—. Igual te crees que estamos en un velatorio. Marta va de negro pero no te puede haber llevado a confusión, ¡casi lleva las tetas fuera! ¡No va apropiada para un funeral!

—Oyeee, ¡qué dices! Es el *push up*... —Marta se miró el escote para confirmar que seguía todo en su sitio.

—Bueno, a lo que vamos Bea, que hagas el favor de quitar esa cara de sepia con la que te paseas últimamente —me soltó Daniela.

—¿Cara de sepia? ¿Se puede saber qué significa eso? —Fingí indignación.

—Pues cara de molusco. ¿La sepia es un molusco? No lo sé, pero tienes cara así como de animal muy soso y muy aburrido. Quien dice sepia, dice calamar, o pez globo. No, los peces globo son definitivamente más graciosos que tú.

—Oye Dani, no te pases. Bea está guapísima y se ha animado a salir con nosotras aunque no es lo que más le apetecía hoy. —Sara salió en mi defensa. Siempre lo hacía—. Yo creo que lo que tiene es cara de hambre, que como no callas ni debajo del agua, aún no hemos podido pedir la cena. Por cierto, nuestro amigo Mateo lo único que hace es acercarse y volverse a retirar, porque ve que no hemos mirado ni las cartas. A ver si nos centramos.

Al final, decidimos que lo mejor sería compartir tres pizzas. Ellas tres eligieron, y yo les dejé hacer. Sara, Marta y yo pedimos un vinito tinto de la casa para beber.

—Para mí un *gin-tonic*, por favor. Me encanta la pizza con *gin* —dijo Daniela. Mateo tomó nota y se retiró.

—Eres muy extravagante Dani. Siempre haces unas combinaciones súper raras. Me acuerdo cuando pediste una ensalada con tequila. El camarero te hizo una cara... —Sara imitó la cara de asombro y extrañeza que había hecho el camarero exagerándola un poco, luego fingió que vomitaba y todas la felicitamos por su magnífica representación.

—Es que no quería mezclar. Soy una chica responsable. Y en aquella época solo bebía tequila. De todas formas, qué más dará, si al final de la noche todo se mezcla en el estómago, o en el wáter.

—¡Ay Daniela, por favor! No hace falta que seas tan explícita —le reprendió Marta.

—¡Pero bueno! ¿Será posible? ¡Si no he especificado nada! ¡Martita eres una finolis!

Nos trajeron las pizzas y nos lanzamos a devorarlas con avidez. Mientras comíamos, parloteábamos sin parar. Era una conversación que habría requerido de un árbitro o de un policía. Alguien con un silbato que fuera dando el paso a una, y haciendo callar a las otras. La pobre Sara no estaba al nivel de nuestro griterío y le costaba bastante intervenir y ser escuchada. Yo, a ratos, paraba a las fieras y les decía:

—A ver, que Sara nos quiere contar algo. —Y mi amiga aprovechaba el momento para empezar alguna historia, pero a los pocos minutos volvía a ser interrumpida.

—¡Es que haces las historias muy largas Sara! Cuentas todos los detalles. ¡Qué más dará que los chocolates esos hayan bajado de precio cincuenta céntimos, y que ahora se deshagan en la boca! —le dijo Daniela.

—¡Pues claro que es importante! Si no hubiesen bajado de precio, y no estuviesen tan brutalmente buenísimos, no me los habría comprado durante cuatro semanas seguidas, y no os estaría contando la historia de que me tenéis que regalar unos vaqueros por mi cumple, porque los míos ya no me entran.

—Hombre, visto así tiene lógica —señaló Marta—. Te dejamos continuar, pero tienes solo tres minutos para acabar esta historia. Sintetiza.

Sara aprovechó sus minutos y pasó el turno a la siguiente, seguimos con nuestra conversación hasta que nos terminamos toda la comida y la bebida.

Nos pusimos al día de los trabajos, hablamos de las series que estábamos viendo últimamente, comentamos los últimos cotilleos de la gente que conocíamos, hablamos de política y arreglamos el mundo en un momento.

—Niñas, vamos a hacernos una foto para Instagram. —Marta sacó su teléfono móvil—. Que se note que he salido, que últimamente solo tengo fotos

de la niña.

—Espera que nos pongamos las orejitas de conejitas del Snapchat, que los ojos azules quedan de vicio —dijo Daniela.

—Yo no sé por qué os gusta tanto publicar todo en todas partes —les contesté un poco molesta—. Si lo estamos pasando bien, lo sabemos nosotras y ya está.

—Bea deberías abrirte una cuenta de Facebook. Se dice que la gente que no tiene Facebook no es de fiar —me dijo Sara muy seria.

—Y ¿se puede saber en qué se basan esas afirmaciones? ¿Hay algún documento que lo demuestre? Ah, sí, claro. Es por ese estudio científico de la Universidad de Harvard que muestra la relación entre asesinos en serie y personas al margen de las redes sociales —afirmé con ironía.

—No me suena, pero no me parece tan descabellado —me contestó Marta—. Ahora hablando en serio. No sé si es peligroso, pero raro sí que es.

—Bueno, no pasa nada. Mi chica es antisocial. ¡Qué le vamos a hacer! —dijo Daniela, y se puso de pie ceremoniosamente.

Propongo un brindis.

Porque este año que acabas de cumplir sea el año más especial de tu vida. Y te pasen todas las cosas buenas del mundo mundial. Y por supuesto, que nosotras lo veamos. —Todas chocamos nuestras copas con alegría.

—Aunque Mateo, tú no lo vas a ver. Ni Mateo ni esa camarera de allí. ¿Cómo se llama ella, Mathew? —Daniela señaló a una camarera más mayor que fregaba la barra del restaurante.

—Se llama Silvia —contestó mirándonos divertido mientras recogía los escasos restos de pizza que quedaban en nuestros platos.

—Pues ni Mateo, ni Silvia, ni nadie. ¿Tú sabes por qué Mateo? —Daniela finalmente había mezclado su *gin* con bastante vino y empezaban a notarse los efectos del alcohol en su forma de hablar.

—La verdad es que yo no sé ni de qué estás hablando —le contestó Mateo, que al parecer era un chico bastante sincero.

—Lo que digo es que no vas a ver a Bea. No, no, no. Ella no publica cosas porque sigue en su cueva como una *cromañona* hablando por su teléfono fijo, y haciendo sus palomitas de maíz en la sartén.

—¡Las hago en la sartén porque están más buenas! —grité indignada.

—Ah, y tiene una cafetera de las metálicas con el mango negro que pone en los fogones, porque no tiene vitrocerámica.

—No creo que a Mateo le interese mi cafetera, Daniela.

—Mi cafetera es igual, me encanta —apuntó Mateo, que me estaba cayendo de categoría.

—¡Gracias Mateo! No soy tan rara entonces. No encendemos el fuego frotando palos, solo que si nos parece bueno el café que hace una máquina, no la cambiamos por otra aunque salga un actor guapísimo y muy bien conservado para su edad, anunciándola en televisión.

—Espera. Espera, que piense que más cosas tienes del *Cuéntame* — Daniela intentaba hacer memoria de todos los artilugios arcaicos que al parecer tenía, y no me había dado ni cuenta.

—Siii, ¡yo te digo que más tengo de los 70! —levanté la voz emocionada — ¡Te tengo a ti! ¡Del 79 para ser exactos!

—*Touché.* —Daniela fingió desplomarse e hizo una representación sacándose el puñal imaginario que le había clavado en la espalda.

La verdad es que, después de un par de copas la noche pintaba bastante mejor. Nos estábamos riendo un montón. Sara y Marta habían cogido con ganas su noche libre y dado que les habíamos prohibido hablar de niños, la conversación había derivado en temas sexuales.

—El lunes pasado fue nuestro aniversario —nos empezó a contar Marta—. Yo había llegado antes de trabajar ese día y había pensado, ya que la niña estaba dormida, prepararle una cenita sorpresa a Víctor. Decidí hacerle lasaña casera, que le encanta. Y cuando la metí en el horno, me dije: Va a alucinar, hasta un *picardías* que me voy a poner. Me había venido arriba. Estaba emocionada.

La cuestión es que a Víctor lo liaron en el trabajo y no llegaba. Me senté a esperarle en el sofá y pasó lo que tenía que pasar. Con lo agotada que estaba, me quedé dormida. Víctor dice que me encontró roncando y con la baba cayéndome. Eso sí, muy sexy. Con el hilillo del tanga saludándole a su entrada. Yo creía que no roncaba, pero yo que sé, voy ya para vieja, va saliendo lo peor de mí —se lamentó Marta.

—Por favor, ¿no hay foto de eso? —preguntó Sara—. Voy a escribir a Víctor porque estoy dispuesta a pagar dinero si hay documento gráfico. Amiga, has perdido mucho *glamour* con esta historia.

—A ver, ahora Bea. Muchas risitas de lo que cuentan las amigas pero tú no cuentas nada —dijo Daniela.

—Ahora mismo no se me ocurre nada Dani —le contesté.

—Pero vamos a ver. Tendrás alguna anécdota con Carlos, ¿no? —Ella

erre que erre—. O los que opositan a notario no tienen tiempo de meterla en caliente. Ahora que ha aprobado la oposición te habrá tirado todo su fuego, ¿no?. Estaría ahí, todo condensado después de tantos años y le habrá salido todo a propulsión.

—Daniela, eres muy bruta —le recriminé, pero la verdad es que me hacía mucha gracia. No se corta nada. Todas reíamos a carcajadas.

—Pero Bea, ahora hablando seriamente ¿tú estás muy *in love* con Carlos?. Es que chica yo te veo mustia, te veo como que estás tranquila y segura con él, pero creo que te falta chispa. ¿Puede ser?

—No. ¿Por qué dices eso? Tú no estás dentro de mi relación, no la puedes juzgar.

—Claro, Daniela. Eso no lo puede saber nadie, solo ellos dos —intervino Sara. Aunque me dio la sensación de que ella pensaba exactamente lo mismo.

—Bueno, pues yo que conozco a Bea mejor que su madre, como si la hubiese parido, te digo que ella está conformándose con Carlos y también con el trabajo en el banco —le dijo Daniela a Sara, como si yo no estuviese delante. —Yo creo que podría ser más feliz dedicándose a otra cosa que le motivase más y con otro tío menos *sosoman*, que le diera más vidilla.

—¿Perdona? ¡Retira lo que acabas de decir! Estoy encantada en mi trabajo y con mi chico. —Le contesté indignada.

Iba a decirle que Carlos no era soso, pero la verdad es que sí que lo era. Un poquito al menos. Pero yo le quería igual. ¡Claro que le quería! Y ella no era quién para meterse de esa forma en mi vida y opinar acerca de mi felicidad.

—Oye pues nada, lo retiro, lo retiro, que se me enfada la cumpleañera y eso es lo último que quiero. Con lo guapa que está y lo bien que le sienta cumplir años. —Me dijo guiñándome un ojo la muy pelota.

La cena se nos pasó volando. Cuando nos dimos cuenta estábamos con los postres. Nos habíamos bebido tres botellas de vino y una ronda de chupitos y nos encaminamos todas al baño, las cuatro un poco *perjudicadas* como se suele decir. El camarero se acercó a nosotras para indicarnos que iban a cerrar. Ya no quedaba nadie en el local. Solo nosotras. Pero no le dejamos hablar. Íbamos haciendo la conga hacia el aseo. Desde fuera de nuestra borrachera entiendo que pareciésemos cuatro locas desatadas.

—Dani, que me has pisado el pie —le dijo Sara sujetando a Daniela, que iba dando tumbos de un lado a otro. Sus tacones de aguja no ayudaban a

conservar la estabilidad.

—Hay que ver como os quiero chicas. Sois geniales. Tenemos que hacer estas cenitas más a menudo. Lo hemos comentado ya ¿no? Mañana mismo quedamos otra vez. —Daniela estaba en la fase de exaltación de la amistad, y no paraba de darnos besos y abrazos. Nos metimos todas en el lavabo, que por cierto era diminuto, y estaba al límite de su aforo, con dos de nosotras haciendo pis y las otras dos pintándose los labios.

—Perdonad chicas, —oímos la voz de Mateo hablándonos a través de la puerta—, es tarde y tenemos que recoger. ¿Podéis salir ya del aseo?

—Ya salimos, cinco minutos. Nos estamos empolvando la nariz —le grité.

—¿Quieres no decir eso? No sé si pareces de los años 50 o quieres dar a entender algún asunto turbio —me riñó Marta.

—¿Turbio? —No entendía nada.

—Ya sabes, de drogas. Polvo blanco por la nariz.

—¡Ay no, de eso nada! ¡De drogas nosotras nada, eh Mateo! —le grité agobiada.

Salí del baño y las dejé a las tres riendo dentro. Aproveché para acercarme a la barra y pagar la cuenta. Cuando salieron me vieron intentando atinar con los billetes.

—Bea, ¿qué haces? ¡Ni hablar! Pagamos entre todas —me riñó Marta.

—De eso nada, es mi cumple y quiero invitar —le contesté—. Solo necesito encontrar el billete que me falta. ¿Esto son cinco euros? —Mi visión estaba un poco borrosa—. Ostras, se me ha caído al suelo, espera.

—Trae que te ayudo, pava. —Daniela se agachó a buscar el billete—. Lo tengo —Pegó un grito y se levantó tan deprisa que se golpeó la cabeza contra la barra—. ¡Joooder, qué daño! —exclamó.

A Mateo el camarero definitivamente se le había terminado la paciencia. Daniela y su chichón no le estaban haciendo ninguna gracia.

—Vale, señoritas. Muchas gracias. Pasen buena noche. —Nos acompañó a la puerta dándonos pequeños empujoncitos.

—Buenas noches Mathew, ¡volveremos! —le respondió Daniela, y le guiñó un ojo.

Mateo cerró la puerta sin contestarle. Y nosotras nos encaminamos por una callecita muy estrecha a buscar algún sitio de fiesta.

—¡Hala, qué arisco! Este se lo tenía muy creído. Recordadme que la

próxima vez no me ponga a piroppear a diestro y siniestro nada más llegar. — Daniela estaba indignada. Es de las pocas veces que no le habían seguido el rollo, y le habían herido en su ego.

—¡Hombre Dani! Hemos montado bastante escándalo. No es que hayas perdido *sexappeal*, no te sientas mal —dijo Sara divertida—. Vale, ¿dónde vamos ahora?

—¿Al karaoke? Quiero cantar la de *Amiga mía* de Alejandro Sanz y dedicársela a Bei por su cumple —dijo Marta—. Y hablando de cumpleaños, tenemos un regalito para ti.

—¿Para mí? No hacía falta. —Daniela no me dejó terminar—. Bea, no me digas las mismas tonterías que dice todo el mundo. Una tía que cumple 35, y nos invita a cenar por su cumple, no se merece nada menos que: tachán. Redoble de tambores por favor. —Abrió una bolsa y sacó un abultado paquete—. Este fantástico vibrador.

Y efectivamente. Ahí estaba un vibrador tamaño XL. O al menos, a mi me lo parecía.

—Jaja ¿Pero qué os hace pensar que me hace falta un vibrador? —pregunté fingiendo indignación.

—¿Tenías uno? —me preguntó Sara.

—La verdad es que no.

—Pues te hace falta —me dijo—. Ah, y espera que tenemos otra cosita para ti—. Abrió una bolsita y sacó una caja que contenía una preciosa pulsera que llevaba colgando cuatro colgantes en los que habían grabado las iniciales de las cuatro: M,S,D y B. Y la frase: *Wake up and live*—. Bea cariño, la vida está para vivirla. No sabemos muy bien qué te pasa últimamente, si tienes problemas con Carlos o en el trabajo. Tú dices que no, pero algo te pasa. Estamos seguras.

La vida hay que vivirla Bea, hay que exprimirla al máximo, hay que lanzarse a sentir, a querer, a disfrutar... Eres joven, inteligente y guapa, y lo más importante, estás sana. Lo tienes todo para ser feliz. Queremos verte siempre reír a carcajadas, no solo esta noche, y andar ilusionada. Verte vibrar con tu trabajo y en tu vida personal.

—Joder Sara, estás que te sales. Tienes toda la razón —le dijo Marta.

—Chicas, y ahora que estoy pletórica os quiero contar una cosa. Estoy saliendo con alguien desde hace 4 meses. Se llama Ana y es un amor de tía. Nunca había salido con chicas. Pero me he enamorado de ella y estoy feliz. Ella me hace sentir lo que no he sentido nunca. Y con Hugo es un amor. Lo

cuida muchísimo. Yo quería compartirlo con vosotras —dijo Sara con lágrimas en los ojos. Estaba emocionada. Las cuatro nos abrazamos.

—Me alegro muchísimo Sara —le dije con sinceridad—. Me das mucha envidia, sana por supuesto. Yo también quiero algo que me haga vibrar y creo que aún no lo he encontrado. Pero tengo el propósito de hacerlo y ser feliz. Con vosotras a mi lado. *Siempre* a mi lado, amigas.

—Bueno, dejémonos ya de tantas pasteladas y vamos a mover el esqueleto —dijo Daniela.

Nos encaminamos a un bar karaoke, como quería Marta. Lo dimos todo esa noche. Reímos, bailamos, gritamos y sobre todo desafinamos bastante. Y no nos dio ninguna vergüenza. Éramos libres y disfrutamos muchísimo. Pedimos una canción detrás de otra. Nuestras canciones favoritas, y las que nos recordaban a nuestra juventud.

Seguimos brindando:

Por Sara y su nuevo amor.

Por la libertad.

Por la vida.

Pero, sobre todo, brindamos por nosotras y por nuestra amistad.

A las cinco de la madrugada yo ya no podía más. Marta y Sara cantaban *Mamma mia* en el escenario y Daniela les acompañaba arriba, pero solo bailando. Me miraron y me hicieron un gesto para que subiese, pero yo ya había decidido irme a descansar, y si hablaba con ellas me liarían. Así que, a través de gestos, les dije que me iba a casa. Ellas moviendo la cabeza me dijeron que ni hablar. Daniela me hizo un gesto indicándome que, si me iba, me cortarían la cabeza. Me escabullí riendo, y diciéndoles adiós con la mano.

Como era tarde pensé en coger un taxi pero no pasaba ninguno, así que me puse a andar y decidí que cuando viese uno lo pararía. Pasados diez minutos, me hice a la idea de que volvería andando. Ya no estaba lejos de casa. No era la primera vez que volvía por ese camino, pero de repente me desorienté. Me metí en una calle que no me sonaba de nada. Pensé que al cruzarla volvería a alguna calle conocida, así que empecé a andar deprisa. Prácticamente no me había cruzado con nadie desde que había salido del karaoke.

Cuando iba por la mitad de la calle escuché un ruido muy fuerte. Venía del cielo.

Algo se acercaba hacia mí a toda velocidad y no lograba ver lo que podía ser. El ciego se me bajó de golpe. Una especie de platillo volante

bajaba a mil por hora. Si me hubiera dado tiempo a reaccionar lo tenía que haber grabado, y mandado de cabeza a *cuarto milenio*.

—Ayyy mi madre —grité y empecé a correr hacia un contenedor. Era lo único que había en esa calle, y necesitaba un sitio donde refugiarme. La cosa que bajaba del cielo a toda velocidad, y que cada vez se veía más enorme, no tenía pinta de parar.

De repente pisé algo pegajoso. Estaba rodeada de basura. Me entró miedo y asco a partes iguales. Vi que el bicho volante ya estaba prácticamente aquí. Y me agaché. No vi nada. Solo oí un golpe final, y por fin silencio.

Levanté la cabeza. No sé cómo, la tenía pegada a una bolsa de ropa vieja que estaba al lado del contenedor. El olor era nauseabundo. Era el momento de mirar qué demonios había sido eso, pero me sentía paralizada. De repente alguien me llamó.

—¿Bea?, ¿Bea, estás ahí? —Levanté la mirada. Me quedé flipando con lo que vi. Me vi a mi misma, pero no era yo. Era una versión increíblemente mejorada de mí. Era yo muy guapa, muy elegante y sobre todo, muy tranquila y muy feliz.

Ahora ya no tenía miedo. Estaba alucinada. Busqué el platillo volante pero no había nada, solo estaba ella.

Todo era muy surrealista pero no parecía un sueño. Tampoco había tomado setas alucinógenas ni nada, solo había bebido vino. A no ser que Mateo nos hubiera metido algunas drogas de flipar, burundanga o algo. Yo no conozco nada de eso, pero era una posibilidad.

—Bea, he venido para enseñarte un video, luego me marcharé. Solo quiero que lo veas y saques tus propias conclusiones. —Mi gemela top me tenía intrigadísima. De repente, apareció un video, no había proyector ni nada parecido. La imagen se veía suspendida en el aire. A esto sí que se le podía llamar nueva tecnología.

En el video salía yo, bueno la versión mejorada de mi, vamos ella, y un chico guapísimo de grandes ojos verdes y pelo negro. Estábamos en alguna fiesta y yo me sentía importante. Yo llevaba un vestido largo y rojo, y el pelo recogido en un moño alto. Él llevaba un traje azul con pajarita y sonreía a un montón de fotógrafos que nos hacían fotos sin parar.

Nos sacaron dos copas y brindamos. El chico guapo me sonreía con su barbita cuidada, con una cara que le hacía parecer un niño travieso.

El chico guapo me cogía de la mano y yo lo miraba como en una nube.

Me di cuenta de varias cosas:

Yo estaba perdidamente enamorada del desconocido guapo, y era feliz. Pude sentirlo.

El desconocido guapo no era Carlos.

—Kike, Kike, por favor, coge a Bea y mirad para la foto. —Un fotógrafo nos apuntaba con su cámara prácticamente pegado a nosotros.

Así que se llamaba Kike.

—Bea, ¿vas a asistir al encuentro de blogueras que se celebrará el próximo fin de semana? ¿O vas a acompañar a Kike en su viaje?

—*Con B de Beatriz* no cierra jamás. Acompañaré a Kike en su viaje y me abriré a mi gente a través de mi blog, mis redes sociales y mi canal de Youtube. ¡No dejéis de seguirme chicas! —La nueva Bea lanzó un beso a la cámara y miró fijamente al objetivo hasta que dejó de enfocarle.

Era la primera vez en mi vida que hablaba en público y no me ponía a sudar y a tartamudear. Claro que no era yo, era una Beatriz a la que acababa de conocer y molaba mucho más que yo.

De repente el vídeo se terminó y ella poco a poco se fue difuminando, haciéndose invisible hasta desaparecer. Sin decir nada, ni una palabra. Sin darme la explicación que estaba esperando y tanta falta me hacía.

Me quedé sola y a oscuras. Y sentí que me ahogaba, que todo mi mundo se desmoronaba como un castillo de naipes. Visualicé de pronto mi felicidad y me percaté de que me encontraba alejadísima de ella. Dejé volar mi imaginación hasta el desconocido guapo y después me quedé dormida.

## .2. LA REVELACIÓN



De repente sentí la luz del sol en la cara. Me costó abrir los ojos. Estaba tirada en la acera al lado de la ropa nauseabunda. Seguía en la misma calle que la madrugada anterior. La acera seguía desierta, menos mal, porque mi aspecto debía de ser terrorífico. Me puse a pensar en lo que había vivido apenas unas horas atrás, ¿había sido un sueño? Me había parecido tan real.

Localicé mi bolso que estaba tirado en medio de la calle. Adecenté como pude mi ropa y mi pelo, y me puse a andar. Miré mi móvil. Tenía cuatro llamadas perdidas de Carlos y 50 wasaps de las chicas. Carlos estaría preocupado porque no había dormido en casa. Así que le escribí diciéndole que me había quedado a dormir en casa de Daniela, y que me había quedado sin batería en el móvil y no le había podido avisar. Me escribió al instante con una carita de guiño y un corazón.

En sus mensajes, las chicas me pedían que avisara cuando llegara a casa, pero aunque yo no había contestado, no parecían muy preocupadas. Escribieron las buenas noches por el grupo a las 7 de la mañana y mandaron un montón de fotos, algunas en las que salíamos francamente mal. En mis recuerdos estábamos más guapas y divertidas.

Por fin entré en una calle que me sonaba. Ya estaba cerca de casa. Cuando llegué y abrí la puerta no me pareció oír nada. Carlos debía haberse levantado pronto para salir a correr. Solía hacerlo todos los sábados. Se estaba preparando para la media maratón. Lo agradecí. Lo de ayer había sido bastante raro y necesitaba procesarlo. Lo primero que hice fue escribir a mis amigas, les dije que en cuanto se despertasen teníamos que vernos. Les tenía que contar lo que me había pasado. Mientras, me fui dando una ducha.

El agua corriendo por mi cara me sentó de maravilla. Dejé caer el agua caliente sobre mi pelo y mi cuerpo desnudo. Estaba tan a gusto. En la ducha siempre me da por pensar cosas. Esa mañana solo pude pensar en esos ojos

verdes y en esas manos grandes. En la forma en que me cogía y me abrazaba mientras todos nos hacían fotos. Solo podía pensar en el desconocido que, en un universo paralelo, me hacía tan feliz.

Me puse ropa cómoda y preparé algo de comer. Pensé que un almuerzo sería lo mejor, porque pensar en desayunar mi típico desayuno de leche con galletas me producía arcadas y además ya era casi la hora de comer. Me senté a la mesa, comí y me recosté en el sofá. Debí de quedarme traspuesta, o mejor dicho dormí profundamente durante dos horas, y me desperté con el timbre de la puerta. Era Marta y venía con la pequeña Alba.

—Hola cariño. —Marta me dio un abrazo. Yo intenté coger a Alba pero ella se giró apretándose más a su madre.

—Perdona que traiga a la niña, pero Víctor estaba durmiendo. Se ve que Alba le ha dado guerra esta noche, y después de nuestra fiesta de ayer, tenía que ganar puntos. Pero no te preocupes, le enchufamos un *pocoyó* y nos quedamos sin niña.

—A mí no me molesta —le contesté. Aunque no era del todo cierto, esperaba que se portase bien porque cuando quedamos con los niños, casi no podemos hablar de nada. Reclaman atención constante, y yo hoy necesitaba hablar con ellas seriamente de mi aparición en el callejón.

—Bueno, ¿de qué nos querías hablar? —me preguntó Marta.

—Espera a que lleguen las demás. Es por algo que me pasó anoche cuando volvía a casa —le contesté—. Pero prefiero contarlo cuando estemos todas.

—¡Ay hija qué intriga! Dame por lo menos un titular —insistió—. ¿Estás bien? ¿No te habrá pasado nada malo, verdad?

—No, malo nada. Raro más bien.

—¿El taxista te dio mala espina? ¿No te llevó por el camino que tocaba y te agobiaste? ¡Habernos llamado!

—No, no encontré ningún taxi. Me tuve que volver andando.

—¿Te siguió algún indeseable?

—No, no es nada de eso. Te he dicho que no me pasó nada malo.

—¿Te encontraste a alguien que no esperabas?

—No me encontré a nadie.

—Ay, ¡pues yo que sé!. ¿Se te apareció algún animal salvaje? Ah no, que dices que no era nada malo —se contestó ella sola—. Pues un animal doméstico, pero ¿qué interés tiene eso?

—Marta ¿puedes esperar un poco y dejar de elucubrar?

—Es que no se me ocurre nada que no sea malo y que nos haya convocado aquí a todas. Vale, ya está, te encontraste una cartera con un montón de dinero y estás dudando si llevarlo a la policía. ¿Te vio alguien?

—Ay de verdad, ¡qué pesada eres! —le contesté perdiendo los nervios.

—Vale, yo chitón, esperaremos a ver qué puede ser. Cambiemos de tema.

Charlamos de otras cosas mientras tomábamos café. A la media hora llegaron Daniela y Sara. Dani había recogido a Sara en la moto. Parecían cansadas y tenían el pelo revuelto por el casco.

—Espero que nos hayas llamado por algo importante, —Daniela me saludó con un gruñido—, me acabo de encontrar con tu vecino el guapo y mira con qué pintas me ha visto. Ahora sí que he perdido toda oportunidad. Encima le he montado un pollo importante porque he aparcado tapando un poco la puerta del garaje con la moto y me ha dicho que no podía dejarla ahí porque podía molestar a los vecinos.

—No veas cómo se ha puesto Dani —me contó Sara—. Aún no se había quitado el casco y no había visto que era él y le ha contestado que ella aparca donde le sale de la polla. El chico se ha quedado alucinado.

—Cuando me he dado cuenta de que era él le he dicho que de la polla no, que yo no tengo polla, que tengo coño. Las cosas claras, por si acaso, y él se ha marchado echando chispas. Si te lo encuentras pronto Bea, le dices que tengo una hermana gemela mala.

Las chicas se sentaron en la mesa y se pusieron a picar unas galletas que acompañaban al café.

—Bueno, ¿nos cuentas lo que te ha pasado o qué? —preguntó Marta que ya no podía esperar más. Alba empezaba a lloriquear y la cogió en brazos.

Daniela y Sara le hacían monadas pero la niña no parecía muy divertida.

Marta le dio el chupete y por fin se calmó. La volvió a colocar frente a la tele.

Aproveché y les conté con pelos y señales lo que me había pasado la noche anterior. No omití ningún detalle. El relato incluía platillo volante bajando del cielo, mi holograma versión top y visión de bloguera enamorada de famoso. Cuando terminé la historia las tres me miraban con cara de incredulidad.

—Vamos a ver Bea, tú sabes que lo más probable es que hayas soñado todo eso, ¿verdad? —me dijo Sara.

—Ya sé que parece un sueño pero yo lo sentí como una revelación. Una

señal que me envía el universo de que puedo llegar a ser mucho más feliz de lo que soy en este momento —les expliqué. Porque verdaderamente tenía el convencimiento de que era así.

Sé que es raro, y que si lo piensas seriamente, lo más razonable es pensar que fue un sueño, pero yo creo que no lo fue. Y he tomado la decisión de creerme lo que vi ayer. ¿Me entendéis un poco?

—No, a ver Bea, si yo te entiendo —me dijo Marta—. Lo que pasa es que yo creo que se te ha juntado un poquito todo. Ya hace tiempo que estás con Carlos. ¿Cuánto lleváis ya? ¿Cinco años? Pues te está sucediendo lo normal, que se pierde la pasión del principio, te empiezas a aburrir y es cuando se empiezan a hacer cosas raras y a pensar tonterías. —Marta me miraba como una madre preocupada por su hija adolescente.

—Yo creo que igual la conversación de ayer te ha influido. A Dani no hay que hacerle mucho caso y yo solo te sugería que le pusieras chispa a tu relación, nada más. ¿Crees que te puede haber pasado eso? —Me preguntó Sara.

—Pues no, no creo que sea eso. Creo que Daniela tenía razón. La revelación me ha abierto los ojos. Con Carlos estoy bien, pero no me veo despertándome a su lado el resto de mi vida. Con el tío de la visión sí. Creo que el universo me ha dado una oportunidad que no le da a todo el mundo. O que le da a otras personas, pero todos la ignoran pensando que es un sueño. Como habríais hecho vosotras. ¿Tú también piensas igual Dani? No pasa nada, puedes ser sincera. A Bea se le ha ido la olla y se ha creído que ha visto su futuro feliz con un tal Kike, porque le han sentado mal los chupitos de Jagger de las 4 de la madrugada. Eso crees ¿verdad?

—Pues igual sí Bea, igual sí —me soltó Daniela—Igual te ha sentado mal el alcohol o la cena, o estás empezando a volverte una chalada al acercarte a la cuarentena, que aún te queda eh. Igual estás flipando. Igual fue un sueño. Igual ese chico ni existe. Pero ¿y si sí? No nos podemos quedar con la duda, igual es el hombre de tu vida, y es la única forma de que conozcas el amor verdadero. Yo ya te lo dije ayer, no te veo feliz con Carlos, más bien acomodada y punto, y te conozco como la palma de mi mano. Por algo soy tu mejor amiga —dijo con orgullo.

—Hombre Dani, tú encima dale alas. Vamos a ver, ha sido un sueño o una alucinación. Y Carlos es real, de carne y hueso. Lo puedes tocar, abrazar y oler. —Marta parecía alterada—. ¿Recuerdas cuando dejé a Marcos? ¿Te acuerdas cómo me arrepentí después cuando se me pasó el enchochamiento de

mi ligue de verano? Yo solo digo que recapacites, que te tomes tu tiempo para pensar, que todas las parejas pasan por malas rachas y no deberían tirar la toalla tan rápido.

Aún no había terminado su perorata cuando Daniela se levantó bruscamente.

—Sí Marta, tú habla, no te preocupes. Yo mientras voy buscando una cosa. —Daniela sacó su móvil del bolso y nos preguntó: ¿Conocemos a algún Kike actor o cantante? Si os hacían fotos es que debía ser famoso...

—A mi no me suena nada, pero es que yo no veo apenas la tele—dijo Sara— A las diez caigo KO y durante el día entre el trabajo, el parque con el niño y adecentar la casa, prácticamente no tengo tiempo ni de cambiarme de bragas.

—Bueno, nadie me va a hacer caso. Vamos a buscar al tal Kike, ¿no? —preguntó Marta—. Pues de acuerdo Bea, luego no digas que no te lo advertí. A mí la verdad es que no me suena y mira que soy cinéfila. El Kike que conozco es este actor mayor un poco canoso que hace telenovelas.

—No, no, para nada. Era moreno y guapísimo —dije con una voz más pánfila de lo que pretendía.

—Hombre, a ver, está Kike Galán —dijo Marta—. Es un actor jovencito muy muy guapo, que si lo pienso encaja bastante con tu descripción. Ha hecho varias series y un par de papeles secundarios en algunas pelis, pero yo ya lo tengo fichado porque trabaja muy bien y está muy bueno.

—Búscalos en internet, Dani, busca —le dijo Sara súper emocionada—. Estoy hasta nerviosa.

Daniela buscó durante unos minutos que se me hicieron eternos.

—Vale, a ver, ¿estás preparada Bea? —Dani cogía su móvil ocultándomelo a mí y sin dejar de mirarlo ella—. Joder Bea, si no es este me lo quedo para mí.

El corazón me iba a mil por hora.

—Va Daniela, enséñamelo, que me va a dar algo.

En ese momento oí las llaves de Carlos en la cerradura. Acababa de llegar a casa.

### .3.

## EL BUENO DE CARLOS



—Bea, cariño, ¿estás en casa? —Carlos se acercó a nosotras y se sorprendió de que las chicas estuviesen en nuestro salón— ¡Pero bueno chicas! No os ha dado tiempo a echaros de menos ¿no? Anda que vaya horitas de llegar, me estáis pervirtiendo a mi chica.

—Tu chica ya era una perversa antes de conocerte, nos la has amuermado tú. —Daniela le sonrió y le guiñó un ojo. Yo me puse súper roja y me sentí un poco culpable.

Carlos se puso detrás de mí y me dio un beso en la mejilla. Llevaba su chándal de correr y estaba sudado.

—No os doy un beso porque apesto —les dijo Carlos—. Pero daros todas por saludadas y besadas. Me voy a duchar y cuando salga os veo.

—Vale Carlos. Dúchate tranquilo. No vayas con prisas —le contestó Dani— Buff ya se ha ido —continuó—, vamos al lío. ¿Bea tienes cerveza? Necesito procesar todo esto con un poco de alcohol.

—En la nevera. Aunque no sé cómo te puede apetecer algo de alcohol.

—¿No sabes que lo mejor para la resaca es seguir bebiendo? —Se acercó con la cerveza y se sentó a mi lado—. Vale Bea, mira bien. ¿Es este chico?

Giró su móvil. Lo miré y me quedé sin palabras. Sí, claro que era él. Estaba absolutamente convencida de que era él. Era tal cual lo recordaba del día anterior.

—Sí chicas, definitivamente es él. Es el chico que vi. Madre mía, ¡qué fuerte!, existe de verdad. No me lo puedo creer. ¿Y ahora qué hago?

—Pues ahora tendremos que buscarlo y tendrás que enamorarlo, ¿no? —me contestó Sara gritando emocionada.

—Baja la voz por favor —le dije preocupada— ¿Nos habrá oído Carlos? No oigo correr el agua de la ducha. Igual nos ha escuchado. Esperad,

me voy a meter en la habitación de al lado y cierro la puerta y habláis. A ver si escucho algo.

Me encerré en la habitación y a los pocos minutos volví a aparecer, ahora más tranquila.

—No he escuchado nada, solo susurros.

—Pues menos mal porque te hemos puesto fina —me dijo Daniela riendo.

Nos pusimos a buscar todo lo que aparecía de Kike en internet. Tenía 27 años. Empezábamos bien.

—Halaaa, ¿desde cuándo un actor guapísimo y jovencísimo se va a fijar en una mujer que tiene 8 años más que él? —pregunté deprimida—. Estaba realmente alucinada pensando cómo me podía afectar tanto todo lo relativo a una persona a la que no conocía hacía apenas unas horas.

—Venga Bea, eso es una tontería. Anda que no hay parejas en las que la mujer es mayor que el hombre —me dijo Sara.

—Ya, pero normalmente la rica y famosa es la mujer mayor y no al revés —objeté.

—Bueno, va, que eso no tiene importancia —dijo Marta—. Lo importante es esto ¡Está soltero! Y parece ser muy discreto, o poco conocido por aquí, porque no se le conocen amoríos.

—Hasta que se encuentre a Bea y se enamore locamente de ella —continuó Daniela—, y tengan tres hijos, o cuatro, y los críe una interna que duerma con ellos. La parejita feliz solo se dedicará a salir, a ir a fiestas, a firmar autógrafos y a tomar el sol en las playas de Bali —Las tres se echaron a reír.

—Esto os parece súper gracioso, ¿no? —Las miré con una cara de cabreo de impresión, y callaron al instante—. Por favor, marchaos ya que voy a tener que hablar con Carlos.

—Amiga, yo estoy contigo al 100% ¿Qué digo al 100x100? al 1000x1000. No te enfades. Eres mi BFF<sup>[1]</sup> y voy a apoyarte a muerte. Lo sabes, ¿verdad? —Daniela se puso la mano en el pecho para dar solemnidad a sus palabras de apoyo—. Solo estaba bromeando. Entiende que la situación es un poco rara, pero todo va a salir bien. Además en el vídeo tú eras un bloguera reconocida. Si se cumple lo de Kike también deberías triunfar como *blogger*.

—Yo no sé nada de *bloggers* ni de cosas de esas —le grité nerviosa—. Bueno va, ya lo hablaremos con más calma.

Empecé a empujarlas hacia la puerta. Ahora sí que había terminado de

escuchar el agua de la ducha y no quería que Carlos oyese nuestra conversación.

—A ver Bea, yo creo que deberías primero pensar las cosas y probar a conocer a Kike —intentó convencerme Marta—. Oye, que a tiempo de dejar a Carlos siempre estás. Pero no sabemos nada del señor Galán. Imagínate que luego lo conoces y no le gustan las mujeres, o no le atraes tú en concreto porque le gustan con el pelo rapado y *piercings* en los pezones. O no te gusta a ti porque igual le huele el aliento, o los pies. Tenemos que estudiarlo primero.

—Mira, como leí en un libro una vez, en el momento en que empiezas a plantearte si quieres a alguien es que ya has dejado de quererle para siempre. Y eso me está pasando ya. Gracias por tu consejo, sé que lo haces para ayudarme, pero si voy a lanzarme a intentar conquistar a un veinteañero famoso que no conozco de nada, no voy a complicarme aún más la existencia con el peso de estar engañando a Carlos.

—Me parece impresionante la claridad de tu mente amiga —me dijo Sara.

Eres muy valiente.

—Sí, tienes toda la razón. No me hagas ni caso. —Marta me dio un abrazo.

—Eres la puta ama. Si el Sr. Galán te rechaza me caso contigo. —Daniela me dio un pico en los morros.

—Gracias, ahora dejadme sola. Y deseadme suerte por favor, aunque sea lo que tengo que hacer no va a ser nada fácil.

—Oye Bea, espera, que te tengo que decir una cosa. —Marta se resistía a salir por la puerta.

—Marta no me intentes convencer más por favor, respétame —le contesté tajante, e intenté cerrar la puerta.

—No, oye, la niña, ¡que me dejo a mi hija! —Marta metió su pierna y evitó que cerrase.

Vaya con la niña, es verdad, había sido absorbida por Pocoyó. No había dicho ni pío.

Por fin salieron y cerré la puerta tras ellas. Me fui al salón. Carlos acababa de sentarse en el sofá con una camiseta y unos pantalones cortos, y con el mando de la televisión en la mano. Tenía el pelo aún un poco mojado.

—¿Ya se han ido? —me preguntó mientras zapeaba por los canales arriba y abajo. Un acto que, por otra parte, me ponía súper nerviosa.

—Sí, se acaban de ir. Escucha Carlos, deja un momento el mando que

quiero hablar de una cosa contigo.

—Sí, voy, cariño, espera que no sé por qué este mando se atasca y no me deja cambiar de canal. —Carlos le pegaba golpecitos al mando y comprobaba las pilas. Las ponía y las sacaba, y volvía a apretar las teclas del mando con más fuerza.

—¿Me puedes escuchar que te tengo que decir algo importante? —Le alcé la voz alterada y Carlos me miró serio.

—Vaaaale, ya está. —Dejó el mando encima de la mesa de centro y subió las manos a la altura de su cabeza. Me recordó cuando en las pelis el atracador tira el arma y sube las manos para indicar que no piensa disparar.

—Soy todo oídos. ¿De qué quieres hablar?

—Pues yo quería hablar de nuestros sentimientos. De la relación. De hacía dónde vamos, o mejor, hacía dónde queremos ir. —Me estaba yendo por las ramas, pero es que no sabía cómo enfocar la conversación. Quería ser clara pero no cruel. Mientras seguía pensando cómo continuar, llamaron al móvil de Carlos.

—Espera cariño, que es mi padre, vengo en dos minutos. —Se levantó del sofá y se fue andando por el pasillo arriba y abajo.

Vale, perfecto, así podía organizar lo que le tenía que decir. Le diría que le dejaba, que le dejaba para siempre para ir a buscar a Kike, pero que quería que encontrase a alguien que le hiciese muy feliz.

También podía ocultarle lo de Kike y decir lo típico de: “no eres tú, soy yo”. Pero tenía que decírselo ya y sin muchos rodeos, porque había oído que cuando vas a dejar a alguien lo mejor es hacerlo directamente sin andarte mucho por las ramas. De lo contrario se provoca un dolor innecesario.

—Gordi, me voy a tener que ir. —Carlos salió de la habitación poniéndose la chaqueta.

—No, espera ¿qué dices? No te vayas, que te tengo que decir una cosa urgente. —Mi voz sonó como una combinación de enfado y ruego.

—Ayyy mi pequeña ansiosa. Es que resulta que mis padres se han quedado tirados con el coche. Se ve que ha fallado la batería y ya sabes que mi padre está mayor y se agobia enseguida. Aunque ya he llamado a la grúa, le he dicho que me acerco y así estoy con ellos. Pero no te preocupes, esta noche me lo cuentas todo cenando. Así mantenemos la intriga. Yo también quiero hablar contigo de nuestros planes de futuro. Te quiero —me dijo.

—Yo digo hablar del futuro y de los planes, de cada uno los suyos quiero decir, de la vida en general.

—Vale Bea, pues luego hablamos de los planes de nuestra vida. — Carlos me sonrió y se marchó cerrando la puerta tras de sí.

Nada, que no había forma. El singular no existía para él, solo el plural. Aunque también era normal, ¿qué esperaba? Él no había tenido ningún sueño premonitorio con otra mujer, al menos que yo supiese. Para él seguíamos siendo dos y para mí también. Solo que, en mi caso, uno de ellos no era él.

Pasé el día vagueando, entre el ordenador y el sofá, aunque definitivamente el mando no iba bien y solo pude ver la tele en el canal en que se había quedado cuando las pilas dijeron hasta aquí hemos llegado. Y en este canal solo ponían horribles telefilmes de sobremesa.

Por si la situación ya de por sí no era lo suficientemente deprimente, ahora me tocaba ver como una niñera loca quería apoderarse de una familia ligándose al marido y haciendo creer a la niña que ella era su madre. Me asqueaban ese tipo de películas. Finalmente, la quité y me centré en prepararme para la cena con Carlos, pensando en cómo podía terminar mi relación de cinco años causando el mínimo dolor posible.

Se me ocurrió que para ir preparando mi discurso me vendría bien abrirme una botellita de vino y así me relajaba. Me acordé de una cosa que siempre me decía mi abuela. Que en las películas americanas siempre beben vino estando en casa y que en España eso no lo hacemos. Ella lo criticaba, pero a mí me hizo sentir cosmopolita.

Carlos me llamó y me dijo que acudiese a San Tommaso. Un restaurante italiano, cerca de la Plaza de la Reina, en el que cenamos muchas veces porque tiene la mejor pasta de Valencia. Sus *Fiocchi di pera* son absolutamente irresistibles. No me gustaba empañar mi restaurante preferido con el recuerdo de la ruptura con Carlos, pero bueno las cosas habían venido así y las tiritas hay que arrancárselas cuanto antes.

Me puse unos *leggings* y una camisa larga y me encaminé al restaurante. A lo lejos pude distinguir la silueta de Carlos. Me estaba esperando en la puerta con un ramo de flores y vestido con un traje gris y una camisa blanca. Definitivamente no entendía nada. Carlos no había pasado por casa en toda la tarde, supongo que tendría el traje en casa de sus padres. Pero tampoco era un chico de arreglarse tanto para una cena improvisada.

—Carlos, oye, muchas gracias. ¿Por qué me has traído flores? No es nuestro aniversario ni nada... —le dije— Intenté recordar si se me pasaba alguna fecha, pero imposible, el 22 de Abril no había nada marcado en el calendario.

—¿Acaso hace falta una fecha especial para que un chico enamorado le regale flores a su novia? —Carlos había elegido el peor día del mundo para volverse el hombre más romántico de la Tierra.

Eran las 21.30 y el restaurante estaba bastante tranquilo. Nos sentaron en una mesa cerca de la terraza y enseguida nos sirvieron unos aperitivos mientras pensábamos qué íbamos a pedir. Fuimos tomando nuestra copita de vino, la segunda para mí, pero en lugar de relajarme, cada vez estaba más nerviosa. Las flores y el atuendo de Carlos no habían ayudado nada. Estaba siendo una noche rara. Me lancé a decirle la verdad a bocajarro, pero no me dejó abrir la boca.

—Sí Bea, ya sé que querías comentarme algo, pero estoy muy nervioso. Y sé que decidimos no hablar por ahora del tema, pero es que yo creo que es una tontería esperar más tiempo.

A medida que le oía hablar me iba temiendo lo peor. Lo miré y pensé que no quería hacerle daño pero tenía la certeza de que se lo iba a hacer. Y mucho. De esta no se recuperaba, bueno, igual sí, pero le iba a costar.

Intenté cortarle a tiempo.

—Carlos, a ver cómo te lo digo. Es que no es un buen momento. Me parece que tengo el estómago revuelto, ¿te lo puedes creer? Si apenas he comido, igual es el vino. ¿No hace mucho calor aquí? Mejor deja que hable yo primero.

—Bea, cariño, pues abro la ventana. —Carlos hablaba atropelladamente, estaba muy nervioso. Se levantó y tiró de la ventana hasta que consiguió abrirla—. Ya está. Yo lo que quiero es que estés a gusto. Porque ¿sabes que yo te quiero mucho, verdad? Déjame que siga, ahora que me he lanzado, porque llevo varias semanas dándole vueltas al asunto. Y vamos, que yo lo que te quería decir, es que ahora que he aprobado la oposición a notario después de tantos años estudiando, y tú apoyándome que no te quito mérito porque no es nada fácil...

De repente lo vi claro. No continúes por ese camino Carlos, pensé. Ay, que se arrodilla. Nooo, no te arrodilles. Mi cabeza iba a mil por hora, me estaba agobiando muchísimo. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podíamos estar en esta situación? Si yo quería dejarle, pero no me había dado tiempo a decir esta boca es mía.

Carlos me cogió de las manos. Le sudaban un montón.

—Bea, me he dado cuenta de que tú me haces más feliz de lo que nunca me imaginé que podría llegar a ser. Me completas y quiero pasar el resto de

mi vida contigo. ¿Quieres ser mi mujer?

Carlos se puso de rodillas, soltó mis manos y sacó un anillo precioso. Un solitario con un brillante de esos que hasta te debe pesar el dedo cuando lo llevas y de los que despertaría la envidia de mis amigas solteras. Bueno, de todas menos de Daniela.

Los de la mesa de al lado nos estaban mirando y susurraron un ohhhh, ¡qué romántico! Yo aparté la vista de los ojos ilusionados de Carlos y la fijé en el mantel.

—No, no quiero. —Las palabras salieron de mi boca sin ningún tipo de control.

La cara de Carlos se transformó poco a poco. Me miró esperando que dijera algo más. Claro, eso no era una contestación. Me había abierto su corazón pidiéndome que me casara con él. Y yo en plan no, y punto. Como si me hubieran ofrecido un poco más de vino o si quería tomar algo de postre.

—Mira Carlos, en serio, eres genial. Eres bueno, guapo e inteligente. Pero es que yo tengo dudas. Nuestra relación va bien, pero no me haces vibrar. No me muero por tus huesos. No pienso en ti y se me ilumina la cara. Y no me quiero conformar. Sé que me das muchas cosas, pero es que yo necesito más.

—¿A qué te refieres con más? —Me preguntó perplejo.

—Pues con más, me refiero a que quiero vivir la vida como si me fuese a morir mañana. Y si me muero mañana no me quiero arrepentir de nada. Pienso que hay algo bueno esperándome tanto en el terreno laboral como en el sentimental. Voy a romper con el pasado y a perseguir mis sueños.

—¿Cómo dices? ¿Vas a dejar tu trabajo? ¿Y a mí? ¿Y te vas a lanzar a buscar algo que no sabes muy bien ni qué es? Me estás tomando el pelo, ¿verdad? Has conocido a alguien y por eso me dejas. — Carlos estaba totalmente destrozado. Las lágrimas asomaban a sus ojos.

—No he conocido a nadie, de verdad. Aún no —le contesté—. Pero lo voy a buscar y lo voy a conocer. Aunque él no sabe ni que existo creo que es el hombre de mi vida. Es difícil de explicar y supongo que de entender, aún más. No sé qué decirte Carlos, supongo que tendrás que procesar todo esto.

Carlos me miraba como si me hubiese vuelto completamente loca, pero me dijo calmado:

—Espero que te vaya bien Bea, y que encuentres lo que buscas. — Después se levantó de la mesa y cogió su chaqueta.

—Vaya Carlos, gracias por tomártelo así. Me preocupaba que no me entendieses pero eres un ejemplo de madurez —le dije sinceramente.

Los vecinos de la mesa de al lado me miraban acusadores. No se habían perdido detalle de nuestra conversación y claramente se habían puesto de su parte.

Carlos avanzó hacia la puerta. Cuando apenas llevaba unos pasos se giró a mirarme. Yo le saludé con la mano y le dije: hasta siempre. Desde luego no esperaba una despedida tan civilizada. Hasta me dieron ganas de abrazarle.

—Bea —me dijo.

—Dime Carlos.

—Eres bastante cabrona —me gritó. Después se marchó alterado y me di cuenta de que todas las personas del restaurante me miraban sin disimular.

Vale, podía pasar. No importa. Es normal que no quiera ser mi mejor amigo después de dejarle. Él también necesitará calmarse, procesarlo y tomarse su tiempo.

Me quedé sola en la mesa sin saber muy bien hacia dónde mirar.

De repente, noté un golpe en la nuca. Me giré y vi a mi vecina de mesa armada con un montón de panecillos. Me lanzó cuatro directamente a la cara con bastante fuerza. Yo me aparté como pude, pero uno de los panes me golpeó en el ojo izquierdo.

La miré dispuesta a protestar pero no quería armar más jaleo, ya habíamos dado bastante el cante en el restaurante. Pensé que alguien, igual su pareja, le diría que ese comportamiento no era el adecuado, pero ese señor también parecía desear tirarme su postre para que el pan se sintiese acompañado. Prácticamente las pocas mesas que había esa noche cenando habían empatizado con Carlos y yo era considerada una bruja de la peor calaña.

Pagué lo poco que habíamos consumido y me fui andando a casa.

Mientras paseaba pensé en Carlos y en cómo había terminado todo. Había cerrado una puerta sin abrir antes una ventana. La mayoría de la gente hace como los monos, no suelta una rama hasta que se ha enganchado a la siguiente. Pero en mi interior sentía que había hecho lo correcto. Y eso era lo único que importaba.

## .4. PRIMERO DE *BLOGGER*



Eran las 10 de la mañana del lunes, lucía el sol y yo estaba a punto de emprender una nueva vida. Había decidido borrar los malos recuerdos de la ruptura con Carlos, y ocuparme en el segundo tema de mi revelación. Debía dejar mi trabajo y convertirme en una bloguera.

Descolgué el teléfono y marqué el número de la sucursal del banco en el que trabajaba. Quería despedirme de mi jefa. No porque le fuese a echar de menos, sino más bien todo lo contrario. Pensé que no quería volver a trabajar allí nunca y que eso me permitía decir lo que pensaba. La mayoría de la gente que deja un trabajo, se marcha queriendo quedar bien y dejando una puerta abierta por si necesitan volver en un futuro. Yo me sentía súper decidida a despedirme de mi vida anterior para siempre.

Contestó al teléfono mi compañero Luis.

—Hola Luis, soy Bea, ¿qué tal? ¿Tienes por ahí a Patricia? Me gustaría hablar con ella.

—Hombre, Bea, ¿qué pasa? ¿Estás enferma? Me extrañaba que llegases tarde sin avisar, enseguida he pensado que te habría pasado algo. Nuestra *querida* directora está bastante enfadada porque yo me tengo que ir ya a firmar una póliza con unos clientes y le ha tocado a ella ponerse en la caja.

—Ya, lo siento. No he podido avisar antes. ¿Crees que puedo hablar con ella?

—Venga, intento pasártela. Espero que te recuperes pronto. Ya me cuentas. Un beso. —Tras un par de minutos, escuché la voz chillona de Patricia.

—Hombre, Beatriz, vaya horas de avisar. ¿Sabes que me he tenido que poner yo en la caja y el banco está a tope? —Su voz era de reproche, y yo sentí como el calor del enfado me subía desde el estómago hasta la garganta en tan solo unos segundos.

—Buenos días Patricia, pensarás que estoy loca, pero tengo por costumbre saludar a la gente antes de empezar a hablar. Ahora explícame esto que me decías: ¿Te has tenido que poner tú, toda una directora de sucursal, en la caja, y mezclarte con el pueblo llano? ¡No me digas! ¡No me lo puedo creer! ¿Has avisado a los periódicos y a las televisiones? Esto es un acontecimiento histórico.

Me imaginé a Patricia escuchándome en silencio y poniéndose roja como un tomate, mientras su cabeza iba creciendo hasta que estallaba como un globo. Y bluff montones de trozos rojos cubrían toda su mesa llena de papeles.

—Vamos a ver Beatriz... —Patricia intentó contestarme pero no la dejé.

—No, no vamos a ver nada, quiero que me cuentes si en este ratito que llevas cara al público te ha chillado ya la gente por las comisiones abusivas, o porque solo estamos concediendo préstamos a las personas a la que no les hace falta el dinero. A mí no paraban de hacerlo y yo habría estado encantada de ayudarles, pero es que el banco no me dejaba. Y tú llevabas unos meses encerrada en tu despacho sin atender a la gente que quería tratar directamente contigo. Mira, eso es una cosa que no voy a echar de menos, tener que excusarte ante los clientes, porque no sé si te lo había comentado ya, o si te lo habrás podido imaginar tú solita, pero no pienso volver a mi puesto de trabajo. Renuncio a seguir viendo pasar los días en esa cárcel llena de billetes, de la que salgo cada día más quemada que el anterior.

—¿Has terminado? ¿Te has quedado a gusto? Espero que luego no vuelvas suplicando que te devuelva tu empleo si te sale mal lo que sea a lo que te vayas a dedicar. Porque de palabrería no se vive, hay que pagar las facturas todos los meses. —Patricia escupía las palabras. Su rabia se podía sentir a través del auricular.

—Tranquila, he visto como te suplicaba mucha gente y no hay nada que hacer contigo. En el hueco del corazón, tú tienes una piedra. *Bye bye* mujer de hojalata.

Si me hubiese despedido en persona, habría salido de allí dando volteretas laterales y riéndome a carcajadas. Me tuve que conformar con colgar el teléfono y lanzarme sobre el sofá. Me sentía liberada.

A los pocos segundos de colgar, mi móvil se puso a sonar. Pensé que igual era Patricia que quería tener la última palabra en la conversación, y le había pasado lo que nos pasa a la mayoría. Se le había ocurrido la respuesta justo después de colgar el teléfono. Pero no, en la pantalla del móvil aparecía

el nombre de Sara.

—¡Hola cariño! ¿Cómo te encuentras hoy? —Sara sonaba risueña.

—La verdad es que bien, amiga. Le he cantado las 40 a mi jefa y he sufrido una catarsis. Ahora me siento relajada. ¿Te acuerdas del masaje que nos hicieron el mes pasado en el spa? Pues así me encuentro ahora, rollo zen. En paz conmigo misma. *Ommmm*.

—Madre mía si me acuerdo. Y también de cuando nos sacaron champán y bombones a las cuatro, que estábamos bonicas con las toallas en la cabeza. Por cierto, a ver cuándo volvemos —se quedó un microsegundo en silencio y volvió a arrancar— Y sobre el tema del trabajo, ¡vaya tela! pues si que te habrás despachado a gusto.

—No veas. Me ha escrito mi compi Luis y me ha dicho que cuando ha colgado, mi jefa ha sacado una muñeca de vudú y se ha puesto como una loca a clavarle agujas. La cabrona las clavaba en los ojos. Y ahora no veo bien.

—No jorobes, ¿eso va en serio? —Sara estaba alucinando.

—Jaja, ¡qué va tía!. Bueno, no creo. Me lo acabo de inventar, pero podría ser. Debe estar muy rabiosa. Yo relajada, ella rabiosa. Por fin se han cambiado las tornas.

—Por cierto, el tema de convertirte en *blogger*, ¿cómo lo vas a llevar a cabo? ¿Tienes algún plan?

—Perfecto Sara, acabas de dinamitar mi relax. No tengo ni idea de cómo ponerme con eso. Estaba esperando. Como me están sucediendo cosas un poco paranormales, igual un día me levanto siendo ya famosa. Cuando recoja el premio diré: “Parece que fue ayer cuando escribí mi primer post”. Y será verdad, hoy lo escribo y mañana me despierto *celebrity*. ¿Cómo lo ves?

—Ese plan no suena muy realista señorita B. Por eso te llamaba. Se me ha ocurrido que justamente mi chica, Ana, tiene un blog y un montón de seguidores en Instagram. Y lo más importante, seguro que te puede ayudar. Por lo menos a ponerte en marcha.

—¿De verdad? ¿Ella me ayudaría? No la conozco aún y ya le estoy pidiendo favores. Va a pensar que no tienes amigas, tienes garrapatas.

—Idiota, ella estará encantada de ayudarte. Si eres mi amiga, ya te quiere. Esas cosas las dice ella. ¿A qué es mona?

A Sara no se lo dije, pero su encoñamiento —en todos los sentidos de la palabra—, cuando yo estaba aún a una distancia considerable de encontrar el amor, me hizo sentir una inmensa alegría por ella y unas ganas terribles de patearle el culo. Aunque despacito, que era muy buena y la quería mucho.

—Seguro que la voy a adorar —le contesté—. Y lo de señorita B ¿a qué viene? Nunca me has llamado así.

—Con B de Beatriz, así se va llamar tu blog. Es lo que decías en la revelación.

—Ah vaya, es verdad. Vaya nombre más simple le he puesto. Como es lo que dijo mi yo futurista, así no me caliento la cabeza. ¿Y de qué voy a hablar en mi blog?

—Pues eso es lo que tienes que pensar nena. Mira, quedamos esta tarde con Ana, y nos tomamos unas cervezas. Pero tú vente ya con una idea.

—Vale, voy a ver qué se me ocurre. Luego te veo S.

—¿Ahora nos llamamos por las iniciales? Vale B.

—¡Has empezado tú!. Vente con A, así la conozco, me ayuda y nos tomamos unas C. Muchos B y A.

—Vale Bea, para ya. No he entendido nada.

—Que nos tomamos unas cervezas. Muchos besos y abrazos.

—Ah vale, te quiero. —Se despidió Sara.

—Y yo a ti, S. Eres una A muy guay. A de amiga.

Sara resopló y colgó el teléfono. A veces me pasaba. Empezaba una broma y no sabía cuándo era el momento de terminarla.

Intenté pensar una temática para mi blog. ¿De qué podía hablar yo?

¿De banca? Aburridooo.

¿De inversiones? Aburridoo. Útil, pero aburrido.

Investigué un poco sobre qué escribían los blogs más leídos.

¿De moda? No sé nada de moda.

¿De niños? No tengo niños.

¿De viajes? Me encantan los viajes, pero si acabo de despedirme del trabajo no era la mejor de las ideas gastarme una pasta viajando. Aunque si cerraba los ojos me podía visualizar en una tumbona, con un caipiriña, en alguna isla preciosa. Pondría una foto del atardecer y la gente le daría millones de me gusta. Como para no gustarles. Eso le gusta a todo el mundo.

Pasé varias horas frente al ordenador cotilleando a las *influencers* del momento. Realmente la cosa estaba bastante clara. Las *bloggers* más conocidas son sobre todo las que escriben sobre moda.

No obstante, también observé que a la gente le gusta el lujo, las personas *cool* y con personalidad, las mamis estupendas de niños de grandes ojos verdes, los famosos y vi varias cuentas dedicadas a los gatos. Gatos con Instagram, el mundo se está volviendo loco.

Había donde elegir pero yo no me veía identificada con nada de eso. Realmente quería realidad en mi proyecto. Ya que empezaba de cero, podía buscar hacer algo diferente y que me siguiesen por ello.

Iba a escribir lo que quisiera con la foto que me diese la gana. ¿Eso era una idea? Si lo era, no estaba muy elaborada, pero es lo único que se me ocurrió tras varias horas de darle vueltas al coco. Me parece que íbamos a tener que improvisar.

Pensando en la temática del blog se me había echado la tarde encima. Me puse unos vaqueros y una camiseta blanca y salí hacia el bar donde había quedado con Sara y Ana. Cuando llegué estaban sentadas en la terraza. Las miré por un instante antes de acercarme a la mesa.

Ana era muy rubia, con el pelo por los hombros y muy liso. Aunque estaba sentada pude ver que no era muy alta. Era guapa. Bueno, más bien atractiva. Tenía algo especial que no sabría describir. Igual era su mirada o más bien la forma de sus ojos. Tenía una mirada felina que le daba bastante rollo.

Sara, por el contrario, era morena y un poco más alta. En este momento tenía el pelo corto, pero a ella le encantaba cambiar de look. Al mirarlas pensé que quedaban bien juntas, hacían buena pareja. Era de esas parejas que son distintas pero que quedan armónicas.

Sara le quitaba una florecita que al parecer se había caído de un árbol y ella le retuvo la mano y se la acercó a la cara en forma de caricia. Les sobraba todo alrededor, con ellas dos se bastaban.

Me acerqué a la mesa y me situé detrás de Sara. La besé en la mejilla mientras la abrazaba.

Ana hizo cara de sorpresa, pero sonrió.

Sara se giró de golpe.

—Joder Bea, ¡qué susto me has dado!

—¿No te gusta que te besen? —Le guiñé un ojo y me acerqué a Ana.

—Sí, claro que me gusta. Me encanta que me besen y que me abracen. Pero no sabía si me ibas a besar o a clavar un cuchillo. Apareces así sin avisar...

—A ver, he pasado justo por delante de la mesa pero estabais en otras cosas. —Sara se sonrojó, Ana no. Me miró con una sonrisa pícaro. Después se levantó para darme dos besos y vi que en el antebrazo tenía un tatuaje. Eran dos flechas que le rodeaban el brazo.

—Mi amiga me ha hablado maravillas de ti. Es un placer conocerte. —

Le dije y me senté en una silla a su lado.

—Lo mismo te digo. El placer es mío. Y por cierto, tu amiga, ella sí que es una maravilla. —Se giró para mirar a Sara, que bajó la cabeza.

—Madre mía, veo aquí mucho amor, ¿no? Y vaya cosas tan bonitas os decís. ¿Te ha puesto al día Sara de mi situación sentimental? Acabo de dejar a mi novio —solté.

La verdad es que no sé por qué dije eso, no quería hacerles sentir mal. Igual mi subconsciente envidioso quería que se cortasen un poquito, o tal vez es que soy patética entablando conversación con gente a la que acabo de conocer. Nunca me sale qué decir. Empiezo a hablarles de usted, al segundo les tuteo y digo muchas cosas sin sentido. Pero bueno, eso es otro tema.

—Ostras sí, ya me lo ha contado, lo siento mucho. —Ana se quedó totalmente cortada.

Bravo Bea, eres una crack —me dije a mi misma—. Traté de arreglarlo.

—Tranquila, en breve me vas a ver saliendo con un actor famoso de esos que quitan el hipo. —Ana me miró con cara de “esa expresión la dice mi abuela”. Pero fue muy educada y no me lo dijo.

—Venga chicas, vamos a tomarnos unas cervecitas y que Bea te cuente su idea, a ver si le puedes ayudar.

Y vaya si me ayudó. De hecho, esa tarde creamos mi blog y también una cuenta de Facebook y de Instagram. A Ana le pareció una idea bastante top decir las verdades que se me ocurriesen. De hecho ella era una tía natural y guerrera. Compartía todas las facetas de su vida. No solo las cosas buenas que le pasaban. Y trataba de dar visibilidad y normalidad a la vida diaria de las parejas del mismo sexo. Había muchas fotos de ella y de amigas suyas con sus parejas. De hecho, Sara salía en su última publicación de Instagram. Estaba de espaldas tumbada en la cama y con una sábana totalmente revuelta que le cubría del culo para abajo. Parecía dormida. Ana había publicado: Buenísimos días.

Acababa de descubrir que con este tipo de fotos es como hoy en día todo el mundo se entera de la vida de todos los demás. Para mí todo esto era una novedad. Como me advirtieron mis amigas, sin redes sociales, me llegaban las noticias con retraso. Ellas me tenían que contar todos los cotilleos, algo que por otra parte les encantaba, porque si fulanita publicaba una foto se enteraban todos sus contactos. Todos, menos yo. Y las tres se peleaban por llamarme primero para darme la primicia. Era como si ellas viviesen en la ciudad y yo

en un pueblo incomunicado al que aún no ha llegado la fibra óptica.

Vale, ahora vamos con mi blog. *Con B de Beatriz*. Entre las tres planeamos mi salto a la fama. Me dieron un intensivo de todo: qué debía publicar, con qué frecuencia debía hacerlo y hasta me enseñaron cuál era mi lado bueno y otros trucos útiles. Para que lo sepáis, en una foto de grupo si tienes la cara redonda debes ponerte siempre un paso por detrás de las demás y así sales más estilizada. ¡Lo que saben estas *instagramers*!

Y luego elegimos un par de temáticas sobre las que debería escribir las primeras semanas. En un par de tardes me pusieron al día de casi todo. Yo iba libreta en mano para que no se me pasase nada. Parecía la típica empollona copiando exactamente todo lo que me decían con puntos y comas.

A partir de ahí volé sola. Empecé el blog presentándome como lo que era, una verdadera analfabeta cibernética. Me ayudó bastante que Ana recomendase seguirme en sus redes. Al parecer ella era un ama del sado y el resto de la gente eran sus sumisos porque empecé a recibir con agrado a muchos de sus seguidores. Supongo que solo me seguían porque lo había dicho ella y era una persona en la que confiaban, pero fuera por el motivo que fuese, aquí estaban. Solo tenía que conseguir que no se marcharan escandalizados al leer mis tonterías.

Me esforcé mucho en escribir mi primer post. Con un punto cómico explicaba cómo estaba flipando con la gente que me empezaba a seguir, mis amigos virtuales: “Hola a todos, no os conozco de nada”. Pero gracias por seguirme.

Me resultó curioso poder acceder a tanta información de la gente. Sobre todo cuando me vieron en Facebook amigos o conocidos y me empezaron a añadir. O todos estaban esperando ansiosos en sus casas a que yo me abriera una cuenta, o lo que era más probable, que al poner mi móvil todos mis conocidos fueron avisados y procedieron a pedirme amistad. Hay que ver como el sr Facebook había creado todo este universo mientras yo había dedicado toda mi vida a contar dinero y ni eso, porque la maquinita lo hacía por mí, yo solo estiraba los billetes arrugados. Sr. Facebook 1, Bea 0.

También me metí a comentar cómo estaba en shock con el comportamiento de la gente *Facebookiana*. Observé como por ejemplo una mujer daba su opinión sobre una noticia acerca de un famoso, y múltiples insultos y faltas de ortografía campaban a sus anchas libremente, sin ningún tipo de control o repercusión. Pensé mandarle una carta al bueno de Mark Zuckerberg y sugerirle que incorporase un diccionario para poder comentar en

el caralibro. Llevaba muy poco tiempo por estos lares y ya había tenido que ir al oftalmólogo de lo que me dolían los ojos: “Haber si os aclarais, que aller en otra noticia salia la amante y decia muchas estupideses”

Pero lo que más me llamó la atención fue la cantidad de gente que compartía absolutamente todo lo que hacen. Desde su desayuno, los recados de la mañana, la comida en su restaurante favorito, sus sesiones de belleza, sus planes al aire libre, sus viajes. TODO. Tres o cuatro fotos diarias en Instagram. En Facebook esas 4 fotos se convertían en 24, porque publicaban el álbum entero.

Tengo una conocida con un perro que había publicado 14 fotos del animal en distintas posiciones. Seis de ellas absolutamente borrosas. El mundo se había vuelto loco y yo no me había enterado. Es una pasada la cantidad de tiempo que pierdes publicando tantas cosas. Si no te dedicas a ello profesionalmente ¿para qué lo haces? Yo aún no lo podía llegar a comprender. Su tía le comentaba todas las fotos:

“Qué bonito mi chico”

“Aquí parece que nunca ha roto un plato”

“Vaya carita de gamberro pone en esta foto”

—Sí, hombre, tía de la criatura, tú encima dale alas.

Cuando publiqué este primer post me sorprendió la reacción de la gente. Al parecer, se confirmaba que yo era un bicho raro. A mi edad, no solo no había compartido nada en redes sociales, sino que tampoco me había metido a cotillearlas desde fuera. No sabía nada de nada. Era como mi abuela. Lo expliqué tal cuál y animé a la gente a que me mandasen cosas curiosas que yo por mi corta trayectoria era poco probable que hubiese visto. Me mandaron vídeos, publicaciones y comentarios de todo tipo. Había cosas divertidas, curiosas y también algunas desagradables, no os voy a engañar.

Al parecer, mi imagen de marciala que no se entera de nada, había caído en gracia y la gente disfrutaba enseñándome cosas raras para ver cómo reaccionaba.

Había perdido mi virginidad virtual y poco a poco iba conociendo más el mundo cibernético, que lejos de disgustarme, me estaba enganchando. Me sentía un poco sola en mi casa desde que había dado carpetazo a mi relación con Carlos, y me refugié en mis nuevos amigos. Compartí con ellos temas del día a día, las cosas que me gustaban, y muchas que me indignaban.

Empecé a entender la razón de que la gente compartiese cosas aunque no les pagasen por ello. Seguramente por la compañía y por sentir que lo que

cuentas interesa. Si un día llegaba a casa y me sentía alicaída y sola, subía una foto de un paisaje precioso con un mensaje poderoso y con los “me gusta” se me iban todos los males. De la misma forma, a veces compartía cosas que no interesaban a mi público, y tengo que confesar que me desilusionaba enormemente, más de lo que podía llegar a entender. Al fin y al cabo unos meses atrás me daba igual que la gente me considerara rara o poco interesante.

Creé mi propio vocabulario:

*Beitástico*: “Un viernes por la noche”

*Beidades*: “La depilación láser es el mejor regalo que le puedes hacer a una hija que cumple 14”

*Beilicioso*: “Gofre con nutella”

*Súperbeilicioso*: “Gofre con nutella y lacasitos por encima”

Mis seguidores empezaron a utilizarlo y me etiquetaban cuando soltaban una *Beidad* o cuando veían algo *Beicensurable* o *Beisqueroso*. En poco tiempo mis *followers* se multiplicaron. El primer día tenía 4 y el segundo, ya tenía 8 pedazo de seguidores. Vale, sí, los principios son durillos. Pero la verdad es que poco a poco logré ir creando una comunidad alrededor de todas las locuras que se me ocurrían. Al mes tenía 500, a los dos meses tenía 3000 y la cifra seguía subiendo como la espuma día tras día.

Me sorprendió ver lo bien que la gente acogía mis temáticas desenfadadas. Para desayunar me tomaba un Beizumo con vitarrisas y les contaba mis cosas con humor e ironía.

Un sábado en el que tuve que asistir a la boda de mi prima hice partícipe a mis amigos de *Con B de Beatriz* del drama que me acechaba a través de un video en directo de Instagram.

Madre: Nena, es que ya tienes una edad que no estás para perder el tiempo.

Tía: Sí, sí, que cuando quieras tener hijos tampoco te creas que es tan fácil. A veces cuesta y cuanto más mayor eres, más se complica la cosa.

Madre: A ver si te vas a quedar soltera como la tía Paquita, y sin hijos, que luego cuando se hizo mayor y enfermó no la quería cuidar ningún sobrino, más triste.

Yo: Pues no estarías muy triste porque tú no la cuidaste. Además ni siquiera tengo ningún recuerdo de ella. ¿La visitábamos en Navidad?

Madre: Hombre que es muy duro cuidar a un abuelo y ya con nuestros padres tenemos bastante.

Abuela: Pues sí, haceros a la idea las dos de que me vais a cuidar, porque yo a una residencia no tengo que ir.

Tía: No mamá, si por ti no va la cosa, hablamos de la tía Paquita, pobre...

Madre: ¿Hermana ves? La mamá se hace la sorda cuando quiere. Mira eso cómo lo ha oído.

Tía: Ya, ya, si es más lista. Bueno nena, tú haznos caso que una chica como tú tiene que encontrar un buen hombre que te cuide.

Yo: Yo me sé cuidar sola y tampoco quiero tener hijos para que me cuiden de vieja. Me estáis deprimiendo un montón.

Madre: Tú ya sabes que yo me preocupo por ti. No quiero que te hagas vieja y estés sola con 4 o 5 gatos.

Yo: Ay mamá qué topicazo lo de los gatos, igual me quedo soltera con 4 o 5 serpientes de cascabel.

Madre: Pues si te entra depresión y tengo que ir a limpiarte la casa, como tengas serpientes o iguanas o cosas raras de esas yo te dejo sola eh. A mi tonterías no, que las serpientes las carga el diablo. ¿No has oído la historia esa de una serpiente que se ponía al lado de su dueño todos los días y es que la estaba midiendo para comérselo?

Tía: Eso le pasó al hermano de mi vecino, el de abajo.

Yo: ¡Vaya casualidad!

Quizá mi destino era ser Bea. Madre de serpientes. Saldría de la ducha con todo el vapor y con mis serpientes encima de los hombros y oye, igual cierta serie de televisión me había influenciado, pero me visualizaba como una tía bastante sexy. Mi madre no había conseguido deprimirme, aunque si las víboras terminaban por comerme, la cosa ya no tenía tanta gracia.

Tres meses después había cambiado mi perspectiva y lo de convertirse en *blogger* profesional cada vez lo veía más sencillo. Había caído en gracia y casi cualquier cosa que publicaba conseguía 500 me gusta sin dificultad. Escribía cada día aunque fueran textos cortos.

Empecé con las Sesiones de belleza de B.

¿Es posible tener un grano con cabeza de pus blanco y no apretárselo?

Hice una encuesta en mis *direct* de Instagram y animé a mis seguidores a subir fotos de los peores granos de pus. Sé que suena asqueroso y pensé que ahí me había pasado, pero oye, de eso nada, la gente estaba encantada de compartir sus granos. A más de uno le tuve que recomendar ir al dermatólogo y dejar de apretarse esas bestezuelas.

Algunas seguidoras comenzaron a compartir sus remedios caseros. Es impresionante la cantidad de cosas que se le ocurre probar al ser humano cuando se siente desesperado. Pasta de dientes, aloe, bicarbonato, alcohol, ungüentos hechos con plantas medicinales, aspirina, limón, vinagre, máscara de canela y miel, claras de huevo, papaya, cáscaras de naranja, fresas y miel, cáscara de plátano, ajo, avena... Prácticamente cualquier cosa que encuentres por tu cocina te la puedes restregar por tu grano purulento y después cruzar los dedos.

El tema del blog me había distraído un poco del asunto de seducir a mi adonis. Sin embargo lo tenía presente en mis pensamientos prácticamente cada hora de cada día. ¡Me había dado fuerte el enamoramiento! Me recordó a mi primer amor. El profesor de gimnasia de mi colegio. Estuve perdidamente enamorada de él desde los 5 hasta los 11 años. En ambos casos el tipo en cuestión no se había percatado de mi existencia cuando mi corazón latía fuerte y desbocado. Era mi sino. ¡Qué dura es la vida de la enamoradiza! En el caso del profe, el amor desapareció por sí solo en sexto curso cuando me obligó a saltar el plinto y el potro y se burlaba cruel cuando en lugar de saltar, me caía al suelo provocando la risa de mis compañeros.

Dejando atrás mi traumático pasado y volviendo al momento actual, llevaba tres semanas soñando todas las noches con Kike. En el sueño, él y yo nos mirábamos y nos abrazábamos. Nos fundíamos en uno de esos abrazos en los que aspiras el olor del otro y sientes que no podrías estar en un lugar mejor que entre esos brazos. Yo me ponía de puntillas y acercaba mi mano para tomar su cara, a la vez que buscaba su boca desesperadamente. Y cuando me acercaba y ponía mis labios sobre los suyos, él desaparecía, como si se tratase de un holograma. Y yo me quedaba sola besando el aire de la calle, ante la cara de estupefacción de los viandantes y las risas de una vieja pedigüeña. La anciana reía a carcajadas dejando ver su sucia y desdentada boca. Era una pesadilla horrible que hacía que me despertase cada día sofocada y con mal cuerpo. La psicóloga que todos llevamos en nuestro interior ya se había dedicado a analizar el sueño. Él se esfumaba en el sueño porque aún no había sido capaz de materializarlo, no había contactado con él, no le había mirado a los ojos, ni olido su pelo. Estaba tan cerca de enamorarlo como la pequeña Bea al profesor de gimnasia, con la salvedad de que en este caso nuestra diferencia de edad no haría que, al vernos, alguien llamase a la policía, o Kike terminase en la cárcel. Lo de la vieja estaba claro, una pequeña parte de mí temía hacer el ridículo más espantoso, y además, seguramente, mi yo interno

conocía el pánico que me daban las personas sin dientes o con los dientes negros, y lo había usado en mi contra.

La cuestión es que había llegado el momento de dar un paso al frente.

Invité a las chicas a mi casa, las necesitaba a mi lado. También se lo dije a Ana. Había demostrado que podía contar con ella, y además era una líder con miles de seguidores. Eso no me venía nada mal, no nos vamos a engañar. A partir de ahora la tendría presente en todos mis movimientos. Era mi mejor nueva *influencer-amiga*.

Llegaron puntuales.

—Adelante chicas. Tomad asiento en el sofá. —Les acompañé hasta que se sentaron, apagué las luces y encendí la pantalla de mi ordenador.

Busqué mi nuevo canal de Youtube, y ahí estaba yo, tumbada en la hierba preparada para lanzar un mensaje:

Hola chicas, alguna vez he escrito en mi blog acerca de lo importante que es tomar la iniciativa en la vida. No esperar a que las cosas pasen, hacerlas pasar. Hay un chico al que me gustaría conocer. Mi mensaje es para el actor Kike Galán. Sé que vienes la semana que viene a representar una función al teatro Principal de Valencia y me gustaría proponerte una cosa. Tengo entradas para ir a verte. Cuando termines, estarás agotado y tendrás que cenar algo. Me ofrezco voluntaria para acompañarte. ¿Qué me dices? Espero noticias tuyas. —Guiño de ojo y fundido a negro.

Definitivamente me había venido arriba. Ya era una *instagramer* flipada en toda regla. ¿Le gustaría a Kike la nueva Beidiva? Pronto lo iba a descubrir.

## .5. SEGUNDO DE YOUTUBER



Terminó el vídeo pero nadie dijo nada. Las chicas continuaban mirando la pantalla, donde ya no salía nada. Permanecieron en absoluto silencio. Se habían quedado en shock.

La primera en hablar fue Marta.

—A ver Bea, ¿esto es real? ¿Has publicado eso en internet?

—¡Madre mía! Sí que te ha cundido el minicurso que te dimos. ¡Estás lanzada! Ya tienes canal de Youtube y todo, y por lo que veo con un montón de suscriptores —me dijo Ana impresionada.

—Algún día hablaremos de por qué no me pediste ayuda a mí para todo este tema de las redes sociales. No sé si sabes que yo tengo 5.000 seguidores en Instagram. —Daniela parecía molesta y no trataba de ocultarlo.

—Bueno, no pasa nada. Le ayudé yo, que tengo 25.000. —Dani le lanzó una mirada furiosa a Ana, que parecía divertida con la situación.

—Oye no os descentréis —Sara intentó rebajar la tensión del zasca que le acababa de dar su chica a Dani—. Acabamos de ver a Bea pidiéndole una cita a Kike. No sé vosotras, pero yo estoy flipando.

—Siii. ¡Ole tú! ¿Desde cuándo está publicado? —me preguntó Marta.

—Pues realmente lo acabo de subir justo antes de que llegaseis. El vídeo lo he grabado de puntazo. Me enteré de que venía Kike y no voy a tener una oportunidad mejor de intentar conocerlo. Seguramente va a pasar de mi culo, pero bueno. Yo les he pedido a mis contactos y a mis seguidores que lo compartan por sus redes. A ver si le llega. Chicas, voy a sacaros algo de picar que estaba tan impaciente porque vieseis el video, que no os he ofrecido nada. Soy una anfitriona horrible.

Me dirigí a la cocina y oí los tacones de Daniela siguiéndome.

—Ey, Dani. ¿Qué opinas de la chalada de tu amiga?

—¿Chalada? una flipada es lo que es. Y de mi amiga nada. Que sea la

pareja de Sara no la convierte en mi amiga.

—Tía, estaba hablando de mí misma. Que parezco una loca mandando mensajes a desconocidos guapos y famosos. No sabía que Ana te caía mal. ¿Cuándo se ha formado este mal rollo en el grupo? A mí estas cosas no me gustan.

—Ha empezado ella. Va de diva. No la soporto. No sé que ha podido ver Sara en ella.

—Pues a mí me parece una tía guay. Está claro que tiene personalidad. La chica mola, y lo sabe, pero eso no es malo. Además, a Sara la trata genial, que es lo que nos tiene que importar a ti y a mí. —Cogí papas y aceitunas para servir las en un bol.

—Oye, oye, ¿qué dices de que mola? A mí no me mola nada. ¿Ahora va a ser tu mejor amiga? Igual te cae mejor que yo.

—Jajajaja, Dani mi amor. Eres una celosa. —Me reí a gusto— Tú eres mi flipada favorita. Nadie te va a quitar el puesto. Anda ayúdame a sacar todas estas cosas.

Salimos hacia el salón con dos bandejas llenas de refrescos y aperitivos.

—Por favor Dani, intenta conocerla mejor. De verdad, te digo yo que es una tía maja.

—Bueno, pero como me pegue otro corte no respondo. Le voy a decir a Sara que tiene el gusto en el ojetito con las mujeres. Y que habrá que votar si entra en el grupo o no. Mi voto, así a priori, es NO.

—¿Qué estáis debatiendo perris? Yo también quiero votar.

—Pues Sara, estábamos votando si a Bea le ha crecido el culo, porque estos pantalones le están un poco apretados. Mirad que forma de melocotoncito le hacen. Yo creo que sí —dijo Daniela. Le lancé una mirada de ¿¿En serio?? ¿No se te ha ocurrido otra cosa?

Y Daniela telepáticamente me dijo: Tenía tu culo delante. Es lo que hay.

—Pero si acabas de votar que no. —A Ana, que estaba atenta a la conversación, no se le escapaba una.— Bea estás estupenda.

—Eso se lo digo yo a mi amiga de broma. Porque Bea es mi mejor amiga. Y claro que está estupenda, ella siempre está genial. Daniela apartó con brusquedad un almohadón del sofá y se sentó.

A Dani le sonó un wasap. Sacó el móvil de su bolsillo. Era un mensaje de Sara:

“¿Se puede saber qué te pasa? Te estás comportando como una mema”. Al texto le acompañaba una carita roja de enfado.

Daniela le contestó con unos emoticonos de sevillanas y la caca sonriente persiguiendo a las sevillanas.

“Una caca ¿¿en serio??. Pues ahora verás”. Sara sacó a pasear el emoticono que levanta el dedito del centro.

“La morcilla se ha clavado”. El mensaje de Daniela no tenía ningún sentido.

“Esta conversación es un poco surrealista. ¿Puedes dejar de decir idioteces Dani?”

“Quería poner la mierdecita se ha colado, el puto diccionario me la ha vuelto a jugar. *Emoji* de monito que se tapa la cara y manitas de pedir perdón, una bandera y un pato. No encuentro *emojis* de palomas. Pero es la bandera de la paz. Corto y cambio”.

—Bueno, Bea, ¿sabes la repercusión que va a tener todo esto? ¿Qué vas a hacer si Kike ve tu mensaje? —Daniela había dejado su conversación *whatsappera* con Sara, y su rifirrafe con Ana, y volvía a ejercer de amiga.

—Pues tendré que preparar una cita. La verdad es que no lo he pensado en frío. Por eso os lo quería enseñar. Para ver qué opinabais. Pero no os lo quise decir antes de grabar el vídeo, por si me decíais que era una idea horrible y que no me iba a contestar. Ay, sé que estoy hablando súper rápido. Pero es que estoy muy nerviosa. No creo que haya sido buena idea, porque ahora como tarde en contestarme me da algo... Pero ya sabéis que mi nuevo estilo de vida se basa en el mantra “Si lo quieres, a por ello. Más vale intentarlo y fracasar que nunca haberlo intentado”

—Es un buen mantra —Sara me guiñó un ojo—. Ahora, solo queda esperar.

—La verdad es que cuando hago caso a mis impulsos, me siento segura y decidida. Pero lo pienso cuando se me ha pasado la euforia, y me dan ganas de eliminar todo lo que he publicado, hacer un agujero en el suelo, meter la cabeza y sacarla dentro de dos o tres años. Cuando se me haya pasado la locura de enamorar a Kike. Cuando haya olvidado las sensaciones de aquella noche. Cuando todo volviese a ser tranquilo y seguro. ¿Soy una farsante? La gente me sigue porque se cree que soy una todoterreno a la que no le da miedo nada. Creen que soy valiente y que no titubeo. Que cuando quiero ir a por algo me lanzo, y no me detengo hasta conseguirlo. Y una parte de mí es así.

Pero hay otra Bea que ellos no ven, que solo comparto con vosotras. Una chica a la que se le pone un nudo en el estómago y está cagada de miedo. Una

que solo hace que ver a la pedigüeña desdentada riéndose.

—No eres una farsante. Eres humana. Hasta ahora has dado un montón de pasos y has tomado muchas decisiones que te convierten en una persona valiente. Es normal que al exponerte tanto te entren los tembleques, porque el miedo al rechazo y al ridículo están en nuestra naturaleza. Pero hay una diferencia entre los valientes y los cobardes. Y eso es tu mantra. Los valientes sí lo intentan. —Sara lo explicaba serena y convencida, me transmitió mucha paz—. Lo de la desdentada no lo he pillado, lo siento cariño. No sé si es una metáfora o qué, pero se me ha escapado.

—Cosas mías, reina, no hagas caso. Tengo sueños con viejas sin dientes que se ríen de mí. Debe ser el subconsciente o que me toca ir al dentista.

—Sara se nota que eres psicóloga. ¡Cómo hablas cabrona! Claro que es normal que estés cagada Bea —me dijo Daniela—. Te has vuelto súper loca en los últimos meses, pero muy pirada. Estaba mirando el video y digo menuda amiga tarada que tengo. Pero tú imagínate que mierda de quedada hoy si no hubiésemos visto tu video y lo hubiésemos podido comentar. La mejor anécdota que iba a contar yo, es que el domingo pasado tuve que hacerle las fotos a un nano que tomaba la comunión en la Iglesia de su colegio. De repente estornudó y dos velas como dos soles salieron de su nariz. El nene trató de ocultar los mocos poniendo las manos en posición de rezar. No pudo despegarlas en toda la ceremonia. No dio ni la paz a sus compañeros, no podía separar las manos. Eso iba a contar yo. A mí me das la vida con el giro que ha pegado tu vida.

—Madre mía, perdón por interrumpir. —Marta pegó un brinco en el sofá—. Pero acabo de ver que una amiga del gimnasio que no te conoce, ha compartido tu vídeo. Me acaba de salir en mi muro de Facebook. Esto marcha, Bea. Y respecto a lo que explicabas, lo que sientes es lo normal. ¿Acaso hay alguien en el mundo capaz de tomar decisiones y asumir retos sin dudar, ni por un segundo, de si la decisión que ha tomado es la correcta?, ¿de si lo ha hecho en el momento oportuno?, ¿de si debería haber esperado más o menos? Si hay alguien así que se me aparezca y me guíe.

—Yo a veces dudo hasta del color de bragas que me he comprado. ¿He hecho bien comprándomelas negras? Son más sexys, pero también se me clarean más a través de la ropa. Luego tiro a devolverlas y ya no me dejan, porque no se puede devolver la ropa interior. Pero fijo que mi culo está más limpio que algunas manos. Sabéis que la higiene íntima es fundamental para mí.

—Vaya ejemplo Dani, menos mal que estás tú aquí para que no nos pongamos demasiado metafísicas —le dije divertida.

—Pues, por lo menos en tu caso, si te equivocas y la lías solo te afecta a ti —comentó Marta—. Cuando tienes hijos la incertidumbre de si estás haciendo las cosas bien o mal ya es la leche. Por lo menos yo vivo atemorizada por crear un monstruo o una niña infeliz. Que la cría esté poco protegida y le pase algo, sobreprotegida y sea una inútil, que le falte de algo y esté traumatizada, que tenga de todo y no valore nada. En el punto intermedio está la clave, pero vaya, a ver quién lo atina. Lo de los niños es un tema aparte, ¿verdad Sara?

—Sin lugar a dudas. Saber que dependen totalmente de ti y de las decisiones que tomes da mucho miedo. Y encima, en esto de la maternidad, todo el mundo se mete a opinar o a juzgar.

—Yo no tengo hijos, pero me pasa lo mismo con mi perrita. A veces creo que me toma el pelo, es más lista. Y no quiero que me tome la medida. Ahora es un cachorro y la educación es clave —sentenció Daniela muy seria.

—No se puede comparar un niño con un perro —le contestó Ana, en tono cortante.

—¿Quién lo dice? Hago muchos reportajes de bebés y son prácticamente como los cachorros: Lloriquean, babean y como los dejes dormir en tu cama un solo día, ya no los sacas. A decir verdad, me pasó lo mismo con un tío moñas con el que salí una temporada. Se quedó un día a dormir en casa y no había forma de sacarlo. Joder, ¡qué pesado era! ¿Cómo se llamaba? Ah sí, Bobby.

—¿Y ese nombre no te hizo sospechar? —le pregunté divertida—. Esto es lo que más me gusta de mis amigas. Tengo de todo con vosotras. Tengo a las sensatas que me saben guiar y alguna chalada que me hace reír y consigue que se me pasen los agobios.

—Sobre todo piensa que en el peor de los casos Kike te va a ignorar. No pasa nada de nada. Tengo un plan. —Daniela se frotó las manos y me recordó a Gargamel, el hechicero malo que salía en los Pitufos—. Diremos que se te metió un virus en el ordenador, uno de esos virus chinos mortíferos. Te llegó un mail que decía ser de la Agencia Tributaria y te exigía el pago de 14.000 euros. Era jodidamente idéntico a los que mandan los organismos oficiales, así que lo abriste. Virus dentro. Automáticamente apareció ese vídeo que tú no has grabado con el mensaje de que si no reenviabas el vídeo a todos tus contactos te caería una maldición y te quedarías en la ruina. Hoy en día la gente se cree

cualquier cosa respecto a los virus y los hackers. Y con esta solución que te acabo de dar, se confirma que yo soy la amiga sensata que te aconseja.

—La verdad es que a veces tienes gracia Daniela. Tengo que reconocerlo —le dijo Ana.

—Gracias, nueva. Vas a ser la nueva una temporada. Te tengo en observación.

—Bueno —Sara se echó a reír—. Mirad lo que ha pasado. He publicado tu video nada más nos lo has enseñado, y ahora estoy viendo que mi madre lo ha visto. Lo de mi madre y el Facebook es la leche. No se aclara. Ha pedido a sus amigos que compartan el vídeo, que es de una amiga mía que invita a cenar a un chico. Luego añade: “Mira, Teresa, qué moderna la chica que ha invitado ella al muchacho” Después hay dos publicaciones más “Hija si lees esto pásate por casa que tengo un *tupper* con lentejas para ti. Bueno mejor trae tú el *tupper* que ya no me quedan porque no me los devuelves. Traémelo aunque sea sucio y ya lo lavo yo.” Y luego ha felicitado a su amiga Amparín por su cumpleaños.

Y lo mejor es que no ha compartido el vídeo. Es un puto desastre. Lo siento Bea, pero si te contesta Kike, no será gracias a mi madre.

—Por favor, ¡qué buena es! Me meo con ella. El otro día me mandó un privado con recetas de cocina. ¿Sabes por qué? ¿O es que se las manda a todos? —preguntó Daniela.

—La verdad es que piensa que estás muy delgada y que igual no te alimentas bien. Siempre me está diciendo que te lleve a comer a su casa. En su casa engordas fijo, te ceba como un cochino.

—¡Ah vale! Ya he descubierto su plan de convertirme en bolita. El tocino, el chorizo y la morcilla eran los ingredientes más *light* que salían en sus recetas. De todas formas, dile que gracias a Dios, mi imponente físico me viene de serie. Yo como a rabiar y no engordo casi, aunque también me machaco en el gimnasio. Pero vamos, que estoy fuertota, aunque no lo parezca. Puedo romper una tabla de madera con las nalgas.

—La movida es que no sabe dónde escribe las cosas, igual le quiere escribir a alguien y lo pone en su propio muro. El otro día le puso en el muro a mi hermana Elsa un vídeo que decía como mejorar las hemorroides, porque la pobre estaba jorobada después de su segundo parto natural. Mi hermana estaba súper cabreada, porque lo vieron sus contactos del trabajo. Mi madre es un peligro con las nuevas tecnologías, pero es que la mujer ya tiene 67 años. Ya veremos lo que hacemos nosotras a su edad.

—Cariño, pues no sé cómo le vamos a contar lo nuestro. Me ha parecido un poco antiguo el comentario de que los hombres tienen que invitar a cenar a las mujeres. ¡Ya no estamos en los años 50! —Ana parecía indignada.

—Bueno, no te preocupes por eso ahora. Ya se lo diremos. —Sara le cogió la mano cariñosamente—. Mi madre es un poco antigua, pero es buena persona y me quiere mucho. Y a ti te va a querer también seguro.

—Eso espero —le contestó Ana y le plantó un beso en los labios.

Estuve charlando con las chicas un buen rato más. Después Marta, Sara y Ana se marcharon, ya habían abusado demasiado de los respectivos canguros. Entramos en mi habitación y Daniela fue directa a mi armario.

—A ver Bea déjame que eche un vistazo, tenemos que encontrar algo para cuando vayamos a ver a Kike al teatro y si acepta la cita que le has propuesto, apaga y vámonos. Tienes que deslumbrar. —Abrió las dos puertas de par en par y empezó a sacar perchas.

—Uff este vestido es muy soso. Esta falda demasiado larga. ¿Acaso eres una monja? Yo pensaba que no, pero oye corrígeme si me equivoco— Daniela sacaba mi ropa a toda velocidad del armario, y la lanzaba contra la cama y el suelo. Yo iba detrás tratando de recogerlo todo y evitando que se arrugase. No me apetecía tener que planchar después. Era la faena de la casa que más detestaba.

—Nena esto es feo de cojones. ¿Qué color es este? El color ocre a ti te queda como el culo, no te resalta nada, parece que estés enferma.

—Oye Dani, no me jorobes, que me lo compré la semana pasada.

—¿Y cuánto te costó?

—50 pavos.

—Ahora, enseguida, buscas el ticket y lo devuelves.

—¡Pero si ya lo he estrenado!

—Pero vamos a ver ¿tú no haces como todo el mundo que te escondes la etiqueta y llevas la prenda a ver qué tal te apañas con ella un par de veces o tres? Porque perdona que te lo diga pero es lo que hay que hacer. Porque cuando te lo pruebas en la tienda te miras en unos espejos que están totalmente trucados, y te ves súper estilizada con la dichosa ropa, pero cuando te miras en el espejo de tu casa la cosa cambia. Puedes parecer fácilmente un botijo. Seguro que en el espejo que te miraste tenía hasta un filtro y por eso no te diste cuenta de que con ese color parecías Morticia Adams.

—Pues no, yo me compro la ropa y cuando me la voy a poner le quito la etiqueta. Llámame loca —le dije irónicamente.

—Pues sí, te llamo loca y te llamo inconsciente también. Hay que usar la ropa, porque al poco tiempo igual te das cuenta de que la cremallera del vaquero que tanto te molaba, se baja cada dos por tres, o la tela de los bolsillos se asoma a ver la luz del día, porque el pantalón no está bien cosido. Lo cual tampoco es censurable, que bastante hace la china de turno para lo poco que le pagan. Y acabas gastándote 20 euros en arreglar un pantalón que te costó 15. Negocio redondo.

Bueno, no me distraigas, que tengo faena con este despropósito de armario. —Daniela continuó escudriñando mi armario—. Vamos a ver, alma de cántaro, ¿En qué estabas pensando cuando te compraste estos pantalones? ¿Quizá te planteabas comprar una máquina del tiempo y volver al pasado? Porque esto se llevaba en otro siglo. Y vale que todo vuelve, y se lleva el rollo *vintage*. Pero esto ya es pasarse. ¿Es ganchillo? ¿Te lo hizo tu abuela y tiene un valor sentimental? Vale, da igual, no me cuentes nada. Ya he visto suficiente. Esto es un típico caso de un armario lleno de nada que ponerse.

—Pues a mí me gusta mi ropa —le dije ofendida.

—Te gusta tu ropa como propósito para cubrir tu desnudez. Eso te lo compro. Pero para ligarte a un actor no puedes ir vestida con esos trapos. ¿Me explicas qué es esto?

—Pues esto es una camiseta muy cómoda que yo uso de pijama, con el pantalón de chándal que tienes en tus manos. ¡Espera! ¿Qué haces con él?

—A la basura que va. La camiseta y el pantalón. Los dos juntitos, así se hacen compañía. No puedo pasar el tema de que acumules cosas que no eres capaz de tirar y te las pongas de pijama. Esta camiseta es fea y si no es digna para ir por la calle no alargues su vida por más tiempo. Despídete de ella. ¿La usaste antes para hacer ejercicio? Porque es el típico ciclo de vida de las camisetas: 1. Camiseta de calle. 2. Se me ha hecho un poco fea pero me la pondré para el gimnasio. 3. Está fatal, pero me da pena tirarla. La usaré para dormir.

»No, rotundo. Al gimnasio con ropa bonita o como mínimo fosforescente. O te cortas la camiseta y enseñas carne ¿de qué vas?.

»Mañana nos vamos de compras tú y yo. ¡Y recoge este cuarto señorita, que está hecho un desastre! —Dani salió riéndose del cuarto.

Le lancé una zapatilla a la cabeza pero no logré darle.

—La verdad es que lo del ciclo de vida de las camisetas me parece una gran beidad.

—Esta noche lo publicas, pero me nombras y verás como tienes más me

gusta que con las ideas de la rubia de bote, chocho morenote. Tú ya sabes a quién me refiero.

—Sí, como para no saberlo. No le das tregua a la pobre Ana. Dani, en serio, que yo estoy muy cómoda con mi ropa y me gusta mucho. No me vuelvas a tirar nada a la basura que vamos a tener un problema.

—Esa es la actitud. Seguridad en ti misma. Estaba un poco de cachondeo, pero sí que me apetece que vayamos de tiendas. Buscaremos un par de prendas top y las combinaremos con las tuyas. Refrescarás un poco tu ropa ya verás. Y elegiremos algo con lo que te sientas cómoda, no pretendo disfrazarte. Soy consciente de que la mejor arma que puede tener una persona es la confianza en sí misma y ser fiel al estilo de cada uno es lo que te da esa seguridad y te ayuda a pisar fuerte y con ganas. Tú confía en mí.

—A veces hablas en serio y todo —le dije sorprendida.

—Sí, pero no te acostumbres.

Al día siguiente vi como mi vídeo había dado muchas vueltas por las redes, pero como era de esperar, no tenía ninguna noticia de Kike y eso era lo que más me importaba.

Estaba viendo la tele y empecé a oír unos pequeños golpes que no sabía de dónde procedían. Bajé el volumen del televisor y me paseé por todas las habitaciones para ver si oía el sonido más cerca o más lejos. Cuanto más me alejaba del comedor más lejos lo oía. Frío frío. Así que volví hacia el salón. Caliente. Me acerqué hacia la ventana. Caliente caliente. Y ahí estaba el ruido.

El ruido era Dani sentada en su moto con el casco en una mano y lanzando piedrecitas a mi ventana con la otra. Desventajas de vivir en el primero. La gente de la calle está muy cerca de mi casa. Y las amigas chaladas te pueden lanzar cosas. Abrí la ventana.

—¿Por qué no llamas al timbre y me hubiese enterado antes de que estabas ahí abajo?

—Me parecía más romántico tirarte piedrecitas. Además estaba haciendo tiempo a ver si me cruzaba al vecino guapo. —Me pareció que Dani me guiñaba un ojo, pero quizá solo le molestaba el sol. Desde mi altura no la veía bien.

—Vale, pues ya bajo, espera —le grité y cerré la ventana.

Justo en ese momento el susodicho salió por el portal hacia la calle. El susodicho es el vecino. Se quedó mirando a Daniela pero no le dijo nada.

—Oye, oye, espera —le gritó Daniela y salió a su encuentro—. Mira, que yo quería disculparme por lo que pasó el otro día con mi hermana.

—¿Tu hermana? ¿No eras tú la que se puso a chillarme enfurecida?

—Uy, no, ¡qué va! ¿No te ha dicho tu vecina Bea que tengo una hermana gemela que está un poco trastornada? Es que tiene un carácter la tía... Perdona. Yo soy mucho más tranquila, ya sabes, de las que piensa que todo tiene solución si se habla tranquilamente.

—La verdad es que me pareció bastante maleducada.

—Sí, sí, lo es. No tengas duda. Aunque claro, según dice ella, no estaba tapando la puerta del garaje. Siempre según su versión, podías salir perfectamente. Cabías de sobra, pero eso es lo de menos.

—Bueno, eso habría que verlo, yo creo que no cabía.

—Vale, pues no cabías, no pasa nada. Total eso lo decía mi hermana que ya te habrás dado cuenta de cómo es. Si quieres lo discutimos cenando hoy.

—Bueno, la verdad es que hoy tenía algo que hacer. Tenía una cena de trabajo.

—Ah vale, pues nada, olvídalo. Si total, ahora que lo pienso, yo también tenía planes. Venga, nos vemos.

—Bueno, espera, pero el próximo sábado sí que puedo. Si te apetece... Podías darme tu número o te lo doy yo. Héctor, 622...

Daniela no le dejó terminar.

—Ya tengo planes. Te paso mi número, pero ando muy liada últimamente.

Daniela sacó un boli y un papel de la mochila de cuero que llevaba colgada a la espalda, escribió su teléfono rápidamente, hizo una bola y se la lanzó.

Héctor se apresuró a cogerla.

—Te llamo, ¿vale? Nos vemos pronto.

Daniela se acercó a mi lado. Me había mantenido un poco alejada para darles intimidad.

—¿De verdad tienes planes para el sábado? —le pregunté.

—Pues claro... que no.

—¿Y por qué le dices eso? Si estabas deseando tener una cita con él.

—Ay mi pequeña *padawan*. ¡Te queda tanto por aprender! El pavo me ha dado un no por respuesta cuando le he dicho de quedar hoy.

—¡Porque es muy precipitado! Es normal que hoy no le viniese bien.

—Pues nada, el señor ocupado ahora tendrá que esperar. Son pequeñas técnicas psicológicas para que pique el anzuelo.

—Bueno, tú sabrás lo que haces.

—Tranqui mushashaaa, que está todo controlado. Anda, sube a la moto. Aunque con esa faldita que llevas se te va a ver hasta el carnet de identidad.

Daniela y yo nos pusimos los cascos y nos dirigimos hacia el centro de la ciudad. Si ya me gustaba poco subir en moto, con Dani aún menos.

Era una motorista muy nerviosa, pasaba por todos los huecos hasta por los más chiquititos. Siempre tenía que estar en primera fila, y cuando el semáforo cambiaba a verde, salía disparada como si de una carrera se tratase.

—¿Por qué piensas que voy en moto? Para comerme colas te aseguro que no —me dijo gritando cuando paramos en un semáforo.

—Ya, pero es que no tenemos ninguna prisa y piensa que en la moto la carrocería somos nosotras.

—De eso nada, ¡la carroza eres solo tú! Te tengo que presentar a mi abuela. Vestís igual y habláis igual. ¿Te mola el bingo o qué?

No me dio opción a respuesta. El color verde le hizo salir despedida. Todos los semáforos deberían ir del rojo al amarillo y luego al verde, por favor. Necesito tiempo para prepararme psicológicamente para lo que me espera.

Al poco tiempo otro semáforo cambió a rojo. Daniela pretendió saltárselo pero al final se lo pensó y frenó bruscamente.

—Por favor, ¿será necesario tanto semáforo? Es que encima están totalmente descoordinados. Eso es que ya se ha puesto un listo a toquetear los semáforos y lo ha organizado para que en la misma avenida cuando uno se ponga verde el siguiente rojo, el siguiente verde y el otro rojo y así sucesivamente. Daniela se quedó mirando algo y el semáforo cambió por fin.

Pero en esta ocasión Daniela no salió como un miura. Estaba observando al coche de al lado. En él iban cuatro chicos de unos 20 años y habían empezado a hacernos gestos obscenos con la boca. Iban dos delante y dos en el asiento de detrás. Uno de los de detrás se levantó y procedió a bajarse los pantalones y hacer lo que se conoce como un “calvo”. Pero en su caso era un “peludo”. Restregó todo el “peludo” por la ventanilla, mientras su compañero de al lado le daba golpes suaves y todos se reían. El conductor sacó la cabeza por la ventanilla y gritó: “Si queréis calipo de lomo lo tengo de oferta”, y salió disparado con el coche.

—¡Serán mamones! Agárrate bien —me dijo Dani.

Arrancó la moto y se lanzó directa hacia el coche de los graciosillos. Empezó a arrimarse a ellos, pero lejos de incomodarles parecían muy divertidos.

Daniela los siguió durante varias calles. De hecho, nos habíamos desviado de nuestro trayecto. Yo estaba bastante agobiada y me pareció ver a Kike al girar la esquina.

—Para tía, Dani, que creo que Kike está ahí —le grité mientras trataba de localizar al chico que me había parecido mi amor—. Sí, es él, ¡qué casualidad!. Para, vamos, gira a la izquierda —yo seguía gritando a Daniela, porque aunque ahora estábamos en una calle poco transitada, ella seguía conduciendo muy deprisa.

—Calla, que será una alucinación de las tuyas. Los macarras esos se han metido a la derecha. Míralos ahí están al final de esa calle.

El coche paró. Al parecer estaba dejando al copiloto en su casa.

Dani paró unos metros delante del coche y se bajó de la moto.

—¿Qué vas a hacer? ¿Puedes dejarlo estar por favor? Tenemos cosas que hacer y esos tontos nos están haciendo perder el tiempo. Y estaba Kike, estoy muy enfadada contigo. Vamos, da la vuelta, que aún lo pillamos.

—Tú cállate y espera aquí. —Cuando se ponía tan mandona me caía fatal.

Daniela se acercó a ellos. Yo no oía lo que decía, pero vi que los chicos se reían con ella. No podía entender cómo podía estar de cachondeo con ellos con lo enfadada que estaba. Estaba apoyada en el coche y movía la mano con fruición, mientras sonreía y movía su larga cabellera rubia.

De repente, el chico del “peludo” salió. Me pareció que Dani bromeaba sobre su culo y él lo puso un poco en pompa. Dani se acercó y le metió una patada gigante y el chaval se fue de morros directo contra un árbol. Luego ella les dijo algo y los cuatro se quedaron mirando la zona donde había estado apoyada Daniela.

Dani empezó a correr hacia la moto. El conductor la perseguía insultándole. Un viandante se preocupó por ella y retuvo al chaval, así que vino andando tranquilamente hacia la moto, se montó, se puso el casco, les sacó el dedo del medio y se piró, bueno nos piramos.

—¿Qué has hecho Daniela? —le pregunté cuando nos alejamos y ella pudo oírme.

—Pues nada, lanzar al *enseñaculos* contra el árbol. Al imbécil le he hecho creer que me he puesto cachonda con su culo y que lo quería acariciar. ¿Te puedes creer que se lo haya tragado? ¡Qué tío más patético! Ah y con mi llave de la moto les he dibujado una polla con los huevos y el culo. Así ya no tendrán que enseñar sus intimidades, las llevan a la vista. También les he

hecho una D gigante. Mi marca personal. —Daniela dibujó una D con la mano en el aire como si la Z del zorro se tratase.

—Pues nada, espero que te hayas quedado a gusto. Con tu plan de venganza has impedido que pueda ver a Kike. A ese tipo de gente lo mejor es ignorarlos. Bastante desgracia tienen ya de ser tan retrasados.

—Pues no. Yo personalmente estoy harta de tener que soportar obscenidades de cualquier descerebrado. Igual pegarle una patada y rayarle el coche no es una muestra de madurez, pero por lo menos se les han quitado las ganas de reír. La mayoría de las veces intentamos ignorarles y hacer como que no ha pasado nada por mucha rabia que nos dé. ¡Ya está bien hombre! Y dicho esto, venga, vamos hacia el centro, a ver si no nos volvemos a dispersar, y de paso damos una vueltecita y buscamos a tu chico.

—¡A buenas horas! —le contesté—. Si ya era complicadísimo haberlo visto una vez desde la moto de una loca a toda velocidad, lo voy a ver dos veces.

Daniela resopló. Aparcamos la moto y andamos unos metros hasta la calle Colón.

—Nena, me meo viva. Voy a buscar un baño, ve dando un garbeo a ver si fichas algún conjuntito interesante a la par que sexy.

Me quedé sola mirando un escaparate y visualizándome con algunas de sus prendas. Me imaginé con un precioso vestido largo de seda azul de la mano de Kike paseando por la playa. En mi imaginación, el sol estaba cayendo dibujando un paisaje precioso, con la luz del atardecer reflejándose en el mar. Los ojos verdes de Kike clavados en mí me hipnotizaban. No podía dejar de mirarlos.

De repente, oí voces a mi alrededor y volví de mi ensoñación. Y vi esos ojos. Los ojos verdes. Mirándome. Mirándome fijamente.

.6.

## CON K DE KIKE



Era él. Kike Galán pasaba a escasos centímetros de mí y me miraba como intentando hacer memoria, como si también pensase que me conocía de algo. Iba con otro chico, menos alto que él, menos elegante que él y también menos guapo que él, que no paraba de hablarle gesticulando mucho. Kike no le escuchaba, parecía encontrarse en la misma nube lejana en la que flotaba yo. A unos cuantos miles de kilómetros de distancia. En un universo paralelo. Donde no existía el sonido de las voces de la calle, y solo se escuchaba una música de ambiente muy tenue.

Kike llegó y Kike pasó. Aunque despacio y girándose para mirarme. Intenté andar hacia él, pero mis pies estaban clavados en el suelo. Como si me hubiese hundido en cemento en proceso de secado. Intenté hablarle, pero no salió ni un solo sonido de mi garganta. Me quedé ahí, quieta, viéndolo marchar. Alejándose. Cada vez más pequeñito. Hasta que desapareció.

Cuando dejé de verlo pude despegar los pies del suelo. Anduve un poco para que me diese el aire. Me temblaban las piernas y me sentía mareada. Me senté en el suelo. Temía desmayarme.

Tras un par de minutos apareció Daniela, y corrió asustada hacia mí al verme tirada en el suelo.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquila. Solo me sentía mareada. Acaba de pasar Kike y me he quedado petrificada.

—¿Kike? ¿De verdad? ¿Voy a buscarlo? Mira que sabes que yo voy, y te lo traigo a rastras. Aunque lo tenga que coger de los pelos. ¿Por dónde se ha ido? —Daniela miraba hacia ambos lados como una posesa.

—No, a saber dónde está ya... Ha sido súper raro Dani. Nos mirábamos los dos como si nos conociésemos. Yo quería hablarle, pero es como si mi cuerpo me hubiese abandonado. Mi mente trataba de comunicar con el cuerpo

y no obtenía respuesta. No me salía la voz, y tampoco me funcionaban las piernas.

—Te has quedado en trance. Seguramente tu espíritu habrá volado a encontrarse con el de Kike y por eso el cuerpo físico no te respondía. Es una teoría metafísica que tengo yo. Nuestros espíritus son libres y van más allá del mundo material. Igual el alma de Kike y la tuya ya se han fundido en un solo ser, aunque no te hayas dado cuenta y te ha parecido que te ha dado un aire y que te has quedado petrificada. ¿Nunca te he explicado a qué atribuyo yo los *déjà vu*?

—No, la verdad es que no —le contesté sin prestarle mucha atención.

—Pues yo creo que nuestras almas viven historias como la de ahora y a nosotros solo nos queda una sensación. Y cuando volvemos a sentir o visualizar algo parecido es cuando pensamos esto ya lo he vivido. *Déjà vu* al canto. Si es que yo en otra vida creo que fui filósofa. Seguramente en la época de Platón. El mito de las cavernas se me podía haber ocurrido a mí perfectamente...

Daniela seguía hablando sin parar pero yo ya había dejado de escucharle. Paseaba la vista por los alrededores con la esperanza de que Kike volviese a reaparecer en carne y hueso, o aunque fuese solamente en alma como decía Daniela. Pero todo había vuelto a la normalidad. Allí solo había personas paseando a perros, padres con hijos y gente cargada con sus bolsas de compra.

Visualicé la moto de Dani y me llamó la atención ver algo apoyado en la rueda trasera.

Se lo comenté a mi amiga, que parece que había vuelto por fin al mundo físico y se acercó para ver qué era. Era un sobre cuadrado, y con letras grandes se podía leer: Para B. de K.

El corazón me dio un vuelco.

Daniela vino corriendo con la carta en la mano.

—Bea, tía, es una carta para ti. Es de Kike. ¡Ábrela! ¡vamos!.

—¿Qué raro Dani! ¿Cómo ha sabido que era tu moto? ¿Él ha venido y la ha dejado ahí apoyada?

—Bueno, como si lo ha traído una paloma mensajera, ¡qué más da! Lo importante es que es suya.

—Eso tampoco está tan claro, igual no es de Kike.

—Uy no, ¿de quién va a ser? Igual es de Kevin ¿Conoces a alguno?, o de Klaus. Sii, seguro que es de Santa Klaus. Fijo que al gordo de barba blanca le

han surgido dudas con tu carta navideña, y te ha escrito para confirmar si quieres la Nancy o la Barbie.

—Santa Claus es con C graciosa

—Ale pues otro descartado. ¿La lees o qué?

Me quedé mirando la carta y empecé a sentirme nerviosísima. Estar tocando algo que había pasado por las manos de Kike me llenaba de emoción. Por fin me decidí a abrir el sobre. La carta era escueta:

“Querida Bea, estaré encantado de cenar contigo”. En la nota me citaba para cenar esa misma noche a las 21 horas en un conocido restaurante japonés, perteneciente a un importante hotel de la ciudad. Y se despedía:

“Un beso. Kike.”

—¡Madre mía! ¡Pero qué fuerte! Parece que sí que ha visto tu vídeo y claramente está interesado en ti. ¡Qué bien cariño! —Daniela me abrazaba mientras yo seguía mirando las letras fijamente, hasta que se volvieron borrosas. Luego pestañeeé y me lloraron los ojos. Daniela hablaba y me estrujaba fuerte, pero yo estaba en trance. Me imaginaba la voz grave de Kike pronunciando cada una de las palabras de la carta. Un insignificante trozo de papel había pasado a ser mi tesoro más preciado. Cuando me logré liberar de Dani, apreté muy fuerte el folio contra el corazón, que bombeaba más rápido que nunca.

—Amiga, ¡vamos a fundir la tarjeta! Necesito el vestido más bonito que hayas soñado para lucirlo esta noche —le grité a Daniela dándole un beso al papel y guardándolo en mi bolso.

Nos pusimos manos a la obra. Risueñas e ilusionadas, recorrimos un montón de tiendas. Imaginábamos cómo sería la cita, cómo iría vestido Kike y la cara que pondría al verme llegar. Cómo nos saludaríamos, tímidamente al principio, y cómo iríamos cogiendo confianza poco a poco. Hablaríamos de todo, como viejos amigos, e iríamos intimando con el devenir de las horas. Yo soltaría alguna chorrada y él se reiría ruidosamente. Y, justo en ese momento, Kike pensaría que una chica que te hace reír no se puede dejar escapar.

Practicamos mi sonrisa pícaro y mi cara de chica interesante.

Me probé un sinfín de modelitos, y pedimos a las amigas de *Con B de Beatriz*, que valorasen las mejores opciones.

Elijieron un vestido con estampado floral de gasa color azul marino con flores rosas, muy ajustado por arriba y con vuelo en la parte de la falda. La verdad es que era bastante espectacular.

Me llevé tres vestidos más y una falda larga, que también gustó mucho

entre mis *followers*.

Cuando Dani me dejó en casa, deseándome la mejor de las suertes, cogí mi teléfono y grabé un vídeo. En él contaba todos los detalles de mi quedada con Kike. Pensé que mis seguidoras más que nadie, debían estar al corriente de los últimos acontecimientos, ya que esto había sido posible gracias a su difusión. Y además, estaba convencida de que se iban a alegrar muchísimo.

No se hicieron esperar multitud de mensajes. La mayoría eran de sorpresa y de felicidad, dándome la enhorabuena y deseándome mucha suerte. Me sorprendió ver alguno llamándome mentirosa e incluso insultándome, pero también estaba preparada para ello. Ya me habían advertido las chicas de que de los *haters* no se libra nadie. Yo había decidido que no debía dejar que me afectase lo más mínimo. Aún así, tengo que decir, que los ataques y los insultos no son plato de gusto para nadie, y un poquito conseguían disgustarme. Sobre todo me llamó la atención tanta hostilidad cuando yo estaba haciendo mi vida tranquilamente sin meterme con nadie. Pero igual que eso me sorprendió, también lo hizo lo contrario. La cantidad de personas que parecían empatizar conmigo. Había un montón de chicas que cada día se interesaban por mí y por cómo me encontraba. Me mandaban mensajes de cariño como si de familiares míos se tratasen. Y sé que deseaban que todo me fuese muy bien, lo sentía. Me lo sabían transmitir a la perfección.

La tarde pasó muy deprisa. Empecé pronto a arreglarme, pero desde que tenía una vida virtual, además de la real, me entretenía muchísimo. No quería mirar el ordenador ni el móvil, pero no podía evitarlo. Cada vez que sonaba un mensajito, un privado o un me gusta, me quedaba con ganas de mirar lo que decían. Cualquier excusa era buena para pegar un ojo a mi móvil. Y a veces sentía la necesidad de contestar a los mensajes bonitos que me mandaban.

También me tentaba la idea de compartir fotos arreglándome o pintándome, y en cada ocasión perdía tiempo eligiendo el filtro que pondría y el comentario que escribiría. No quería que las fotos quedasen poco naturales, pero sin filtro perdían gracia, así que cada imagen paseaba por todos y cada uno de los filtros hasta tres o cuatro veces, hasta que me decidía por uno. La mayoría de las veces elegía el llamado filtro Valencia. Y si al final de todas las pruebas, la foto no me convencía, la guardaba en borrador y a probar con la siguiente.

Respecto a los comentarios que debían acompañar cada foto, también me llevaban de cabeza. Aunque los emoticonos me sacaban de muchos apuros, a veces tenía que currarme textos, como era lógico. Esta tarde estaba

especialmente espesa, y no conseguía escribir con fluidez. Me di cuenta de que entre fotos, retoques y comentarios se me había echado la tarde encima y para rematar la faena la elección del bolso me hizo demorarme 15 minutos más. Estaba tan indecisa que hice una encuesta entre mis seguidoras. Todas a votar y yo a comprobar resultados. Cuando me quise dar cuenta quedaban diez minutos para mi encuentro con Kike.

Salí de casa y corrí a buscar un taxi. Por suerte, encontré uno enseguida y lo paré al instante. Cuando le había indicado al taxista hacia donde debía dirigirse, me puse a pensar que había salido de casa muy rápidamente. ¿Habría cerrado todo bien y apagado todos los aparatos electrónicos? Pensé que nada era tan importante como no llegar tarde a mi cita, pero entonces recordé que me había planchado el pelo, y me dio miedo haber dejado la plancha enchufada y que mi casa empezase a arder.

Me imaginé los titulares del día siguiente: “La casa de una joven arde mientras ella cena con el actor Kike Galán”. Igual no ponían una joven. Con 35 años, ¿qué eres ya?, ¿una señora? ¡Pero sin estar casada! No tengo claro cuál habría sido el titular, pero esperaba no salir en los papeles por ese motivo.

Me acordé también de mi vecina de enfrente. Una viejecita muy agradable que se llama Fina. La señora Fina está bastante sorda y tiene un perrito chiquitín que es una monada. Pensé que los vecinos acudirían a su casa avisándola del incendio pero ella no los oiría y tendría lugar un fatal desenlace. Era posible que el perrito ladrara para avisarle, pero la verdad es que ese pequeño yorkshire es tan bonito como ladrador, así que ella no le haría caso, o igual se pensaría que le estaba pidiendo algo de comer y le daría unas galletas. En cualquier caso, la cosa no pintaba nada bien.

“Una inconsciente hace arder su casa por irse de cena con un famoso, y acaba con la vida de una anciana y su adorable perrito”

El juicio paralelo que iba a tener lugar en Internet iba a ser de aúpa. La gente solo leería el titular y ya me estoy imaginando los comentarios:

*“Pero en qué sociedad vivimos en la que hay tantos pirómanos sueltos. Si quieres quemar tu casa hazlo, pero no te lles por delante a la pobre anciana y a su perro.”*

*“Esta iba pensando en ligarse al famoso. Que se pudra en la cárcel.”*

¡Ay por favor! Imposible salir tranquila con esas ideas en la cabeza. Hice al taxista volver hacia mi casa y le pedí que esperase abajo. Subí de dos en dos las escaleras y como me sucedía en el 99 por ciento de las ocasiones,

pude comprobar que mi yo del pasado había desenchufado todo y cerrado perfectamente la puerta. La casa no iba a arder, pero yo ya llegaba tarde seguro.

Me precipité escaleras abajo. Me vi de refilón en el espejo del portal antes de salir a la calle, y por poco me da algo. Mi cara, que había maquillado para que luciese perfecta, se veía ahora rojiza, sudorosa y con brillos. También mi cuero cabelludo había perdido su volumen debido al exceso de sudoración. En términos más coloquiales: Tenía el pelo chafadísimo contra la frente. En este momento mi aspecto era claramente mejorable. Y rezaba porque no decidiese abandonarme el desodorante en cualquier momento. Mi primera misión al encontrarme con Kike era buscar una excusa para largarme pitando a un baño y poder adecentarme.

1. Llegar tarde
2. Marcharme al baño

El paso 3 tenía que compensar los dos primeros. Si yo fuera Daniela habría hecho algo como volver del baño con la teta fuera fingiendo un descuido. Pero en mi caso pensaba seducirle con mi conversación interesante. Quería que al día siguiente él se quedase rememorando todas las cosas que nos dijimos la noche anterior. Porque nos íbamos a decir muchas cosas increíbles con la boca, con el cuerpo y con la mirada.

En el taxi saqué mis pinturas, me retoqué el maquillaje y conseguí despegar un poco el pelo de mi cabeza. Respiré profundamente, y me tranquilicé un poco. Está feo que yo lo diga, pero realmente aún me veía guapa. Había vuelto a mí el optimismo y la ilusión. Mi interior era un batiburrillo de emociones. Era capaz de sentirme apesadumbrada y triste y a los tres minutos estar eufórica, imaginando el inicio de mi vida de ensueño. Era una veleta emocional o un *cocktail* de sentimientos, lo que os guste más.

Cuando íbamos por la mitad del trayecto pillamos un atasco. Y volvió a suceder. De estar pletórica a tocar fondo en escasos minutos. Me entraron unas ganas inmensas de llorar. Ya llegaba quince minutos tarde. No entendía cómo había podido ser tan idiota.

Nota mental: Cuando te invite un famoso a una primera cita, te arreglas como 15 horas antes y esperas en el lugar de encuentro como si fueses una adolescente haciendo cola para el concierto de su cantante favorito.

Aún recuerdo mi primer concierto. Los BackStreet Boys vinieron a Valencia. Mis padres no me dejaron dormir en la puerta de la Plaza de Toros y los odié por no poder estar cerca de mi Nick Carter, el rubio guapo que

llenaba las paredes de mi habitación de adolescente.

Ahora que podía haber hecho la friki porque ya era una adulta, no me había planteado llegar con mucha antelación y aquí estaba parada, perdiendo el tiempo con un taxista amargado que solo hacía que resoplar y decir tacos. Y a él que más le daba, él no estaba a punto de dejar plantado al amor de su vida. Yo sí que tenía que decir tacos y escupir y gritar y llorar, pero no hice nada de eso. Me quedé callada, moviendo las piernas y sudando.

Los coches que había a nuestro alrededor estaban pitando como locos. Me imaginé que estábamos en una competición y solo había premio para el más ruidoso, el que pitase más fuerte y durante más tiempo. Aparecería una grúa gigante del cielo y cogería al ganador y lo llevaría por los aires hasta su destino. Ese sería su premio. Yo tendría mucha suerte, porque el taxista ganaba seguro.

Menos mal que el atasco se solucionó bastante rápido. Pero ahora, al agobio y al calor, tenía que sumarle el dolor de cabeza. Rebusqué en mi bolso tratando de localizar un ibuprofeno, pero solo encontré, además de la cartera, el móvil y las llaves, un paquete de kleenex y una compresa, que por su aspecto debía de llevar bastante tiempo allí. Imaginemos que las compresas tuviesen fecha de caducidad. Pues esta habría caducado hace por lo menos 9 años.

Por fin llegamos al hotel, pagué y me despedí del ruidoso taxista que me contestó con un graznido que supuse que significaría adiós.

Me apresuré a entrar en el hotel y a buscar el restaurante. Me preguntaron si tenía reserva y contesté que me imaginaba que estaría a nombre de Kike Galán. El camarero, un joven muy educado, me indicó que le acompañase y le seguí nerviosa. Las piernas me temblaban.

Llegamos a la mesa, pero allí no había nadie. Encima de la mesa había una cerveza a medias y una chaqueta de traje apoyada en la silla.

—Tome asiento. Su acompañante ha debido de ir al aseo.

El camarero me sonrió y continuó con sus quehaceres. ¡Qué tranquilo parecía con sus rutinas diarias! Y yo, a escasos metros de él, estaba a punto de sufrir un ataque al corazón, como no apareciese Kike pronto y se sentase conmigo a la mesa.

La verdad es que estaba tardando, quizá él también estaba algo nervioso, o quería ponerse guapo para mí. Descarté la segunda idea, porque salvo raras excepciones, los hombres no se maquillan ni suelen hacer nada para arreglarse que les lleve demasiado tiempo. Aunque alguien me habló una vez de un tipo

de chico que con un peine y un espejo puede estar entretenido un buen rato, pero yo ya llevaba 7 minutos y 30 segundos sola en la mesa y él ya estaba en el baño cuando llegué, así que seguía siendo demasiado tiempo hasta para ser un loco del peine.

Lo cual me llevaba directamente a la primera opción. Kike estaba nervioso y había tenido que ir a hacer aguas mayores. Y llegados a este punto, la verdad es que no me apetecía imaginarme a Kike en esa tesitura. Vamos, que para mi ese hombre no hacía caca. Era un Dios que estaba por encima de los movimientos gastrointestinales terrestres. A él los desperdicios se le evaporaban y encima con olor a perfume.

Pensando en perfume, tuve un impulso. Me levanté y fui a su chaqueta para ver cómo olía. Quedé muy sorprendida. Olía raro, como a rancio.

¿Cómo podía oler Kike Galán a rancio? Bueno, no pasa nada, no hay nada que no se pueda solucionar con un buen detergente para la ropa, un oloroso suavizante, un desodorante potente, un buen jabón y un perfume embriagador. Porque todo eso iba a hacer falta.

Estaba aún con mis narices olisqueando la chaqueta, cuando apareció un hombre frente a mí.

—¡Hola Bea!

—¡Buenas! ¿Nos conocemos? —Me separé apresuradamente de la chaqueta de Kike. Igual hasta se pensaban que le estaba intentando robar.

—Bueno, tú a mi no me conoces. Yo a ti sí. Soy un gran admirador tuyo. Me pareces guapísima y una tía genial. No me pierdo nada de lo que publicas. ¡Qué pasada conocerte! Eres igual de guapa que en tus vídeos.

Me quedé mirando al señor que tenía enfrente. Era bajito y no tenía pelo. Tendría alrededor de unos 50 años. Tenía cara de bonachón, como uno de los enanitos de Blancanieves. Me inspiró ternura.

—¡Muchas gracias por tus palabras! ¡Eres un seguidor mío! ¡Qué pasada! Soy nueva en esto y aún me sorprende que la gente me conozca. Pues el placer también es mío, si quieres nos hacemos una foto juntos. Mira, la voy a poner en mis *stories* de Instagram para que la gente te conozca.

Me coloqué al lado de mi admirador y él me pasó el brazo por los hombros. Me pareció un poco lanzado, pero no lo aparté. Había que ser amable con los fans. Además me di cuenta de que se había puesto de puntillas porque yo llevaba tacones y me inspiró ternura.

Acompañé la foto con el texto: “Con un simpático seguidor” y puse el emoticono de la carita con los ojos de corazones.

Yo había vuelto a mi silla y mi nuevo amigo se colocó enfrente.

—Perdona, pero es que la silla está vacía porque estoy esperando a mi acompañante, que ha ido al baño. Mira, esa es su chaqueta. Si no te importa levantarte por favor, es que si no cuando él vuelva se puede llevar una impresión equivocada.

—Perdona Bea, pero la chaqueta es mía.

—Ah, vaya, pues perdóname tú. El camarero se ha debido de equivocar. Enseguida me iré a mi mesa. —Busqué a algún camarero con la mirada, pero justamente en ese instante parecía que se los había tragado la Tierra.

—Bea, creo que estás confundida. Estás en la mesa correcta. Yo soy Kike. Tu cita de hoy.

Los camareros, en las profundidades de la Tierra donde se encontrasen, seguro que tenían hueco para una más.

—No, no puede ser. En la nota ponía que eras Kike Galán. —Le dije desesperada.

—Bueno, no, yo firmé como Kike y es que me llamo Kike. Entiendo que pensases que era Kike Galán, si te soy sincero jugué con eso. Pensaba que era más probable que acudieses a la cita si pensabas que era Kike Galán y no si firmaba con mi verdadero nombre, Kike Castor.

—¿Te llamas Kike Castor? —La cabeza me daba vueltas, tenía la sensación de que lo que estaba viviendo no era real. El simpático *follower* con cara de bonachón me parecía ahora un castor endemoniado. Le veía las palas largas y una sonrisa diabólica.

—¿Tú dejaste la carta en la moto? —Mi voz sonó tristísima, ni siquiera traté de ocultar el desengaño que sentía en esos momentos.

—Sí, claro, yo la dejé en la moto de Daniela. La verdad es que como publicas la localización, me encanta quedarme debajo de tu casa hasta que te veo salir. Me pareces tan guapa e interesante. Y entonces te sigo a todas partes. ¿No te habías dado cuenta? Lo sé todo de ti. Sé que los martes haces la compra. Esto te va a parecer gracioso, pero cuando vas cargada me entran ganas de ayudarte con las bolsas. Es que yo soy un caballero. Hasta ahora me he reprimido porque no quería asustarte, pero ahora que ya nos conocemos, si te parece podemos ir juntos. Lo hago con muchas chicas como tú. Tengo muchas amigas *instagramers*. ¿Conoces a Maria Rombo? Somos como hermanos... Me encantaría poder nadar en su melena larga y rubia.

—¿Desde cuándo llevas siguiéndome? —Le interrumpí precipitadamente. La frase “*Soy un asesino y estoy loquísimo*” parpadeaba

para mí como un luminoso en su resplandeciente calva.

—Pues desde hace un mes aproximadamente. ¿Qué te parece? ¿Te he gustado? He elegido este traje porque sé que te gustan los hombres elegantes. Quería estar guapo para ti. —Intentó cogerme la mano y se la apartó bruscamente.

—Esto ha sido un error... Discúlpame, pero me voy a tener que marchar —Le dije levantándome del asiento.

—Siéntate ahora mismo —me gritó serio, y enseguida suavizó el tono—. Yo solo quiero pasar un rato agradable contigo. Sé que te gusta la comida japonesa, por eso te cité en este restaurante. Cenamos, y así me das la oportunidad de demostrarte que te puedo gustar. Mira, te voy a hacer un truco de magia.

Cogió la servilleta de tela, se la puso cubriéndose la boca y ocultó dentro su cuchillo. Después empezó a mover el cuchillo mientras decía: uhh uhh, mira Bea, es un fantasma. La servilleta se mueve sola.

Las mesas de alrededor nos miraban. Ví a una pareja joven riéndose discretamente. El espectáculo era lamentable.

El camarero se personó en la mesa. Esperó a que el señor Castor terminase su numerito y nos preguntó qué íbamos a tomar.

—¿Te importa esperar cinco minutos? —le pregunté intentando ganar tiempo para planear mi huida.

El camarero se volvió a retirar y miré a mi acompañante fijamente.

—Tengo una indigestión horrible. Iba a cancelar la cena porque no me encuentro bien, pero he querido venir a conocerte. Y oye, eres un tío muy majo y divertido ¡eh! El truco de la servilleta me ha parecido súper chulo. Pero me voy a tener que marchar. —Kike Castor me miraba fijamente procesando mis palabras. Aún no podía determinar con exactitud si ese hombre era un enfermo mental o un secuestrador, así que intenté sonar alegre.

—Oye, no, espera Bea.

—No intentes impedírmelo porque... gritaré muy fuerte. —Aunque no sonó muy creíble porque apenas me salió un hilo de voz. Estaba cagada de miedo. Ah y el plan de sonar risueña y desenfadada se había venido abajo demasiado deprisa.

—No hace falta que grites. A mí no me gusta nada que la gente me grite —contestó pausadamente, como arrastrando las palabras. Después sonrió y me dijo animadísimo: ¡Nos vemos otro día! ¡No hay ningún problema! Al parecer había quedado con el doctor Jekyll y Mr. Hyde.

Me levanté a la velocidad del rayo y salí disparada por la puerta. Kike Castor me decía adiós con la mano. Al salir tomé aire profundamente y me sentó de maravilla el fresquito de la noche.

Había sido una caca de noche. Sin duda de las peores de mi vida. Pero no iba a deprimirme. En esta etapa nueva llena de aprendizajes había descubierto una nueva *Beidad*. La geolocalización la carga el diablo. Decidí desactivarla automáticamente. Luego busqué entre mis seguidores la cabecita sin pelo que me ponía los pelos de punta, y la bloqueé.

Llamé a Daniela mientras andaba por la calle en busca de un taxi y tardó en cogérmelo. Estaba buscando el botón de colgar cuando escuché su voz.

—Señora Galán, ¿cómo va la cena? —me saludó ansiosa.

—Me he marchado. Ha sido un desastre Dani. No era Kike Galán era Kike *el topo*.

—¿Un topo? ¿Qué quieres decir? ¿Un policía o algo? ¿No le habrás contado lo de aquel verano en Cádiz?

—Ay calla no, un topo no. Era un Kike, pero ¿cómo me ha dicho? Ah sí, castor. Kike Castor. Un tío loquísimo que se ve que me estaba siguiendo.

—¡No me digas! ¿Uno calvo y bajito?

—Sí, exacto. ¿Cómo lo sabes?

—Porque es un hombre muy conocido. Sigue a un montón de *bloggers*. Todas lo conocen. Es inofensivo Bea. Un poco pesado, pero buen hombre.

—Pues a mí me ha dado un mal rollo... ¡Qué desastre de noche! Y menuda decepción, sigo sin noticias de mi verdadero amor. Por lo menos mi Kike no huele a rancio.

—¿Oía a rancio el castor? Es normal, siempre se pone el mismo traje para conocer a sus blogueras preferidas. El finde pasado estuvo con Caramela y con su chica. Estaban en la playa y él con el traje sudando la gota gorda. Espera que te mando una foto y lo ves.

—Dani, no, espera, que no quiero verlo más...

Daniela ya no me escuchaba. La oía toqueteando su móvil. Al poco apareció en mi pantalla la foto de Caramela y su mujer Blanca besando la calvorota de Kike mientras él parecía estar en un estado de nirvana y felicidad. Tras esa foto, me envió muchas más, de chicas —supongo que todas ellas *bloggers* famosas, ¡madre mía cuántas había!— cogiendo a Kike en brazos como si fuese un bebé, abrazándolo, meciéndolo a la sillita de la reina, chocando los cinco, saltando sobre él como si jugasen a “churro va”. El kastorcito, como lo llamaban algunas de ellas, se colaba en fiestas y eventos, y

lejos de echarle, todas se hacían fotos con él.

—Bueno Dani, pues aunque a todas les haga gracia, a mi me sigue dando grima. No debo ser una bloguera al uso.

Vale, escúchame, que necesito asesoramiento. Volvemos al plan inicial de conocer a mi Kike pasado mañana en el Teatro. Sincronicemos los relojes. Quedamos todas a las 7 en la puerta...

—Ya... oye cariño, una cosa. Te voy a tener que dejar. Estoy de cena con tu vecino y parece que la cosa marcha. Mañana hablamos ¿Vale?

—Sí, claro, tú disfruta de una buena cena y un tío interesante. Yo me quedaré pensando en el loco de la colina, que me apetece mucho, y organizando sola mi plan de conquista.

—Vale, amor, eso tiene buena pinta. Pásalo muy bien. —Daniela me colgó el teléfono. La ironía no era su punto fuerte.

Esa noche me costó conciliar el sueño. Me preparé un vaso de leche blanca bien caliente, desde niña me ayudaba beber leche cuando no conseguía dormir. Me dormiría sobre la 1 y a las 3 de la madrugada me desperté sobresaltada. En solo dos horas me había dado tiempo a tener tres hijos con Kastorcito. Eran tres varones de tres, cinco y ocho años que vestían con pequeños trajes idénticos al de su padre. Tenían todos un pelo súper fino, sin lugar a dudas habían heredado la alopecia de los Castor. Intentaban abrazarme los tres a la vez y yo me sentía tremendamente agobiada. Sonó el timbre y Kastorcito fue a abrir. Por la puerta aparecieron tres trillizas también trajeadas. ¡Toma ya! No tenía tres, tenía seis hijos. El olor a rancio invadía la casa y yo intentaba que mi prole me dejase ir a poner lavadoras. Había muchos trajes que lavar.

.7.

## EL ENCUENTRO



RESETEANDO CITA Y SUEÑO CON KIKE CASTOR, ALIAS KASTORCITO.

ACTUALIZANDO A LA ÚLTIMA VERSIÓN DE BEA POSITIVA Y OPTIMISTA.

0% LOADING

10% LOADING

20% LOADING

Música zen.

40% LOADING

Llamada de Sara ¿¿¿Qué tal la cita con Kike???

Recalculando:

0% LOADING

10% LOADING

20% LOADING

30% LOADING

40% LOADING

50% LOADING

Mensajes de seguidoras ¿Triunfaste ayer Bea?

Recalculando

20% LOADING

30% LOADING

40% LOADING

50% LOADING

80% LOADING

Mi madre me envía la foto con Kike Castor. No sé cómo la ha conseguido. Me pregunta si es mi novio.

Le digo que no y que es horrible.

Me dice que no está tan mal.

Le digo que huele mal.

Me contesta que no debo ser tan delicada y que a todo se acostumbra una.

Me cuenta que a mi padre le huelen muy mal los pies y que yo lo he heredado, así que no estoy para exigir.

Se confirma la desesperación de mi madre y la poca esperanza que tiene de que encuentre el amor.

Recalculando:

-5% LOADING

Escucho la canción *Don't stop me now* de Queen.

100%

¿Qué tendrá Freddie Mercury que me da la vida?

RESETEO CONSEGUIDO

Las siguientes noches soñé con Kike, con el bueno. Con el mío. Recordad que el otro había sido reseteado.

Estuve varios días teniendo sueños, o visiones, no lo sé muy bien. En ellas fui conociendo a Kike en profundidad. Se me mostraba como un libro abierto.

Descubrí que su color favorito era el verde. También que si no hubiera sido actor habría querido ser veterinario, porque amaba a los animales. Que siempre salía a actuar con calzoncillos rojos, porque pensaba que le traían suerte.

Que tenía una hermana, Carmen, a la que adoraba. Que disfrutaba saliendo a correr, sobre todo por la playa y no había nada que le gustase más que ver un bonito atardecer.

Que le gustaba mucho la comida picante. Y la pasta. Y la pizza. Aunque la lasaña era su plato estrella.

No solía beber alcohol, pero le gustaba la cerveza bien fría y abrir, de vez en cuando, una copa de un buen vino tinto.

Que pensaba que las Navidades eran para estar en familia y en la medida que se lo permitía su trabajo, intentaba pasarlas con los suyos.

Que nunca hablaba de política o de religión con amigos.

Que había conocido muchas chicas pero solo había estado enamorado una vez, hace mucho, mucho tiempo.

Que aquella vez que estuvo enamorado le rompieron el corazón.

Pasé varios días deseando dormirme para adentrarme a conocer a Kike. A medida que lo iba conociendo me gustaba más. En las visiones yo no salía por ningún sitio. Solo lo veía a él en escenas de su vida cotidiana, en su trabajo, con su familia, o con sus amigos...

Hice un curso intensivo en Kike Galán. Cuando me despertaba me anotaba todo lo que recordaba, porque después del desayuno se me iban olvidando los detalles.

Con cada sueño tenía más clara una cosa: que Kike era bueno. Era muy bueno. Era una buena persona. Era listo, era sensible y tenía un gran corazón.

Cada noche me metía en la cama con la intención de aparecer en el sueño y comerme a besos a mi hombre preferido sobre la faz de la Tierra. Pero nunca lo lograba.

Las visiones me hacían acercarme cada vez más a él. Luego despertaba y solo me quedaban los recuerdos, que revivía una y otra vez en mi mente. Quería verlo en directo y poder olerlo y tocarlo. Creía que ese día no llegaría jamás. Pero sí que lo hizo.

Kike actuaba en el teatro y nosotras teníamos entradas para ir a verlo. Por fin iba a conocerlo en persona.

Lo tenía decidido, de hoy no pasaba que hablase con él. Debería haber venido acompañada por alguien que leyese la mente y le contase lo felices que íbamos a ser juntos por si volvía a enmudecer, o por un traductor, quizá me diese por hablar otras lenguas, vivas o muertas, y me sería útil.

No. De eso nada. Esta vez me saldrían las palabras. Tenían que salirme. Y Kike me entendería. Le iba a encantar. Decidí ocultarle mis alucinaciones premonitorias porque iba a pensar que estaba chalada. Me lo tendría que ligar como cualquier chica, siendo yo misma.

Había quedado con mis amigas a las 19 horas. Pero había llegado pronto y las esperaba sola en la puerta del teatro. Las primeras en aparecer fueron Sara y Ana. Cogidas de la mano, sonrieron al verme. Ana hizo un amago de preguntarme acerca de la cita con el castor, pero Sara la frenó con una mirada bastante explícita.

Hablamos de ellas. Estaban contentas, organizando una escapadita a

Ibiza con Hugo. Querían aprovechar el tiempo con él antes de que empezase a ir al cole de mayores. Ana parecía una segunda madre para el niño, estaba muy implicada en su crianza y educación. Me alegré por Sara. Yo no tengo hijos, pero me imagino que cuando los tienes, pasan a ser el centro de tu vida, y necesitas que la persona con la que estás se comprometa con ellos, y los quiera y los cuide casi como si fueran suyos. Ana estaba hablando de lo bonito que era Hugo y de las monadas que hacía, y a Sara se le caía la baba.

Pocos minutos después llegaron Marta y Daniela, y se empezó a formar la cola para entrar al teatro. Aunque nuestras entradas eran numeradas, yo les obligué a situarnos las primeras de la fila. Quería entrar cuanto antes por si veía a Kike por algún sitio.

—Mira Bea, ¡ahí está!, tomándose una coca cola antes de entrar a actuar —me dijo Daniela animada.

—¿Dónde? ¿Dónde? ¡No lo veo! —le dije con los ojos a punto de salirse de las cuencas. Escudriñé cada rincón con los ojos, los movía a toda velocidad. Parecía un muñeco de dibujos animados.

—Te estoy vacilando tonta, ¿cómo va estar aquí? Le estarán maquillando, o poniendo laca, o lo que quiera que hagan los tíos antes de salir al escenario. Igual está haciendo un sudoku, o rezando, o plantando un pino. Hay múltiples posibilidades. Lo que está claro es que no va a estar en la puerta recibiendo a sus fans. ¡Anda, vamos a sentarnos!

Buscamos nuestra fila, la cuarta, y les dije que se apañasen con las demás entradas, pero yo quería la más centrada, para verlo bien.

Daniela estaba a mi izquierda y Marta a mi derecha. Me hablaban, pero yo no les hacía caso, estaba atenta a todo lo que pudiese pasar en el escenario, aunque aún ni habían apagado las luces. Daniela le contaba a Marta su cita con mi vecino. Habían pasado la noche juntos y cuando se despertaron, Daniela le echó de su casa porque el chaval le pidió que le preparase el desayuno.

—Dani, tía, eres muy radical —le decía Marta.

—¿Radical? ¿Qué no tiene dos manos para prepararse un vaso de leche y una tostada? Con sus dos brazos, fuertes y musculados, el vasito no se le iba a caer.

—Bueno, pero igual te lo dijo porque era tu casa, y no sabía dónde estaban las cosas.

—Claaaro, seguramente no sabrá dónde la gente puede guardar la leche. Fue al wc y no la encontraría. Y si buscó el pan en el balcón tampoco estaba allí. Vamos a ver, que con 37 años ya debe saber prepararse un desayuno. Le

mandé a tomar por culo de mi casa. Cuando espabile que me llame.

—Eres tremenda. Cuando quieras te paso a Víctor para que le des un cursito. Que este a prepararse el desayuno llega, pero poco más.

—Tu marido ya está perdido, eso hay que pillarlo con tiempo. Aún lo puedes enderezar, pero el tronco ya ha salido torcido. Tienes el doble de faena. Toda la culpa la tienen tus suegros. Esas cositas se maman en la infancia. Han criado a un inútil. Díselo de mi parte.

—Carlos siempre cocinaba y también planchaba. —Esa fue mi aportación a la conversación, y mi voz sonó más triste de lo que pretendía.

—Pero no era el amor de tu vida, cariño. —Marta siempre sabía lo que tenía que contestar.

—No, no lo era —Le dije con seguridad.

—Además, era demasiado perfectito. La gente tan perfecta me da mal rollo. En algún momento tienen que sacar su lado malo y entonces te llevas el doble de chasco —sentenció Daniela.

—Ya empieza. Callaros cotorras, que no calláis ni debajo del agua —nos dijo Sara en un susurro.

Efectivamente, empezaba la función. Silencié mi móvil y me dispuse a disfrutar de la actuación de Kike.

La obra era un drama.



*Abrieron el telón y mi Kike se transformó en Marco, un narcotraficante peligroso. La protagonista femenina, Andrea, interpretaba a una chica muy joven, nacida en un pueblecito pequeño de las afueras. La muchacha venía buscando una oportunidad en la ciudad, y solo encontró un trabajo como camarera en un club nocturno. Conoció de cerca el sórdido mundo de la noche, el alcohol y las drogas. Desde que se ponía el sol hasta el amanecer su trabajo se le hacía larguísimo y muy duro... Se sentía decepcionada y triste. Su vida en la ciudad no era como la había imaginado, y no veía la forma de progresar. Hasta que un día conoció a Marco, que entró en el club a tomar una copa. La química surgió enseguida entre ellos, y poco a poco, noche a noche, se enamoraron. Cuando él aparecía, ella respiraba. Marco era su arcoiris después de la tormenta, así lo describió ella. Daba igual lo mala que estuviese siendo la noche, las broncas que le echara su jefe, o las obscenidades que tuviese que escuchar de un cliente borracho, con Marco*

*llegaba la luz.*

*Para él no era muy diferente. Cada noche que la veía, se imaginaba una vida distinta. Una vida tranquila, a su lado, protegiéndola. Sin trapicheos, sin amenazas, ni puñetazos. Quería acumular una buena cantidad de dinero para retirarse, y entonces iría a por ella a ese cutre pub, la cogería y se la llevaría de allí para siempre. Ese era el plan.*

*Empezaron a quedar por el día, desayunaban juntos o paseaban por la ciudad. Una tarde, Marco esperaba a Andrea sentado en su coche. Ella apareció corriendo, acalorada y cerró los pestillos.*

*—Llévame a un sitio apartado Marco —Le suplicó Andrea. Así lo hizo él. Ella llevaba una bolsa de deporte. Le enseñó lo que guardaba en su interior. Estaba llena de billetes de 500 euros.*

*—No me preguntes de dónde lo he sacado.*

*Él no lo hizo.*

*—Con todo esto nos vamos Marco, tú y yo, a empezar una nueva vida juntos.*

*Él la besó.*

*Él pensando en rescatarla y ella no necesitaba que lo hicieran.*

*Al día siguiente, Marco esperaba a Andrea con las maletas preparadas para marcharse al aeropuerto. Ella se retrasaba. Subió a su piso por las escaleras. En el rellano de su casa le esperaba ella, tirada en el suelo, con un agujero de bala atravesándole el cráneo.*

*Él cayó desmayado junto a ella. La bolsa de dinero, vacía y arrugada, descansaba entre los dos.*

*Sonó una música, la más triste del mundo.*

*Y las cortinas del telón se cerraron.*



Cuando se encendieron las luces, la gente se levantó de sus butacas y aplaudieron con ganas la actuación de los dos protagonistas. La verdad es que habían estado sublimes. Yo aplaudía como podía, con el moquillo cayéndome y el pañuelo entre mis manos. La ovación no cesaba. Entonces ellos dos, Marco y Andrea, se cogieron de las manos y dieron un paso al frente. El teatro se revolucionó. Sin duda la historia había calado entre la gente.

*—¡Qué historia tan triste por favor! —dijo Marta.*

*—Madre mía, pero ¿cómo ha estado Kike?, la verdad es que es un*

actorazo Bea —me dijo Sara—. Me hizo sentirme orgullosa, como si me estuviesen felicitando por el trabajo de mi marido. Cuando caí en que no se trataba de mi marido, ni de mi novio, ni siquiera de mi amigo, sino de mi desconocido favorito, me sentí un poco ridícula.

—La chica tampoco lo hace nada mal —puntualizó Ana. Y Sara le dio un codazo juguetona.

—¡Me refiero a como actriz, pava! Aunque como tía buena también. Pero lo que más me ha molado de ella ha sido su faceta de atracadora de bancos, o lo que haya hecho para conseguir el dinero, que no lo dejan claro. El rollito damisela salvada por el chico tipo Pretty Woman no me mola nada.

—Ya, pues de lo que le ha servido a la pobre... menudo final, y mira que cada vez que le daba un beso a mi Kike, me daba una punzada de celos, pero vamos que no se merecía morir por eso. —Al parecer yo era una enamorada sin instinto asesino.

Debatimos acerca de la película durante un rato, mientras esperábamos a que saliera Kike, que junto a la prota femenina, acostumbraba a aparecer después de cada función a hacerse fotos con las fans.

Solo una pareja de novios, y nosotras cinco, esperábamos a los actores.

La pareja de novios corrió a abrazar a Andrea, —su nombre real no lo sé—, en cuanto apareció por la puerta. Al parecer eran sus familiares, o amigos. No lo sabía ni me interesaba en exceso. Lo importante era que así nos dejaban vía libre con Kike.

Después salió él, ¡Dios mío! Era aún más guapo y alto cuando lo tienes a escasos metros de distancia.

Las chicas me vieron palidecer y se lanzaron a saludarlo mientras yo me recomponía.

Ya le habían saludado todas y se habían hecho unas cuantas fotos con él, y yo seguía apartada, mirando todo lo que pasaba en segunda fila. Él se percató de que yo estaba allí y vino sonriendo hacía mi.

—¡Hola! Tu cara me resulta muy familiar. ¿Tú y yo nos conocemos?

Me salió una mueca que simulaba una sonrisa, pero ni una palabra.

—¿Es posible que nos hayamos visto en algún sitio?

Kike parecía querer entablar una conversación. Al parecer, la mueca rara de mi cara y mi falta de habla, no lo habían asustado aún.

No me podía creer que me estuviese volviendo a pasar. Iba a ser complicado conquistar a alguien si no me era posible articular dos palabras seguidas.

Las miradas de mis amigas se debatían entre la vergüenza y la pena.

—¡Habla, retrasada! —me parecía escuchar los pensamientos de Daniela.

Me moví nerviosa, e intenté decir algo, cualquier cosa, y de mi boca salió un ruido raro que no podría identificar. Algo así como el sonido que hace una puerta que chirría.

—Vaya ruido raro he hecho —le dije, y me salió una risita nerviosa. Le iba a especificar que no me había tirado un eructo, pero pensé que nombrar esa palabra era peor. Mi subconsciente no quería por ningún motivo que Kike pensara que era una cerda, pero me alegré de no haberlo dicho. Hablar de eructos al chico que te gusta no mola nada. Había escarmentado con lo que le dije a mi primer novio en el jardín de infancia:

—No me he acabado de comer un moco ¿Vale? ¡No te marches! ¡No era un moco! Espera o lloro.

Kike me observó y volvió a la carga.

—¿Seguro que no nos hemos visto en ningún sitio? Es como si te conociese, y mucho... —Se rascó la cabeza de una forma que me pareció tremendamente sexy. La verdad es que, cualquier cosa que hiciera ese pedazo de hombre, me habría parecido sexy. Con ese pelazo cayéndole sobre la frente parecía un modelo de un anuncio de champú. Y eso que, a partir de cierta edad, la mayoría de los hombres o son calvos o están en proceso de serlo. No era su caso. Él tenía melena para rato.

La realidad del asunto es que yo pensaba cosas sin parar. Por ejemplo, lo del pelo. Quiero decir que, en mi cerebro, seguía registrándose actividad. Pero no era capaz de abrir la boca y decir algo interesante. Todo lo que se me ocurría me parecían estupideces. Nada que debiese decirle a mi gran amor. Así que continué un rato más buscando la frase perfecta en mi cabeza. Sería más fácil para Kike entablar una conversación con una niña de un año. Una situación tristísima. Así que Sara salió a mi rescate.

—Igual Bea te puede contar que os habéis visto en alguna ocasión. Hace escasos días, andando por el centro de la ciudad, vuestras miradas se cruzaron. Díselo Bea.

Él me miraba con interés, y por fin pude despegar los labios sin decir alguna gilipollez. Eso sí, haciéndole esperar, porque primero articulé las frases en mi cabeza y luego las solté del tirón.

—Kike, nos vimos hace poco por el centro y nos miramos. Como si nos conociésemos de antes. Para mí, en ese momento, la ciudad entera se

desvaneció. Y te va a parecer extraño, pero me dio la sensación de que a ti te pasó lo mismo.

—Bueno, la verdad es que ahora que lo dices, lo recuerdo. Te vi y sentí un magnetismo especial que no sabría describir. Por eso me he acercado ahora a ti. Es como si nos conociésemos de antes —me dijo pensativo.

—Madre mía... —Oí las voces de mis amigas flipando. Toda la indecisión y el miedo que me paralizaba, desapareció de mi cuerpo.

Cogí a Kike del brazo, suavemente, y lo llevé a un lugar un poco más apartado, donde no nos escuchaban mis amigas. Él no se resistió.

—Kike, solo necesito estar un rato a solas contigo y te demostraré que tú y yo estamos destinados a estar juntos. Que te voy a hacer la persona más feliz del mundo y tú a mí. No te puedo explicar cómo lo sé, pero lo sé. Estoy segura. Y si me dejas te lo demostraré. Si luego no te gusta lo que ves de mí, te prometo que te dejaré en paz. —Kike se quedó procesando un segundo. Me arrepentí enseguida de haber sido tan lanzada. Pensaba que no tendría muchas más oportunidades de intentar quedar con él y me salió del alma, pero había enseñado mis cartas demasiado pronto. Seguro que Kike me visualizaba como una desesperada.

Cuando me iba a responder nos interrumpieron:

—Hola, perdona, ¿nos podemos hacer una foto contigo?

—Sí, claro, yo os la hago. Mi voz sonaba dulce, pero en mi cabeza estaba maldiciendo a las dos fans de Kike por haber sido tan inoportunas. Cogí el móvil y me dispuse a hacer la foto. Él se situó en el centro, y las dos chicas se miraron y sonrieron a la cámara con una sonrisa un poco forzada. Les devolví el teléfono.

—Esto me resulta un poco embarazoso —nos dijo la dueña del móvil—, pero yo con quién quería hacerme la foto era contigo Bea. —Me quedé en estado de shock, no había contemplado esa posibilidad. Había dado por hecho que en la puerta del teatro y estando presente el prota cañón de la obra, la foto iba para él.

Kike me miró extrañadísimo, pero fue a hacernos la foto. La situación pareció divertirle.

—Mirad las tres a cámara y decid: *cheese*.

Las chicas sonrieron pero no dijeron *cheese*.

—Si dices *cheese* en la foto sales muy mal, eso es una gran Beidad —me dijo una de ellas y se marcharon contentas.

—Bueno, no entiendo nada. ¿Eres famosa o algo así? Me miró con

interés.

—Si me invitas a una cerveza bien fría te lo cuento —le dije—. Si no, te quedarás con la intriga.

—Pues entonces cuenta con ello. Cerveza a cambio de información. No me parece mal. —Kike no había huido despavorido y quería tomar algo conmigo. Apareció en mi cara una sonrisa inmensa que traté de controlar, ya que notaba que se me estaba yendo de las manos. Mi boca era más grande que la de Angelina Jolie y Sarah Jessica Parker elevada al cubo.

—Vengo en un minuto, voy a despedirme de mis amigas.

—Vale, tranquila, te espero haciendo una llamada.

Me acerqué a las chicas, que me miraban felices. La amistad es de las mejores cosas que tiene la vida. Puedo afirmar que estaban tan emocionadas como lo estaba yo. Y eso me hizo sentir muy afortunada.

—Nenas, me voy a tomar algo con Kike. No puedo creer lo fácil que me está resultando ahora hablar con él. Se me ha pasado el bloqueo mental que tenía.

—Hija mía lo que nos has hecho sudar —me dijo Marta—. No decías ni mu.

—Yo lo definiría como diarrea mental —intervino Daniela.

—Mañana os cuento. Deseadme suerte.

—Tú no necesitas suerte. Eres la mejor —me dijo Sara— La suerte la tiene él, y si aún no lo sabe, se va a enterar pronto.

—Os quiero chicas —les dije, y me marché con el convencimiento de que ellas, posiblemente, no supiesen hasta qué punto lo que les acababa de decir era cierto. Eran imprescindibles en mi vida.

—Bea, espera, si la noche se lía y acabas en alguna fiesta de famosos por favor llámame y me dices: “Dani, pillla la moto y vente”, y yo obediente. Para allí que voy como un rayo.

—Vale, cariño. Te lo prometo.

Volví con Kike y en ese momento empecé a soñar otra vez, pero esta vez estaba despierta.

## A LA LUNA DE VALENCIA



Kike sugirió ir a pasear por la playa. Yo le propuse ir en mi coche y aceptó. Mi Golf rojo estaba aparcado en un parking cercano. Me alegré de haberlo lavado esa misma mañana. Kike se sentó en el asiento del copiloto y me apeteció muchísimo hacernos una foto los dos juntos y publicarla en mi perfil. Escribiría “*On the road*”. Las redes sociales me habían atrapado, no cabía duda. Pensé que hacíamos una pareja realmente bonita. Conduje concentrada mientras Kike miraba por la ventanilla. Tras unos minutos en silencio, le pregunté:

—¿Qué tal Kike? ¿Cómo estás? —Pregunta genérica donde las haya. Pero por lo menos volvía a ser capaz de unir vocales con consonantes y formar palabras. Era todo un alivio.

—Mmmm —Kike se giró para mirarme—. Bastante bien Bea, ¿y tú? ¿Tú cómo estás? —Me lanzó una sonrisa divertida al ver lo roja que me estaba poniendo.

—Yo estoy bien también —le dije—. Estaba pensando en tu obra de teatro. ¡Qué pasada!

—¿Te ha gustado?

—Sí, muchísimo. Me parece una historia de amor preciosa, aunque muy triste.

—Las historias más bonitas son, a veces, las más tristes. —Kike tenía un aire melancólico y me hizo pensar que se debía referir a la chica esa que le destrozó el corazón. Quise consolarlo entre mis brazos y a ella sacarle los dos ojos. No podía entender cómo alguien era capaz de hacer daño a un chico tan excepcional.

—Bueno, a mí me gustan más las historias de amor con final feliz. Mis favoritas son las que empiezan genial, algún malo trata de estropear ese amor, y finalmente el bueno acaba con el villano y se va a vivir su amor con la prota

a alguna isla paradisíaca.

Kike se rió

—¿Y no prefieres que no haya ningún malo por el medio?

—Hombre claro, eso sería lo ideal. Pero, ¿en qué obra hay solo amor y felicidad?, ¿sería aburrido no? Aunque la verdad es que no debería serlo... El amor debería ser suficiente siempre. —Enrojecí ante mi comentario tan pasteloso.

—Eso que dices es bonito. Y ¿dónde te irías tú?

—¿Cómo?

—Sí, has dicho que te gustan las historias que acaban en una isla paradisíaca.

—Mmm a Bora Bora, a dormir en esas cabañitas encima del agua con el suelo transparente, viendo pasar sobre mis pies los peces de colores.

—No es un mal plan. La verdad es que suena genial. —Kike me miraba mientras yo no apartaba la vista de la carretera. Le estaría dando la impresión de que era una conductora súper prudente, pero no me veía con fuerzas de mantenerle la mirada sin desfallecer. Sentía sus ojos clavados en mí y la situación me empezaba a resultar incómoda. ¿Por qué me miraba tanto?

—¿Has llorado con la obra? —me preguntó finalmente.

—Sí, he llorado mucho.

Kike se incorporó sobre mí y yo me puse tan nerviosa que giré el volante bruscamente, e invadí el carril contrario.

Se volvió a su asiento rápidamente. *Bye bye* imagen de conductora prudente. Bienvenida imagen de chiflada peligrosa.

—Perdona el volantazo —le dije excusándome—, me has asustado.

—No lo pretendía —me contestó—. Lo siento mucho. Seguramente de llorar se te ha corrido un pelín el rimel e intentaba limpiártelo. —Ay Dios, por eso me miraba tanto. Me puse la mano debajo del ojo y froté rápidamente.

—¿Mejor? —le pregunté.

—La verdad es que no. Deja que lo haga yo. —Me pasó su dedo pulgar suavemente por debajo del ojo.

En ese momento pensé que me encantaba. No tenía explicación posible el hecho de que me hubiese tocado un ojo y a mí me hubiese resultado tremendamente erótico. Tenía la certeza de que, aunque me hubiese tocado la uña del dedo gordo del pie, me habría estremecido de la misma manera.

—Ya hemos llegado —anuncié.

Aunque me di cuenta de que solo había una plaza de aparcamiento libre

y era bastante estrecha.

Me consideraba una buena conductora, bastante hábil. Pero Kike me ponía realmente nerviosa. No pude meter mi coche a la primera y tampoco a la segunda. A la tercera empecé a sudar, y a la cuarta él intentó ayudarme dándome alguna indicación, pero no sirvió de nada. Bueno sí, para ponerme más nerviosa aún. Estaba bloqueada. Para colmo, un coche que venía detrás de mí pensó que no iba a ser capaz de aparcar y se quedó esperando a que desistiese, y me marchase. Mientras, otros coches me pitaban para que me apartase y les dejase pasar.

En vista de la situación, Kike quiso tranquilizarme. Me dijo que no teníamos ninguna prisa, que podíamos dar una vuelta y seguro que encontrábamos otro sitio.

—Este sitio es muy estrecho Bea, yo tampoco estoy seguro de si podría aparcar aquí —me dijo con dulzura.

Yo le contesté que después de tanto esfuerzo, este sitio iba a ser para nosotros y que no se preocupase que iba a aparcar. Me vio tan decidida que no replicó.

Volví a salir del hueco con el coche para entrar mejor, y respiré hondo.

Me tomé unos minutos para concentrarme y el coche que esperaba para pillar mi sitio interpretó que me iba a rendir y se acercó más. Entonces lo hice. Aparqué genial, el coche entró al milímetro.

—¡Lo conseguí! —grité. Y estaba tan emocionada que lo abracé. Lo abracé fuerte.

Él me devolvió el abrazo.

—Eres de las que no te rindes ¿verdad?

—Mientras vea una mínima posibilidad, tengo esperanza. Sé que puedo con todo si me lo propongo.

—¿Y qué te has propuesto esta noche?

—Anda, sal del coche, y cierra los ojos.

Kike me obedeció. Lo observé por un instante. Parecía divertido con sus ojos cerrados. Coloqué sus palmas de las manos juntas hacia arriba, y se las llené de arena. Cuando vio que no pasaba nada más, abrió los ojos.

—¿Y eso qué significa?

—Si eres capaz de decirme cuántos granos de arena he puesto en tu mano contestaré a todas tus preguntas.

—Jaja, eso es imposible.

—Pues entonces tendrás que tener paciencia y descubrirlo poco a poco.

Le di un suave golpecito a las manos de Kike y toda la arena se desparramó por su camiseta. Salí corriendo divertida. Él fingió indignación y echó a correr detrás de mí. Abandoné el parking y me adentré en la playa, y no me giré a mirarlo hasta que llegué a la orilla del mar.

—Estoy cansada de esperarte señor lentorro —me burlé, aunque apenas podía hablar del esfuerzo.

Al instante llegó Kike y se abalanzó sobre mí, lo que nos hizo a los dos caer sobre la arena húmeda.

—¿Te crees que estamos jugando al rugby señor Galán? Creo que me has roto la muñeca al caer sobre mí —le dije un poco molesta.

—¿De verdad? ¿Te he hecho daño? Igual me he pasado un poco. Deja que te la mire. —Kike parecía preocupado.

—Pues sí, te has pasado tres pueblos. Voy a ver si puedo girarla, porque no lo tengo claro. —En ese momento cogí un pegote de arena húmeda y se la restregué por la cara. Me eché a reír frenéticamente.

Tengo que hacer un inciso para explicar una cosa. Siempre he sido tremendamente competitiva en los juegos. Cuando era niña, todos los juegos que empezaban riendo terminaban llorando. No tenía límite y no soportaba ningún tipo de burla cuando perdía.

Todo empezó cuando tenía 6 años y mi mejor amiga me ganó al parchís. Era la primera vez que jugaba. La historia no terminó bien. Los médicos tuvieron que sacarle el dado de su pequeño orificio nasal y sus padres no le dejaron volver a jugar conmigo en todo el verano.

Volviendo al momento actual, restregarle arena húmeda por la cara a un actor famoso que apenas me conoce, y al que tengo que conquistar, quizá no fuese la mejor de las ideas. Pero ya estaba hecho.

Kike se quedó paralizado sin poder abrir los ojos. Intenté arreglarlo cogiendo un poco de agua del mar para limpiarle la arena. Él se dejó hacer. Cuando pudo abrir los ojos los tenía bastante irritados.

—¿Por qué has hecho eso, loca peligrosa? —Por lo visto seguía de buen humor y estaba bromeando.

—Me habías lanzado al suelo, bruto.

—¡Pero era jugando! —me contestó con voz de chiquillo al que acaban de regañar, y en ese momento, con sus ojitos entreabiertos, y rojos como tomates, me pareció muy tierno. Me acerqué y le besé. En los labios. Suavemente. Así, sin más, sin pensar. Sin estudiar si era el momento justo. Si él quería o no. Si sería precipitado. Me dejé llevar y punto, y él me

correspondió. Vaya si lo hizo. Nos besamos sentados en la arena como dos quinceañeros en sus vacaciones de verano. Fue el momento más bonito que había vivido en mi vida.

Permanecimos un rato más en la arena, viendo anochecer. Nos contamos muchas cosas, nos dimos besos y también nos reímos mucho. Kike me confesó que le había parecido bastante rara a la salida del teatro pero que había algo en mí que le había hechizado, algo que no sabía explicar muy bien lo que era.

—¡¡¡Que estamos predestinados!!! —chillé por dentro. Todo mi cuerpo daba palmas de alegría, daba piruetas de felicidad, giraba sin control y reía, reía muy fuerte. Estaba sucediendo. Mi locura se cumplía.

Le cogí la mano para que se pusiese en pie. Nos quitamos los zapatos y dimos un paseo por la orilla del mar. Creo que ni en mis mejores sueños podía haber tenido una cita más bonita que la que tuve aquella noche. No hizo falta una cena en París o un paseo en góndola por Venecia. Con el sonido de las olas rompiendo sobre la orilla, y nosotros dos paseando con nuestras manos entrelazadas, no me hacía falta nada más. Llegamos andando hasta el espigón y nos subimos a sentarnos sobre las rocas. Una pareja que pasaba por allí reconoció a Kike y no paraban de mirarnos. Finalmente se animaron a acercarse y le pidieron una foto, a lo que Kike accedió encantado. ¡Qué simpático era! ¡Y qué fotogénico! Esto abrió la veda para que más personas se acercasen a conocerlo y empecé a sentirme un poco celosilla porque estaban acaparando toda su atención. Tuve paciencia y finalmente nos dejaron a solas y pudimos charlar de nuestras cosas.

—¡Qué raro es todo esto!, ¿no crees? —me preguntó Kike.

—¿Te lo parece?

—Sí, no sé. Esta situación. Estar de repente tú y yo aquí... solos...

—Solo somos un hombre y una mujer pasando el rato juntos. Más raro sería si yo fuese una sirena ¿no? O tú un troll. En ese caso, si la relación fructificase y llegásemos a tener un bebé, sería un niño muy bajito y verde, con grandes orejas y nariz gruesa, y una cola larga. La cola de sireno me refiero. La otra, para su desgracia, en caso de tenerla, la tendría muy pequeña y no sé ni dónde. Los genitales de los mitad persona-mitad pez no sé dónde figuran. En todo caso, nuestro extraño engendro solo podría enamorarse en algún programa de esos de encontrar pareja, donde van los especímenes más raros que existen, cenan, y ven si cuajan entre ellos ante la atenta mirada de un presentador de nariz prominente.

—Hombre sí, en ese caso sería más extraño aún —me contestó riendo

—. Pero yo me refiero a que nos hemos conocido hoy y nos comportamos como si lleváramos meses saliendo juntos.

—Yo te conozco desde hace mucho Kike. Y también hace tiempo que te quiero.

—¿Sabes que eso suena raro? Y que podría asustarme.

—Lo sé.

—Pero la verdad es que no me asusta.

—Me alegro. —Sentí un alivio indescriptible. No había salido huyendo ni con el relato de nuestro hijo ficticio medio pescado. Sin duda era el hombre de mi vida.

—¿Te apetece que vayamos a un restaurante italiano que me encanta? —sugerí.

—Por mi perfecto.

—Pediré mi plato preferido. La lasaña —le dije acordándome de los sueños en los que lo conocía a fondo.

—Vaya, el mío también es la lasaña. —Me dijo ilusionado.

—Pues menuda casualidad —le contesté y le sonreí.

Nos fuimos a cenar de la mano, bajo una luna preciosa. La luna más bonita que había brillado jamás en la playa de Valencia.

## .9. EL PARAÍSO EN LA TIERRA



Después de la cena en el restaurante y un par de copitas a pie de playa nos marchamos. Paseamos tranquilamente hasta mi coche, recreándonos en mirar las estrellas, que esa noche se veían a la perfección. El coche se había quedado prácticamente solo. Me pareció una idea súper romántica tumbarnos sobre él a admirar el precioso cielo despejado, escena que había visto en algunas películas. Intenté subirme dando unos saltitos sin mucho éxito. Kike, al verme en apuros, se acercó y me cogió en brazos. Después, me dejó tendida sobre el coche y se sentó a mi lado. La experiencia me defraudó muchísimo. Me pareció tremendamente incómodo, pero traté de disimular. Por lo menos la compañía era magnífica.

La noche llegaba a su fin y quise tantear a Kike para ver qué pensaba de nosotros y de nuestros planes para el futuro. Ahora que lo había conocido no quería distanciarme de él.

—Tienes una agenda muy complicada, ¿verdad Kike?

—Sí, me quedan aún varios meses de funciones.

—Ah, claro, es normal. —Me sentí un poco decepcionaba. Él iba a continuar con su vida como si tal cosa. Seguro que había sido una noche entretenida para él, pero mañana volvería a su vida, a sus compañeras actrices y a sus fiestas de famosos, y no tardaría ni dos días en olvidarse de mí. ¡Hay que ver como son los actores!

—Estaré aquí, en Valencia, así que, por esa parte, podemos hacer planes, si tú quieres...

—¡Pues claro que quiero! —Mi voz sonó demasiado efusiva, así que traté de hacerme la interesante—. Bueno, a ver si saco algún rato, porque últimamente ando muy liada.

Retiro mi comentario acerca de los actores, por ahora los actores son lo más.

—Eso me recuerda que no me has contado por qué esas chicas querían hacerse una foto contigo en el teatro. Déjame adivinar. No me digas que también eres actriz. No, no, mejor. Cantante. Seguro que eres cantante.

Empecé a cantar mi canción preferida de Coldplay, Viva la vida. Era ideal para la cita de hoy. Me vine muy arriba con la emoción del momento. Los gallos que solté, y mi escaso dominio de la letra en inglés, me sacaron de la imagen de cantante que había proyectada en su cabeza.

—Vale no, no eres una estrella de la canción. —Kike se reía efusivamente. ¡Qué mal cantas por favor! —Yo continué cantando cada vez más alto, como si no le escuchase.

—Por favor pareces un perro al que le estuviesen arrancando una uña — me soltó. ¡También sabía bromear!, o igual lo pensaba de verdad. La imagen se sucedió en mi cabeza y no sé por qué me imaginé a un San Bernardo. A esos perros siempre les había visto como personas atrapadas en el cuerpo de canes. El perro miraba hacia la derecha con cara de dolor, mientras la “perruquera” que también era esteticien, una caniche muy bien peinada, le daba un fuerte tirón (había que arrancar la uña infectada con un virus letal o se expandiría por todo el cuerpo), y el perro soltaba montones de alaridos perrunos que, al parecer, a Kike le recordaba a mí cantando la letra de mi grupo favorito.<sup>[2]</sup>

Decidí dejar de torturarlo.

—No, no soy cantante —le contesté. Noté como mi horrible canción me había secado la garganta y me había dejado un poco afónica.

—¿Una escritora famosa? Por favor, dime que eres una escritora famosa. Las escritoras me parecen realmente sexys —dijo emocionado.

Me quedé pensando por un momento. Realmente ser *influencer* tenía un poco de escritora. Escribía un blog oye, y también me tenía que currar buenos textos en mis redes sociales. Lo mejor sería contarle a lo que me dedicaba.

—Bueno, exactamente escritora no soy, pero hay parte de eso. Comento las fotos que publico y...

—¿No me digas que eres *blogger*, o *influencer*, o alguna cosa de esas? No me gusta nada ese tema. Estoy cansado de ver como unas personas que no han hecho nada, no han estudiado nada, y solo dedican su tiempo a hacerse fotos con distintos trapitos y a publicarlas, ganan un montón de dinero y hacen montones de viajes. Mientras otros, estudiando y currando al límite, no tienen tanto éxito.

—¡Oyeee, un respeto! Que lo mío me ha costado guapito de cara, ¿o acaso te crees que la gente sigue a todo el mundo que dice ser *blogger* como si

fuesen borregos? De eso nada, hay que trabajar mucho, estudiar los contenidos, hacer labores de marketing y dedicarle muchas horas al día. A mí me ha costado que la gente me siga, no seas tan envidioso.

Eso es lo que le tendría que haber dicho. En cambio mi respuesta fue la siguiente:

—Ay calla loco. Yo también odio a esas vagas. Menudo atajo de sinvergüenzas, no tienen derecho al aire que respiran. —Joroba, me estaba ensañando—. Vivir de ponerse trapitos y de compartir todo, hasta los pedos que se tiran si les patrocina pedorred. Nada de eso Kike, ¿influencer?, influcaca, eso es lo que son.

—Uff, menos mal, por un momento me había asustado. Me gustas mucho Bea, por ahora me gusta todo de ti y no quiero que eso cambie. ¿A qué te dedicas entonces?

—Pues verás, yo soy... fotógrafa. Pero importante eh, tengo mucho éxito, por eso me conocían esas chicas. Lo raro es que me hayan reconocido sin la cámara, siempre voy pegada a mi maquinita preferida, con un ojo dentro del objetivo.

—¿Del objetivo? —Kike me miró extrañado.

—Son chistes de fotógrafos —intenté salir del paso—. Significa que trato de captar todo, que nada escapa a mi visión y con un click lo immortalizo.

—Ahh vale, no lo entendía. Pues genial. Cuando quieras poso para ti. Se nota que entiendes. Tienes una jerga específica y todo. ¡Qué profesional!

—Uy sí, sí, no lo sabes bien. Pues cuando tú quieras te hago unas fotos.

—¿Qué cámara tienes? Soy aficionado a las réflex.

Me puse a pensar rápidamente, la verdad es que sabía de cámaras de fotos lo que el monstruo de las galletas sabía de la Dieta Dukan. Pero intenté hacerme la enterada.

—Pues es una cámara reflex instaplus monocroma, acaba de salir al mercado. Última tecnología nipona. —Me encantaba decir la palabra nipona, no sé por qué pero me parecía que sonaba *cool* e inspiraba sabiduría:

“Una anciana nipona, en su lecho de muerte, me dijo una vez...”

“Según una vieja leyenda nipona...”

Lo que sigue en el relato te interesa sí o sí. Es sabiduría en estado puro. Me pasaba lo mismo con la palabra ancestros.

Ah y volviendo al tema que nos ocupa, también dije lo de la tecnología nipona porque me iba por la cabeza que los japoneses tenían idea de cámaras, o al menos les interesaban, porque siempre que había salido de viaje los veía

con sus cámaras de objetivos de considerable tamaño, colgando del cuello. Las chicas sonreían a la foto con sus dedos corazón e índice levantados simpáticamente, sin miedo a que les roben sus huellas dactilares, un peligro que nos acecha, según había leído últimamente en Facebook.

—¿¿Monocroma?? Entonces, ¿siempre haces las fotos en blanco y negro? —me preguntó Kike con curiosidad.

—Uy claro, es mi sello distintivo. Me llaman la fotógrafa de los años 50 —respondí rápidamente, con lo que sonó bastante creíble.

Y esto es lo que tiene no saber ni lo que estás diciendo, pero bueno al menos no le había dicho ninguna barbaridad imposible. Fotografíar en blanco y negro. Eso podía hacerlo.

—Así que Kike, cuando te haga fotos no te preocupes si no te combina la camisa con el pantalón, no va a notarse —bromeé.

—Mejor, porque soy un negado para vestirme. No me saques del vaquero con camiseta que me pierdo.

—A mi me encanta innovar. Me he dado cuenta últimamente. Antes vestía muy seria y formal. Trabajaba en un banco ¿sabes? Pero luego me dio la locura esta de ser... fotógrafa, y lo dejé todo para intentarlo. Y ahora, hasta me visto de rosa y rojo, y me río cuando me dicen: Rosa y rojo patada en el ojo. Me pongo sombreros, faldas plisadas con lunares, y a veces, hasta ropa de hombre. Ándate con ojo con tu armario, ¿tienes cosas chulas? Si tienes te las robo. —Me reí alegremente. Me sentía muy relajada a su lado.

—Me encanta tu sentido del humor. Eres increíble. Las chicas que he conocido siempre intentan impresionarme. Tratan de parecer sofisticadas y estar siempre perfectas... Tú eres... más natural.

—No sé si lo que acabas de decirme es un cumplido.

—Pretendía serlo. Quiero decir que me gustan las personas como tú. Reales. Que dicen lo que se les pasa por la cabeza y que no disimulan. Que comen con hambre y disfrutan de la comida. Que corren sin miedo a que se les levante la falda. Y, sobre todo, que se ríen con tantas ganas.

—¿Aunque canten fatal? —pregunté con una caída de ojos de niña buena —. En realidad lo que me habría gustado era pedirle que me dictase palabra por palabra lo que acababa de decirme porque quería tatuármelo en la piel, ¡qué bonito por favor!

—Aunque canten tan mal que me den ganas de meter la cabeza en una lavadora a 8000 revoluciones —me contestó con una sonrisa súper dulce.

—Pero es que a mí me gusta mucho cantar.

—Pues canta lo que quieras. Pero ¿me dejarás ponerme tapones?

—Venga, vale. —continué hablando—. Kike... —le dije tímidamente.

—Dime.

—¿Tú has escuchado el dicho: comer con hambre, dormir con sueño y fo...?

—Sí que lo he escuchado —me contestó con una media sonrisa dibujándose en su cara.

—Pues, ¿a que no sabes qué? ¡Lo tercero también lo hago!

Kike me cogió la cara y me besó. Me dio un beso tan apasionado, carnal y bonito a la vez, que por un momento pensé que todo esto era un sueño, que no podía ser real.

—¿Dónde has estado todo este tiempo Bea? —me preguntó pasándome un brazo por lo hombros cuando finalmente nuestras lenguas se separaron.

—Pensaba que viviendo, pero ahora ya no lo sé.

Ya no dijimos nada más. Continuamos tumbados mirando las estrellas, abrazados, en la carrocería de ese coche que ahora mismo me parecía el paraíso en la Tierra.

# .10.

## FOTOGRAFÍA PARA DUMMIES



La cita con Kike había resultado de 10. El chico era mucho mejor de lo que me imaginaba y yo ya me lo imaginaba como un Dios Griego. Era como el *Mister* Dios Griego del Olimpo de los bellos, nobles, cariñosos y atentos de la Tierra gloriosa del Edén. Y para nada estaba exagerando.

Solo empañaba mi alegría y mis mariposas estomacales, el recuerdo de la trola que le había soltado a mi gran amor.

Sabía que no había sido buena idea empezar mi relación con una mentira de tal magnitud, pero había que reflexionar todo esto. El destino me la había jugado.

¿Por qué me había hecho *blogger*? Porque en mis visiones, para estar con Kike feliz haciéndome fotos con el famoseo y el *champagne*, tenía que ser una bloguera. ¡Pero si yo no tenía ni idea de ese oficio tan novedoso! Ahora resulta que lo había conseguido y Kike las detestaba. Pues eso señores a mí me parece una jugarreta muy ruin. Las visiones paranormales estaban para facilitarme la vida y para ayudarme. Eso sería lo lógico. Pues no. Al parecer las visiones estaban para liarme y hacerme engañar a Kike que, con lo buena persona que es, seguro que odia las mentiras y a las farsantes. Y llegados a este punto, alguien podría decirme: ¿Y tú para qué vas y te crees esas visiones? Pues ni idea, pero me las había creído. Tenía toda la pinta de ser el futuro. O eso había pensado yo.

Por otro lado estaba el asunto de que a mí me encantaba ser bloguera. Por fin había encontrado algo con lo que me sentía a gusto y realizada como persona. Y además había conocido a un montón de gente con la que me sentía conectada y en deuda. Ellas me habían seguido cuando yo no era nadie y ahora no podía abandonarlas.

Además, había mandado a mi jefa del banco a tomar viento fresco de la montaña, jamás me dejaría volver a mi antiguo puesto de trabajo, ni yo quería,

ojo, que yo soy muy digna. Habíamos llegado un punto de no retorno. Así que solo tenía una opción: Llevar una doble vida muy ajetreada.

Descarté la idea de ser una buena fotógrafa, o al menos no ser una horrorosa, en la tienda de fotografía. Me encaminé hacia allí dispuesta a aprender todo sobre las cámaras monocromas última tecnología nipona. En la tienda me recibió un chico joven con gafas que se llamaba Raúl cuando fui a interesarme por una cámara que fuera a ser posible última tecnología, ya sabéis, nipona.

—Y dime Raúl, ¿cómo se activa el flash?

—Pues el flash lo puedes poner en automático y saltaría cuando hay escasez de luz o lo puedes activar tú manualmente con este botón de aquí...

—¿Y cómo me has dicho que se apagaba?

Aquí, mira, donde pone off. On encendido/Off apagado. —Por su tono de voz supe que pensaba que yo era una chica muy torpe y que le iba a dar bastante faena.

— ¡Vaya, esa pregunta era fácil! Y ¿Cada cuánto más o menos tendré que cargarla?

—Depende de lo que la uses pero este modelo tiene una autonomía bastante elevada.

—¿Tiene alguna de esas cintas para colgarlas al cuello?

—Sí claro.

—Y puede hacer fotos en blanco y negro, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Perdone ¿ha terminado ya con la chica? Necesito consultarle un precio de una cámara. —Una señora de mediana edad nos miraba molesta ya que al parecer llevaba esperando bastante rato, y no había más que un dependiente monopolizado por mí.

—No se preocupe, vaya a atender a esta señora en lo que yo voy probando la cámara —le dije a Raúl.

Empecé a practicar y no iba cara al aire. Volvió Raúl y se volvió a ir a atender a otra persona y volvió conmigo otra vez, y llegó otra persona de nuevo y se volvió a marchar. Después de una hora explicándome las funcionalidades de la cámara, me di cuenta de que si no era con el modo automático las fotos que me salían eran una castaña pilonga. Al típico nipón especialista en esta tecnología le darían vergüenza ajena mis fotos. Además costaba 2.000 euros y tenía que llevar un objetivo especial que valía 500 euros más.

Me puse a reflexionar el asunto y llegué a la conclusión de que ese gasto estaba totalmente injustificado, sobre todo porque me iba a ser imposible mantener dos oficios distintos, así que le dije al dependiente Raúl que muchas gracias por su tiempo, pero que me iba a apañar con mi cámara del móvil que tenía una barbaridad de megapíxeles.

Continué con mi página, con mis publicaciones, con mi blog y con mi canal de Youtube. Volví a las sesiones de belleza de *Con B de Beatriz*, atendiendo a mis seguidoras e interactuando con ellas. No volví a mencionar a Kike, y por supuesto no le volví a lanzar mensajes, quería pasar desapercibida el máximo tiempo posible. Mi plan era que cuando descubriese mi sucia treta ya me quisiera tanto que no le importase a lo que me fuera a dedicar. El oficio de un ser humano tampoco era tan importante. Me lo había enseñado Julia Robert en *Pretty Woman*. Al verla cada año religiosamente cuando la echaban en la televisión, había mantenido esos contenidos frescos en mi memoria. Y su oficio, aunque digan que es el más viejo del mundo, a mí me parece bastante más controvertido.

Volví a quedar con Kike. Era la primera noche que nos habíamos vuelto a ver después de nuestra cita. El resto de encuentros habían sido por el día a tomar algo en alguna cafetería después de sus funciones. Continuaba la fluidez y la confianza entre nosotros. Como si nos conociésemos de mucho antes.

Y en confianza le dije que teníamos que organizar nuestras quedadas en lugares íntimos y evitar los espacios multitudinarios, porque tanto él como yo estábamos cogiendo mucha popularidad y a menudo nuestras citas eran interrumpidas por simpáticos seguidores que a mí me sacaban un poquito de mis casillas. Está claro que la fama es lo que tiene, y que no hay que quejarse, que nos debemos a nuestro maravilloso público, ¡pero leñe! es que si Kike está a punto de darme un beso y nos interrumpen me parece a mí que eso tiene cero gracia. Estamos de acuerdo, ¿verdad?.

Hoy por fin estábamos juntos y solos. Él me preguntaba cómo me iba el negocio, si había mucha gente queriendo hacerse fotos en blanco y negro en esta época del año y yo le contestaba que más de la que se pensaba. Que era una época genial de trabajo porque la gente aún no estaba morena, y el blanco y negro les hacía parecerlo.

—Eso que se ahorran en rayos uva —bromeaba Kike—. Por cierto sigo queriendo que me hagas unas fotos.

—Claro, cuando quieras. La semana que viene sin ir más lejos a ver si saco un huequito pero no vamos a estar hablando de trabajo ¿verdad?

—No, claro. Es verdad, querrás desconectar.

Hace un par de días cuando Kike me llamó para invitarme a cenar a su hotel me sentí pletórica. Tengo que reconocer que la cita me hacía una ilusión tremenda. Por otro lado tenía claro que si se citaban dos adultos que se gustan en un hotel, y uno de ellos tenía una habitación allí, la noche no iba a terminar con los dos jugando al parchís y eso me inquietaba un poco. Quería que todo fluyera con naturalidad y esperaba que así fuera. Lo que más me importaba en este momento era que lo que había surgido entre Kike y yo no se estropease bajo ningún concepto. Y obviamente, que conectásemos bien en la intimidad era un tema bastante importante en una relación. Al menos para mí.

Voy a rebobinar hasta el inicio de la cita, para que no os perdáis ningún detalle. Llegué al hotel a las 9. Justo a la hora que habíamos quedado y él ya estaba esperándome en el bar. Lo vi de espaldas. Estaba charlando animadamente con el *barman*. Bromeaban sobre algo que no llegaba a oír. Llevaba una camisa de rayas azules y blancas y unos pantalones chinos azul marino, con un cinturón marrón y unos zapatos marrones. Se volvió a echar un vistazo y entonces me vio. Me sonrió y se acercó alegre.

—Madre mía Bea, ¡estás preciosa!

—Muchas gracias. Tú también estás genial.

Estuve a punto de decirle que me había puesto lo primero que había encontrado pero 1º: Eso era una mentira cochina y se notaba. Llevaba un vestido con una falda abullonada color crema con una tira de lentejuelas negras en su parte más baja y un cuerpo entallado de color negro que resaltaba a tope mi figura. Un recogido ladeado en el pelo y unos tacones negros de aguja. No había dejado al azar, ni el ganchito que sujetaba el pelo que me caía sobre la frente, y que me molestaba tanto. Tenía forma de hoja de laurel y estaba rodeado de piedrecitas.

2º: Tampoco entendía por qué la gente decía esas cosas para parecer más interesante. Me gusta elegir la ropa para una cita para sentirme cómoda conmigo misma y guapa, si cojo lo primero que tengo por ahí es como si lo hiciera sin tiempo o con dejadez. A mí tampoco me gustaría que Kike hubiese venido a la cita ataviado con un chándal, porque es lo primero que ha sacado de su armario. Aunque os confieso que tampoco me habría hecho ilusión que se hubiese pasado cinco días probándose atuendos sin descanso. En el punto medio está el equilibrio.

Fuimos hablando por el hotel hasta el restaurante. Kike me contó que charlaba con el *barman* porque ya lo conocía bastante, cada vez que había

visitado Valencia se había hospedado en el mismo hotel y habían entablado una pequeña amistad. Me contó que Valencia le apasionaba. Sus calles y su playa. La gente ruidosa y alocada que poblaba la “Terreta”, como decimos aquí cariñosamente. Él era madrileño y también le gustaba mucho su ciudad. Vivir en la capital le había brindado muchas más posibilidades laborales y obviamente allí había forjado la mayoría de sus recuerdos.

—¿Entonces te gusta Valencia para vivir? —le pregunté, sin poder evitar de paso imaginar nuestra vida feliz paseando a nuestros niños por los parques de la ciudad. Unos niños estupendos que se llamarían Marcos y María. Marcos sería el mayor y sería un niño súper bueno, listo y cariñoso. María sería más revoltosa y muy espabilada, pero igualmente un amor de niña, zalamera a más no poder. Nos tendría a todos en el bote, sobre todo a su abuelo, al que le daría masajes en la cabeza y él le compensaría con caramelos a escondidas de los papis que le reñiríamos porque le daba demasiados dulces. Los dos serían buenos tenistas y pasarían muchas horas jugando fuera de casa. No tendrían consola hasta los 16 y móvil hasta los 18. Bueno, todo esto estaba súper claro en mi imaginación. Volví de mi ensoñación dejando a María y a Marcos soplando las velas a la vez, (los dos nacerían en Septiembre) y aterricé en el momento presente justo a tiempo para escuchar a Kike que me decía:

—Siempre y cuando a ti te parezca bien. Gracias por escucharme Bea. Me ha costado contártelo pero ahora me he quedado mucho más tranquilo.

¿Cómo? Tierra llamando a Bea. ¿Qué me acababa de contar? Desde que tuve mi aparición paranormal y los sueños en los que me revelaban cosas de Kike, me notaba más dispersa. Me evadía constantemente a mi mundo imaginario pero hasta ahora había sabido volver a tiempo para enterarme más o menos de lo que me estaban contando. En esta ocasión el viaje interestelar había durado demasiado. Va a ser verdad lo que dicen mis amigas de que los niños te exprimen las 24 horas del día, que son como los gases que se expanden y ocupan todo el aire que respiras. Sí, el diploma a las madres del año no se lo van a dar. Pero bueno, algo de razón deben tener, los míos aún no habían nacido y ya me estaban ocasionando problemas.

Me pareció bastante horrible tenerle que preguntar a qué se refería porque no me había enterado de nada en absoluto, así que asentí y le dije:

—A mí puedes contarme las cosas que te afecten todas las veces del mundo. Como si quieres seguir hablando del tema. Yo encantada. Tienes toda mi atención. Cuenta, cuenta.

—No, ya te lo he dicho. Tampoco quiero hablar más del tema. Esta

noche es nuestra noche, tuya y mía. Y no quiero que hablemos de nadie más.

¿De nadie más? ¿Es que hay alguien más? Alarma, alarma, hay una intrusa peligrosa. ¿Alguien con un micrófono en la sala?

En ese momento me gustaría haber podido hacer lo que hago con Netflix cuando me disperso mientras veo alguna serie y me pierdo una frase importante y luego no entiendo nada. Tiro para atrás la barrita y lo vuelvo a escuchar. Ojalá existiese esa función en la vida real. Pero no la habían creado aún, tendría que quedarme con la intriga. Deseé que no fuese nada demasiado importante.

Pronto me olvidé del tema porque empecé a disfrutar de una velada mágica. El restaurante era muy íntimo y no había mucho aforo esa noche. La cena estaba buenísima y el vino espectacular. Contamos muchas anécdotas, nos reímos mucho e hicimos planes. Quise que Kike conociera mejor a mis amigas, que para mí eran como mi familia, así que le propuse ir a un picnic que iban a hacer en un parque el próximo fin de semana. Acudirían todas con sus parejas y con los niños, Hugo y Alba. Él aceptó y hasta me pareció que le hacía ilusión.

Cuando terminamos de cenar nos levantamos y salimos del restaurante. Íbamos cogidos de la mano y Kike me acercó delicadamente hacia él. Después me besó. Primero tímidamente, después con pasión. Cuando por fin nos separamos vi que estábamos al lado del ascensor.

—¿Te apetece subir y nos tomamos la última en mi habitación? Estoy en la primera planta... —me sugirió Kike algo sonrojado.

—Mmm bueno, no sé...

—No tenemos que hacer nada que no te apetezca Bea...

—Si apetecerme, sí que me apetece... Me apetece todo contigo. Es solo que estas cosas es mejor no hablarlas, ¿no? es mejor que fluyan.

Kike llamó al ascensor y me dio un ligero empujoncito para que entrara en cuanto se abrieron las puertas. Tenía mi mano cogida y estiró cuando el ascensor paró en el primer piso. Se puso a andar deprisa por el enmoquetado suelo del hotel y me arrastró con él. Llegamos a su habitación, pasó su llave magnética y la luz se puso verde invitándonos a entrar. La habitación era una auténtica pasada. Súper grande y espaciosa. Parecía más una mini casita que una habitación de hotel. Tenía una terraza con plantas y un jacuzzi cuyas burbujas chisporroteaban alegremente.

Kike se acercó al minibar y sacó una botellita de champán y unos bombones de licor que estaban para chuparse los dedos. Debo confesar que lo

hice.

Abrió la botella y pretendía beber de su copa directamente, pero le dije que de eso nada, que a mí me gustaba brindar siempre.

—¿Y por qué brindamos señorita?

—Brindamos por nosotros y porque pase lo que pase en el futuro, para mí conocerte está siendo una de las mejores cosas que me ha pasado en los últimos tiempos.

—Me sumo a tu brindis. Por nosotros y por nuestro futuro juntos.

Brindamos sentados en la cama. Cuando le habíamos dado un par de tragos a las copas, cogí la mía y la dejé en la mesita de noche. Hice lo mismo con la de Kike. Me acerqué a él y le besé. Después le empecé a desabotonar la camisa mientras le besaba y él procedió a bajarme la cremallera del vestido con bastante destreza. Nos desnudamos mutuamente bajo la luz tenue de la habitación. Cuando estábamos los dos en ropa interior, me senté a horcajadas sobre él y me solté el recogido que llevaba en el pelo, que cayó como una cascada larga y castaña sobre mis hombros desnudos. Kike me miró fijamente y colocó la palma de su mano sobre mi mejilla. Me apartó el pelo hacia un lado y me atrajo hacia sí para besar mi cuello, ahora despejado.

Hicimos el amor lenta y pausadamente, pero con mucha intensidad. Recorrí el mapa de su cuerpo sin dejarme ni un recodo y él hizo lo mismo con el mío. Acabamos tumbados, exhaustos y felices. Nos besamos una última vez y me acurruqué sobre su pecho. Con el rítmico latido de su corazón me sumergí en un apacible sueño.

Esa noche, ni él ni yo dijimos nada, pero lo sentimos todo.

## EL HARÉN DEL SEÑOR GALÁN



Cuando me desperté me costó ubicarme. En un primer momento la habitación del hotel me resultó desconocida. Después me giré y vi el rostro de Kike que descansaba tranquilo a mi lado y sentí paz. Habría dado lo que fuera por saber lo que estaba soñando en ese momento. Estaba tan relajado e interesante. Su pelo estaba revuelto y le caía sobre la frente, lo que le daba un aire desenfadado y muy sexy. Se había dormido solo con unos boxers, y la sábana blanca revuelta le tapaba escasamente media pierna. Me descubrí observando fijamente su abdomen marcado y me pregunté si estaría haciendo abdominales en su sueño, porque no tenía sentido que permaneciese tan firme en posición de descanso. Me acerqué a tocarlo, presioné ligeramente con la yema de los dedos y me maravillé con su anatomía. Por suerte no se despertó.

Después quise tomarle una foto justo así, como se encontraba en ese momento, para asegurarme de que todo había sucedido en realidad y no había sido una de mis ensoñaciones. Pensé que igual le fotografiaba y cuando observara la imagen salía la cama vacía con su sábana revuelta pero ni rastro de Kike. Hice la foto, pero se disparó el flash, él entornó los ojos molesto y me apresuré a guardar el móvil para no parecer una acosadora *friki*.

—Ey, preciosa ¡buenos días! —me saludó Kike sonriendo con un ojo cerrado y otro entreabierto.

—Buenos días dormilón, ¿cómo has descansado?

—Bien, hace mucho sol, ¿no? Me ha despertado un resplandor.

—No creo, habrá sido un rayo —dije disimulando—. Está lloviendo bastante.

—Hoy no apetece levantarse de la cama. ¿Pedimos el desayuno y remoloneamos un rato más? Al fin y al cabo es domingo. Y los domingos son para descansar —me dijo con una sonrisa traviesa.

—No se me ocurre un plan mejor.

Kike llamó al servicio de habitaciones y pedimos un desayuno abundante para los dos. Huevos revueltos, tortitas, fruta, queso y pan, con zumo de naranja y café con leche. Nos lo zampamos con avidez. Nos sumergimos de nuevo entre las sábanas y volví a perderme en Kike y él en mí. Se paraba el tiempo cuando estábamos juntos.

Casi a la hora de comer decidimos darnos una ducha y ponernos en marcha. Había dejado de llover y empezaban a asomar los primeros rayos de sol. Salí de la ducha con una toalla anudada a modo de vestido y otra enrollada en la cabeza. Me hice una foto de cintura para arriba frente al espejo de esta guisa. Con mis toallas y con la cara limpia de maquillaje, ya que era un tipo de imagen que estaba siendo tendencia entre las *instagramers* desde hacía algún tiempo. Mis seguidoras más observadoras se percataron de que me encontraba en el baño de un hotel y me preguntaron acerca de ello, pero yo evité contestarles con disimulo.

Marina25: *“Halaaa, ¿dónde estás Bea? ¿Estás hospedada en un hotel? Estás guapísima”*

ConBdeBeatriz: *“@Marina25 gracias bonita. No se trata de dónde estamos sino de cómo nos sentimos. Be happy my friend”*

Marina25: *“Pues seguro que te sientes brutal, porque te sienta de maravilla Xoxo.”*

Cuando salí ya arreglada del baño parecía algo raro con mi vestido elegante, mi pelo mojado y mi cara sin maquillar. Pero no podía haber aparecido ayer con una minimaletita, habría dado a entender algo que tampoco pretendía ni tenía claro. El momento tenía que surgir por sí solo.

—No me gusta llevar esta ropa de noche por el día. ¡Vaya pintas llevo!  
—me quejé ante Kike, que se apresuró a reñirme.

—Eso no lo vuelvas a decir eh, haz el favor. Tú estás perfecta con lo que te pongas.

Observé en el armario una camiseta suya que me gustó y me visualicé con ella. Era de Pepe Jeans negra con las letras en blanco.

—¿Me dejas que me la pruebe? —le pregunté sacándola y observándola detenidamente.

—Pues claro, si te gusta te la regalo. La verdad es que a mí me aprieta un poco.

Me la probé y me encantó. A mí me quedaba un poco ancha y larga, como si llevase, en lugar de una camiseta, un vestido corto. Mis tacones quedaban demasiado arreglados para ese look más deportivo, pero hoy en día

la gente combinaba un traje de chaqueta con unas converse y era lo más. No había tanta norma a la hora de vestir y mi oficio de *instagrammer* me daba manga ancha a la improvisación.

Una vez, la pequeña Alba me había pintado unas rayas en la cara jugando a maquillarnos como si fuera carnaval y me vio una seguidora y me dijo que le flipaba mi look, que con mis pantalones *animal print* quedaban fabulosas esas rayas bajo mis ojos. Así que yo cada día me la jugaba más.

Mientras Kike se duchaba me coloqué una gorra suya con mi nueva camiseta vestido y me hice una foto súper casual. Miré hacia un lado con la gorra ladeada hacia el lado contrario y mi pelo suelto y húmedo asomando por debajo. La compartí y enseguida me llovieron los me gusta.

Cuando salió Kike me encontró con la gorra puesta de lado y me dijo que parecía una rapera. Empecé a cantar estilo rap y Kike recordó que canto, en lugar de como los ángeles, como los demonios.

“Y ayer te vi en la barra del bar  
Y enseguida sentí que me podías gustar  
Pareces guay, tienes flow.  
Tienes un no sé qué y un qué sé yo.  
Dame tu amor, dame tu olor  
Dame tu psique y tu corazón.  
De aquí no te marchas si no me voy yo  
Hacia el mismo punto vamos los dos.”

Acompañé mi letra de sonidos constantes que hacía con la boca dando golpecitos sobre el puño cerrado.

Kike aplaudió mi improvisada actuación.

—Oye pues el rap se te da bastante mejor que la canción melódica.

—Oye, che tú, al parecer tenemos aquí un plan B si me falla la fotografía  
—le contesté con una expresión bastante valencianota, y me arrepentí al segundo de reiterarme en hablarle de mi oficio ficticio.

—Bea, una cosa, respecto a lo de Carmen. ¿Qué te parece si le digo que se venga también al picnic? Quiero que te conozca cuanto antes. Ya te dije que es muy importante para mí. Es un amor y yo creo que te va a encantar. Al menos eso espero.

Vaya, ni idea de la tal Carmen... Debió de ser el capítulo que me perdí por estar en las nubes cuidando a mis hijos imaginarios.

— Ah, pues lo que tú veas. ¿Estás muy unido a Carmen, no?

— Sí, sí, súper unido. De hecho me preocupaba que no lo entendieras. Nosotros vamos a pasar a ser un poco como un trío. Tú, ella y yo. Ella depende mucho de mí.

— ¿Un trío? ¿Un trío de tres personas?

— Sí, claro, no va a ser un trío de cinco —me contestó divertido.

Lo vi claro. Este señor, al que hasta ahora yo había catalogado como el hombre perfecto, era un bígamo de la peor calaña. Pretendía tener a dos mujeres y estaba orgulloso de decirlo sin tapujos. Al parecer íbamos a tener una relación abierta que incluía a una tal Carmen. Me lo contaba así como si tal cosa. Como si me dijera:

— Oye, que a partir de ahora además de leche normal vamos a tener también leche de soja. O de arroz, o de almendras, que ahora estaban súper de moda. ¿Pero esto qué quería decir? Y yo de la tal Carmen no sabía nada, igual vivía engañada pensando que solo estaba ella. Tendría que informarle del harén que se había montado aquí el señor Galán. Esperaba que no arremetiese contra mí, porque yo era otra víctima.

— ¿Un trío Kike? No creo que esté preparada para ese tipo de relación. Yo lo respeto y cada familia o pareja es quién decide el tipo de unión que quiere tener. Pero yo no me siento a gusto con lo de las relaciones abiertas. Y en este punto lo tengo muy claro, así que no trates de convencerme de lo contrario.

— Bea, espera, escucha...

— No Kike, no, que yo sé que lo voy a pasar mal. Aunque me gustes muchísimo tengo claro que no quiero una relación de tres ni de cuatro. Solo de dos. No me gusta compartir a mi pareja con nadie. ¿Sabe Carmen de tus intenciones? ¿Está de acuerdo con todo esto? Espero que no se lo estés ocultando...

— Bea, ¿me dejas hablar? Carmen es mi hermana. No es ningún ligue. Es mi hermana pequeña. Tiene 18 años. Mis padres la tuvieron bastante mayores y desde que fallecieron en un accidente de tráfico hace dos años yo me hago cargo de ella. Pensé que me habías escuchado ayer cuando te conté que tengo una hermana maravillosa con Síndrome de Down, y pensé que lo habías comprendido y me apoyabas. Lo siento si no quieres estar con nadie que no seamos tú y yo. Pero mi hermana no es ninguna carga para mí, la quiero muchísimo y la voy a cuidar mientras me necesite, aunque sea toda la vida. Bastante me cuesta cuando me tengo que separar de ella por el trabajo. Si no

puedes estar de acuerdo con la situación, no tenemos ningún futuro juntos. Te desearé que seas súper feliz y espero que tú me lo desees a mí. —Kike estaba hecho polvo.

Había conseguido hacerle un daño terrible juzgándole precipitadamente por no haber escuchado lo que me contaba. Me sentía el ser más sucio de la Tierra y me lo tenía bien merecido. Era como una pulga, que pica a una garrapata, que chupa la sangre de una lombriz, que se arrastra sobre el cuerpo de una rata, que muerde a un murciélago y que es comido a su vez por una serpiente.

Ah, y se me olvidaba, una cucaracha también era. En ese ciclo sin fin de animales asquerosos no podía faltar la cucaracha. Una cucaracha roja voladora. Una cucaracha que vuela sobre una pulga... y así empieza todo.

—Perdóname, de verdad Kike, lo siento de corazón. No recordaba lo de tu hermana...

—¡Te lo conté ayer mismo Bea! —me gritó Kike alterado.

—Lo sé. Estaba nerviosa por la cita y no te presté atención. Ahora lo he entendido perfectamente y quiero que sepas que lo apoyo al 100 por 100 y que estoy deseando conocer a tu fantástica hermana. ¿Podrás perdonarme? —le pregunté en un ruego.

Kike no dijo nada por unos instantes que a mi se me hicieron eternos. Luego más calmado me contestó.

—Vale Bea, entiendo que ha sido un malentendido. Olvidémoslo. Es que me pongo muy sensible con este tema.

—Lo siento tanto...

—No te preocupes.

—Bueno, y ahora mismo, ¿está contigo aquí en Valencia?.

—No, que va. Ella tiene su colegio allí en Madrid. Llegará a Valencia el viernes para pasar juntos el fin de semana, por eso te preguntaba si la podía llevar al picnic. Pero ahora ya no sé si es buena idea.

—Sí, sí, es una idea fantástica, de verdad. Estaré encantada de conocerla. —Kike pareció relajarse del todo y me sonrió.

—Y cuéntame más —le pregunté interesada— ¿Vive ella sola en Madrid cuando tú no estás?

—No. Por ahora no. Cuando yo no estoy cuento con la ayuda de una chica que nos ha cuidado desde que éramos pequeños. No sé qué haríamos sin ella. Se entiende con Carmen a la perfección. De todas formas, mi hermana es muy autónoma. Yo aún la veo muy joven y la protejo, pero ella cocina, limpia

su casa, tiene un montón de amigos y le gusta salir y divertirse como a cualquier chica de 18 años. Está aprendiendo a tocar el piano y se le da francamente bien. En un par de años vivirá sola sin problemas, estoy seguro.

—Eso es fantástico Kike. Me alegro mucho.

La forma en la que Kike cuidaba de su hermana y el amor con el que hablaba de ella me caló en lo más hondo. Me imaginé la dramática situación por la que pasaron cuando perdieron a sus padres y me entraron ganas de llorar.

—Kike, lo habréis pasado muy mal. Has sido muy valiente cuidando de tu hermana con lo duro que habrá sido para ti también perder a tus padres tan joven.

—Bea, no te he contado esto para que me compadezcas. Claro que ha sido duro —continuó Kike—, pero al menos nos teníamos el uno al otro. Y mi hermana me ha dado tanto amor que me ha ayudado a sobrellevar mejor todos los mazazos de la vida. Por eso te digo que nunca le voy a fallar.

—Vale, y yo nunca te pediría que lo hicieses. Ahora que sé lo importante que es para ti, la voy a cuidar como a la hermana pequeña que nunca tuve. Le podría llevar un regalo. ¿Le gustan los caramelos?

—Le gustan más los pintalabios —me contestó divertido.

—Ah, vale. Lo pillo. Pues el viernes te acompaño a recoger a Carmen y vamos a cenar juntos los tres.

—Me parece un plan de viernes noche perfecto.

Al parecer Kike y yo habíamos tenido la primera crisis y la habíamos resuelto. Ya se nos podía considerar oficialmente una pareja.

Nota mental 1: No acusar a mi novio de bigamia hasta tener pruebas irrefutables de ello.

Nota mental 2: Prestar mucha atención cuando Kike me hable de cosas que puedan llevar a malos entendidos en mi cabeza. Vamos, que le debo escuchar siempre que me hable.

Pasé el resto del día con Kike hasta que se tuvo que marchar al teatro, tenía función a las 19 horas. Me dejó en casa y a los 10 minutos pensé en escribirle diciéndole que ya le echaba de menos, pero no quería agobiarle con tanto amor. Al poco recibí un mensaje suyo mandándome besos y diciéndome las ganas que tenía de volver a verme.

¿Me había agobiado su mensaje a mí? Para nada. Me había hecho sonreír como una idiota, que definitivamente es lo que era. Iba a dejar atrás las técnicas de seducción de la maestra Daniela e iba a dejarme llevar por lo que

sentía.

—¿Te casas conmigo mañana? Tengo ya la Iglesia reservada y el vestido preparado. Y ya tengo lo nuevo, lo prestado y lo azul. Por cierto lo azul son unos calzoncillos tuyos que he pillado de tu cajón mientras dormías.

Vale, quizá todo lo que sentía lo debía dejar reposar un poquito. Pero es que me sentía tan tan feliz, que ahora mismo si Kike me hubiese propuesto que saltara de un avión con los ojos cerrados abrazada a su cuerpo, para llegar a una isla desierta donde viviríamos el resto de nuestras vidas en paños menores, habría aceptado.

Bueno, siempre y cuando, lleváramos un paracaídas que se abriese en la caída. Si no, para el suicidio por amor aún no me sentía preparada.

Me pasé el resto del día colgada del teléfono, hablando con todas mis amigas. Estaban tan encantadas como yo y querían saber todos los detalles. Me hicieron un tercer grado. Sobre todo Daniela:

—¿Cómo besa?

—Besa genial Dani. No te lo podría describir con palabras.

—¿Al despertar te seguía gustando o te caía mal?

—Claro que me gustaba, me encantaba. ¿Por qué me iba a caer mal?

—A mi me pasa.

—Pero es que tú tienes un humor de perros por la mañana. Yo también te caigo mal. Y Sara...

—Sara me cae fatal recién levantada. Tan alegre y risueña y sin parar de parlotear. Menuda pelma. Hasta después del café nadie debería abrir la boca. ¿Es generoso en la cama?

—No sé a lo que te refieres, pero no voy a entrar en detalles íntimos.

—¿La tiene grande o pequeña? Eso sí que lo habrás entendido...

—¡Pero bueno! ¡No te voy a contestar a eso!

—Eso es porque la tiene pequeña —me dijo Daniela riendo. Sabía que su intención era picarme y soltarme la lengua.

—No voy a caer en esa provocación.

—Bueno pues la tenga del tamaño que la tenga me alegra mucho verte tan feliz. Parece que las pilillas pequeñas tienen su gracia si saben moverse.

—Y las grandes también —le contesté provocadora y me eché a reír.

—¡¡¡Ajá!!! Te pillé. ¿Cuándo volveréis a quedar para hacer cochinas?

—Pues espero que pronto —dije divertida. —Por cierto Dani, el domingo va a traer al picnic a su hermana Carmen. Tiene síndrome de Down. Es una caña de chica, independiente y buena, Kike la quiere mucho. Ya les he

dicho a las demás que tendremos una invitada más. Quiero que te comportes. Solo tiene 18 años y quiero que Kike nos vea como una buena influencia para ella.

—¿Y por qué me dices eso a mí? Ni que yo no fuera buena influencia — me contestó con indignación.

—Te lo digo porque eres un poco bestia. Y es jovencita. No quiero que la asustes con tus burradas.

—Vale pelma, tomo nota. Nos vemos el domingo.

—Vale love.

—Espera no me cuelgues.

—¿Qué pasa?

—Si te enteras de algún curro interesante me lo cuentas, ¿vale?

—¡Uy! ¿Y eso? ¿No te va bien en el trabajo o qué? — Le pregunté alarmada.

—Sí, sí, todo sigue como siempre. Pero yo siempre estoy abierta a nuevas oportunidades. Ya sabes, ojo avizor. Ahora mismo me estás empezando a dar envidia con tu currele de ponerte trapitos, que te regalen cosas y te paguen y todo. Y te estás haciendo famosilla, te reconocen por la calle. Me parece que me voy a meter a *influencer* yo también.

— Jaja, eres culo veo, culo quiero.

—Yaa. Avísame si surge algo.

—Vale, te quiero perra.

—Y yo a ti zorrón.

Menos mal que ya nadie paga por las llamadas telefónicas porque cuando colgué el auricular echaba humo y no es una frase hecha, es que estaba tan caliente que podía haberme cocinado en él una tortilla de patatas. Me la cociné, pero en la sartén, y después se me hicieron las tantas revisando mis correos electrónicos y los mensajes que me habían dejado mis seguidoras. Publiqué una imagen de buenas noches y dulces sueños, y me fui a la cama. Había sido un día de muchas emociones.

La semana pasó volando. Cada vez los días se me pasaban más deprisa. Tenía mucha faena y cuando me quise dar cuenta ya estábamos a viernes. Sobre las 17.30 me encontré con las chicas para tomar algo en un sitio nuevo que habían abierto cerca de mi casa. Un bareto con billar que tenía vistas de convertirse el nuevo sitio de moda del barrio. Charlamos animadas Daniela, Sara, Ana y yo. Marta había sido baja porque tenía a la nena con un resfriado bastante fuerte. Les conté acerca de lo buena persona que era Kike y lo bien

que me sentía a su lado. Estuvieron de acuerdo en que como no guardase un oscuro secreto (y la poligamia no era), el chico, así a priori, tenía muy buena pinta.

—Y ¿has averiguado algo de la chica esa que le rompió el corazón? —me preguntó Sara mientras se concentraba en golpear la bola con un ojo entrecerrado. Estaba prácticamente tumbada sobre el tapete de la mesa de billar.

—La verdad es que no. Tampoco pretendo preguntarle. El pasado, pasado está. Al fin y al cabo no somos ningunos jovencitos, y quién más y quién menos ha tenido sus cosas.

—Ah sí... Por cierto ¿sabes algo de Carlos? —me preguntó Daniela. Ahora le tocaba tirar a ella. Puso el culo en pompa y empujó la bola blanca que golpeó a las demás e hizo entrar una roja. Por ahora iba ganando.

—No, no sé nada. No tengo ni idea de cómo estará. O de si seguirá enfadado —le contesté.

—Sí, sí que está enfadado cariño —me contó Sara—. Lo vi el otro día cerca de mi trabajo y se acercó a decirme lo mala que eras. Por supuesto no le dejé decir ni pío. No sé por qué no puede respetar que la gente nos podemos desenamorar. Ojalá todo amor fuera para siempre, pero a veces no es posible y nadie tiene la culpa.

—Bueno, a ver, tiene razones para estar enfadado. Yo no pretendo que sea mi amigo. Esa idea ya la he descartado. Me da pena porque me habría gustado acabar bien con él y conservar su amistad, pero no se puede tener todo en la vida.

—¡Toma paliza os estoy pegando! —gritó Daniela al meter otra bola, esta vez verde—. Pues nada que me toca otra vez a mí. Estaréis aburridas de verme meter una bola tras otra. Si meto estas dos que quedan prácticamente las habré metido todas yo. ¡Qué chorreo Bea! Con lo poco que te gusta perder a ti.

—Hasta en eso estoy cambiando. Estoy más relajada. No me afecta lo más mínimo.

Acto seguido salí corriendo hacia las dos bolas que quedaban sobre el tapete y me abalancé sobre ellas introduciéndolas en los agujeros que me pillaron más cerca. Luego me reí con una risa diabólica. Aunque a mis amigas no les hizo ni puñetera gracia.

—Siempre igual eh Bea, no sé por qué puñetas quedamos para jugar a nada. Eres una picada. ¡Ale!, vámonos a la mesa, que ya se ha acabado la partida —me dijo Daniela enfadada, y me sentí un poco mal por haberme

comportado de forma tan infantil. Dejamos el billar y nos encaminamos hacia una mesa libre.

—Pues ahora me invitas tú a lo que me quiera tomar, que estoy pelada ya a estas alturas del mes.

Pues nada, castigada. Me tocaría invitar por ser una pésima perdedora. Estábamos a punto de sentarnos cuando escuchamos una voz grave a nuestra espalda.

—Si jugases contra mí. ¿Crees que serías capaz de ganarme? —Un chico de piel morena, vestido con pantalones negros y chupa de cuero, se acercó a Daniela tendiéndole un taco de billar.

Antes de que ella contestase, yo ya sabía lo que estaba a punto de suceder. Desafío aceptado. Tomó el taco y se encaminó decidida de nuevo hacia el billar.

En ese instante llegó Kike. Llevaba un coche que le habían prestado para ir a recoger a su hermana y me pitó para que saliera, ya que no había sitio para aparcar cerca. Les dijo hola a las chicas con la mano. Ellas le devolvieron el saludo efusivamente. Todas menos Daniela que ya estaba concentradísima en la partida que acababa de comenzar con el desconocido moreno.

Me despedí de Dani que no me hizo ningún caso y besé a Sara y a Ana, que se quedaron observándonos con curiosidad desde su mesa. Le di a Kike un beso corto en los labios y me abracé a él. Varias personas se acercaron a saludar a Kike que estaba causando un gran revuelo entre el público valenciano. Cada vez lo sacaban más por la tele y se nos hacía cada vez más difícil pasar desapercibidos.

Nos hicimos las fotos de rigor con las fans y nos despedimos educadamente. Nos subimos en el coche y enseguida empezó a hablarme animadamente.

—Pues tenemos que darnos prisa, porque Carmen llega a las ocho. Esperemos que no se adelante el tren.

—Vale, tranquilo, llegamos de sobra —le dije para calmarle. Aunque en realidad yo también estaba bastante nerviosa. Quería gustarle sobre todas las cosas. Era prácticamente la única familia política que iba a tener, y además era importantísimo para Kike.

Llegamos a la estación a las 19.50 y corrimos para buscar el panel de llegadas. La gente que nos reconocía nos miraba y cuchicheaba, pero nadie se atrevió a intentar abordarnos, tampoco habrían llegado a tiempo. Éramos visto y no visto. Kike me había cogido de la mano e iba tan deprisa, que casi me

llevaba a rastras. Flash a nuestro lado era una tortuga, y además vieja. Por fin llegamos al andén y empezamos a ver desfilar a gente ataviada con mochilas y maletas. Saqué de mi bolso un pequeño kit de maquillaje que había comprado para Carmen como regalo de bienvenida.

Por fin salió ella. Estaba seria y concentrada bajando una pequeña maleta en la que llevaría sus cosas para pasar el fin de semana. Era muy bonita. Morena y no muy alta y con unas pequitas rodeando su nariz. Me resultó muy entrañable. Kike me soltó la mano y se encaminó decidido a ayudarla. La sonrisa que se le dibujó a Carmen al verle fue indescriptible. Me dio mucha emoción. Bajó al andén dándole la mano a su hermano y lo abrazó con tal fuerza que temí que lo descoyuntara. Estaban muy felices de verse y me supo mal interrumpir ese momento, así que me quedé un poco apartada mirándolos y sintiéndome una intrusa en su reencuentro.

Kike le dio montones de besos y cogió, en una mano la maleta, y en la otra, la mano de su hermana, y se acercó emocionado hacia mí.

—Carmen, mira, ven. Te presento a Bea. —Carmen se acercó mirándome interesada—. Bea, ella es mi hermana, Carmen.

Me acerqué a darle dos besos y ella me los devolvió y me abrazó cariñosamente.

—Así que tú eres la bandida que le ha robado el corazón a mi hermano. ¡Lo tienes loco eh! ¡Solo hace que hablar de ti!

—Jajaja —me reí—. ¿Así que eso hace Kike? ¿Te habla de mí? ¡Qué bien! ¡Ahora puedo tener una espía que me lo va a contar todo! —Le guiñé un ojo.

—Se pasa el día: Bea por arriba, Bea por abajo. Me daba miedo que si te agobiaba, si se ponía muy pesado, le dieras puerta.

—Oye, Carmen —le regañó Kike cariñosamente—, vaya fama de calzonazos me estás dando.

—Bea es muy guapa, muy lista y súper divertida. Me río muchísimo con ella. —Carmen imitó la voz de Kike mientras movía las manos gesticulando alegremente.

—Carmen, ya ha quedado claro —le dijo Kike avergonzado.

Carmen me miró y me dijo:

—Mi hermano es el mejor tipo del mundo. Tienes mucha suerte. Cuídalos mucho, ¡eh!.

—Sí, de verdad que sí. Te doy mi palabra de que así lo haré. Toma, te he traído una cosita. Me ha dicho tu hermano que te podría gustar. —Le acerqué

el estuche de maquillaje y ella lo abrió con cuidado.

—¡Toma ya! Maquillaje. Me mola mucho. Muchas gracias. Kike ábremelo, ábremelo ya. —Le pidió insistente. Él sacó las llaves del coche para romper el plástico en el que iba envuelto, y después de varios intentos consiguió abrirlo. Le presté un espejo y nos maquillamos las dos.

—Por cierto vaya pequitas más graciosas tienes en la cara. Me encantan. —Le dije mientras guardaba el pintalabios.

—Me las pinto yo. Vi en Instagram a una bloguera que lo hacía y me he copiado. Si quieres te las pinto. —Sacó su lápiz marrón de pintar pecas y me empezó a pintar concentrada. A partir de ese momento, cada vez que vi a Carmen pasé a tener pecas en mis mejillas y en mi nariz.

—Bueno hermanita, ¿cómo vas de hambre? ¿Qué te apetece cenar? —le preguntó Kike empezando a andar hacia la puerta de la estación.

—Pues tengo muchísima hambre. ¿Te puedes creer que no he comido nada a mediodía con los nervios de venir a veros?

—Pues eso lo tenemos que solucionar —le dijo Kike sonriendo.

—¿Vamos a un restaurante mejicano? Me ha dicho tu hermano que te gustan —le pregunté.

—Sí, es verdad. Pero hoy prefiero tortitas de chocolate.

—De eso nada Carmen —le contestó Kike poniéndose serio.

—¿Cruasanes?

—Ni hablar.

—¿Ensaimadas? ¿Bombones? ¿Chuches?

—¡No!

—¡Es que me he saltado la merienda!

—Eso no es cena Carmen. Eso como postre vale, y solo de vez en cuando, pero hay que comer algo más sano antes.

—Cuando te pones en plan hermano mayor pesado no me caes bien —le dijo ella con cara de enfado y desilusión.

—Pues es lo que hay. No puedes cambiar de hermano, así que te aguantas.

Abrí de nuevo mi bolso, que parecía la maleta de Mary Poppins, y saqué una bolsa llena de chuches. Cuando vi la cara de Carmen me alegré de no haberle hecho caso a Kike. Las chuches gustan a cualquier edad. Le tendí la bolsa y ella prácticamente me la arrebató de las manos.

—Pero te las comerás después de cenar, que si no tu hermano me mata.

—Vale, mamá, lo que tú digas —me contestó divertida. Luego, la

adolescente más cariñosa que jamás había conocido, nos abrazó a los dos y me di cuenta de la razón que tenía Kike. Esa niña era maravillosa.

## TORMENTAS DE DICIEMBRE



El domingo por la mañana Carmen y Kike me recogieron para ir al parque donde habíamos quedado con mis amigas para hacer el picnic.

Los saludé con alegría y les pregunté qué habían hecho el día anterior. Desde el viernes por la noche no los había vuelto a ver. Aunque Kike me insistió en que pasase el sábado con ellos, pensé que sería bueno que los hermanos disfrutasen de un día los dos juntos. No quería acaparar a Kike. Y, al parecer, había acertado, porque lo habían pasado genial.

Por la mañana habían visitado la Ciudad de las Artes y las Ciencias, donde Carmen se había hecho unas preciosas fotos que me enseñó emocionada. Habían comido una paella en la playa y habían pasado la tarde callejeando por el casco histórico de la ciudad. El ambiente del barrio del Carmen al anochecer había seducido a Carmen, pero Kike le había obligado a retirarse pronto. Tenían que estar frescos para el día de hoy.

—¿Contigo también es tan muermo mi hermano?

—Hombre, tengo que confesarte que es el primero que se quiere marchar siempre. No le va mucho la fiesta nocturna.

—Vaya, ¿así que es un viejo en el cuerpo de un chico más joven? Podías hacer la peli esa de Benjamín Button —me reí por la salida de Carmen. Tenía mucho sentido del humor.

—Ya veo el plan que voy a tener con vosotras dos. Os vais a compinchar para meteros conmigo. No os va a funcionar. Yo sé muchas cosas vuestras que no querréis que use en mi defensa.

—¿Tú solo contra dos mujeres más espabiladas? Estás acabado —le dijo Carmen, que iba en el asiento trasero, y se incorporó para chocarme la mano.

Kike se quejaba, pero la realidad es que estaba encantado. Carmen y yo habíamos congeniado a la perfección. Llegamos en 20 minutos y aparcamos

cerca del parque. Vimos pasar el coche de Sara buscando sitio, pero ella no nos vio. Nos encaminamos los tres al lugar del encuentro y Carmen se quejó del plan del día.

—¿Por qué hemos venido aquí? Esto es un parque de niños, ¡menuda diversión! —comentó molesta al ver los columpios y el tren que circulaba dando vueltas alrededor de la zona ajardinada.

—Hemos venido para pasar el día con unos amigos de Bea. Y a mí se me ha ocurrido, que como tú quieres ser profesora de piano, te va a venir bien echarnos una mano cuidando a los dos niños que van a venir.

—Ah, bueno, vale. Los puedo cuidar. A mí me gustan los niños.

Vimos aparecer a Sara y a Ana con Hugo, y al instante a Marta con Víctor y Alba. Se saludaron, los niños se mostraron algo vergonzosos, y vinieron todos andando hacia nosotros. Les presenté a Carmen, que les saludó alegre y se dispuso a desempeñar la misión que le había encomendado su hermano. Se acercó a los niños que, en un primer momento, le miraron desconfiados. Le pidió a Sara una pelota que tenía en el carro de Hugo y se puso a jugar con ella votándola divertida. Hugo no tardó ni dos minutos en precipitarse corriendo a por ella y Carmen empezó a pasársela despacito. Alba lloró para salir del carro y su madre la desabrochó. La niña se abalanzó hacia la pelota, la cogió y salió corriendo con ella, terminando con el juego de Hugo y de Carmen. Carmen se acercó a hablar con ella y logró convencerla de que pasar la pelota era más divertido que acapararla rodeándola con sus pequeños bracitos.

—A tu hermana se le dan bien los niños —le dijo Sara mirando cómo se las apañaba para convencer a la pequeña de que tenían que jugar los tres juntos.

—La verdad es que sí. Carmen es muy cariñosa y alegre, y eso los niños lo notan y les gusta.

Buscamos una zona con hierba, que tuviese sombra y mesas para comer. Obligué a Kike a ponerse una gorra y unas gafas de sol porque el asuntillo fans estaba muy intenso últimamente y quería que nos dejaran comer tranquilos. Él accedió y estaba aún más guapo e interesante. Kike había insistido en ocuparse él de la comida y había traído una graciosa cesta de picnic, que Carmen se había empeñado en comprar, donde había guardado un mantelito de cuadros, vasos y platos de plástico, varias barras de pan, un tupper grande con una tortilla de patata y cebolla, uno pequeño con fuet recién cortado, y una bolsa de papas. Tampoco había olvidado una nevera con bebida fría, de la cual ya

habíamos empezado a disponer, sacando varias latas de refrescos y cervezas.

Un par de horas más tarde, prácticamente a la hora de comer, apareció Daniela.

—Perdonad, se me ha ido la pinza. Salí anoche y no me podía levantar. Llego muy tarde, ¿no?

—Bueno, no te preocupes. Estamos acabando de darle la comida a los enanos —le contestó Marta. Víctor ayudaba a comer a Alba un pequeño sándwich de jamón york y queso, mientras la pequeña jugaba con unos coches. Hugo estaba ya con el postre, se comía un plátano mientras corría nervioso con la pelota.

Cuando terminaron de comer los pequeños, empezamos los mayores. Fui a buscar un baño para lavarme las manos y Carmen me acompañó. Cuando nos alejamos del grupo, me cogió del brazo para que parase y me dijo:

—Bea una cosa, vamos a quitarnos las máscaras.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿A qué máscaras te refieres?

—Lo oí en una peli. Se lo decían a una persona que decía mentiras sobre su vida.

—Yo no soy una persona mentirosa. No entiendo por qué me estás diciendo eso.

—Quiero decir que yo a ti te conozco. —Empecé a suponer a qué se refería Carmen. Pero le contesté disimulando, tratando de tranquilizarme.

—No sé a dónde quieres llegar.

—Sé que eres *blogger*. No eres fotógrafa. Le has dicho una mentira a mi hermano.

—No, no, no soy blogger. Menudo disparate. ¡Cómo inventas eh!, ¡vaya peligro tienes! Soy fotógrafa. Una importante fotógrafa —contesté tratando de mirarle a los ojos, para infundir credibilidad a mis palabras—. Soy una fotógrafa especializada en el tema del monocroma. Me llaman la fotógrafa de los años... —Dejé de hablar de golpe. Carmen había sacado su teléfono y mi cuenta de Instagram estaba ahora delante de mis narices. Poco podía añadir a esa prueba tan fehaciente.

—Ya, pues sí. Me has descubierto. Ahora te tengo que pedir por favor que no le digas nada a Kike por el momento. Se lo quiero contar yo. Pero quiero encontrar el momento justo —Carmen me miró pensativa. Estaba procesando lo que le acababa de decir.

—Tranqui chica, que no le voy a decir nada —Carmen me miró divertida.

—Menos mal —Suspiré aliviada.

—Pero quiero que hagas una cosa por mí...

—¿Perdona? —No daba crédito a lo que estaba pasando.

—No pasa nada. No te agobies.

—¿Me estás chantajeando?

—Yo no lo llamaría chantaje. Eres mi nueva hermana ¿no has dicho eso?

Solo te pido un favor —me dijo mirándome con una sonrisa inocente.

—¿De qué tipo de favor estamos hablando?

—Quiero que me saques en tu página de bloguera —me dijo decidida.

—¿No quieres ser profesora de piano?. Eso le has contado a tu hermano...

—Ya, pues no, no quiero. Yo quiero ser diseñadora y también *blogger* de moda.

—Eso es mucho esfuerzo Carmen, cuesta mucho trabajo.

—¿Piensas que yo no puedo hacerlo? —me preguntó con cara de desilusión. Sin duda no era la primera vez que alguien le decía que no podía hacer algo.

—No he querido decir eso. Claro que puedes, es solo que no creo que sea lo más adecuado para alguien como tú. Es un mundo muy duro con gente muy crítica. Se meten con todo. Hay muchos *haters*. *Trolls* malos. Tú eres demasiado especial para eso.

—También hay malos que me miran raro cuando voy por la calle y que se meten conmigo. Estoy acostumbrada.

—Porque hay mucho imbécil Carmen. Pues que sepas que en internet están todos metidos, los *trolls*, escribiendo cosas horribles de todo el mundo. Son más malos que la tiña —le dije queriendo meterle miedo y que se quitase la idea de la cabeza.

—Pues quiero hacerlo igual. Me encanta la ropa y sé que puedo hacerlo muy bien. Me da igual lo que digan los demás.

—Ya, pues olvídalo. Eso es imposible. Tu hermano no me lo permitiría.

—Pero es que mi hermano no lo sabría.

—Carmen, déjalo ya. No voy a acceder a eso.

—Cuando se entere de que le has engañado te va a dejar igual. No le va a gustar que le hayas mentido.

—Bueno, eso ya lo veremos. Le haré entender mi postura.

—A mí me harías un gran favor... —me dijo con voz más dulce y con las manos en posición de ruego.

—Ni hablar —le contesté nerviosa. Me di cuenta de que me estaba ablandando y tenía que mostrarme tajante en este asunto—. Vamos a cambiar de tema. Lo que me pides es imposible. Punto y final.

—Pues nada, voy y me chivo a mi hermano. Se va a enfadar mogollón.

—No, por favor, necesito más tiempo. Creía que éramos amigas.

—Te conocí el viernes. No somos amigas. —Carmen me lo decía con sinceridad. Sin un ápice de maldad. Era la pura realidad.

—Ya, bueno, pero nos caemos bien, ¿no?.

—Me caes bien. Pero necesito que hagas esto por mí. ¿Lo vas a hacer o me voy a tener que chivar?

—Pero, ¿qué quieres que haga exactamente? —pregunté desesperada. Si Kike no se enteraba por mí de mi mentira, no me lo iba a perdonar nunca.

—Quiero que enseñes mi página de moda. Me promocionas y así tus seguidores me seguirán.

—No es tan sencillo. —Traté de disuadirla.

—También quiero que hables con la gente que conozcas para que me promocionen.

—¿Sabe tu hermano que tienes esa página?

—Pues claro que no, boba.

—¡Ajá! Pues yo también puedo chivarme y tu hermano se enfadaría muchísimo contigo —le dije eufórica, como si acabase de descubrir la fórmula de la coca cola. Me faltó añadir “Eureka” y levantar el dedo índice.

—¿Sí? ¿y qué? Le disgustarías, pero nada más. Es mi hermano, no me va a dejar como va a hacer contigo.

—Eres un poco borde —le dije molesta. Pero me di cuenta de que no era borde, ni pretendía ser cruel. Solo era tremendamente sincera.

—Venga, una foto solo. Así demostramos a la gente que puedo hacerlo —me pidió en un ruego.

Lo medité por un segundo. Tenía sobradas razones para no ayudarla, la principal porque a Kike no le iba a gustar nada lo que estábamos haciendo a sus espaldas. Pero, por otro lado, quería hacerlo. No era nada malo, no hacía daño a nadie y le hacía tanta ilusión...

—Está bien, pero solo una foto. —Carmen se abalanzó sobre mí para darme un abrazo. Se tiró con tanta fuerza que caímos las dos al suelo y nos reímos revolcándonos como croquetas.

Kike nos vio desde lejos y nos indicó que fuésemos. Le dije a Carmen que luego buscaríamos un rato para hacérsola. Corrimos a lavarnos las

manos, que era el pretexto que habíamos puesto para desaparecer, y nos reunimos con los demás. La comida estuvo muy animada. Nos estábamos divirtiendo mucho, y empezamos a contar anécdotas. Daniela contó algunas más bastante embarazosas y pensé que le iba a meter una buena bronca cuando estuviésemos a solas.

Si una niña de 15 años se emborracha, por primera vez, en una fiesta en la piscina de una amiga, y se cae de culo al agua con ropa y todo, entre la mofa y la preocupación de sus compañeros de clase al no verla salir de la piscina y pensar que ha muerto ahogada. ¿Vosotros pensáis que, 20 años después, le interesa a su novio actual? Yo diría que no.

Pero tengo que decir que, obviando la imagen de patética que me otorgó Daniela, la comida estuvo genial y Kike demostró ser súper niño. Víctor y Marta no lograban dormir a Alba, que estaba un poquito pesadita (por decirlo suavemente), por no poder conciliar el sueño. Si lo tengo que decir sin suavidad, esa cría parecía un gremling poseído por Belcebú, al que le acaban de echar agua bendita.

Kike se ofreció a intentar dormirla. La meció con mucho cariño, y con tanta paciencia, que la peque no tardó ni cinco minutos en caer rendida. Los servicios de limpieza del parque se acercaron corriendo hacia mí, con una sirena conectada en lo alto del carrito. Al parecer, había dejado un surco tan grande de babas de ver la escena, que los niños patinaban y caían en los charcos babosos.

Carmen me miraba cada dos por tres, indicándome, de forma nada sutil, que nos teníamos que hacer una foto juntas para nuestro acuerdo secreto. Me di cuenta de que, hasta que no nos la hiciésemos, no iba a parar. Era la insistencia personificada. Un martillo pilón de 18 años.

A media tarde, apareció el motero de piel morena que había ganado a Daniela al billar. Pero no venía para quedarse, solo venía a recogerla. Me entraron ganas de acercarme y contarle otra simpática e inofensiva anécdota. Cuando a Dani se le escapó un pedo en mitad de una clase en sexto curso, y fingió que estornudaba. Pero no lo hice, porque entonces además del defecto que tengo de no saber perder, me llamarían vengativa. Pero me entraron muchas ganas de contárselo, de verdad.

El motero se llamaba Adrián. Dani nos contó que le había parecido un tío muy interesante y habían vuelto a quedar hoy. En cuanto lo vio llegar hizo bomba de humo. Acudió a su lado, se colocó el casco y los escuchamos marcharse en la moto de Adrián, que por cierto era bastante ruidosa. Todos se

quedaron comentando el nuevo ligue de Daniela y Carmen aprovechó para volver a la carga y presionarme para que promocionase su cuenta.

Nos alejamos las dos con el pretexto de dar un paseo y pedimos a un viandante que nos hiciese alguna foto. Nos hizo varias. Nuestro fotógrafo, a pesar de tener más de 50 años, nos sacó enteras, sin dedos delante de la cámara y nada borrosas. Me quedé muy impresionada. Elegimos para publicar una en la que Carmen y yo nos mirábamos, la una a la otra, sentadas sobre la hierba, delante de un lago. Una imagen muy bucólica. La verdad es que la foto quedó muy bonita. Me ayudó a maquetarla y escribí al pie de la foto:

“Os invito a que sigáis la cuenta de esta persona maravillosa que se llama Carmen @Carmencitalabloggera, porque es una tía con las ideas muy claras, tiene mucho que aportar y puede conseguir todo lo que se proponga.” Lo llené de corazones y a ella le gustó mucho.

*Carmencitalabloggera*, que apenas tenía 20 seguidores, todos compañeros suyos de clase, empezó a ver crecer sus *followers*. Sus más de 30 fotos, que tenían un par de Me gusta, empezaron a ser acogidas con cariño por los nuevos amigos virtuales que no paraban de llegar. Carmen estaba súper contenta y muy agradecida.

—Bueno, ahora que tienes a la gente expectante, debes mantener el interés en tu cuenta. Publicar contenido de calidad y evitar saturar con demasiadas publicaciones diarias. ¿Qué buscas con esto? ¿Qué te propones? Es importante que lo sepas para lograr tus objetivos.

—Quiero gustar a la gente y sentir que intereso.

—Tú ya gustas a mucha gente. A mí la primera.

—Ya, claro. Tú quieres a mi hermano, por eso te gusto.

—Vale. Tienes razón en que me interesé por ti porque eres muy importante para tu hermano. Pero a medida que te voy conociendo me gustas más por tu forma de ser. Te estoy cogiendo cariño.

—Yo quiero que la gente me vea y no sienta pena por mí. Soy feliz, ¿sabes?

—Lo sé, y me encanta. A mí no me das ninguna pena. Es más, te tengo un poco de manía por hacerme chantaje.

—Pues si me tienes manía, ya no te voy a hacer más pecas.

—Ay no, lo retiro —le dije fingiendo cara de pánico.

Volvimos con los demás.

—¿Qué secretitos se traen mis chicas entre manos? Cada vez que me giro, os veo juntas y cuchicheando —nos dijo Kike acercándose a darme un

beso.

—Cosas nuestras, no quieras saberlo todo —le contestó Carmen, y volvió a centrarse en su móvil.

—Oye, ¿no te habrás echado un novio? Te pasas el día pegada al móvil y nunca me dejas ver lo que haces. —Kike se acercó a ella intentando mirar la pantalla, y yo empecé a sudar.

—Ojo con mirar mis cosas o te denuncio —le amenazó Carmen.

—¿A quién me vas a denunciar? —le preguntó Kike riéndose.

—Ella es muy de denunciar —le dije a Kike en un acto de acusación reflejo—. Es broma —añadí. (Una broma que, por supuesto, nadie entendió)

—No se pueden espiar las cosas de los demás, nos lo dijo el profesor el otro día, ni leer las cartas de otros. Aunque estén abiertas por una esquinita —dijo Carmen agobiada.

—Tranquila Menchu. Yo te ayudaré a denunciarle. Te buscaremos las cosquillas Kike. Respeta su intimidad, que eres un pesado —dije con un tono de voz más elevado del que pretendía.

—Vale, pero no me llames Menchu —me dijo Carmen, a la que al parecer no le gustaba mi abreviatura de Carmenchu. A mí me había sonado entrañable en la cabeza.

—Oído cocina —dije alegremente. Carmen me miró sin contestarme. Jolines, no daba una con ella.

Poco a poco se fueron retirando todos. Y al final nos decidimos a marcharnos nosotros también. Eran las 18 horas y teníamos que pasar a recoger las cosas de Carmen para llevarla a la estación. Su tren salía dos horas después. Kike llamó por teléfono a un amigo suyo para que la fuese a buscar y la acercase a su casa, porque no le hacía gracia que volviese sola tan tarde.

Ya en la estación, al ver acercarse su tren, Carmen se entristeció.

—Lo he pasado muy bien —nos dijo mirando hacia el suelo. Me dio la sensación de que no quería marcharse.

—Nosotros también hermanita. Ya te estoy echando de menos y aún no te has ido. Me alegro de que por fin hayas podido conocer a Bea.

—Sí. Es un poco rara, pero me gusta —le contestó sin tapujos.

—Mmm, vale, gracias. Creo —le dije sonriendo.

—Ser raro no es malo. No es nada malo ser diferente —me dijo mirándome a los ojos.

—No, claro que no. Si todos fuéramos iguales, menudo aburrimento —

le contesté con ternura.

Carmen me dio un abrazo más grande aún del que le había dado a su hermano cuando llegó a Valencia. Yo le susurré al oído: “Cuídate. Y recuerda: No le digas ni una palabra a tu hermano de nuestro secreto”.

Asintió con la cabeza y se subió al tren. Nos quedamos los dos mirándola desde abajo. Ella nos dijo adiós con la mano, y se alejó buscando su asiento. Cuando lo encontró, se sentó, sacó su mp3 y se concentró en su música, sin volver la vista atrás en ningún momento.

Kike me pasó su brazo por los hombros y me arrimó hacia él. Cuando el tren se movió, me miró y me dijo:

—No sé como agradecerte lo genial que has sido con ella.

—Y yo no sé como agradecerte que me hayas presentado a una persona tan increíble. —Y se lo dije con la certeza de que esa jovencita, con todo el amor que desprendía, me había ganado para siempre.

Me besó y le devolví el beso, con toda la intensidad de la que fui capaz. Pensé que ojalá nunca cambiase lo que sentía en este momento por él. Habría parado el tiempo en el día 23 de Septiembre del año 2018.

Kike se había convertido en el centro de mi universo. En lo primero en lo que pensaba al despertarme y en lo último al cerrar los ojos. Conseguía alegrarme los días malos, y los buenos eran infinitamente mejores cuando estaba con él.

Parecía que nunca iba a terminar este verano perpetuo en el que se encontraba nuestra relación. Pero, por muchos días que luzca el sol en el cielo, y por mucho calor que sintamos durante largo tiempo, tarde o temprano, tienen que llegar las lluvias.

Y casi tres meses después, a mediados del mes de Diciembre, llegó el día en el que el sol se escondió detrás de las nubes más negras que había visto en mucho tiempo. Ese día en nuestro amor, no iba a caer una lluvia ligera o chirimiri. El 14 de Diciembre se desató en mi vida una tormenta bestial acompañada de granizo y hasta un poco de nieve. Y lo peor es que yo no estaba preparada para ella. No llevaba chubasquero, ni paraguas. Tampoco botas, ni guantes. No me la esperaba en absoluto. No la vi venir. Tampoco llevaba nada que me protegiese el pecho, y mi corazón quedó al aire. Mojándose entero. Frío y solo.

## HOLA YO DEMACRADA



El día 14 de Diciembre me desperté sobresaltada. Había tenido una pesadilla que no lograba recordar, pero que me hizo sentir muy agobiada. Se me pasó pronto esa sensación, porque al girarme en la cama vi a Kike durmiendo plácida y profundamente, y me tranquilicé. Me levanté procurando no hacer ruido, me puse una chaqueta encima del pijama y me encaminé a la cocina. Medio dormida, puse la cafetera en el fuego, y me agaché para recoger los platos limpios del lavavajillas. Entonces oí un ruido muy fuerte que venía del rellano de la finca. Corrí al recibidor, me asomé por la mirilla y no vi nada. Enseguida vi aparecer a mi vecina que subía fatigada por las escaleras después de haber paseado a su perrito.

Abrí la puerta para hablar con ella.

—Buenos días señora Fina. ¿Se encuentra usted bien? ¿No funciona el ascensor? He oído un ruido bastante fuerte y me he asustado.

—Ay, sí, bonita. Un ruido fuerte, es verdad. No, no funciona. Este chisme se ha quedado parado en el patio y no se abre. —Doña Fina hablaba entrecortadamente, le faltaba el aire.

—Venga, entre en casa, le doy un vaso de agua y así descansa. —El perrito se resistía a entrar porque estaba ladrando al ascensor frenéticamente. Pude escuchar, aunque muy bajito, mi cafetera pitando en la cocina.

—No hay nadie Snooky. En el ascensor no hay nadie —le gritaba la señora Fina al perro, que en ese momento estaba fuera de sí—. No sé qué mosca le ha picado a este, pero me está tirando tan fuerte de la correa que al final se me va a escapar —me dijo mi vecina agobiada.

—Ahora vengo, no tardo nada, espéreme un segundo y le acompaño a casa.

Corrí a quitar la cafetera del fuego. Tardé escasos minutos, pero cuando volví, la señora Fina y el perrito habían desaparecido. No la vi por el rellano,

ni por las escaleras. El ascensor marcaba el primer piso así que pensé que igual se habían metido en él, aunque ahora todo estaba en silencio. Apreté el botón y el ascensor se abrió. Dentro no estaba la señora Fina, lo que vi dentro me puso los pelos de punta.

Estaba otra vez yo. Bueno, la versión empeorada de mí. Estaba sola y tenía muy mal aspecto. Estaba triste, muchísimo y parecía enferma. Tenía el pelo revuelto y unas ojeras de campeonato. Mis ojos estaban rojos e hinchados, como si me hubiera pasado varios días llorando sin parar.

Me quedé mirándola asustada, pero no dijo nada. Permanecía inmóvil, mirando al vacío, como si no me viese.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí? —le chillé nerviosa. Me miró sin contestarme. Y se empezó a reír, una risa amarga que me puso los pelos de punta.

Me armé de valor y me lancé a tocarla. Tenía que comprobar si era real. Ella retrocedió, parecía asustada. Y las puertas del ascensor se cerraron. No me atreví a entrar con ella. Me quedé fuera, mirando como la puerta se cerraba en mis narices. Apreté el botón rápidamente, para que se volviese a abrir. Lo hizo, y menuda sorpresa me llevé.

Ya no estaba mi yo demacrada. Estaban Doña Fina y Snooky. Esto era tremendo. ¿Mi yo horrenda era también escapista? ¿Y cuándo se había metido Doña Fina con el perro ahí? Pensé que me estaba volviendo majareta.

—Ay, cariño, menos mal que nos has sacado. ¡Qué susto he pasado! Creía que nos quedábamos encerrados y se nos acababa el aire. Me voy de cabeza al ambulatorio, a que me vean en Urgencias porque tengo el corazón delicado.

—Mujer, el aire tarda un poquito más en terminarse... ¿Ha visto a una chica con mal aspecto?

—No, de chicas nada. Lo que he visto ha sido la luz que dicen al final del túnel. Era brillante y notaba como un calorcito muy agradable al ir hacia allí. Pero, ¿qué habría sido de mi Snooky? Niña, que casi me voy para el otro barrio. ¡Qué susto más grande! —me di cuenta de que doña Fina era un poquito exagerada. El cine español se había perdido una magnífica actriz.

—Bueno cálmese, que total han pasado un par de minutos encerrados —le dije cogiéndola del brazo y acompañándola a su casa.

—¡Un par de minutos dice! ¡Si llevamos aquí una hora!

Miré el reloj, y efectivamente, había transcurrido más de una hora desde que me había despertado. ¿Cómo era posible? No entendía nada. La dejé en su

casa, me dio las gracias, se metió dentro con el perro, que por fin se había calmado, y la oí pasar los múltiples cerrojos que tenía en su casa.

Volví a la mía y cerré la puerta.

Nada más entrar vi a Kike sentado en la mesa de la cocina agarrándose la cabeza con las manos. Supe que algo horrible había pasado durante la hora que había pasado ausente. Corrí hacia él.

—¿Va todo bien Kike? —dije acercándome a su lado. Traté de levantarle la cara para que me mirase y comprobé que estaba llorando.

—¡No me toques! —me gritó, y me miró con una cara de odio que me heló el corazón.

—¿Qué te pasa? ¿Ha pasado algo malo? —cuéntamelo por favor.

—No quiero hablar contigo nunca más, ¿me oyes? ¡Nunca!

—¡Pero bueno! No lo entiendo. Me parece que me merezco una explicación.

—Bea, tú eres fotógrafa ¿verdad? Dime que eres fotógrafa. Dime que no me has estado engañando durante todo este tiempo.

—¿Por qué me lo preguntas? —Quería saber si había oído algún rumor o lo sabía a ciencia cierta—. Kike tengo que explicarte cosas. Ya sé que debí hacerlo antes, pero bueno soy humana, también cometo errores. Nunca es tarde, si la dicha es buena. —Dudé de que esta frase tuviese sentido en este contexto, pero me había lanzado hablar y es lo que me había salido—. Por favor, déjame que te explique...

Me pareció que Kike no parecía demasiado abierto al diálogo, así a priori. Lanzó su teléfono a la mesa y se puso a andar por la cocina. Me acerqué a verlo. En una conversación de WhatsApp su agente le había largado todo. Al parecer, nos habían hecho unas fotos paseando de la mano e iba a salir a la luz nuestra relación en una revista del corazón. En el artículo habían dedicado un amplio espacio a hablar de quién era él y también de quién era yo. De cómo había conseguido hacerme muy famosa con un proyecto *Con B de Beatriz* que había visto la luz hacía apenas 9 meses. Habían sacado fotos de mi cuenta de Instagram y habían encontrado la que salíamos Carmen y yo. Sabían que era la hermana de Kike. Lo sabían todo.

—Así que la fotógrafa de los años 50. Así te llamaban, ¿No? No sé cómo he podido ser tan estúpido. Me he creído todas tus mentiras. ¿Acaso algo de lo que me has contado es verdad?

—Pues claro que sí. Todo es verdad, menos eso. Soy *blogger*, pero desde hace poco. Antes trabajaba en un banco, eso te lo dije ¿te acuerdas?

—Sí, me dijiste que lo dejabas para ser fotógrafa monocroma... y unos rollos de las tecnologías niponas que ahora mismo lo pienso y me hierve la sangre.

—Mira, no te lo iba a contar pero lo voy a tener que hacer. Que sepas que si soy *blogger* es por ti. Nos vi en el futuro, los dos juntos y éramos felices. Yo era *influencer* y estábamos en una fiesta. ¡Por el amor de Dios! ¡Si he hecho todo esto para estar contigo!

—¿Pero qué estás diciendo? —Kike me miró indignado—. No, espera, si aún tendré yo la culpa.

—No, no hay ningún culpable. Pero lo que quiero decir es que yo no sabía nada de esta profesión, si yo no tenía ni Facebook. Hago las palomitas en la sartén y tengo una cafetera de las viejas, de las de mango negro. ¡No le meto cápsulas ni nada! ¡Yo era una antigua! ¡Una anticuada! Yo no tenía ni idea de redes sociales, me lo han enseñado todo mis amigas para triunfar y estar contigo. ¡Vi el futuro por una tía que salió de un jodido platillo volante! O yo que sé que era, no tengo ni idea, porque me agaché del susto que me llevé. — Me di cuenta de que estaba chillando un montón e intenté calmarme—. Pero esto ya se veía venir, cuando he visto a mi yo demacrada mirándome fijamente en el ascensor, me he temido lo peor.

—Pero ¿qué estás diciendo? Bea, me estás asustando. ¿Por qué iba a querer yo que fueses bloguera? Si no me gusta nada ese mundillo. —Tras mi monólogo, Kike me miraba como si estuviese loca de remate, y en ese momento empezaba a pensar que lo estaba—. Me darías pena con todo lo que me estás diciendo, porque creo que te hace falta ayuda profesional, tú no estás bien. Pero no te voy a perdonar lo que le has hecho a Carmen. Sabes que ahí te has pasado de la raya.

—¿Y qué le he hecho que sea tan grave, si se puede saber? —Ahora la que lloraba era yo y me sorbía los mocos como una niña pequeña a la que su padre le está pegando una bronca de campeonato.

—Te has aprovechado de ella. Es solo una cría. Eso no está bien. Yo confié en ti ¿Cómo has podido sacarla en tu cuenta para que la vean todos? Y no contenta con eso, le creas una tú para que está más expuesta aún ¿Lo ves normal? ¿Qué va a ser ahora Carmen? Una modelo ¿no? ¿No crees que le van a hacer mucho daño? ¿No sabes que la gente es muy cruel con las personas diferentes? No entiendo cómo has podido hacer eso, y más sabiendo lo protector que soy con mi hermana. —Kike hablaba sin parar y gesticulaba alteradísimo andando de un lado a otro por la cocina. Si tuviese que elegir una

palabra para describir cómo parecía sentirse, no sé si podría decidirme entre decepcionado o enfadado. Habría un empate técnico. La palabra sería decepfadado.

—Tienes que dejarla vivir y hacer lo que quiera, Kike. Tú quieres que la gente no le haga sentir diferente y tú eres el primero que lo hace. Yo sé que la quieres mucho, pero la sobreproteges, y ella es más fuerte de lo que te imaginas. Tiene claro lo que quiere hacer y nadie le va a frenar. Entiendo que estés enfadado por ocultártelo, pero no me arrepiento de haberla ayudado. Ayer hablé con ella. ¡Está feliz! ¡Le están llamado de sitios Kike! Está haciendo sesiones de fotos. Le salen trabajos. Se siente independiente y quiere estudiar Diseño de Moda. Tiene un plan que se ha creado ella misma. Siento haberte hecho daño Kike. Lo siento porque eres lo que más quiero en este mundo. Pero no me siento mal por lo que hice. Lo volvería a hacer —le dije convencida.

—Creí que eras la mujer de mi vida Bea. Nos veía ya de viejecitos, queriéndonos, cuidándonos y haciéndonos más bonitos los días. Pero no te puedo perdonar. Me has engañado. Voy a recoger mis cosas y me marcharé. No me llames nunca más, por favor. Y deja en paz a Carmen. No le sigas llenado la cabeza de pájaros.

—En la cabeza de Carmen no le caben los pájaros, porque tus barreras están ocupando todo el espacio. Déjale un huequecito para la ilusión, anda, y para los planes, que tiene 18 años. La vida debería ser una locura a esa edad.

—Yo la conozco, tú no. Que la hayas visto los últimos meses no te convierte en su mejor amiga, y mucho menos en su hermana. —Iba a contestarle, pero pensé que no merecía la pena. Al menos, no en ese momento. Estaba tan enfadado que no iba a atender a razones. Era mejor que le dejase que se calmara.

Kike se dirigió hacia el cuarto y empezó a recoger las cosas que tenía en mi casa. Yo lo miraba pasar de un lado a otro desde el sofá. Cuando lo tuvo todo recogido, me dijo adiós y se fue hacia la puerta. Parecía triste pero seguro de lo que estaba haciendo. Al cerrar tras de sí y quedarme sola me puse a pensar en lo mal que me había salido todo, pero difícilmente veía qué debía haber cambiado para que no hubiese tenido lugar este fatal desenlace.

Escuché mucho jaleo en la calle y me asomé a la ventana. Kike trataba de pasar entre el montón de fotógrafos y reporteros que, según acababa de descubrir, hacían guardia en mi portal.

—Kike, ¿esa bolsa qué significa? ¿Va todo bien entre Bea y tú? —Kike

se puso una chaqueta en la cabeza para ocultarse y se marchó a todo correr. Uno de los fotógrafos me vio asomada en la ventana y empezó a echarme fotos mientras gritaba:

—Mirad, Bea está allí.

—Bea ¿has llorado? ¿Ya no estás con Kike? —me gritó otro. Mi aspecto empijamado, sin maquillaje y con los ojos rojos por las lágrimas soltadas en la discusión, habían sido delatores.

—Dejadnos en paz, buitres, que todo lo queréis saber. Respetad nuestra intimidad. —Les solté gritando a la veintena de reporteros que tenía plantados frente a mi casa. Los flashes se disparaban sin tregua y me apresuré a cerrar la ventana y resguardarme en mi habitación.

Busqué mi teléfono, que había empezado a sonar, pero no sabía dónde lo había dejado. Recé porque fuese Kike, que hubiese recapacitado, que me estuviese echando tanto de menos en un minuto sin mí, que no fuese capaz de imaginarse toda una vida de soledad. Mis rezos no fueron escuchados.

Era Marta.

—Amor, ¿qué está pasando? No te vuelvas loca, pero te acabo de ver en directo en un video de internet, en la página de Sobreviviré Pomelo —Un conocido programa de prensa rosa que hacen en televisión— llamando buitres a un montón de periodistas.

—Pues ese nombre al programa le va genial. Sobreviviré, eso voy a tener que hacer, porque si me muerdo de pena esos carroñeros me van a sacar también. Y pomelos, si hubiera tenido, se los habría lanzado. Pero tú fijate con qué cara me han sacado. Me he asomado a la ventana por el griterío, no tenía ni idea de lo que estaba pasando. ¿No te deberían avisar: Estamos grabando, con alguna luz roja gigante? Me voy a enterar a ver si eso lo puedo denunciar, y les voy a poner una demanda millonaria, que esas productoras están forradas. No me parece bien, tengo una pinta horrible. Y encima me he rayado insultándoles llevada por el odio del momento. Ahora seré la mala de España.

—Bueno, pero, ¿es verdad lo que dicen? ¿Os habéis peleado?

—Sí, y me ha dejado. Ya no estamos juntos. Se acabó. Es el fin. Suena apocalíptico ¿verdad?. Pues lo es. No hay marcha atrás. Estaba súper convencido Marta. No me escuchaba. No se va a ablandar, lo tengo claro. Ya me estoy haciendo a la idea.

—Jolin nena, lo siento mucho. ¿Se ha enterado de que no eres fotógrafa?

—Sí, y de que he ayudado a Carmen en esto de las redes sociales. Pero yo lo he intentado arreglar, le he abierto mi corazón. Le he contado

absolutamente todo. Y él erre que erre con su inmenso enfado, hasta me ha dejado caer que necesito ayuda profesional. ¿Te lo puedes creer?

—¿Ayuda profesional? ¿No le habrás contado lo de la visión? ¿Lo que nos contaste de que te viste en el futuro con él?

—Sí, claro que se lo he contado. Y que hoy me he visto demacrada, que debe ser el futuro que me espera. Era un presagio del mal que se me viene encima. Ha sido ver a mi yo hecha polvo y empezar a sucederme cosas horribles.

—Pero lo del platillo volante, no se lo habrás dicho, ¿verdad? —La voz de mi amiga sonaba asustada, como si hablase con un suicida que llevara un chaleco cargado de explosivos.

—Marta joroba, que sí, que le he dicho todo. Le he dado pinceladas, no me ha dejado explicárselo bien, así que debe pensar que estoy taradísima.

—Vale amor, tranqui. Todo pasará.

—Jolin, vaya consejazo. Te has lucido. Me voy a celebrar que todos mis problemas tienen solución gracias a ti.

—Bueno, tampoco pretenderás que te resuelva la papeleta. Que has montado un buen follón. Venga cálmate que en un par de días lo verás todo de otra forma.

—Vale, venga. Te cuelgo, que me llaman al fijo. Ya hablamos.

—Sara, sí, soy la bruja de España... Buitres, ya. Les he dicho eso... Una mala idea insultarles, tienes toda la razón... Ya lo sé, ¿qué cara quieres que tenga? Pues mala cara. Había llorado... Que te cuente Marta. Le he pasado la exclusiva a ella. No tengo ganas de hablar con nadie... No, no, no vengáis.

Esa fue mi conversación con Sara. Lo que me contestaba ella más o menos os lo podéis imaginar.

Me estuvo llamando gente durante toda la mañana, gente de la que hacía mucho tiempo que no sabía nada, también algunos conocidos, periodistas y familiares. No me veía con fuerzas de hablar ni con mi madre ni con mi tía. Así que les colgué cuando me llamaron las dos en llamadas consecutivas. Estaban juntas, lo supe porque me habían dejado un mensaje en el contestador.

“Mamá: Pero bueno, ¿esto qué quiere decir? Que me tenga que enterar por la televisión de que mi hija tiene un novio famoso.

Tía: No, no, ya no lo tiene...

Mamá: Nena, vaya pintas para salir por la tele, ya te podías haber arreglado un poquito.

Tía: Déjala, déjala, si ella no acepta consejos de nadie.

Mamá: No, si ya lo sé. Así le va. Dice que es “bolguera”. En la vida he oído yo eso.

Hablaban las dos descontroladas, como dos cacatúas. Y apenas entendía lo que me decían.

—Te has vuelto majareta niña —gritó mi tía—. Con lo bien que estabas en el banco, que estabas a un paso del ascenso, que yo lo veía venir, que tú vales mucho.

—¿Y Carlos qué? —siguió mi madre—. Me ha dicho la Mari, su madre, que anda como alma en pena, ¡qué lástima de criatura con lo bueno que es! Recapacita hija, recapacita. Que estás muy perdida...

El mensaje continuaba, pero lo eliminé sin escucharlo. Ya se habían despachado a gusto las dos.

Me extrañó no recibir ninguna llamada ni mensaje de Daniela. Supuse que las demás le habrían avisado de que no quería saber nada de nadie, o igual aún no se había enterado de que yo era noticia nacional. Aunque eso me resultaba complicado. Al parecer, mi horrible intervención televisiva había llegado hasta el punto más recóndito del País. Después de la boda de los Reyes de España, lo más visto había sido yo gritando hecha un adefesio.

Me quedé todo el día en casa. No estaban los ánimos como para salir a la calle. Mis *followers* estaban a la expectativa, pensando si el ser horrible que chillaba como una posesa merecía ser seguida. Acababan de enterarse de que había tenido una relación con Kike y no entendían por qué se lo había ocultado. Además mi imagen de molona moderna que hace lo que siente y es feliz, se había esfumado. Ahora era una colgada amargada que la toma con unas personas que solo hacen su trabajo. Visto lo visto, tampoco podía culpar a las que huían a refugiarse en los brazos de otras *bloggers*. Como habían venido se iban marchando, algunas después de volcar su decepción y odio en mensajes bastante desagradables. Lo único que me consoló fue entrar en la cuenta de Carmen y ver que a ella no le había repercutido mi caída en picado. Tenía cada vez más me gusta y más seguidores. ¡Ole por ti Carmen! Por lo menos había salido algo bueno de todo este lío.

Supongo que lo inteligente, en este momento de crisis, habría sido que me manifestase en mis redes sociales de alguna manera, transmitiendo normalidad o dando mi versión de los hechos, pero la verdad es que no tenía ánimos para nada. Me tumbé en el sofá a ver las horas pasar y a compadecerme de mí misma y de mi mala suerte. Me abrí una bolsa de papas y me dispuse comérmelas mientras lloraba a moco tendido. Los disgustos me

abrían el apetito y entraba en una espiral de comida y culpabilidad realmente mala.

Cuando se me acabaron las papas, moví mi culo, que ya me parecía más gordo tras semejante ingesta calórica, hasta la cocina a por una tableta de chocolate. Me cogí una de chocolate blanco y otra de chocolate con leche porque no lograba decidirme, y unas cuantas chuches porque me estaba preparando para una muerte agónica por grasas *trans*. Si no me petaba el corazón por el dolor, me petaría por las horribles grasas hidrogenadas.

Se hizo de noche y, salvo mis múltiples visitas a la despensa y a la nevera, yo no me había movido del comedor para nada. El sofá ya tenía la forma de mi culo y había acabado con mis provisiones de kleenex para todo el invierno. Los cadáveres repletos de mocos minaban la alfombra que tenía debajo de mi mesita de centro, porque no me había levantado ni a tirarlos a la basura. Me sentía como en la barra de un bar donde la gente lanza sus servilletas al suelo y no está mal visto. Tenía la nariz roja como un elfo y reseca de tanto sonarme. Pero lo más dramático era lo siguiente:

Todo, absolutamente todo, me recordaba a Kike.

Si veía un chico guapo en algún anuncio de la tele, me acordaba de Kike.

Si veía un chico feo, también me acordaba de Kike, porque pensaba “Madre mía que feo, con lo guapo que es Kike”.

Si veía un animal, pensaba en Kike . Y hay que ver la cantidad de animales que aparecen, cuando no quieres ver animales porque te acuerdas de Kike. Si veía comida, viajes, perfumes, bebida, actores. Si pensaba en lasaña, pizza, en el color verde. Todo era Kike.

Finalmente, llegué a la conclusión de que cualquier planta, animal, persona o cosa era una amenaza para mi salud mental, ya que evocaba a mi gran amor con una facilidad pasmosa. Se me había clavado en cada idea y en cada pensamiento de mi cerebro. Kike, Kike, Kike, Kike. Era imposible que mi cerebro olvidase ese nombre ni por un minuto. Habría pagado una fortuna porque alguien me lo hubiese sacado de la mente. Por lo menos durante media hora, de ese día que se me estaba haciendo eterno.

Decidí dejar de torturarme y apagar la televisión. Me puse música pero como suele decirse: El remedio fue peor que la enfermedad. Mi masoquismo interior me obligaba a escuchar canciones tremendamente tristes, para llorar a gusto en mi desidia. La música me hizo recordar una frase de Benjamin Griss que siempre me había gustado mucho: “El amor es como saltar al vacío y esperar que en la caída te crezcan alas”. Pues en mi situación, yo me había

lanzado al vacío y me daba la sensación de que mis alas estaban ahí, creciendo poco a poco. Cuando ya estaba convencida de que me había salvado, justo antes de tocar Tierra, mis bonitas y elegantes alas se habrían replegado. Habían desaparecido como una broma macabra y me había estampado de cabeza contra el suelo.

Apagué la música y debido a que el silencio horrible de mi casa era lo peor que podía escuchar. Ya sé que es un sinsentido porque el silencio no se escucha, pero creo que me entendéis. Volví a encender la televisión.

Sobreviviré pomelo. Pomelo, pomelito, pomeloo. Sobreviviré, por favor. Pomelo, pomelito, pomelo. Edición Especial nocturna *deluxe* pomelo, pomelito, pomelo. Tumbada en el sofá, escuché esta sintonía, que resultaba bastante pegadiza y me giré a ver qué salía. Debía de ser el programa que me había dicho Marta, con el que yo no estaba nada familiarizada. Ni en un millón de años me podía imaginar a quién estaba a punto de ver en una silla preparado para una entrevista que, desde luego, yo no me debía perder.

.14.  
ESTA NOCHE PARA CENAR HAY  
POMELO



Llevaba un pantalón vaquero, una camisa rosa y una americana azul. Y las piernas cruzadas una encima de la otra. Lo habían maquillado bastante y le habían hecho un pelo muy moderno. Un flequillo engominado nada habitual en él.

Era Carlos. Estaba sentado en un sillón en una sala con la que conectaban cada pocos minutos desde el plató de Sobreviviré Pomelo. Estaba muy serio y parecía nervioso. Se movía en su asiento y se notaba que no sabía muy bien hacia dónde mirar.

—Buenas noches a todos —saludó efusivamente la presentadora al público del programa, mientras bajaba despacio por una escalera y se colocaba en medio del plató, frente a las cámaras—. Esta noche viene muy muy movidita. Hoy estaremos con Carlos, ex novio de Beatriz Morales. Quizá ese nombre no os suene demasiado pero, ¿y si os digo que es la influencer *Con B de Beatriz*? Ahh eso ya es otra cosa. Seguro que ahora ya sabéis quién es. Pues Carlos nos va a contar en exclusiva para Sobreviviré Pomelo —La presentadora en ese momento señaló al público que cantó: Pomelo, pomelito, pomelo. Y yo deseé que no hicieran eso muy a menudo. Me estaba dando bastante vergüenza ajena—, cómo Beatriz le destrozó el corazón, nada más y nada menos, que la noche en la que él pensaba pedirle matrimonio. Un sueño truncado y un hombre hundido, que no ha podido rehacer su vida desde entonces. ¿Le habrá pasado lo mismo a Kike Galan? ¿El ciclón Beatriz Morales habrá dejado más víctimas? Hemos abierto una encuesta para que mandéis vuestro voto a la pregunta: ¿Es Bea una mujer cruel y sin sentimientos?. Solo tenéis que enviar un mensaje al 5505 y votar sí o no. Luego realizaremos un recuento de los votos y os trasladaré el resultado.

Un colaborador del programa intervino diciendo que sí, y que sabía a

ciencia cierta que Kike también había sufrido mi crueldad, e intentó explicar el por qué, pero la presentadora le cortó porque no había terminado de hablar.

—A ver, a ver. Tendremos toda la noche para hablar de este tema. Estamos en directo durante cinco horas seguidas y nuestro principal asunto de la noche es desenmascarar a Bea —¿Cinco horas? ¿Estamos locos? ¡Si me estaban despedazando en cinco minutos! En cinco horas yo ya era un cadáver que empezaba a oler y todo.

Llamé a Daniela. Necesitaba que viniese a mi casa. Era la única persona en el mundo que no se iba a compadecer de mí, y no me iba a mirar con la típica cara de: “Hija mía, qué putadón todo lo que te está pasando, angelito”. Pero no me cogió el teléfono. No me podía creer que no se hubiese enterado de todo lo que me estaba sucediendo. Me iba a tener que dar una buena explicación cuando lograra contactar con ella. Si estaba enferma, o había muerto, vaya momento había elegido. Cuando su mejor amiga estaba en boca de todos por ser la arpía más grande del País.

Volví a mirar la televisión al oír aplausos. Ahí estaba él, el que había sido *mí* Carlos, entrando a tomar asiento en una silla en el plató. Frente a él cuatro colaboradores. Unos más jóvenes y otros más mayores. Todos muy arreglados y súper maquillados. A mí personalmente no me sonaba ninguno.

La presentadora saludó a Carlos y le dijo que contase por qué había ido al programa.

—Bueno, yo he venido porque me habéis invitado, y para.. —No le dejaron terminar la frase.

—Y para cobrar un buen dinerito vendiendo tus miserias —le dijo una mujer de mediana edad con los labios muy gruesos. Al parecer, yo no iba a ser la única a la que iban a atacar cinco horas esa noche. Carlos se puso rojo y le contestó:

—No, no. Yo lo que quiero es que se me escuche. A mí se me ha hecho mucho daño. Yo tenía mi vida montada, y todo se me desmoronó en un segundo.

—Sí, en esa noche en que le ibas a pedir matrimonio. Cuéntanos eso, debiste de quedarte muy decepcionado... —le preguntó la misma mujer, de quién sospeché podía tener trastorno bipolar, ya que ahora se mostraba mucho más amable.

—Pues nada, fuimos a cenar y yo quería pedirle matrimonio. Lo tenía todo preparado, llevaba meses convencido de que era el momento perfecto. Se lo propuse y ella me dijo que no. Que quería tener con otra persona, unos

sentimientos que no tenía conmigo, y que quería perseguir sus sueños y cambiar toda su vida... No lo sé, en ese momento no lo entendí muy bien.

—Vamos que tú le aburrías, ¿no es así? —le preguntó una colaboradora morena, joven y excesivamente pintada.

—Marga, no seas dura con él. El chico está pasando un mal trago —la presentadora salió en defensa de Carlos, al ver que no paraba de beber agua y le habían salido dos manchas de sudor en la chaqueta.

—No sé si le aburría, yo creía que todo iba bien entre nosotros. Yo estaba feliz, con ganas de avanzar en la relación.

—Bueno, pero Carlos, estas cosas se ven venir. No me creo que te viniese así de sorpresa —le dijo un colaborador con mechones rubios muy poco naturales—. ¿Hacíais el amor con regularidad?

—No voy a contestar a eso —le dijo Carlos indignado y le dio las gracias desde el sofá de mi casa. Había empezado demasiado fuerte la entrevista. ¿Esas preguntas no se deberían dejar para el final? Aún podía haber niños despiertos a esas horas. Otro tema que debía enterarme si se puede denunciar.

—A ver si te has creído que no vas a contestar a nada. Ya puedes empezar a contar todos los detalles al público que lo quieren saber. ¿Tiene Bea pelo en sus partes íntimas? Dinos por lo menos si lo hacíais una vez a la semana, como la media nacional.

—Sábado, sabadete, te pego un polvete —intervino la que faltaba por hablar. Se llamaba Marisa, tendría unos 40 años, y era muy rubia con el pelo casi blanco y lo llevaba muy corto. El público estalló en carcajadas y se oyó un gran revuelo—. ¿Lo hacíais el sábado entonces o qué?

Carlos se mantuvo en silencio. Lo cual no gustó nada en el programa. Lo enfocaron de cerca y añadieron un texto subtítulo que decía:

Carlos se ha quedado petrificado al preguntarle acerca de su vida sexual con Bea. Es posible que esta fuese escasa o nula y no quiere contestar a nuestros colaboradores.

Después los subtítulos continuaron con una parrafada. La pusieron sobre fondo negro, como si estuviese proyectado en la pantalla del cine. Seguramente porque Carlos permanecía inmóvil, un lujo que no te puedes permitir cuando estás bajo los focos de un plató de televisión en horario *prime time*.

El texto decía así:

Si hay algún vecino de Carlos viendo el programa en este momento, que llame para decirnos si oía golpes del cabecero de la cama y con qué

frecuencia. También si les oía discutir o hablarse amorosamente. Cualquier información será de utilidad para conocer el estado de esa relación que se vio truncada de un día para otro, con gran sorpresa de Carlos que como él mismo ha dicho: “Creí que todo iba bien”.

—Bueno, pues cambiemos de tercio. ¿Te dejó Bea por Kike Galán, el guapísimo actor con el que hemos descubierto que tenía una relación? —le preguntó Charly, el único colaborador chico que había, el de las mechas rubias.

—Yo creo que no —dijo Carlos un poco dudoso... Por fin habían conseguido que volviese a hablar.

—A ver tocayo —continuó Charly—. ¿Pero cómo eres tan ingenuo? ¿Cómo puedes creer que no? Está claro que conoció a Kike y entre tú y él no hay color. Te dio puerta sin pensárselo ni un segundo.

—Oye, yo no me comparo con él. Somos distintos. La realidad es que yo quería a Bea y estoy muy disgustado por la forma en que me dejó. Solo quiero dejarle un mensaje... —Marisa ignoró su petición y le preguntó:

—¿Te tirabas pedos delante suyo? Dicen que eso afianza las relaciones. —La colaboradora parecía la animadora del público, porque cada vez que hablaba el público le respondía con risas y aplausos. Pero la presentadora quiso volver a centrar el tema.

—A ver por favor, os pido a todos un momento de silencio absoluto porque Carlos quiere mandarle un mensaje a Bea. —Pusieron una música suave y enfocaron de cerca a Carlos que se limpió el sudor de la frente con la palma de su mano. Seguramente pensando que aún no le enfocaban, preguntó: ¿Ya? ¿Hablo ya? Y la presentadora le dijo:

—Sí, sí, Carlos adelante. La cámara es tuya. Silencio a todos por favor. Va a tener lugar un momento clave del programa.

—Bea, —dijo Carlos mirando fijamente al objetivo. Por un momento me pareció que estábamos solos disfrutando de un paseo juntos, como solíamos hacer no hace tanto tiempo —siento muchísimo todo lo que ha pasado entre nosotros. Solo quiero que sepas, que aunque he estado muy rabioso contigo por la forma en que me dejaste, ya no te guardo rencor. Ahora miro hacia delante. Y creo que en el futuro aún hay sitio para los dos. Si ya no estás con Kike y aún me quieres, piénsalo. Yo aún pienso en ti y te echo mucho de menos.

—Madre mía, le ha pedido volver aquí en directo —dijo la presentadora, a la que ahora enfocaban en primer plano mientras hacía cara de

sorpresa. ¡Qué inesperada ha sido esta declaración! Me comunican de dirección que tenemos una nueva encuesta. La declaración de Carlos ha sido: A) Romántica o B) Patética. Manda tu respuesta al 5505. Hacemos una pequeña pausa publicitaria para digerir tanta información y enseguida volvemos. —Antes de que terminase de hablar la presentadora, los colaboradores ya se habían levantado y habían empezado a pasearse por el plató y a comer.

Mi teléfono sonaba sin parar, y lo silencié. Vi que tenía más de 500 wasaps, pero ninguno era de Kike. De la familia Galán, solo me escribió Carmen. Me decía que era injusto lo que había pasado y que su hermano era imbécil. Le contesté diciéndole que no se preocupase, que todo estaba bien y que estaba muy feliz por ella.

Me llamaron varios teléfonos móviles que no conocía. Luego vi que me estaban tratando de contactar desde el programa, porque también me habían escrito a través de WhatsApp. Me ofrecían muchísimo dinero por entrar en directo. Los borré indignada.

Después de ver cómo habían tratado a Carlos, que en teoría era la víctima de la situación, temí que a mí me masacrarían. Y yo, tratando de defenderme, empeoraría la situación seguramente insultando a alguien o perdiendo los papeles. Mejor seguía comiendo patatas y manteniendo mi boca ocupada. Ya solo quedaban tres horas de programa.

Terminó la publicidad y volvieron a la carga con Carlos. Aún no me podía creer que él siguiese queriendo volver conmigo. Yo desde luego cada vez tenía más claro que no sentía lo mismo por él.

—Carlos, al grano —le increpó la mujer de labios gruesos, que se llamaba Macarena. ¿Qué sabes de la relación entre Kike y Bea? ¿Tienes alguna idea de lo que ha pasado entre ellos?

—No, que va. Yo de eso no sé nada. Ni siquiera sabía que tenían una relación hasta que los he visto esta mañana en la tele.

—Y, cuéntanos, ¿cómo es Bea? Poco la conocemos si no es lo que hemos visto en su cuenta pública. —Marisa se apoyó sobre la libreta sobre la que tomaba notas dispuesta a escucharle.

—Pues Bea es genial. Es divertida y cariñosa, y muy lista.

—Sí, pero pasó de ti, acuérdate —le azuzó Marga—. Tan increíble y fantástica no debe ser. Recuerda que te hizo pedazos el corazón. Tú con el anillo de pedida y ella ahí sin importarle hacerte daño.

—Bueno, ya, ahí fue un poco cruel. Es verdad que a veces puede ser muy

dura. Y si te ve débil se crece. No ha sido muy empática en ese aspecto. Le ha dado igual hacerme daño—. Madre mía, que fácil era influenciar a Carlos, ahora me estaba dando cuenta.

—Un momento, por favor. Tenemos una llamada —interrumpió la presentadora. ¿Con quién hablamos?

—Hola sí, me llamo Lourdes.

—Cuéntanos Lourdes. ¿Por qué nos llamas?

—Os llamo porque yo estaba allí la noche que Carlos le pidió matrimonio a Bea y la escena fue terrible. —Se oyó revuelo en el plató.

—¡Madre mía! Una espectadora que vivió aquel momento. ¿Por qué fue tan terrible? Cuéntanos Lourdes.

—Pues lo fue porque el chico...

—Carlos, sí —le aclaró la presentadora.

—Carlos se arrodilló. Se le veía enamorado, le iba a pedir matrimonio. Todos estábamos pendientes. Y ella, más dura que nadie, le dijo que no. Que no quería. Y al pronto no le daba explicaciones ni nada. El chico hecho polvo. Nos dio una pena. Mi marido y yo no dábamos crédito. Y encima Carlos se va y ella diciéndole adiós con la mano, como tan amistosa. ¿Os lo podéis creer? Como si le diera igual haberle roto el corazón. El restaurante entero empezó a lanzarle comida y el chico la llamó cabrona, con toda la razón. Es que lo había sido.

—Muchas gracias Lourdes. Gracias por aclararnos lo que pasó aquella noche tan gris para nuestro invitado Carlos. No es plato de gusto ser rechazado así.

Un momento, tenemos otra llamada. ¡Vaya nohecita! ¿Será Bea? ¿O por el contrario prefiere permanecer callada porque está súper avergonzada por su comportamiento? Vamos a descubrir quién es.

—Hola, buenas noches. Soy Sara. Soy amiga de Bea. —Casi me muero al escuchar la voz de Sara en la tele. Sonaba alterada y nerviosa, pero era ella. Mi Sara.

—Hola Sara. Madre mía, qué valiente eres. Atreverte a llamar aquí con la que le está cayendo a tu amiga.

—Ya, es que me parece tremendo lo que estáis haciendo. Estáis formando una imagen de ella totalmente distorsionada.

—Bueno, de distorsionada nada. Que hasta una señora presente en la declaración de amor asegura que es una mujer cruel y sin sentimientos —gritó Charly—. Acaba de entrar en directo, ¿No la has escuchado? ¿Estás llamando

mentirosa a esa buena mujer? —Charly hizo aspavientos al público para mostrar que estaba muy indignado.

—Charly, vamos a dejar hablar a la amiga de Bea. Tiene que explicarse. Continúa Sara...

—Pues eso, que me parece fatal este juicio mediático que le estáis haciendo. ¿Qué pasa? ¿Que si no quieres a alguien te tienes que casar con él a la fuerza? ¿Solo porque te lo pide románticamente? ¿O porque hay unas personas muy cotillas delante, y si le rechazas te van a lanzar comida? Dios mío, que estamos en el siglo XXI. Vive y deja vivir.

—Sara por favor, ¿tú ves normal que hicieran el amor religiosamente todos los sábados? Es que el chico no se lo esperaba para nada —dijo Macarena.

—A mí me da igual si follaban los sábados o los lunes. Mi amiga tiene derecho a ser feliz y no deberíais juzgar tan alegremente los sentimientos y los actos de los demás. —Se oyó revuelo de nuevo entre el público. No es buena idea decir palabras fuertes así en directo. Tenían que haberle puesto un piii largo para que no se oyese la expresión de Sara, que era una chica muy tranquila, pero estaban consiguiendo alterarla demasiado.

—Bueno Sara y cuéntanos, ¿qué ha pasado con Kike? —preguntó la presentadora conciliadora.

—No sé lo que ha pasado. Ni sé si ha pasado algo. Lo tendrán que contar los interesados si les apetece, que por algo se le llama vida privada.

—Hala, la amiga, qué chulesca— dijo Marisa.

—Si chulesca es contestar la verdad, soy la tía más chulesca con la que te has cruzado, Marisa. —La gente aplaudió a Sara y la colaboradora se levantó de su silla con ímpetu. Estaba indignada.

—Yo no tengo por qué aguantar esto. Me voy del plató. —Y salió airada pegando bufidos.

—Marisa, cuando te calmes, vuelves —le dijo la presentadora como si hablase con una niña de colegio que se acaba de levantar del pupitre. Los demás colaboradores ni la miraron y siguieron interrogando a Sara.

—Por cierto, ¿qué opinas del espectáculo dantesco que ofreció tu amiga con el batín ese chillando desde la ventana a nuestros compañeros? —le preguntó Charly.

—No era un batín, era una chaqueta. Mi amiga estaba en su casa tranquilamente y no sabía que estabais fuera. Es normal su reacción teniendo en cuenta que le pilló de improviso y estaba nerviosa.

—¿Justificas la mala educación y la forma en que insultó a los fotógrafos?

—No la estoy justificando. Sé que su intervención no fue la más correcta. Pero hay que ponerse en su lugar. Solo digo eso. Es un ser humano que se ha alterado y ha dicho cosas poco apropiadas en un momento de tensión. No se lo tengáis en cuenta, por favor.

—¿Recibe algún tipo de tratamiento psicológico para calmar sus nervios? —le preguntó Marisa que acababa de volver y sentarse en su silla tranquilamente, como si su episodio de indignación nunca hubiese tenido lugar.

—Sí, se lo voy a recetar yo. Pastillas de paciencia y calma para cuando hable contigo —El público volvió a reír descontrolado—. Ella no va al psicólogo ni al psiquiatra porque no le hace falta. Está perfectamente.

—Bueno Sara, y poniéndonos serios. ¿Qué me dices de los rumores que corren sobre vuestra amiga Daniela? —le preguntó Marga en tono solemne.

—No te voy a consentir que hables de una información que no está contrastada y que estoy segura de que es falsa.

—¿Te lo ha dicho la propia Daniela? No creo que te lo haya desmentido ella.

—No he hablado con Daniela, no consigo localizarla. Pero os puedo asegurar que eso no es verdad. Daniela no ha sido. Pondría la mano en el fuego por ella. Estáis muy equivocados. Esa información es falsa y puede hacer mucho daño. Así que mucho cuidado con difundirla sin pruebas. —Se me aceleró el corazón de repente.

Daniela, ¿dónde demonios te has metido y qué es lo que has hecho?

.15.

## UN MONO NARIGUDO



Me tragué el programa de principio a fin pero los periodistas no contaron la información de Daniela. Sara logró poner freno a una Marga que, en un primer momento, parecía dispuesta a largarlo todo, fuese o no cierto.

Yo, por mi parte, estaba alucinando. No sabía de qué estaban hablando. Llamé a Sara pero no me lo cogió. También a Daniela, que seguía en paradero desconocido. Si me estuviese muriendo y ellas fueran los únicos contactos de emergencia que tuviese en la agenda con el AA, para que me salvaran la vida, el resultado sería : *Arrivederci* Bea, te vas para el hoyo. *Bye bye. Bad luck.* A la próxima te buscas unas amigas que no te hagan el vacío...

En mi soledad me puse a elucubrar. Se me pasaron por la cabeza muchísimas cosas que yo sabía de Daniela, bastante morbosas y secretas, que sin duda serían interesantes para los periodistas. Bueno, para ellos y para sus vecinas, sus compañeros de trabajo, su peluquera, el camarero del bar en el que suele almorzar, la cajera del supermercado con la que tiene amistad, el que reparte los cupones, la mujer del quiosco de la esquina de su casa... En fin, a todo bicho viviente que la conociese lo más mínimo, le podría resultar interesante.

Pero la realidad es que las noticias acerca de Dani, no tenían interés para los millones de personas que veían el programa *Sobreviviré un Viernes* a las 11 de la noche. Por muy rocambolesca que fuese su vida, mi amiga no era una persona conocida ni famosa.

Eso me llevó a pensar que la información de la que estaban hablando tenía que tener claramente una conexión conmigo y con Kike, y si Sara estaba tan agobiada con que no se contase, es que esa información no era nada bueno. Había hecho una buena deducción, me felicité a mí misma por mis grandes dotes detestivas, pero con eso, cerraba el círculo intrigante de las posibles jugarretas que me podía haber hecho Daniela, a alrededor de unos cientos de

miles. La más leve de ellas sería que Kike fue su novio de parvulario y ella me hubiese ocultado los besos babosos que se daban a escondidas de la teacher Marta. La más grave quizá sería que hace alrededor de un par de horas, hubiese intentado matar a Kike con un cuchillo de cocina por haberme dejado. Lo cual nos indicaría que, pese a ser una maniaca bastante peligrosa, su sentido de la lealtad hacia sus amigas es irreprochable. Esta teoría también podría justificar el hecho de que hubiese desaparecido. Digamos que planear asesinatos nunca ha sido su fuerte. Daniela se habría arrepentido de su conato de asesinato —porque ella, en el fondo, es una buena persona—, habría huido precipitadamente y estaría cagada de miedo, escondida en algún lugar fácilmente localizable. Por ello no contestaba a mis llamadas. Estaba teniendo precaución por si la poli le hubiese pinchado la línea telefónica.

La verdad es que esa noche no dormí. Además de que no podía sacarme de la cabeza la odiosa sintonía de Pomelo, pomelito, pomelo, hasta el punto de plantearme si se practicaban las lobotomías y si se podían prescribir a cualquier persona, estuve pensando muchas posibilidades en lo referente al caso Daniela. Pero, por más que le daba vueltas a la cabeza, no se me ocurría nada que mi amiga pudiese haber hecho y que me pudiese perjudicar. Yo sabía que Daniela podía ser un poco cabronzuela, por decirlo suavemente. Había roto parejas, había dicho muchas mentiras y hasta había robado en alguna ocasión —Unas bragas y un sujetador, nada del otro mundo, aunque el conjuntito del que se apropió no fue barato precisamente. Perfectamente podía haber estado guardado en una vitrina con alarma, como los brillantes—. Pero conmigo, Daniela era muy buena. A mí no me hacía nada malo. Yo era su Bea, su mejor amiga. Yo era como su hermana. No se hacen jugarretas a las hermanas.

Cerré los ojos a eso de las 8 de la mañana. Ahora era yo la que me encontraba en el plató de Sobreviviré Pomelo. Me habían puesto unos cables, una especie de sensores, porque me iban a someter a un polígrafo. Una de esas máquinas a las que conectaban a los criminales en algunas películas para saber si habían cometido algún asesinato. Tendría que responder con sinceridad a lo que me preguntasen, y si no decía la verdad, la máquina me delataría. No es que me hiciese demasiada ilusión, pero sería una buena oportunidad para demostrarle a Kike que le quería y que todo lo había hecho con buena intención.

—¿Cómo lleva Kike las uñas de los pies? ¿Largas o cortas? —me preguntó Charly quitándose su calcetín para enseñar las suyas, perfectamente

recortadas.

—Yo solo quiero recuperarle, volver con él. No quiero contestar a eso —respondí alterada—. Habíamos quedado en que me preguntaríais si le quería de verdad. Ese es el tipo de preguntas del que estuve hablando con la redactora.

—Tienes que contestar a lo de las uñas. Si no los buitres te comerán los ojos —me dijo la presentadora, de la que aún seguía sin saber el nombre.

Me aterrorizó la imagen que se proyectó en mi cabeza. Me ponía el vello de punta pensar en esas aves, tan horrendas, perforando mis globos oculares.

Así que contesté precipitadamente.

—Cortas, las tiene cortas.

—El polígrafo determina... (pausa bastante prolongada): Que MIENTE —dijo Margarita, la intérprete del polígrafo, que era una señora bastante clásica. Yo me la había imaginado más a lo adivina del pañuelo.

—Nooo, no las tiene largas, de verdad que no. Pero ¿qué clase de pregunta es esa? Preguntadme si le quiero, por favor. Tengo que demostrarle que sí que le quiero.

—Kike se ha convertido en un actor de mucho éxito —continuó la presentadora ignorando mi ruego— Tiene mucho trabajo y le va muy bien. ¿Se tira a las ofertas o es un despilfarrador?

—Vaya tela, no entiendo nada. ¿Pero en serio esto le interesa a alguien?

La presentadora se dirigió a una señora mayor que estaba en el público y comentó:

—Señora, ¿usted qué piensa? ¿Le parece oportuna la pregunta? ¿Le interesa saber si Kike, que ahora es un actor de éxito, gasta la marca blanca o por el contrario se compra el foie de oca más caro del supermercado?

La señora se apropió del micrófono y se levantó atusándose la falda que se le había quedado levantada.

—Pues Teresa, me alegra que me hagas esta pregunta, porque sí que me interesa mucho. Hay que tener en consideración que a los actores les pagamos todos nosotros con nuestro jornal cuando vamos a verlos a los cines y a los teatros, y no queremos que malgasten el dinero, que nos cuesta mucho de ganarlo. Además, te diré una cosa, la marca blanca es la misma, la misma, la misma que las demás marcas de más postín. El producto es el mismo. Eso lo sabemos todos. Y ahorras mucho con las ofertas, no son nada despreciables. Mira que la vida está muy cara y toda piedra hace pared.

—Entonces, consideras que Bea debe contestar, ¿verdad?

—Sí, así lo creo.

Pegué un bufido y la señora de la falda la emprendió contra mí.

—Oye niña, no bufes, que ya no tenéis respeto cuando hablamos los mayores y tenemos toda la razón en todo. Más sabe el diablo por viejo, que por diablo.

—Bueno, pues nada —respondí resignada—, Kike mira las ofertas.

Margarita se concentró y puso cara de circunstancias al decir...Y el polígrafo determina... que MIENTE.

El público me abucheó. Y yo comenté que se me estaban hinchando ya las narices y que a ver si nos centrábamos en las preguntas acordadas.

—¿Quieres a Kike, Bea? —me preguntó Teresa.

—Síí. —Suspiré aliviada, por fin la pregunta por la que había ido al programa.

—A la pregunta: ¿Quieres a Kike por su dinero? Bea ha contestado que sí...

—¿Cómo? Nooooo, yo he dicho que sí que le quiero. Lo del dinero os lo acabáis de inventar —respondí alteradísima. Pero las últimas palabras no las oyó nadie, ya que, desde la dirección del programa, silenciaron mi micrófono.

—Y el polígrafo en esta ocasión determina que: Dice la Verdad.

—Enhorabuena por decir la verdad Bea. Es de admirar. Pero eso demuestra que quieres a Kike por su dinero, el polígrafo es concluyente. Bea es una interesada, le quiere por su dinero y por su fama —dijo triunfal la presentadora. Se acercó a mí y me escupió en toda la cara. Los colaboradores se rieron y el público me abucheó.

Me eché a llorar en directo y en cuanto las primeras lágrimas cayeron en el suelo del plató, Marisa, Charly, Marga y Macarena se acercaron. Y como si fueran vampiros que acabasen de oler la sangre fresca, se lanzaron hacia mis ojos. Me empujaron hacia el suelo y pude ver sus caras muy de cerca. Sus narices habían desaparecido y ahora tenían un prominente pico. Entre los cuatro taladraron mis ojos. Los chillidos que proferí, por suerte lograron despertarme. Menuda pesadilla acababa de tener con mis archienemigos del Sobreviviré.

Me miré en el espejo y pensé que si esos animalejos me hubiesen comido los ojos, no tendría mucho peor aspecto. Estaba horrible no, lo siguiente. Me obligué a darme una ducha y a limpiar mi casa. Había generado más basura en un día de depresión, que durante los tres meses anteriores. Tenía que salir de mi estado de abandono y tristeza, y la limpieza era un punto

clave para empezar a remontar, y también para que Doña Fina no llamase a la policía aduciendo que en mi casa olía a muerto y hacerme pasar por el trago de que confirmaran que no la había palmado nadie. Que era yo, que me había convertido en una cochina maloliente.

Con colonia y desodorante la vida apeataba un poco menos. Me vestí y empecé a recoger envoltorios y desechos orgánicos, cajas vacías, plásticos y toda serie de basura. No daba abasto organizando las cosas en mis cubos de reciclaje.

La sensación fue como la de recoger todo el día después de una macrofiesta. El cansancio lo tenía, pero ni me habían visitado amigos, ni me lo había pasado bien y tampoco tenía anécdotas que contar. Más bien era como si hubiese organizado una fiesta, no se hubiera presentado nadie y me lo hubiese terminado comiendo todo yo solita, eso sí, generando una cantidad de basura que ni 100 invitados.

Cuando pasaba la escoba por el salón, oí el timbre de la puerta. Vi unos pelos revueltos en la mirilla de mi casa y no me atreví a abrir.

—No quiero comprar nada, gracias —grité a la tipa despeinada con aspecto de pordiosera.

—Imbécil, soy yo. Dani. ¿Me abres? —Lo hice al instante. Abrí la puerta de par en par y Daniela se coló rápidamente, sin mirarme a la cara.

—Tienes el patio lleno de periodistas. Creo que me han visto entrar —me dijo apurada.

—Sí, no se han separado de mi puerta desde ayer. ¿Y tú por qué estás tan horrible?

—No es nada. Solo que no estoy teniendo buenos días.

—¿Ah no? ¿Y eso? Pues yo estoy pletórica, todo me va de categoría. Estoy aquí sin novedad, barriendo mi casa, como un día cualquiera. Mi vida no se ha desmoronado ni nada por el estilo. No tengo pesadillas con periodistas que me comen los ojos y estoy más feliz que una perdiz. Me va todo genial —le dije con ironía.

—Vale, lo pillo. Estás picada porque no he contestado a tus llamadas ni a tus mensajes. Sé que se te han complicado las cosas, que te ha dejado Kike y que ahora mismo no eres una persona muy popular —resumió Daniela.

—Bueno, eso por decirlo con suavidad. Pero sí, algo así.

—¿Y tú qué cuentas? ¿No te han dado cita en la peluquería porque tenían la agenda llena y por eso traes esos pelos? ¿Cuál ha sido ese problema tan grave que te ha mantenido tan ocupada y con las líneas colapsadas para que no

podieses ni llamarme cuando se me he venido encima el fin del mundo? —le pregunté sin dejar de barrer.

Tenía que mantenerme ocupada porque cuanto más hablaba con Daniela, me iba poniendo más y más nerviosa.

—Bea, deja la escoba por favor. Tenemos que hablar —me dijo acercándose y quitándomela de las manos. Sin darme cuenta la estaba apretando muy fuerte y prácticamente me la tuvo que arrancar.

—Prefiero que no tengas nada en las manos cuando te cuente lo que te tengo que explicar. Si te dejo la escoba me vas a hinchar a escobazos —me dijo.

Seguía esquivando mi mirada y me di cuenta de que mi “hermanita” me la había jugado seguro. Cada vez veía más cercana la hipótesis del intento de asesinato de Kike como nivel de máxima gravedad de su jugarreta.

—Venga, habla ya, que me estás poniendo de los nervios. ¿Qué has hecho?

—¿Te acuerdas que te conté que tenía que hacer las fotos para un niño que tomaba la Comunión en la Iglesia de al lado de casa de Sara, la Parroquia de Nuestra Señora de Santa Isabel?

—Sí, y eso qué más da.

—Escucha. ¿Te acuerdas que te comenté que el papá del niño estaba muy bueno?

—Sí, y yo te dije que no fueses gilipollas que era un hombre casado y solo tenías que hacerle unas fotos y seguir con tu vida. ¿Pero eso qué más da ahora? Puedes centrarte, por favor, en lo que nos atañe a Kike y a mí. Porque algo has hecho que tiene relación con nosotros.

—Ya, sí, pero escucha. Pues nada, que me lo tiré. A Toni, al papá del niño.

—¿¿¿Y??? A ver, que me parece fatal. Mírate por qué haces esas cosas horribles de jorobar a las familias felices. Pero ¿eso qué tiene que ver con nosotros...?

—Pues que me echaron Bea. Me tiraron del trabajo. A la puta calle. A tomar por culo Daniela. La madre del comuniente le montó un pollo que lo flipas a Mario, mi jefe. De hecho, el comuniente, aún no es comuniente, porque han pospuesto lo de la Comunión. Parece un jodido trabalenguas: El Comuniador que lo comuniorice, buen comuniador será. —La miré con una cara de asco que se le quitaron las ganas de bromear y de hacer adivinanzas, chistes o trabalenguas.

—Es para rebajar un poco la tensión Bea, y porque estoy nerviosa. Tú ya sabes que cuando estoy nerviosa me pongo a decir tonterías.

—¿Puedes seguir con la historia ya? —le dije con unas ganas inmensas de arrancarle uno a uno los pelos de su cabeza-nido, hasta que llegara a la parte que me interesaba de su relato.

—Pues la mujer de Toni, que se quiere separar. Un lío tía. Un lío alucinante. La he liado pero bien. Pero es que no sabes cómo estaba el padre del nene, Bea, estaba cañón cañón y la situación vino dada, no la busqué. Nos encontramos de fiesta, él saliendo con los compañeros del trabajo. Flipante, ¡Qué casualidad! ¡Anda que no hay pubs en Valencia! Pues nada los dos en el mismo. Y nos pusimos a hablar, y era tan majo. Que si te cuenta que va al gimnasio y le tocas los músculos, que si tienes el labio manchado de carmín y me lo quita...

—Y este chico que te gustaba, Adrián... —la interrumpí.

—Nada, le he dejado. Tengo yo un follón ahora que me falta un novio...

—¿Puedes ir al grano? ¿Por qué te voy a correr a escobazos? Te debería pegar la mujer del tipo infiel, yo no me meto en las tonterías que haces. No me gustan un pelo. Pero no es mi batalla.

—Bueno, es que también te afecta a ti. Como te he dicho me echaron y no tenía pasta para pagar el alquiler, por eso te dije que si te enterabas de un curro que me lo dijese. Me hacían falta pelas Bea. Ya sabes que tengo a Luis, mi compi de la carrera, currando en una revista del corazón y se me ocurrió preguntarle lo que me pagarían por unas fotos de una pareja famosa...

—Esa pareja famosa éramos nosotros, claro —En ninguna de mis elucubraciones se me había ocurrido eso. El nivel de gravedad estaba entre gravísimo y súper grave—. Tú has vendido esas fotos y me has arruinado la vida. Por tu culpa, Kike se ha enterado de todo de la peor forma que se podía enterar, a través de una revista del corazón. Y todo por unos míseros euros...

—Noooo, míseros no Bea. Estamos hablando de mucha pasta. ¿Cuánto dirías? Seguro que no lo aciertas. A ver, di una cantidad.

—Pero tía, que me da igual cuanta pasta te hayan dado. Eres lo peor, anda, sal de mi casa —le dije empujándola hacia la puerta.

—Bea, por favor, que yo no conté nada de nada. Solo les di la exclusiva. Ellos solos ya encontraron todo lo de tu cuenta, sacaron la foto de Carmen, en fin ... Yo solo os hice unas fotos paseando y se ha montado todo este lío.

—Nada, solo les diste una fotito de nada. Eres tremenda. ¿No te das cuenta de que eres mi mejor amiga y me has vendido? Bueno, ahora ya da

igual. Desfila, fuera de aquí, y con la pasta que te han dado te compras una nueva amiga. Eso sí, que sea soltera. Con las que están emparejadas o casadas ándate con ojo, es posible que te hayas tirado a sus parejas y no quieran tener amistad contigo.

—Oye, eso es un golpe bajo —me dijo con voz más de tristeza que de enfado.

—¿Y este golpe te parece más alto? —Cogí la escoba, que aunque no la tuviese en las manos la tenía a mi alcance, y le pegué con las cerdas en la cara.

—Pero bueno, ¿estás loca o qué? ¡Qué está llena de basura! ¡Y me has hecho daño!

—Que te pires Daniela, que no te quiero aquí ni un segundo más. —La empujé hasta la puerta dándole escobazos y la eché de mi casa mientras la oía gritar.

—Beaaa, por favor. Perdona. Vamos a hablar las cosas. Me iba a quedar en la calle.

—Me podías haber dicho el problema y te habría ayudado, como he hecho siempre. Pero has preferido ir a la tuya y hacer negocio con mi relación —le dije enfadadísima y acto seguido le cerré la puerta en las narices.

Estuvo hablando tras la puerta unos 15 minutos más, sin recibir respuesta alguna. Cuando me cansé de oírla, puse la televisión a todo volumen y las dos escuchamos a la presentadora Teresa, decir:

—Pues sí, se confirma, que la mejor amiga de Bea ha sido la que vendió la foto de la pareja. Hoy ha visitado la casa de Bea, con un chándal viejo y con muy mal aspecto, seguramente para disculparse. Habrá jugado la baza de la pena, porque su look era muy lamentable.

Un segundo. Nuestro colaborador Charly ya se encuentra entrando en el rellano del piso de Bea para ver si escucha algo de la conversación a través de la puerta. ¿Charly ya has llegado?

—No, aún no. Vamos subiendo por las escaleras. —Desde el salón de mi casa veía en la pantalla de mi televisor las escaleras de mi finca y me parecía todo muy surrealista. Como si estuviese viendo una película dramática, cómica y de ciencia ficción todo mezclado.

—Bea, tía, ¿estás oyendo? Que viene el Charly ese por las escaleras, ábreme por favor. —Oí rogarme a Daniela en el rellano, pero ni le contesté—. Beaaaaa, que ya le oigo. Viene con más peña. No me dejes salir así en la tele que parezco una indigente. Yo no sabía que estaban aquí. Me podías haber avisado.

—Sí, claro, como si me pudiese comunicar contigo. Hace días que me ignoras. Ya te apañarás.

De repente aparecieron. Vi mi rellano por la tele. Eran por lo menos siete personas entre periodistas y fotógrafos y se abalanzaron sobre mi puerta. Vi a Daniela acurrucada en mi felpudo, que decía irónicamente: “Hoy va a ser un gran día. Sonríe.” Pero ella no sonreía. Parecía un perrito abandonado y me dio un poco de lástima.

Charly se acercó a ella.

— Mirad qué estado más lamentable —dijo mirando a su compañero cámara, que enfocaba al colaborador y después a Daniela para corroborar lo que decía—. Aunque no lo parezca, esta chica es guapísima. Ya sé que os costará creerlo. Pero es así. Teresa pon una foto de Daniela en directo, para que los espectadores vean cómo es ella en realidad y puedan compararla con este despojo humano.

En el plató pusieron una foto de Dani en la playa el pasado verano, la habían sacado de su Instagram, con un pareo y un bañador que dejaba ver su cuerpo de escándalo. Morena y risueña. Desde luego nada que ver con la chica agazapada sobre la puerta de mi casa.

— Sin duda está pasando un mal momento. Rechazada por su amiga, y por lo visto necesitada de dinero. Por eso vendió las fotos, ¿estará arruinada? —preguntó Charly como si Dani no le estuviese escuchando tendida justo al lado.

—¿Te ha echado Bea de su casa? —Le acercó el micrófono y ella se puso a mirar al suelo.

Corrí a abrirle la puerta.

—Sois un atajo de mala gente. Tú sí que tienes mala pinta, que te han tenido que poner tres kilos de maquillaje para intentar disimular esa nariz que tienes. ¿Estará Charly preocupado por si le confunden con un mono narigudo? —Miré a cámara pronunciando esa pregunta y noté como se reía la persona que había detrás de ella—. Por si no sabéis qué es —continué— el mono narigudo es este.

Enseñé una foto a cámara y después, me guardé el teléfono móvil, a la vez que cogí a Dani y la empujé para dentro.

Me alegré de haber descubierto al mono narigudo hace unos cuantos años. Un día que discutí con mi primo y le quise insultar buscando el animal más feo que existiese. Era un mono realmente horrible, y el parecido con Charly era, cuanto menos, razonable.

—Ha sido muy bueno eso del mono, amiga. Gracias —me dijo Daniela sentándose en mi sofá.

—Sigo enfadada contigo, así que no hables —le dije, aunque tenía bastante decidido que le iba a perdonar. Yo no servía para estar enfadada, me impedía dormir por las noches. Además, ya había pagado su penitencia apareciendo ante todos como una indigente mala amiga y en la ruina. Y eso no habría pasado si no hubiese venido a pedirme perdón. No había que ensañarse con ella.

—Pero me has dejado entrar. Eso es que ya me estás perdonando. Estoy medio perdonada —me dijo, e intentó acercarse a mí para darme un abrazo.

—Bueno. —La frené—. Tienes que ayudarme a salir de esta situación Daniela y a recuperar a Kike. Todo ha sido por tu culpa.

—Bueno, ¿todo, todo? Pero no te preocupes, que lo voy a resolver. ¿Te imaginas cómo?

—Siendo tú, solo se me ocurre que me vayas a decir que con una buena fiesta.

—Pues estás en lo cierto.

—Lo cual no va a solucionar nada... igual lo complica todo un poco más.

—Bueno, pero nos animaremos. Hay que llamar a las demás. Gabinete de crisis. A Ana no hace falta que le avisemos.

—Ahora mismo en el ranking de mis amigas estás la última. No me vengas mangoneando quién viene y quién no, que aún te dejo en casa.

—Vale, vale, pues Ana viene.

—¡Qué bajón todo, Daniela! Kike está enfadadísimo conmigo, y nadie me sigue ya en mis redes sociales, les debo parecer patética con la imagen que se está dando de mí en la televisión.

—Tenemos que mirar el lado bueno de las cosas. Peor imagen de la que tenemos ahora mismo tú y yo, es imposible tener. Solo podemos ir hacia arriba.

Pero Daniela se equivocaba. Cuando piensas que es imposible caer más bajo, se abre la Tierra y te estampas contra el subsuelo. Y eso es lo que me iba a pasar esa misma noche, en la fiesta que según Dani, tenía que empezar a solucionarlo todo.

## ¿QUIÉN ME PONE LA PIERNA ENCIMA?



Al asomarme a la ventana observé que lucía un día bastante alegre. Se había quedado una tarde muy agradable. Con un sol espléndido. Esta circunstancia, en cualquier momento de mi vida habría sido sublime.

Al igual que el mal tiempo me daba un bajón y una pereza horrorosa, el sol siempre me alegraba y me hacía venirme arriba y organizar mil planes. Pero hoy no era el caso. En este momento ni el sol, ni el cielo estrellado, ni los arcoiris, ni siquiera los conejitos con manchas y orejas gachas, ni los cachorritos que acaban de nacer y aún no pueden ni abrir los ojos, lograrían sacarme una sonrisa. Eso tenía que cambiar. Ya me había autocompadecido suficiente. Daniela tenía razón. Había que ser positiva.

A peor era complicado ir.

Llamamos a Sara, Marta y Ana y quedamos en un bar que, aunque me gustaba, frecuentaba poco porque se encontraba lejos de mi casa, en la otra punta de la ciudad. Pero teníamos que despistar a los periodistas o sería imposible quitarnos la fama de maleducadas de encima. Nos perseguiría para siempre. Está claro que estos reporteros del corazón están haciendo su trabajo, pero estaban siendo bastante pesaditos y me estaba dando la sensación de que me preguntaban cosas con ánimos de mosquearme y de que les hablase mal. Tuve la ligera sospecha cuando una mañana al volver de la compra me asaltaron para preguntarme:

—¿Cómo llevas el hecho de que ahora ya no te siga ni el Tato?

Miré al periodista con mala cara y le contesté:

—¿El Tato? ¿En serio? ¿Pero qué forma de hablar es esa para un periodista?

Y él me contestó:

—¿El Perry te gusta más? Pues chica, que no te sigue ni el Perry. Ni Peter. Peter tampoco te sigue ya. Te has quedado sola. —Y después se echó a

reír y el cámara que lo acompañaba también.

¿Me vacilaban o es que yo soy muy susceptible? Decidí no entrar al trapo, pero una mirada asesina sí que les eché. No lo pude evitar, lo confieso.

Bueno, pues teniendo ese ambiente bajo mi ventana, quise alejarme lo máximo posible e intentar tener una noche tranquila con mis amigas, las cuales esperaba me ayudasen a levantar cabeza.

Daniela y yo habíamos estado varios días sin salir de mi casa. Se quedó conmigo porque a mí no me apetecía estar sola, y ella tampoco quería salir y pasar por delante de los periodistas. Pero esta noche teníamos que liarnos la manta a la cabeza, y abandonar el bunker. Azucé a Daniela para que se diese prisa. Al permanecer tanto tiempo aburridas en mi hogar, habíamos podido observar el modus operandi de mis vigilantes de patio. Sobre las 20 horas solían hacer un cambio de guardia y ahí había un impás de unos 5 o 10 minutos en los que se alejaban un poco para hablar y darse el parte del día. Teníamos que aprovechar ese momento para escapar. Quedaban apenas 20 minutos. Le metí caña a Daniela, que tardaba mucho en arreglarse porque no paraba de hablar.

—Dani, tía, va, que nos tenemos que ir y aún estás en bragas. —Y no estaba

haciendo una frase hecha. Daniela estaba en bragas paseando por mi salón.

—Sí, sí, no te preocupes, que me arreglo enseguida. ¿Tienes iluminador?

—¿Cómo? ¿Que si tengo qué? No, lo que tengo está en ese bolsito, cosas normales: rimel, sombra de ojos, pintalabios...

—Es que yo me tengo que poner mis cosas. Todas las capas como si estuvieses maquillando a una cebolla. Me echo mis cremas previas al *make up*, la base, los

polvos, el iluminador...y luego ya todo de demás.

—Bueno, pues nada. Voy cancelando la cena, y quedamos directamente para comer

mañana, a eso de las dos que supongo que ya habrás acabado.

—Va, no rechistes tanto, que entre lo que frunces el entrecejo y lo poco que te cuidas la piel, vas a ser una abuelita súper arrugada.

Me senté en el sofá y Daniela se encerró en el cuarto de baño. Oí sonar el secador de pelo. Se estaba secando su larga melena con el difusor. ¡Lo que faltaba! Llevaba fácilmente una hora arreglándose y a mí me parecía que aún le quedaba todo por hacer. No sabía muy bien qué había hecho ella en el

tiempo en que yo me había duchado, vestido y arreglado por completo.

—Dani, en cinco minutos me voy. Estés lista o no. Es el cambio de guardia —le dije alzando la voz, para que me pudiese oír por encima del estruendo del secador. Daniela lo apagó y lo agradecí bastante.

—¿Las abejas van a abandonar la colmena? Avísame cuando los apicultores se alejen para que salgamos zumbando —pronunció esas frases asomando su cabeza por la puerta del baño.

—¿Pero qué dices? —le dije poniéndole mala cara. Con lo que estaba tardando me faltaba que se pusiese a decir chorradas.

—Estoy hablando en clave. ¿No me sigues?

—Pero si no nos oye nadie.

—Vete tú a saber, los del Sobreviviré igual nos están haciendo un *reality* traicionero. Nos acabamos de quitar el pijama. Eso es look de *reality* puro y duro.

—Bueno, ya me estoy hartando. Eres como una niña pequeña. Pues yo me marcho ya. Te vas a quedar solita, en casa. Sola quiero decir, que no eres una niña. Solo te comportas como si lo fueses.

—Que sí, mira, que ya estoy. Tres minutos. En lo que vas a mirarte en el espejo esa mancha negra horrible que tienes debajo de los ojos, yo ya estaré preparada. —Me acerqué corriendo al espejo, pero por más que miré acercándome cada vez más a mi reflejo, hasta el punto de comprobar que tenía que ir a hacerme urgentemente una buena limpieza de cutis porque me afloraban los puntos negros, no tenía ninguna mancha. Sin duda había sido una estratagema para ganar tiempo. Le funcionó.

Dani salió del baño cuatro minutos después para ser exactos y efectivamente estaba lista para marchar. Yo no podía entender muy bien cómo era posible que ahora le hubiese cundido tanto el tiempo, pero tampoco me iba a parar a analizarlo. Estaba muy guapa. Las dos lo estábamos. Por otra parte, ya tocaba.

Salimos cerrando con llave y bajamos al portal. Efectivamente allí estaban los reporteros, un chico y una chica, un poco alejados hablando de sus cosas. A menudo me planteaba si no tendrían cosas más interesantes que sacar por la tele, ya que destinaban tantos medios a cubrir mi casa.

—Un pedo de un famoso vende más que la cura de cualquier enfermedad. Así está la cosa. Eres noticia nena. Menos mal que no tienes perro, si no te tendrían fichada cada vez que lo paseases.

—Bueno, ahora calla, que nos van a oír —le dije en un susurro.

—Ah, espera Bea, ponte esto. —Dani sacó dos gorras, una rosa y una amarilla de propaganda de una bebida alcohólica y me las tendió —. ¿Tú cuál prefieres?

—Daniela por favor, con eso llamamos el triple la atención.

—Pero, ¿tú no ves a los famosos? Todos van así, está claro que así engañarán a alguien, si no, no se lo pondrían.

—Yo paso, —le dije— ¿Dónde vamos arregladas para salir, y con gorra?

—¡Qué poco mundo tienes, Bartola! ¿Tampoco te vas a poner las gafas de sol? —sacó las suyas del bolso y se las colocó.

—Pues no, tampoco —Ni siquiera había cogido las gafas, aunque tengo que reconocer que ese look extravagante a Daniela le quedaba bastante bien. Ella sí que parecía una famosa.

—Bueno, basta de cháchara —le dije agazapada en el portal. Pegué una mirada a los alrededores y no vi a los reporteros cerca, así que le susurré a Daniela:

—A la de tres me sigues. 1, 2 y 3. —Y salí corriendo como un miura en los encierros de San Fermín.

Me alejé un par de calles, y me paré en seco. Estaba a punto de echar los higadillos por la boca. ¡Qué esprint más tonto había hecho de repente! ¡Y cuanto tiempo hacía que no me dejaba ver por el gimnasio!

Parece que no se han percatado de nuestra salida —dije girándome para hablar con Daniela. Pero la friki de la gorra fosforescente no estaba a mi lado —. ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Dónde se habrá metido esta petarda? —dije para mis adentros.

Me asomé escondiéndome y la vi junto a mi portal. Había ido adrede a hablar con los periodistas. Me lo tenía que haber imaginado. Ella no podía quedarse con esa imagen de “Pordiosera del rellano”. Estaba amorrada al micro contando algo que desde allí no lograba escuchar. Pasaron 10 minutos y la vi acercarse tranquilamente. Casi la agarro del cuello.

—¿Pero de qué vas, Daniela? ¿Por qué te paras a hablar con ellos? Estás en la cuerda floja de la amistad eh. Nuestra relación está ahora mismo pendiendo de un hilo.

—No te preocupes, que ya te dije que lo iba a solucionar todo. Tú déjame a mí. Les he hablado súper calmada y les he explicado que ahora necesitas un poco de intimidad, que te estás refugiando en tus amigas (la mejor yo), que te tienen que dar un poco de espacio y todo eso. Me he enrollado sin

decir nada claro. Lenguaje político. Mucho bla, bla, bla, pero si lo analizas no he llegado a decir nada. Lo importante aquí es que he transmitido calma y buen rollo, que falta hacía. Pero tranqui que no saben que hemos salido juntas, a ti no te han visto.

—Bueno, pues mejor. Y no improvises más eh. Tú haz todo lo que yo te diga, que me da mucho miedo que me la lées.

—Sí, mi señora —me contestó Daniela fingiendo sumisión. Aunque ella de sumisa tenía lo que doña Fina de joven alocada.

Cogimos un taxi que nos dejó en la puerta del bar en el que habíamos quedado. El taxista le dijo a Dani que le sonaba su cara y le preguntó si era actriz. Ella me sonrió y yo bufé—. ¡El look de famosa no falla! —Ella no me lo dijo, pero yo pude leerle la mente.

Al poco llegaron Sara, Ana y Marta, las tres juntas. Habían venido las tres en el coche de Sara. Sara llevaba un vestido corto con medias y Ana una falda entallada y una camisa. La camisa de una y el vestido de la otra eran muy bonitos, estampados y bastante similares. Pensé que lo de pasar tanto tiempo juntas ya se estaba notando. El vestido se lo había regalado Ana. Sara no solía ir tan llamativa. Cuando me lo contaron todo cobró sentido.

Marta, por su parte, no se había coordinado con nadie y llevaba un pantalón de cuero pitillo y una camisa de seda de un color verde muy bonito y que le sentaba de maravilla con su pelo largo negro y sus ojos claros. Estaba subida en unos tacones de infarto. Estaba bien ver a Marta tan arreglada. Al trabajo siempre iba bien vestida, sobre todo cuando tenía algún juicio, pero es cierto que desde que tuvo a su hija, en las pocas quedadas nocturnas que hacíamos, no se arreglaba más allá de ponerse sus vaqueros preferidos, con alguna camisa o camiseta y rimel a punta pala. Hoy perfectamente podría volver a ser “La Monu”, como le llamaban en el instituto. La monumento. Creo que para tratarse de la época adolescente, unos años que puede traer consigo una gran fealdad, ese mote es muy top.

Entramos en el bar y pillamos una mesa alejada de la puerta, bastante discreta.

—¿Y la gorra y las gafas a qué se deben Dani? —le preguntó Marta. Daniela no se las había quitado ni al entrar en el bar, que por cierto estaba bastante en penumbra.

—Pues es que me guste o no, ahora soy también famosa. —Pronunció esta frase fingiendo estar molesta, pero a mí me dio la sensación de que estaba encantada. Seguramente su afán de protagonismo le había llevado a pensar que

el hecho de que hablen de ti, aunque sea mal, siempre es mejor que el hecho de que no hablen de ti en absoluto.

—Creía que la famosa era Bea, pero eso sí, gracias a ti —le dijo Ana con tono de reproche. Parecía imposible que estas dos chicas se llevaran bien alguna vez. Daniela fue capaz de fulminarla con la mirada, incluso llevando puestas las gafas de sol. No me preguntéis cómo, porque yo tampoco lo entiendo, pero lo consiguió.

—Vale chicas, dejemos a un lado las pullitas y centrémonos en intentar solucionar la situación. Sé que suena complicado y que, más que consejos, necesito milagros, pero es que no recuerdo estar pasando un bache tan grande en toda mi vida. Solo me falta pillar una enfermedad de las gordas. Porque salud es lo único que me queda.

—¿Y ese bulto enorme que te sobresale de la rodilla? —preguntó Daniela y miré hacia abajo rápidamente con el corazón latiendo desbocado.

No había ningún bulto en mi rodilla y miré a Daniela con todo el odio del que fui capaz.

—Bea, sentido del humor. Salud y sentido del humor. —Daniela cogió mi cara y me dibujó una sonrisa forzosa con sus dedos subiéndome la comisura de los labios hacia arriba. Pero solo consiguió que con mi cara de enfado pareciese *It*, el payaso.

—Pero en serio ¿qué le pasa a esta tía? —Ana miraba a Sara alucinada y Sara trataba de calmarla.

—Ella es así, pero no lo hace con maldad. —Oí que le explicaba Sara por lo bajo.

La verdad es que ya nos empezaba a costar trabajo defender la actitud de Daniela. Siempre habíamos sabido que en un *reality* de convivencia Dani sería la primera en ser nominada y expulsada, y a ella no le causaría ningún trauma, porque podría estar más tiempo comentando la jugada en los platós. Pero esto no era un *reality*, era la vida real, y a esta fotógrafa de moda no le sobraban las amigas precisamente. Si la expulsábamos se iba a quedar sola. Era una mujer sobre la que revoloteaban los hombres y rechazaban las mujeres. Siempre hemos pensado que las chicas la rechazaban porque le tenían envidia, ella también lo afirmaba, pero igual es que sus comentarios tan poco acertados no sentaban bien a la gente que no tuviese tanta paciencia como Sara, Marta y yo. Y al parecer Ana no la tenía.

—Bueno, venga, calma. ¿Tenéis algún plan que me ayude en algo? —pregunté con desesperación.

—Sí, yo tengo una idea. A ver si esta tía no la caga, y podemos llevarlo a cabo —dijo Ana mirando a Daniela, que volvió a echar rayos a través de las gafas de sol.

—Yo no voy a cagar nada porque a partir de ahora voy a ser un ángel bendito. Ni pío voy a decir. Vais a estar hasta preocupadas por si sigo respirando. No os vais a dar cuenta ni de que estoy aquí. Una sombra voy a ser, andando detrás vuestro en absoluto silencio. —Con tanta explicación me costó creerme que iba a poder cerrar la boca dos minutos seguidos pero decidí darle un voto de confianza. Daniela fingió coserse una cremallera imaginaria en los labios y luego cerrarla con su llave, también imaginaria, la cual lanzó por los aires y efectivamente, a partir de ese momento, dejó de hablar.

—Bueno, pues esta es la idea. Tienes que volver a ser popular. Mi mejor amiga es la *blogger* Carola Aparicio y hoy da una fiesta en su chaletazo en las afueras. Tenemos que ir, seremos majísimas y volverás a molar. Hazme caso. Tienes que remontar tu imagen y después ya pensaremos algo para recuperar a Kike.

Empezamos a cenar y mis amigas me vieron tan alicaída que solo hacían que rellenarme la copa y decir chorradas para hacerme reír. Daniela estuvo bastante comedida en su plan de comportarse como un ángel bendito y parecía una chica medio normal y todo. Sobre la 1 nos invitaron a marcharnos. Tratábamos de hacer tiempo porque no hay que llegar de las primeras a las fiestas, pero como no teníamos ningún *pub* cerca, Ana llamó a su amiga la *blogger* para ver si había empezado ya la fiesta.

—La llamo para tantear y si oigo follón pues vamos ya —me explicó Ana cuando salíamos del bar hacia la calle—. Además Bea, estaría bien que Carola tuviese tiempo de hacerse alguna foto contigo y charlar un rato y eso no será posible si tiene la fiesta llena de invitados y tiene que ejercer de anfitriona.

—Sí, sí. Lo que digas. Tú mandas. Tú eres la que sabes. Estoy en tus manos totalmente.

—Dios mio, ¡qué pelota te has vuelto! —me dijo Daniela por lo bajo. La ignoré totalmente.

—Carolaaa, tiia. ¿¿¿Cómo estás reina??? —Ana hablaba emocionada y nosotras permanecemos a la expectativa escuchando, aunque solo oíamos lo que Ana decía, lo que contestaba Carola nos lo teníamos que imaginar.

—Joer, ya te digo, demasiado tiempo.

—Yaaa, yo también tengo ganas de verte.

—Sí, sí, hoy la conoces. Te va a encantar.

—Bea, ya ves. Está deseando conocerte. Todo se va a arreglar —me dijo Marta cogiéndome por el hombro.

Entonces oímos a Ana decir:

—¡No te pases que es mi chica! No la vayas a agobiar.

Marta me miró con cara de circunstancias y Sara le dijo a Ana:

—Háblale de Bea. —Ana asintió con la cabeza en plan: Es verdad, ya decía yo que se me olvidaba algo..

—Recuerda que voy con Bea, mi colega...

—Sí, Bea, ¿te acuerdas que te lo dije? Sí, la de Kike. Ya lo sé, no es muy popular ahora. Que no, que no, pero tenemos que ayudarla—. Noté como me subía un calor muy grande hasta la cara. Me debí de poner roja como un tomate. La gran Carola Aparicio no parecía muy interesada en que yo fuese a su fiesta.

—Tía, no, ¿cómo va a llevar drogas? Claro que no. No te va a meter en ningún lío. Vale *perri* pues vamos para allá.

Ana colgó el teléfono y las cuatro la miramos para que nos revelase lo que la *blogger* del chalet le había contestado.

—Chicas nada, que sin problemas. Ya hay bastante ambiente así que vamos para allá.

—Bueno, ya, ¿y qué dice de drogas? —pregunté agobiada. Parecía que Ana pensaba omitir la parte en que se me acusaba de drogata o narcotraficante. Con lo que había escuchado aún no lo tenía claro.

—No, nada, chorradas. No hagas caso.

—Ana, por favor —le rogué.

—Se ve que una jefa tuya del banco ha dicho en sus redes sociales que te fuiste del trabajo porque tenías problemas con las drogas y se ha hecho un poquito viral. Dice que le llamaste cuando ibas colocada o algo así y ha revelado la conversación. No hagas caso, ya sabes. Están saliendo todas las alimañas a ganar dinero hablando mal de ti y Carola de drogas no quiere ni oír hablar, tuvo un novio relacionado con ese mundillo y ese tema no le mola nada.

—Madre mía, ¡qué horror! ¡Pero eso es mentira! Yo la podré denunciar o algo, ¿no? Yo que pensaba que era un ser humano bastante querido, si yo no tenía problemas con nadie. ¿Era o no era una mujer de hojalata sin corazón? Jolin un poco de piedad, que ya estoy tocada y hundida. —Observé como mis amigas me miraban con lástima. Y fue una sensación horrible, de verdad.

—Le vamos a meter una querrela que va a flipar —me dijo Marta. Tú no te preocupes. Déjalo en mis manos que yo me encargo.

—Porque soy yo, la chalada de Daniela y no me vais a dejar hacerlo. Pero conozco a unos tíos que por 50 euros le dan un sustito a esa odiosa mamarracha. —No hizo falta que hablásemos, ella misma nos miró y cogió su aguja para volver a coserse la cremallera imaginaria de su boca.

—Se me había descosidooo —dijo en un susurro y con los labios apretados.

A mí me entró la risa. Su representación fue bastante cómica.

Me reí, aunque tenía pequeñas lágrimas en mis ojos.

Me reí porque todo era muy triste. Aunque parezca un sinsentido fue por eso.

Me reí con cansancio y con resignación.

Mis amigas al verme reír, también se rieron. Hasta Daniela empezó a reirse y fingió que se le saltaban los puntos de la boca poco a poco, de tanta risa que tenía. Hasta que se le descosió por completo la cremallera y se rió fuerte y a gusto. Como uno se debe reír.

Hacía tiempo que no nos reíamos y nos sentó bien.

Reírse siempre era algo bueno.

La gente que nos viera a lo lejos, pensaría que éramos la pandilla más feliz de la ciudad. Unas chicas sin preocupaciones que se van a pasarlo bien a una fiesta y que su única preocupación es discutir quién se queda esa noche sin beber para ponerse al volante y devolver a cada una de las chicas a sus casas sanas y salvas. Bendito problema. Yo me quedaba con mi botellita de agua de buena gana, si así lograba irme a dormir y que desaparecieran todos mis problemas.

Nos metimos las cinco en el coche. Sara conducía y Ana iba de copiloto y Marta, Dani y yo en el asiento de atrás.

—Las famosas y Marta detrás, que así con las lunas negras no se os reconoce —nos dijo Sara risueña.

—¿Te dejo una gorra Marta? —le preguntó Dani, que aún llevaba la suya colocada, rebuscando en su bolso y localizando la gorra que yo no me había querido poner.

—Pareces una comercial pesada Dani. ¿Te dan comisión si colocas gorras? —le dije con más hostilidad de lo que pretendía. Ella volvió a esconder la gorra y se giró a mirar por la ventanilla. Me arrepentí de ser tan desagradable, Dani era como una hermana pequeña a la que adoras, pero con

la que eres cruel porque es capaz de sacarte de tus casillas. Le di un pequeño abrazo cariñoso y ella me miró, por fin se había quitado las gafas de sol, y me sonrió. Sara conducía concentrada hacia el chalet de Carola y nosotras íbamos bastante silenciosas, nadie diría que íbamos a una fiesta. A mí me estaba entrando hasta sueño.

—Tías va, vamos a animarnos. No podemos llegar con estas caras a la fiesta. —Por primera vez esa noche le dimos la razón a Daniela, que bajó la ventanilla y sacó su cabeza mientras gritaba:

—¿Quién me pone la pierna encima para que no levante cabeza? —Una frase que se hizo famosa en la primera edición de un conocido *reality* show, allá por el año 2000—. Vamos Bea grita esta frase a pleno pulmón, te va a sentar bien. —Me hice un hueco a su lado y me puse a chillar como una descosida. El aire me daba en la cara y sentí que me despejaba y me daba un subidón de energía que me vino fenomenal—. Volví a meter la cabeza a cubierto y les dije:

—Chicas, hoy lo vamos a pasar bien.

Todas me aplaudieron, Marta me abrazó.

—Claro que sí, vamos a darlo todo.

—Ojo al chaletazo, dijo Daniela cuando Sara redujo la velocidad porque al parecer habíamos llegado.

Un chalet inmenso con la música a tope y sonido de voces y risas estaba frente a nosotras. Ana se acercó al videoportero y pulsó el timbre. Y allí entramos las cinco, a remontar mi imagen y a solucionarlo todo. O eso pretendíamos. Cuando vi quién me estaba esperando en el jardín de ese inmenso chalet entendí que la vida se podía volver muy juguetona y traviesa. ¡Menuda bromista estaba hecha la vida!

—¡Hola Kastorcito! —le saludé y le abracé. Tuve que hacerlo porque se me abalanzó encima, como un perrito adorable que no te ha visto en todo el día.

.17.

## NO MANDES WHATSAPPS SI BORRACHA ESTÁS



—Bea, ¡pero qué alegría verte! —me dijo Kike Castor, que realmente parecía muy feliz de habernos encontrado. Yo no me alegré tanto como él, pero al menos no sentí pánico al verle. El hecho de que Daniela me explicase en el pasado que Kastorcito era inofensivo, me había tranquilizado bastante. Ese hombrecillo ya no me parecía un acosador. Vale que se dedicaba a seguir a las blogueras a todas partes y a espiarlas con esa carita de perturbadito que tenía —y que conste que lo digo desde el cariño—. Pero en este momento, y a mis ojos, era solo un señor curioso. Las blogueras eran su vida y coincidir con ellas, conocerlas y hasta poder llegar a considerarse su amigo era su mayor ilusión. Pero Kastorcito trataba de no molestar a nadie y si le pedías que te dejase de seguir, pues lo hacía. Para muestra un botón. Yo había salido huyendo despavorida de nuestro conato de cena y no había vuelto a saber nada de él hasta la fecha, que habíamos coincidido por pura casualidad.

—Lamento tanto lo que te ha pasado. —Me miró con gesto compungido—. Eres una buena chica Bea, eres una buena chica. Y hacías una gran pareja con Kike. ¡Parejota!. Ay, que le tengan que pasar cosas malas a la gente buena, ¡no hay derecho! —me dijo. Y no pude más que asentir con la cabeza. Ese hombrecito, ahora un poco más entrañable para mí, estaba demostrando un gran pesar ante mi ruptura.

—En fin —suspiró Kike cambiando de de tercio—. ¿Nos hacemos un selfie? —No me dio tiempo a contestar, al instante su calva ya estaba colocada junto a mi pelo, y él sonreía exageradamente a la cámara de su móvil, que estaba aproximadamente a unos 5 cm de nuestras caras. La foto era horrenda, pero él la subió al instante etiquetándome orgulloso: “Con una vieja amiga”. Hombre, amigos, lo que se dice amigos, no éramos. Y viejos amigos, aún menos. Pero bueno, no nos vamos a poner en plan técnico.

Me dediqué a observar los comentarios que le hicieron sus seguidores en nuestra foto y me pareció que mis *haters* se habían relajado. La mayoría de los que escribían nos decían cosas bonitas.

Guaposs.

Cool pic.

Disfrutad bellos.

Por ahí iban los tiros, y tenía más o menos unos 60 comentarios en escasos minutos.

Hacía tiempo que en mis publicaciones no me decían guapa, ni bella, ni nada similar, más bien la cosa iba más por loca peligrosa, chalada, cazafortunas... así que la realidad es que en este momento, y aunque a mí me pareciese extraño, Kike Castor parecía ser un *influencer* respetado. Y la gente lo apreciaba mucho más que a mí. Sin lugar a dudas, lo había menospreciado.

Transcurridos unos minutos, y habiendo hecho alusión a la noche tan buena que hacía y a lo bonita que era la casa de Carola, no tenía mucho más que hablar con mi “viejo amigo”, así que me separé de él con el pretexto de ir a saludar a la gente de la fiesta. Pero la pura realidad es que yo no conocía a nadie allí. Así que me dediqué a perseguir a Ana. Y es que ella sí que conocía a todo el mundo. A cada paso que dábamos la paraban y ella saludaba, daba besos, y abrazaba efusivamente a todo bicho viviente.

Algunos invitados le preguntaban por Sara. Ana la presentaba y a mi amiga, de naturaleza más tímida, se le notaba cortada y cortante. Estaba agobiada, yo se lo notaba porque la conozco muy bien y en su cara no podía disimular que no estaba en su ambiente, ni con sus amistades. Lo suyo no era conversar con desconocidos. Yo la entendía perfectamente, es complicado hablar con personas que no conoces de nada. La gente de la fiesta solo compartía con Sara la adoración que tenían por Ana, que estaba confirmándose que era una relaciones públicas nata y disfrutaba enormemente de las charlas y cotilleos que le contaban.

Cuando por fin nos dejaron avanzar, seguimos a Ana hasta la terraza que bordeaba la piscina. Una amplia zona de esta terraza estaba cerrada y acondicionada. Se trataba de un cerramiento transparente que permitía a la anfitriona disfrutar de las vistas de la zona ajardinada también en invierno. Y allí dentro, descansando sobre una tumbona y con un copazo color rosa en la mano, se encontraba la que debía ser la famosa Carola Aparicio. Dejó la bebida en el suelo con delicadeza, se acercó hacia nosotras al ver a Ana, y fue

a darle un abrazo.

—¿Cómo estás, *love*? —le saludó Carola. Mientras se abrazaban, daban pequeños y alegres giros y me detuve a observar que mientras el pelo liso y corto de Ana apenas se movía, la melena ondulada de Carola lo hacía frenéticamente de un lado al otro, de forma bastante hipnótica. Cuando cesó su efusivo saludo, la bloguera reparó en nuestra presencia y se acercó a saludarnos. Nos escudriñó con bastante atención sin decir nada. Me pareció bastante fría y hermética. Únicamente hablaba con su amiga. A nosotras no nos dirigió la palabra en ningún momento. Las cuatro observábamos la conversación como si estuviésemos en un partido de tenis. Una que hablaba y la otra que le contestaba. Nuestras miradas iban de una a la otra y de la otra a la una. A mí me apetecía intervenir, pero la verdad es que no se me ocurría qué decir, así que continué observando.

El jardín contaba con una piscina muy grande y con un jacuzzi de agua caliente. Aunque a mí personalmente no me apetecía bañarme en invierno, la gente parecía encantada entre las burbujas del jacuzzi con todo el cuerpo a remojo. Reían, bailaban y se bañaban algunos con la ropa puesta y otros directamente en ropa interior.

Mientras observábamos el ambiente con bastante alucine, apareció un camarero muy bien vestido y nos abalanzamos sobre las bebidas que llevaba en la bandeja. Con muy poca sutiliza, todo sea dicho.

Luego nos dispersamos.

El *pack Sana*, como empezamos a llamar a la fusión de Sara y Ana, se quedó socializando con las amigas de Ana. Bueno, amigas o conocidas, no sabría valorarlo con tan poco tiempo de interacción.

Dani, como era habitual en ella, se encontró a un viejo amigo de la infancia y también se evaporó.

Y Marta y yo nos quedamos solas. Así que nos pusimos a pasear por el jardín, que era inmenso.

En teoría debería haber intentado acercarme a Carola, para eso estábamos allí, pero ella por el momento no había mostrado ningún interés en interactuar conmigo y yo no quería forzar la situación con el bolso lleno de drogas —jaja—, vale, estoy bromeando, lo de las drogas no tenía ni pies ni cabeza. Mi ex jefa no podía ir más desencaminada.

Solo un apunte sobre este punto, valga la redundancia. La única vez que me topé con el sórdido mundo de las drogas fue en mi etapa universitaria. Cuando tenía 22 años una compañera de clase me ofreció una raya durante el

transcurso de una noche de fiesta. Yo me aproximé a la línea de polvos blanca para hacerme la guay y la soplé sin querer. Realmente no sabía muy bien ni cómo había que absorber eso, mi única referencia era lo que había visto en las pelis y lo que saqué en claro es que no se debe soltar aire en ningún momento con la raya preparada. Eso había sido toda la relación con las drogas que había tenido, y dicho esto, prosigo.

Pues nada que nos quedamos Marta y yo de paseíto por los jardines. Marta me había cogido del brazo como si fuésemos dos abuelas paseando por el geriátrico y aunque yo la quería mucho y no me gustaba herir sus sentimientos, le dije que esa actitud era bastante lamentable, que tenía que dejar de descolgarse como una viejecita de las personas de su alrededor, es que últimamente lo hacía bastante, no era un hecho puntual, y me soltó sin pronunciar palabra.

Llegamos hasta el DJ, un chaval súper moderno con la gorra ladeada y lleno de tatuajes que cada vez que pinchaba una canción se morreaba con fruición con su novia, y todos los que le rodeaban les vitoreaban como si aquellas muestras de amor formasen parte del espectáculo. El ambiente nos estaba encantando. La fiesta estaba en pleno apogeo, y cada vez se veía a más gente. Algunas personas me sonaban, de las redes sociales e incluso de la tele. Yo también le sonaba a la gente, porque observaba que me señalaban y hablaban por lo bajo sin dejar de mirarme. ¡Hay que ver lo poco disimulado que es el ser humano! Cuando criticamos a alguien hablamos bajito para que no oigan lo que decimos, pero somos incapaces de dejar de mirar a la persona de la que estamos chismorreando. Seguramente si hablásemos chillando de alguien sin mirarla no se enteraría, pero nada, que no aprendemos. Señalar y mirar al objetivo de nuestras críticas nos vuelve locos. Se ve que sin mirar a la persona, criticar no tiene tanta gracia.

Volvió a pasar el camarero y pillamos más bebidas. De hecho localizamos dónde tenía él la barra y nos colocamos delante de la puerta por la que salía con las bebidas recargadas. Ya teníamos experiencia en situarnos estratégicamente. Lo hacíamos en todas las bodas a las que íbamos. En el momento del cóctel nuestra primera misión era localizar por dónde salían los camareros y ponernos en el hueco que quedaba justo enfrente. Siempre hacíamos eso, excepto si en la boda había un camarero cortando jamón, en ese caso el jamón ganaba y nuestro sitio debía ser junto a él. Éramos perro viejo.

Posicionadas correctamente oíamos la música a la perfección y nos pusimos a saltar como dos locas adolescentes en un concierto, ya que el DJ

nos estaba pinchando nuestros temazos favoritos. Algunas de las chicas que chismorreaban sobre mí, quisieron hacerse fotos conmigo. Yo quería demostrar que era algo natural, sin darle mucha importancia, pero por dentro estaba pegando saltos de alegría. Había sufrido mucho odio en los últimos tiempos, y que la gente fuese amable conmigo, era una bonita novedad.

Marta me fotografiaba contenta y me atreví a ir publicando en mi cuenta, la cual había dejado un poco desatendida al no saber gestionar demasiado bien el momento de crisis que había atravesado. Estaba siendo una fiesta verdaderamente *Beitástica*, y yo ya iba recuperando los términos de mi argot particular.

Continuamos bailando como si no hubiese un mañana y parando al camarero para asaltar su bandeja. Al ojear mis redes no pude evitar meterme en la de Kike, que seguía tan guapo como siempre, o incluso me atrevería a decir que más.

También me metí en la cuenta de *@carmencitalabloggera* y observé con alegría que lo estaba haciendo muy bien y que sus progresos en el mundo de la moda se iban notando. Me di cuenta de que me empezaba a costar enfocar para leer sus *posts*, debido a las cinco copas que llevaba en el cuerpo y a lo poco que había cenado, como últimamente era habitual en mí. De atracones a ayuno, así era mi dieta mediterránea en la era post Kike. Pensé que sería una buena idea mandarle un wasap a mi gran amor, vaya que sabía que precisamente buena idea no era, pero me apetecía muchísimo.

Mi mensaje consistió en lo siguiente:

—Holaaa guapo. —y caritas de risa. Después puse un “emoti” de un par de copas que brindan, para adelantarle que iba pedo y que ojalá estuviese aquí brindando conmigo. No sabía si entendería mi mensaje cifrado pero lo envié, y punto. Luego me quedé mirando fijamente a la pantalla, pero nada. Kike no estaba en línea. Menudo chasco.

—¿Qué hora es Marti? —le pregunté, ya que mi reloj era muy bonito, pero tremendamente complicado de descifrar con unas copas en el cuerpo, porque tenía unas agujitas súper pequeñas. Y no, no se me ocurrió mirarlo en mi móvil. Yo siempre miraba la hora en el reloj.

—Uy, uy ¿para qué lo quieres saber? ¡La noche es joven! —me contestó pegando saltos.

Marta estaba bastante desatada. Ella ya me había adelantado que le apetecía mucho salir y escuchar música porque su relación con la música estaba ya cogiendo un cariz que asustaba.

Marta me había confesado que llevaba un año entero escuchando todos los días los *Cantapeques*. Si alguien no los conoce, son un grupo de música para niños que siempre visten con peto vaquero y las chicas llevan dos coletas. A los niños no les asusta, pero su look aniñado puede causar pesadillas en algunos adultos. Son muy famosos y cantan y bailan canciones gesticulando mucho. La situación para Marta era crítica.

Unos meses atrás, mientras cantaba una canción que hablaba de una cuchara y un cucharón (sin ahorrarse los gestos) me llegó a decir y cito textualmente:

—El calvito de los *Cantapeques* es como mi hermano ya, y yo antes molaba. —Pobre chica, qué lástima me dio en ese momento, de verdad.

—No, si no es por marcharnos ya —le aclaré— es que le he mandado un mensaje a Kike y no me contesta. No creo que esté durmiendo ya. ¿Qué son? ¿Las dos?

—Son las cuatro y media. ¿Y se puede saber por qué has escrito a Kike? Te vas a arrepentir mañana un mogollón.

—Bueno, pues si me arrepiento le doy a eliminar el mensaje para todos y listo.

—Yaaa, pero verá que algo le has puesto y eso es peor. Ya la has cagado.

—Pues sí, la he cagado y para nada, porque no me va a leer.

Marta me arrebató el móvil, según me dijo para arreglar el entuerto. Yo se lo arranqué a ella de las manos cuando ya llevaba unas líneas escritas a Kike, después le mandé a Kike mi ubicación y no sé ni cómo. Ví que en nuestra lucha por el móvil le habíamos llamado con una videollamada que él no había contestado, como era lógico, porque estaría durmiendo. También le debo dar las gracias a Dios, al Cielo, a la energía, a lo que cada uno crea. Porque la imagen de nuestra lucha de borrachas por el móvil y en directo, habría sido bastante patética.

Me di cuenta que estaba tumbada con Marta en el césped cuando vi pasar a Carola y a Ana y parecían dos gigantes. Se ve que nos habíamos caído al forcejear, pero yo no me había dado ni cuenta.

—Carolaaaaa, ¿cómo va esa anfitriona guapa? —La aludida miró hacia abajo divertida. Sin duda le había sorprendido mi cambio de actitud con respecto a la cara de siesa que le había puesto cuando nos habían presentado.

—Muy bien guapa, ¿y tú, qué tal? —me contestó sonriéndome. Marta aprovechó el momento para decirnos que nos pusiésemos juntas y hacernos

una foto. Esa foto fue a las redes sociales de cabeza, aunque no escribí nada porque no estaba yo en condiciones de escribir. Puse un emoticono de un corazón ya que me salía en la lista de los “emotis” que más utilizo, para no publicar la foto así a lo loco y sin acompañamiento.

Hablamos un ratito, aunque no consigo recordar lo que le dije. Creo que le comenté algo así como que era muy guapa y le admiraba mucho. Peloteo a saco. Ella se reía. Carola no estaba borracha como yo, pero a mí siempre me pasaba que cuando me emborrachaba, me daba por pensar que todos los de mi alrededor estaban en el mismo estado que yo.

Marta le decía que la música era la leche, y yo le conté lo de mi amiga con los susodichos Cantapeques y le hice a Marta bailar la cancioncita de marras con los pasos incluidos. Fue tronchante. A Carola también se lo pareció. Hice un video en directo y lo publiqué en Instagram, todo movido y desenfocado. Eso era así, aunque yo creía que el video estaba tan gracioso y se veía fenomenal.

La noche continuó, nos volvimos a encontrar con Dani que no se separaba de su amigo ni a sol ni a sombra. Y también con *Sana*, que a las 5 y media dijeron que estaban agotadas y que se iban a marchar. Nos echaron una buena bronca a Marta y a mí por el estado en el que estábamos. Nosotras nos reímos, pero Marta vomitó en los pies de Sara y la cosa perdió su gracia.

*Sana*, como pack indivisible, estuvo de acuerdo en que lo mejor sería que se llevasen a Marta con ellas y también lo intentaron conmigo.

—De eshooo nada, bonitas. La fiesta no ha terminado aún, y yo eshtoy perfectamente.

—Dejad a Bea aquí, que yo la cuido —dijo Dani. Nadie pareció creerla mucho, pero Marta no paraba de vomitar y empezaba a urgirles lo de poner pies en polvorosa de allí. A Carola no debía de hacerle especial ilusión que le regasen las begoñas con alcohol ya digerido que volvía a ser expulsado por el cuerpecillo de Marti, como si de un aspersor de jardín se tratase.

—Tened cuidado y no la liéis —nos avisó Ana.

En cuanto las vi salir por la puerta del chalet con Marta en el medio agarrada a sus cuellos me giré a Dani y le dije:

—Hay algunahss que no saben beber. —y me salió hipo. Me giré y vi a Dani chupando caracoles con el amigo de la infancia.

—Muy bien, pues sí que me cuidahss tú. Eres una caca de amiga. La peor que tengo con diferencia. —Le dije entre dientes, y me levanté porque pensé que sería una buena idea ir a darme una vuelta por la piscina.

Lo siguiente que recuerdo es la cara de mi Kike borrosa y un frío tremendo recorriéndome el cuerpo.

## NO HAY LUZ AL FINAL DEL TÚNEL



Del resto de la noche mi recuerdo es bastante vago. Me tomé un par de copas al borde de la piscina, de eso me acuerdo. Estaba llena (de agua) pero vacía (de gente). Donde terminaba la piscina, comenzaba el jacuzzi. Estaban pegados. Y eso me permitió entablar conversación con una pareja que se bañaba en el jacuzzi, eran de los que se bañaban con la ropa puesta. La chica quería que su novio le hiciera unas fotos naturales, pero bien estudiadas, dentro del agua. Yo me ofrecí a fotografiarles a los dos porque visualicé una foto de pareja con las copitas y entre las burbujas bastante guay. Les expliqué que tuve unas leves nociones de fotografía cuando fingí ser una experta fotógrafa monocroma con cámara última tecnología nipona. No me hicieron mucho caso. Ellos solo querían su foto. Me dispuse a hacérsela con el móvil de la chica, y me di cuenta de que nipona o no, su móvil sí que era de última tecnología. ¡Pedazo manzanita se gastaba la amiga! Si creo que ese modelo había salido ayer o anteayer al mercado. Lo miró fijamente con sus ojos color pardo y se desbloqueó. Solo faltó que el aparato le dijese: “Hola mi ama, ¿en qué puedo ayudarte?”

¡Qué poderío de teléfono! Me pareció lo más.

Con esa joyita en mi poder, me levanté para hacer la foto con un encuadre más amplio y me di cuenta de que estaba súper mareada. Era incapaz de enfocar. Pasaron unos chicos por detrás de mí y chocamos. Se ve que yo me estaba tambaleando. El móvil casi se cae a la piscina.

—Oye, ten cuidado —me dijo el novio, que se llamaba Mario.

—Sal del agua y quítale el móvil que me ha costado una pasta y esta chica nos la va a liar— le ordenó la chica a Mario, el cual pareció estar absolutamente de acuerdo porque obedeció al instante. Se impulsó para salir y en ese momento se ve que hice una foto. Ella salió con cara de enfado, él con el pantalón un poco caído, medio cuerpo en el agua y medio fuera. Una foto

que enmarcarían seguro.

Bueno no, no podrían. Porque en ese momento sin nadie alrededor empujándome ni nada por el estilo, me tropecé con mis propios pies y se me resbaló el móvil a la piscina. Chop, chop, chop. El móvil se hundió poco a poco sin que nadie pudiese evitarlo. Sentí que empezaba a sudar y me entraban arcadas. ¡Qué mal me supo!

La chica de ojos pardos —la llamo así porque no sé su nombre—, empezó a prodigar insultos hacia mi persona.

—¡Me vas a pagar un móvil nuevo borracha!

A lo que yo le contesté:

—No te preocupes, lo metemos en arroz y revive —pero al ver la furia en sus ojos, me lancé al agua a intentar recuperar el dichoso movilito, que ya no se observaba por ningún sitio.

Yo iba a ser también de las bañistas con ropa. El agua estaba helada y me zambullí con los ojos abiertos a ver si veía el teléfono, pero ni rastro de él. Empecé a nadar sin rumbo por la piscina hasta que me empezó a doler la pierna una barbaridad, creo que me había dado una rampa. Sentí que no podía nadar y me quedé paralizada. No iba a ser capaz de sacar mi cabeza a la superficie. Estaba sola en la piscina y me estaba dando un ataque submarino de ansiedad. Y entonces lo vi claro. Había llegado el día de mi muerte. Así, sin avisar. Porque a veces la muerte no te avisa, te pilla por banda cuando menos te lo esperas y te hace un destrozo. Te hace el harakiri.

Y al parecer hoy me tocaba a mí irme para el otro barrio. ¡Hasta luego Mari Carmen! *Game over* para ti Bea.

No penséis que me dejé vencer. Yo intentaba salir del agua. ¡Yo no me quería morir leñe! ¡Yo luché! Sobre todo, yo no quería morir de una forma tan ridícula. Nadando borracha en una fiesta a las tantas de la mañana. Era ya cuestión de dignidad. Me habría gustado más morir salvando a un niño en un incendio, o atropellada por un tranvía cuando dejaba a salvo a un invidente que no había escuchado la señal acústica y se había precipitado hacia las vías. Y si no podía ser de forma heroica, pues me pido morir de viejecita, o de una enfermedad.

Vaya, de cualquier forma por la que al menos la gente no pensase:

—Bueno, es una pena, pero se lo tenía bien merecido. Como los que hacen *balconing* en Agosto en Mallorca, que te sabe mal pero chico ¿qué haces tirándote de un balcón a la piscina?, o en mi caso ¿qué haces nadando borracha? ¡No hay necesidad!

Mi ansiedad submarina me dejó K O y dejé de ver los destellos de la superficie. Se cerró el telón y la negrura me invadió. No vi la luz al final del túnel. No estaba San Pedro ni Dios en la entrada del Cielo, ni Satán en el infierno, ni el señor del medio en el Purgatorio —es que no sé quién es el mandamás del Purgatorio—. En el fin de mi vida no había nada más que silencio y oscuridad.

Silencio, y más silencio hasta que empecé a oír voces a mi alrededor. Primero muy lejanas, luego cada vez más próximas.

Levanté la vista y mi primera visión, aunque borrosa, fue preciosa e inesperada. No estaba Dios, pero estaba Kike. Kike me sujetaba la cabeza entre sus manos. Estaba de suerte: No estaba muerta y Kike estaba cuidándome.

Por otro lado, aunque yo no conseguí ver a Satán en mi conato de muerte, sí que lo estaba viendo en mi resurrección. Lucifer tenía cuerpo de mujer y era la dueña del móvil. Al ver que yo abría los ojos y tosía como si no hubiese un mañana, me increpó diciéndome que le tenía que pagar su móvil.

¡Por el amor de Dios bonita, que casi me muero buscando tu artefacto tanpreciado! ¡Que estamos hablando de un móvil, no de la corona de piedras preciosas de la Reina Victoria! Dame un poquito de tregua hasta que sea capaz de articular palabra sin escupir agua por lo menos, digo yo, si no es mucho pedir. Madre mía, ¡qué poca sensibilidad tienen algunas!

Kike le respondió por mí muy tranquilamente y con mucha educación. Y Daniela le cogió de los pelos y por poco le deja calva. Cada uno con su táctica, pero consiguieron que se callase y me dejase tranquila.

—¡Pero qué susto me has dado idiota! —me chilló Daniela y se abalanzó sobre mí. Lloraba y reía a la vez, y me abrazaba tan fuerte que me costaba respirar.

—Aparta Dani, que aún me estoy recuperando —le dije con un hilo de voz—. Tengo tanto, tanto, frío. —Kike, que llevaba un jersey se lo quitó y me lo echó por encima. Seguía congelada pero el gesto fue muy bonito y la visión de este pedazo de hombre solo con camiseta, me hizo subir unos cuántos grados. Fue más efectivo que embutirme en un pijama-manta.

Cuando me recuperé un poco, Kike me dijo que no se quedaba tranquilo si no me llevaba él a casa, así que nos despedimos de Dani y de su amigo de la infancia, y nos metimos en su coche.

Fuimos durante todo el camino bastante silenciosos. La verdad es que a mí no se me ocurría qué decirle. Me alegraba mucho de verle, pero me sentía

avergonzada. A los diez minutos él se decidió a hablarme:

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás mejor? —me dijo con preocupación.

—Sí, estoy mejor porque estoy contigo. —Pensé en decirle eso porque era lo que sentía, pero no se lo dije.

—Sí, ya estoy mejor. Kike has puesto la calefacción del coche altísima y estás sudando.

—Tú no te preocupes por mí, lo importante es que tú estés bien —me dijo mientras le caía alguna gota de sudor por la frente.

—Sí, sí, de verdad que ya he entrado en calor. Puedes bajarla.

—He pensado llevarte al hospital. Me quedo más tranquilo si te revisa un médico —me dijo serio.

—No, no, Kike. De verdad que estoy bien. Llévame a casa por favor. Solo necesito dormir un poco y se me pasará esta angustia y este mal cuerpo que tengo.

—Bueno, lo que quieras... Ya eres mayor, no te voy a insistir más. Bea, una cosa. No sé cómo preguntarte esto... En fin, te lo pregunto así directamente: ¿Qué te ha pasado? ¿No habrás querido hacer ninguna tontería en la piscina? —Me costó entender a lo que se refería Kike.

—Kike, me ha dado una rampa y no podía respirar del dolor. No soy una suicida, en serio. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Bea me mandaste una foto tuya y un emoticono de una calavera y luego pasa esto. En fin, me parecía una señal. De hecho he venido volando en cuánto he visto que me mandabas la ubicación. He pensado que era una señal de auxilio clarísima.

—¿En serio te he mandado eso?

—Sí, y un emoticono de zombi y varios corazones de colores.

—Perdona, es que me quitó Marta el móvil y yo quise recuperarlo y la verdad es que no sé ni lo que te mandamos. Me siento tremendamente tonta.

—Y bueno, es que luego me dijiste que la vida sin mí no tenía sentido. —¿Había escrito yo eso? ¡Madre mía, Bea! ¡Deja de beber ya! No lo recordaba para nada.

Quizá lo había escrito Marta cuando me quitó el móvil. Pero ¿con qué objetivo haría eso? Solo se me ocurre que quisiera matarme en el agua, para que pareciese un suicidio. Había leído demasiadas novelas de suspense. ¿Estaba enamorada de Kike en secreto y por eso quería quitarme del medio? Pero Marta se había ido a casa. Debía estar soñando con la Taza y la Tetera sin saber que yo había estado a punto de morir y que en mi locura paranoica le

acusaba de intento de asesinato.

Mientras mi mente imaginaba conspiraciones disparatadas, habíamos finalizado el trayecto hasta mi casa. Bajamos los dos de su coche y nos dirigimos hacia mi puerta.

—Kike de verdad que ha sido todo un enorme malentendido. No te asustes para nada, que yo estoy bien. Te mentiría si te dijese que no te echo de menos y que no lo he estado pasando mal desde nuestra ruptura. Pero nada más. Nadie se muere de mal de amores. Si no estamos destinados a estar juntos, lo superaré.

—Yo también te echo de menos Bea —dijo con un hilo de voz—. Bueno, de todas formas, me quedaría más tranquilo si duermo contigo hoy. En tu casa me refiero. Solo para comprobar que estás bien. Puede haberte entrado agua en los pulmones. No sé, estoy preocupado.

—Bueno, en mi casa siempre eres bienvenido. —Mi corazoncito daba saltos de alegría al comprobar que Kike me echaba de menos y aún se preocupaba por mí.

Entramos en el portal, por suerte no había ni rastro de los periodistas. Subimos a mi casa andando y al abrir la puerta me di cuenta de que estaba nerviosa, porque me temblaban ligeramente las manos. Kike entró detrás de mí.

La situación era rara, supongo que para él aún más. No sabía muy bien dónde ubicarse. Se sentó en el sofá y me preguntó si podía dejarle alguna camiseta para dormir porque yo había empapado toda su ropa. Lo cierto es que tenía algunas camisetas suyas que no le había devuelto. Aunque suene un poco acosador, me gustaba ponérmelas y dormir con ellas, porque así sentía a Kike más cerca. Dudé sobre si enseñárselas o no, no quería que pensase cosas raras. Finalmente se las ofrecí:

—Mira lo que me he encontrado por aquí Kike, ni idea de que esta ropa tuya seguía en mi casa, perdona.

—Ah, no pasa nada, tranquila. No las había echado de menos, y hoy me vienen genial. Cogeré esta —Me enseñó una gris y negra que me gustaba un montón y se metió en la habitación a cambiarse.

Podía haberse cambiado delante de mí, pero no lo hizo. Total en la playa si me lo encuentro de casualidad le habría visto los pectorales, quiero decir que no era una cosa tan íntima para meterse en la habitación. Y eso me hizo pensar que él tenía muy claro que ya no somos pareja y no tenía confianza para mostrar ante mí su torso desnudo. Mi corazoncito dejó de pegar saltos de

alegría y se entristeció bastante.

Kike se puso la camiseta seca y se quedó con los pantalones que llevaba y yo entré en el baño, me sequé como pude, me lavé los dientes y me puse el pijama. Me preguntaba qué estaría haciendo él fuera, o mejor qué estaría pensando, si se sentiría extraño en mi casa, en una casa en la que habíamos pasado tantos momentos felices juntos.

Me sentía muy rara teniendo a Kike en mi habitación esperándome, aunque esta noche no me esperaba como en otras ocasiones para darme amor, sino más bien para comprobar que no moría mientras dormía. Pero bueno, lo que importaba era que estaba ahí. Por fin, estaba aquí. Le había echado tanto de menos.

Salí del baño y me tumbé en la cama. En mi ausencia, Kike ya había decidido dónde iba a dormir. Había acercado un sofá pequeñito que tengo en el comedor y lo había ubicado cerca de mi cama. No me gustó nada. Me daba la sensación de que yo era una enferma en una habitación de hospital y él estaba a mi lado en el incómodo sofá que ponen para los acompañantes.

Kike, me sabe mal que vayas a dormir ahí. Puedes tumbarte en la cama, yo me pongo en esta esquinita y ni me muevo.

—¿No te resulta violento que durmamos juntos? No quiero incomodarte. No tengo problema en dormir en el sofá, ya sabes que yo no me duermo, yo entro en coma. Y hoy quiero estar despierto por si me necesitas. La incomodidad de estos muelles, me vendrá genial —me dijo riendo mientras intentaba colocarse los almohadones estratégicamente para que le doliese menos mi horrible sofá.

—Ya, pero bueno, mejor en la cama. Ese sofá es de las peores compras que he hecho, es incómodo de narices y aquí hay espacio para los dos.

Parece que lo convencí. Se acercó tímido con la almohada que le había dejado y se dejó caer en la cama, en una esquinita.

—¿Te parece muy raro si me abrazo a ti? —le dije.

Como respuesta abrió sus brazos y me dejé envolver dentro. Me besó en el pelo y yo a él en el cuello. ¡Qué bien olía! ¡Y qué bien me sentía a su lado! Era como si el tiempo se hubiese detenido. Aunque me apetecía muchísimo besar sus labios, no quise forzar la situación. Me quedé quieta, entre sus brazos y pronto el alcohol y el cansancio me hicieron caer en un agradable y profundo sueño.

Las luces de la mañana invadieron mi habitación demasiado temprano. La noche anterior no pensé en bajar la persiana. No estaba yo demasiado

centrada que digamos. Kike estaba a mi lado descansando. Envidiaba su forma de dormir a pierna suelta, incluso con luz y ruido alrededor. Me resultó muy agradable tenerle en casa. Sentí como la soledad que me envolvía cuando se marchó se había disipado. Tenía la sensación de que ahora todo estaba como tenía que estar. Ya no lo veía todo tan negro. Pensé que podía tener una posibilidad de reconciliarme con Kike.

Sentí eso, hasta que encendí mi móvil.

Entonces ya no pensé eso. Ya no pensé nada. Me quedé fijamente mirando el vídeo que circulaba por todas partes y que definitivamente era el fin de todo. Era un vídeo que hundía mi imagen pública y que ponía fin a mi corta carrera como bloguera. Era un vídeo con el que no quería que se relacionase a Kike. Y por eso, con todo el dolor de mi alma, esa mañana lo eché de casa.

## MOVIMIENTO PELOGGER



—¿Pero se puede saber qué te pasa Bea?

—Te vas a enterar pronto Kike, quiero que te marches ya. Aunque no lo entiendas lo estoy haciendo por ti. No quiero que te relacionen conmigo. Corre, sal. Ahora no veo a nadie vigilando en la calle. Es el momento —le dije empujándole hacia la puerta.

Kike se quedó perplejo. Seguramente estaba flipando en colores. No entendió nada. Intentó replicar algo, pero no le di oportunidad. Le eché sin miramientos. Es que imaginarme que veía el vídeo conmigo delante era demasiado bochornoso. Cuando cerré la puerta tras él se quedó un momento parado, como reflexionando, hizo ademán de volver a llamar, pero se lo pensó mejor y finalmente se marchó bajando las escaleras.

Lo había sacado de la cama y sin darle ninguna explicación, lo estaba echando de mi casa. Con lo que me había costado volver a contactar con él. Pero tenía que hacerlo. Era por él. No quería causarle más problemas.

El vídeo era terrorífico y había tenido una difusión increíble. Estaba por todas partes. Aparecía en todas las redes sociales, en Youtube y seguro que no tardarían en sacarlo por la tele. Lo volví a poner. Era un vídeo de la noche anterior. Aparecía yo, en un estado de embriaguez considerable, en el momento en el que me precipitaba con el teléfono a la piscina. Se me veía caer, nadar a duras penas y desaparecer debajo del agua. Pero lo peor venía a cuando me sacaban de ahí. Me cogían por todas partes y me levantaban la camisa que llevaba sin ningún miramiento. Estaba mojada y con los ojos cerrados. La gente me intentaba reanimar pero yo no reaccionaba. Kike llegó corriendo en ese momento y apartó a los curiosos, incluso a la gente que estaba tratando de ayudarme, y se colocó él. Entonces el video se acercaba. Me enfocaba en primer plano. La ropa que llevaba con el agua se me pegó al cuerpo, pero al ponerme un poco incorporada, una teta se escapó por la

abertura de la camisa dejando ver uno de mis pezones. Bueno, una teta es una teta, no pasa nada. Es como si me hubiesen pillado haciendo toples. Pero es que al ser invierno y no tener previsto ningún encuentro íntimo cercano no me había depilado y un hilillo de pelos asomaba por mi axila. No se habría notado mucho porque la camisa lo tapaba bastante pero el cabrito que me estaba grabando en video se dedicó a hacer zoom a mi pezón y a mis pelos sobaqueros, y por si alguien no se había percatado se oía a otra voz comentar: “Enfoca bien la pelambarrera esa. Ole, ole, que donde hay pelo hay alegría. Con este vídeo lo vamos a petar”. Y por desgracia para mí lo petaron, y bastante además. ¡Qué horror!

El título del vídeo era bastante ingenioso:

*Por los “pelos” no se ahoga.*

¡Qué gracioso el chaval! Pues resulta que el vídeo tenía un montón de reproducciones en tan solo unas horas.

La verdad es que yo no quería que se relacionase a Kike conmigo pero iba a estar complicado, porque el pobre había tenido que ir a la fiesta a salvarme la vida. En sentido literal y figurado. Pero bueno, por lo menos no estaría a mi lado cuando viese el vídeo, se me caía la cara de vergüenza. No es suficiente humillación que te graben borracha en una fiesta, encima tienen que sacarte con las tetas al aire y sin depilar. Y todo eso cuando vas a una fiesta a relacionarte y a intentar levantar tu imagen. Definitivamente el plan había hecho aguas. Fracaso absoluto.

Sobre las 3 de la tarde llamaron a la puerta. Eran ellas. Mis cuatro amigas.

—¿Qué tal amor? ¿Todo bien? —me preguntó Marta con cara suspicaz—. Entendí que no sabía si yo había visto el vídeo o no, y me estaba tanteando.

—¿A ti qué te parece? Ese video horrible mío está circulando por todas partes —le dije horrorizada.

—Ah vale, lo has visto.

—Bueno, bueno, que no es para tanto —me dijo Sara—. Una tetita hoy en día no escandaliza a nadie.

—Ya. Aunque también está ese asunto peliagudo —me dijo Daniela.

—¿Peliagudo? ¿en serio? —le contesté sin saber bien si echarme a reír o a llorar.

—Tranquila Bea, que todo tiene solución —me dijo Daniela.

—Lo de que tengo salud ya me lo dijisteis el otro día, pero empieza a no

ser suficiente.

—Bueno, pero es que yo tengo la solución y he hablado con Ana, la *influencer* del momento, y vamos a poner en marcha un plan. —Ahora resulta que Ana era para Daniela la *influencer* del momento. La de vueltas que da la vida.

—Vamos chicas, quitaos las camisetas —les animó Ana.

De espaldas a mí se quitaron todas las camisetas, se cogieron de las manos y se giraron a mirarme. —Yo estaba alucinando. Estaba yo para teatrillos ahora.

—¿Estáis listas chicas? —les preguntó Ana. Las demás asintieron con la cabeza—. A la de 3 brazos arriba. 1, 2 y 3.

Levantaron sus manos unidas dejando ver sus axilas llenas de pelo de colores fluorescentes.

—¿Me podéis explicar de qué va todo esto? —les pregunté—. Ese pelo ni siquiera es vuestro...

—Bueno ya, es que nosotras nos depilamos —me dijo Sara.

—Yo me hago el láser —apuntó Daniela.

—Yo también me depilo ¿vale? Me depilo en la ducha y a veces no me veo los pelos con claridad, pero me depilo.

—Bueno, tranquila, que a partir de hoy nos vamos a unir a tu club, porque ha empezado el movimiento *pelogger*. De pelo y de *blogger*. El nombre del movimiento podría mejorarse, pero la idea es esa —me explicó Sara—. Las *bloggers* están subiendo sus fotos sin depilar y se han pintado el vello de colores y lo están compartiendo en sus redes.

—Está siendo un éxito —me explicó Ana y me empezó a enseñar vídeos. Había hecho unas llamadas y las grandes *bloggers*, incluida Carola Aparicio, lucían piernas, ingles y axilas sin depilar. Todas lucían su vello, falso o verdadero, casi siempre coloreado para apoyar mi causa. El vello multicolor estaba por todas partes en Internet.

—La gente defiende tu derecho a ir sin depilar y no ser juzgada por ello. ¡Vamos a terminar con esta esclavitud femenina! ¡Yo te apoyo amiga! —me dijo Marta emocionada.

Al parecer había desatado una revolución feminista sin enterarme.

—Mira quién ha grabado también un vídeo y lo ha etiquetado con el *hagstag* *pelogger*. —Sara me puso un vídeo y sentí como las lágrimas acudían a mis ojos al ver quién era su protagonista. Carmencita la *bloggera* acababa de publicar un video en sus redes sociales, que ya contaban con miles de

seguidores.

*“Este vídeo va por Bea, mi hermanita. Eres la única por la que me pondría pelo de colores. No me gusta nada el pelo del cuerpo, de colores es un poco más gracioso, pero tampoco me gusta. Pero si me sigue tanta gente es gracias a ti. Así que ahí va”.* Carmencita nos enseñaba su vello color rosa y se tapaba la cara, con vergüenza. Debajo de sus manos se intuía su sonrisa.

Me puse a llorar como una tonta. ¿Os podéis creer que en esta aventura que ha sido mi vida en los últimos meses, esta niña le ha dado luz a mis momentos más oscuros? Siento que a pesar de todo, he hecho algo bueno. Aunque no pueda estar con el amor de mi vida y no tenga trabajo y no me respete nadie, he conseguido que ella alcance sus sueños. Solo creyendo en ella y dándole una oportunidad. Por ella, una niña a la que la vida le ha puesto en ocasiones las cosas más difíciles que a los demás, ha merecido la pena.

—Grábame Daniela. —Daniela se apresuró a coger su móvil, lo toqueteó por unos segundos que a mí se me hicieron eternos y me dijo:

—Estás en el aire amiga.

Con lágrimas en los ojos me dispuse a grabar el que pensé sería el último vídeo de mi canal.

*“Un día como hoy no puedo más que estar agradecida. Hoy es un día feliz para mí. Pensaréis que estoy loca, ¿cómo va a ser feliz un día en el que he sido humillada ante toda España? Pues sí, lo es, y mucho.*

*Es un día feliz porque tengo unas amigas excepcionales que están conmigo para pegarle una patada a cada piedra que bloquea mi camino. Gracias. – Dije mirándolas a todas, que me devolvieron la mirada muy emocionadas.*

*Es un día feliz —continué—, porque gente que no conozco se ha solidarizado con la injusticia que supone que te juzguen por una chorrada de tal calibre, como son unos pelos que al fin y al cabo están ahí porque ahí los ha puesto la naturaleza que es sabia, aunque nosotras nos los quitamos. Pero centrándonos en el tema, que me disperso, quiero dar las gracias a todas las chicas que se han movilizado con el “pelogger”. Me he sentido muy querida y arropada.*

*Es un día feliz, porque mi “Carmencitalabloggera” está contenta y todo le va fenomenal. Por eso hoy no es solo un día feliz, es un día súper feliz.*

*También lo es, porque he comprendido por fin, que no se puede*

*controlar todo. Que no se puede uno empeñar en que funcione un amor, ni aunque lo hayas visto en tu futuro a través de los posos del té, de una adivina o de un holograma virtual tuyo que te dice cuál va a ser tu futuro. Se ha intentado. Lo he intentado. Y todo lo que he hecho lo he hecho desde el amor. Eso siempre debería ser suficiente. Pero a veces no lo es, y hay que asumirlo.*

*Con este vídeo solo quería transmitir que así soy yo. Yo soy una persona feliz. Estoy contenta conmigo misma, me quiero y me respeto. Todo lo que hayáis visto anteriormente que no encaje con esta descripción de mi misma, no voy a negar que también he sido yo, en pasado, pero espero que no lo volváis a ver.*

*Os mando montones de besos. Os iba a desear una feliz vida, pero mejor os deseo que tengáis la vida que tengáis, intentéis vivirla de la forma más feliz posible.”*

Miré con sutileza a Dani para que cortase. Dejó de grabar y me miró con los ojos brillando de emoción. Se acercaron todas a abrazarme. Miramos el vídeo juntas, y lo publiqué. Por fin me había comprometido seriamente con alguien, conmigo misma y me sentía en paz, ¡ah! y muy feliz.

## CARMENCITA LA BLOGUERA



Mi video fue acogido con un cariño increíble. El movimiento *pelogger* me había acercado otra vez a mis *followers*, hasta el punto de que se movilizaron para que no cerrase mis redes sociales, como había amenazado con hacer cuando tuvieron lugar mis diversas humillaciones públicas. ¡Me querían de nuevo! Les hice caso y no me aparté de este mundillo, volví a mis fotos y a mis publicaciones. Pasaron los meses e hice muchos contactos. Me junté con varias *influencers* e hicimos cosas bastantes chulas. Entramos en un proyecto muy bonito de profesionalización de la profesión, valga la redundancia. Hasta el momento existía una cultura del “todo vale” y se empezaron a asentar las bases de este nuevo tipo de negocio. Aprendimos mucho y también enseñamos a las nuevas generaciones para intentar ahorrarles los errores que nosotras habíamos cometido. Yo, por desgracia, era una experta en que mi imagen pública sufriese tremendos altibajos. Pero también por ello había aprendido muchas cosas, y había descubierto que la clave estaba en saber reaccionar en los momentos de crisis. Porque los *haters* y las caídas en picado están a la orden del día en este mundillo, que me había dado tantas alegrías pero también tantos sinsabores.

Por otro lado, me propusieron escribir en una revista muy conocida acerca de mi experiencia como bloguera. Bloguera de 0 a 100 en menos de 365 días. Y es que así, sin darme cuenta, habían pasado 365 días. Todos esos días con todas esas horas, minutos y segundos.

Estábamos otra vez en Abril, y yo estaba a punto de cumplir 36.

—¡Mensajero! Abra, por favor.

Había oído el timbre del patio de milagro. Estaba escuchando a mi Leiva con la música a tope, cantando fatal pero poniéndole mucha intención, como si tuviese a mis fans debajo del escenario vitoreando mi nombre y gritándome incansables: Otra, otra, otra.

—¡Hola! ¿Beatriz Morales?

—Sí, soy yo. Madre mía, ¡qué caja más grande!

—Dígamelo a mi señora, que la llevo cargando desde esta mañana.

—Señorita —le rectificué— ¿Pero no la lleva en el camión?

—No, es que voy en bici señora.

—Señorita —le volví a rectificar—. No tengo ni idea de qué puede ser.

—Pues firme aquí y lo averigua.

—Vale, muchas gracias.

—A usted, señora.

¿Lo hacía adrede o es que, como tenía unos 25 años, yo le parecía una señora en toda regla y de ahí no lo sacabas?

O eso, o tenía menos retentiva que Dory, la de Nemo, el pobre chaval.

Nada más cerrar la puerta, me lancé a abrir el paquete emocionada. Destrocé el envoltorio. Seguro que era un regalo anticipado de cumpleaños. Esto sí que no me lo esperaba.

Había una carta pegada al papel que envolvía el regalo. La abrí con cuidado.

En una letra dorada cursiva pude leer:

*Carmen Galán tiene el placer de invitarle al desfile de su primera colección de moda.* La invitación continuaba especificando el día, la hora y la sala del hotel madrileño donde tendría lugar el evento.

Giré la invitación y vi que Carmen había escrito algo más a mano:

*No puedes faltar hermanita. Te espero allí. Un beso.*

*PD. ¡Feliz cumpleaños! Espero que te guste el regalo. Es un avance de mi nueva colección.*

Por supuesto que no pensaba faltar. Me hacía una inmensa ilusión esta invitación. ¡Un desfile y todo! ¡Qué grande era esta Carmen!

Aparté con delicadeza el papel y descubrí mi regalo. Un maravilloso vestido rojo, de seda y largo hasta los pies. Una auténtica pasada. Me lo probé y me quedaba como un guante. Escribí a Carmen agradeciéndole el regalo y la invitación, y le confirmé mi asistencia.

Me contestó con un *emoti* de beso y otro de cara contenta.

Supuse que Kike estaría allí, pero no me preocupaba. Lo saludaría educadamente y continuaría mi camino. Él había tratado de mantener el contacto conmigo, pero yo me había mentalizado de que lo mejor era que tomásemos distancia. Había significado demasiado para mí, como para comportarnos ahora como si fuésemos amigos. Yo no era capaz de quedar a

tomar café y de contarnos cómo va el trabajo y la familia. Con él no.

Sabía, por lo que me habían contado mis amigas que se enteran de todo, que Kike había cambiado su actitud con Carmen. Ahora ya no la sobreprotegia tanto y estaba a su lado en cada paso que daba con respecto a su futuro profesional. Eso me alegraba un montón, aunque ya podía haber pensado así bastante antes y de esa forma quizá nosotros habríamos tenido una oportunidad. Sin acritud eh, lo digo como mera apreciación bienintencionada.

Desde que recibí la invitación hasta que llegó el día del desfile pasaron dos semanas exactamente. Os contaría lo que hice en el transcurso de ese tiempo, pero no tiene demasiado interés. Básicamente continué con mi rutina, con mis fotos y mis publicaciones. Quedé con mis amigas, fui al gimnasio y a la compra. La cara que no se muestra de una bloguera. No todos los días te pasan cosas interesantes, y a veces te vistes y te maquillas adrede para una foto, pero no tienes previsto ir a ningún sitio, así que te cambias y te pones otra vez el pijama. Esto es un secreto *bloggeril* así que no lo vayáis comentando por ahí.

Pero eso sí, cada día que pasaba estaba un poquito más emocionada porque estaba más cerca de ir a ver el desfile de Carmen. Pasé mucho tiempo organizándolo todo. Pedí cita en una peluquería de Madrid que me recomendó una antigua compañera de Universidad que vivía en los Madriles.

El plan era el siguiente: Madrugaría y cogería un AVE a eso de las 9 de la mañana. Llegaría a la capital en un pis pas, comería en algún sitio por el centro y acudiría a la pelu a que me peinasen y maquillasen. Después me retiraría a mi hotel y me cambiaría con calma. A las 20 horas tenía previsto estar en el hotel, en el mío ya no, en el del desfile. Quería llegar pronto para pillar buen sitio. Igual ya tenía el sitio asignado y estaba haciendo el indio, pero por si acaso, no me quería arriesgar. Era como la hermana de la diseñadora. Algo así como la madre del novio en la boda. Tú no eres la protagonista, pero te sientes como si lo fueses. En algunos casos demasiado.

Y por fin llegó el día. Tenía miedo de dormirme, así que me había puesto distintas alarmas, despertadores y móviles por toda la casa. Se podría decir que los cinco primeros minutos del día los dediqué a apagar dispositivos electrónicos. Pero toda precaución era poca. Luego me duché y me puse la ropa que me había dejado preparada el día anterior. Me preparé un café y cogí la minimaleta que había dejado lista en la entrada. Como me consideraba una experta en armarla, repasé que llevaba todo lo imprescindible para que no se truncaran mis planes.

DNI, Billeto de Ave, efectivo y tarjetas de crédito. Todo controlado. Cuando estaba a punto de salir por la puerta me acordé del vestido. Ay la leche, que se me olvidaba. El vestido que me había mandado Carmen. Habría estado gracioso que me lo dejase y apareciese en el desfile en vaqueros.

A consecuencia de esto surgió otro punto importante. El vestido no podía ir hecho un moco en la mínimaleta. Ale Bea, ponte a buscar una funda para transportarlo o una maleta más grande. Y en esas estaba cuando, como era habitual en mí, pasé de tener tiempo de sobra, a ir justa para coger el tren.

Pero que nadie se agobie, que llegué a tiempo. Parece que hoy la suerte estaba de mi lado. Cogí mi tren a la hora prevista y llegué a Madrid a la hora prevista. Un viaje agradable y sin contratiempos. Doble check. Todo estaba bajo control.

Hacía buen tiempo en Madrid, un día bastante primaveral. Me quité la chaqueta que traía y me encaminé a buscar un taxi que me acercase a mi hotel. Lo encontré y me subí decidida. Traté de disfrutar del paisaje, pero el taxista, un hombre de unos 60 años con bigote y ojos claros no paraba de hablarme. De verdad que no podía recordar ninguna vez en el que hubiese cogido un taxi y hubiese reinado el silencio. Y eso que yo no le daba conversación, pero el hombre no cerró el pico en todo el viaje. Que si yo soy del Madrid, aunque este año me está dando muchísimos disgustos, que a ver si con el nuevo entrenador, o presidente o no sé, porque no le estaba prestando mucha atención, podían remontar. Que su mujer era cacereña y que se enfadaba si no quería ir al cine por ver el partido... ¡Cuántas cosas me contó en un momento!

Nunca se puede saber pero yo creo que si fuese taxista sería el silencio hecho mujer. La de romances que deben de contar a los taxistas las personas estas que hacen hablar hasta a las piedras, pues si pillas a alguien que va en silencio aprovechas tú también para pensar en tus cosas. Bueno, no fue el caso.

También es verdad que yo debo de tener una cara que invita a la gente a hablarme, debo de trabajar más mi lado oscuro y desafiante que consiga espantar a los parlanchines.

—Bueno maja pues que te vaya todo muy bien. Eres de Valencia me has dicho ¿Y a qué me decías que venías a Madrid?

—No, si no se lo he dicho. Casi ni he hablado.

—Ah pues en eso tienes razón. —Me dijo riendo. —¡Amunt Valencia!

—¡Hala Madrid!

Conversación con taxista madrileño futbolero superada. Doble check.

Ya en la habitación del hotel, saqué mi vestido y lo extendí sobre la cama, luego me tumbé a su lado. Cerré los ojos un poco para relajarme y cuando me di cuenta eran las 2 de la tarde. Bajé a comer algo y vi que la carta del restaurante del hotel en el que me hospedaba tenía buena pinta. Así que decidí comer allí. Comí rápido porque odiaba comer sola. También porque si nadie te da conversación, pues comes y comes hasta que terminas.

Me fui caminando hasta la peluquería que estaba relativamente cerca, un paseíto de unos 20 minutos. La chica que me atendió era muy amable.

A esa peluquería, o a la mayoría todo sea dicho, lo mejor era ir sin idea de lo que querías hacerte, porque tú llevabas una idea y la peluquera hacía lo que se le antojaba. Yo quería hacerme un semirecogido que había visto en una revista, cuyo recorte llevaba en el bolso para podérselo enseñar, pero ella decidió que hoy salía de allí con un moño alto. Y nada, ni opción a réplica que me dio. Moño alto y punto.

—Tú déjate asesorar, que aquí las profesionales somos nosotras. ¿A qué a ella le queda mejor un recogido alto por la forma de su cara, Amparo? — Parece que mi cara da más información a la gente que Google.

—Sí, sí, tú hazle caso a Clara que es la que más sabe —me dijo Amparo, mientras tintaba el pelo a una señora mayor que asentía con la cabeza.

—Pues nada, yo me dejo hacer. ¿Y cómo me vais a pintar? Yo había pensado que con tonos pastel...

—Ahora llamaremos a la esteticien que te eche un ojo pero yo creo que una limpieza de cutis previa no te la quita nadie. La manicura y la pedicura por descontado. Y luego el maquillaje —me dijo Clara.

—No tenía yo idea de hacerme tantas cosas... A ver si se me va a hacer tarde.

—Mujer que no, que nuestra “esteti” es Billy la rápida. Y te va a dejar estupenda. Tú confía.

Dos horas y media más tarde y 100 euros más pobre, me encaminé al hotel. Terminé de arreglarme y salí hacia el desfile. La verdad es que está mal que sea yo la que lo diga, pero la marimandona de Clara me había dejado estupenda. Mientras andaba hacia la puerta del hotel la gente se giraba para mirarme, también porque iba más arreglada que las famosas en la alfombra roja de los Oscar.

Entré con paso decidido escuchando mis tacones repiquetear al chocar contra el suelo del hotel. Vi que ya había gente esperando y me senté en unas

butacas que había en el hall. A los cinco minutos de mi llegada, se me acercó un chico del personal del hotel y me preguntó si era Beatriz Morales.

—Sí, soy yo.

—Carmen quiere que le entregue esto. Y sacó una carta muy parecida a la invitación que había recibido en mi casa. El mismo tipo de sobre y otra vez la letra de Carmen:

*“¡Igual me quieres matar! —Vaya forma de empezar la cartita, me dio un vuelco el corazón al leerlo—. Mi modelo me ha dejado tirada y quiero que seas tú la que desfiles por la pasarela con el vestido tan precioso que llevas y que sabía que te pondrías. Me verás hacerte una señal desde detrás del escenario, en ese momento ven. Por favor, no me dejes colgada.”*

Pues mira tú que bien, gracias por la encerrona Carmen. Y ni me lo dice a la cara ni nada. Venga, hazlo o me dejas con el culo al aire. Así, sin presión.

Me puse nerviosa, y empecé con mis sudores fríos habituales en situaciones que me generaban nerviosismo.

O me tranquilizaba o íbamos a ver cómo reaccionaba la fantástica seda de mi vestido, al contacto con mis axilas mojadas, aunque esta vez perfectamente depiladas.

—¿Me podría traer una botellita de agua fría?— le dije al chico del hotel, que aún seguía por aquí.

—Sí, claro. Se la llevo dentro. Es que va a empezar ya.

Vi como todos se apresuraban a entrar en la sala y tengo que reconocer que no dejaba de intentar vislumbrar a Kike por algún lado, pero no había ni rastro de él. Tampoco de Carmen.

Me situé cerca del escenario, ya que tenía que estar pendiente del momento en que Carmen me hiciese esa señal para salir a desfilas, algo que por otra parte jamás había hecho y no tenía mucha idea de cómo llevar a cabo.

Cuando salió la primera chica intenté fijarme bien en cómo se movía por el escenario. Pero esa chica hacía cara de guay y de molar, y a mí me iba a entrar la risa como intentase andar como si molase cantidad. No obstante, intenté interiorizar sus gestos porque intentar copiarle era mi única salida.

Después salió otra chica morena, muy alta y muy guapa, que no hacía cara tan de flipada y pensé que igual no se me daba tan mal, pero cuando llegó al final de la pasarela se balanceó de un lado al otro de una forma que a ella le salió muy natural, pero a mí me pareció complicadísima. Tenía las manos un poco bajas y pensé que si intentaba hacer eso iba a parecer un gorila.

Estaba ocupadísima fijándome en las modelos, pero también presté

atención a los vestidos que me parecieron una pasada. ¿Los habría confeccionado todos Carmen? Madre mía, qué talento tenía esta chica.

Estaba mirando embobada una falda de crepe color rosa fucsia que lucía una modelo súper alta, cuando vi que aparecía en el escenario un chico. Iba elegantísimo con un traje chaqueta sin botones y muy moderno.

No sabía que Carmen también había hecho trajes para hombre. Acompañaba a una modelo pelirroja y lucían impresionantes los dos juntos.

Estaba absorta en el desfile viendo pasar a mujeres, hombres y parejas cuando vi una mano haciendo aspavientos desde detrás del escenario. Era Carmen. ¡Menos mal que me había dicho que estuviese atenta!

Me levanté precipitadamente y casi tropiezo. Muy nerviosa acudí al escenario.

—¿Qué pasa? ¿Qué tengo que hacer? —Me di cuenta de que estaba chillando un poco y que esas palabras habían sido mis saludos hacia Carmen —. Perdona, estoy histérica —me disculpé.

—Tranquila. Tú déjate llevar. —Me cogió del brazo y me subió al borde de la pasarela. En ese momento apareció Kike, me sonrió y me cogió de la mano. Casi me desmayo. Os lo estoy diciendo en serio.

—Estás preciosa —me dijo acercándose a mi oído. Después me guió por el escenario, y la verdad es que no sé si puse manos de gorila, cara de flipada o de bartola. Si caminé despacio o deprisa, si me paré, si reí, si puse cara de pánico o no. Creo que no lloré, pero igual cara de terror sí que puse. La verdad es que a la gente no le importaba, nos aplaudía muchísimo.

Me quedé allí parada al final con él, que me dijo al oído:

—Espérame aquí.

¡Como si me pudiese mover con el tembleque de piernas que tenía!

Kike se fue a por su hermana y la trajo de la mano. La gente se volvió loca. Aplaudían fuera de sí. La dejó frente al micrófono y volvió a situarse a mi lado.

Carmen esperó a que la gente se calmase y cuando vio que era el momento dijo:

—Quiero agradecerlos a todos vuestra presencia en mi primer desfile. He soñado tantas veces con este momento que no me puedo creer que esté pasando —dijo visiblemente emocionada. Y noté como se me ponía un nudo en la garganta y las lágrimas empezaban a brotarme descontroladas—. Gracias por darme la oportunidad de demostrar que puedo conseguir lo que me proponga. Gracias por creer en mí. Yo creo que los límites nos lo ponemos

nosotros mismos. Así que fuera límites, y a por todas —dijo con una sonrisa grandísima en la cara—. Y ahora que venga mi hermano.

Miré a Kike que se encontraba pegado a mí y estaba guapo a rabiar y me pareció que estaba nervioso.

—Ven aquí hermanito, que te quiero mucho. Y tienes que decir unas cosas importantes. —La gente se echó a reír con su naturalidad.

Kike me miró, me limpió las lágrimas de la cara y me dijo en voz baja:

—Enseguida estoy aquí contigo.

Mi cara debía estar descompuesta de tanta emoción, Kike debía de estar padeciendo por dejarme sola con esa carita de loca. Yo notaba que estaba pendiente de mí a cada segundo.

Kike se acercó a su hermana, que le cedió el micrófono.

—En primer lugar, quiero felicitar a mi hermana porque es la chica con más talento que conozco. Quiero que sepas que siempre voy a estar a tu lado y que te quiero mucho pequeña. —La gente aplaudía, y Carmen chilló para que se le escuchase:

—Kike gracias, pero ve a lo importante, a lo que tienes que decir. — Carmen me miró y me guiñó un ojo. Yo no tenía ni pajolera idea de qué iba todo esto.

—Vale, sí —empezó a hablar Kike, y noté que le temblaba un poco la voz—. No quiero robar protagonismo a mi hermana, de hecho solo lo hago porque ella me lo ha pedido con insistencia desde hace tiempo y la verdad es que necesito hacerlo.

Quiero declararme a una mujer fantástica, con la que he sido muy injusto y de la que sigo tremendamente enamorado. Es esa chica que está ahí, delante de vosotros, llorando de emoción por el éxito de mi hermana. Bea. —Kike me miraba directamente a los ojos—. Igual estás cansada, agotada de los vaivenes de nuestra relación. Igual ya has pasado página, o ya no me quieres como antes o no te quieres complicar con esta relación. Pero quiero que sepas que no me importa si tienes pelo en las piernas, en la nariz o en las orejas. Conmigo no te tienes que avergonzar de nada jamás y yo creo que contigo tampoco. —La gente se rió al oír de hablar de pelo en las orejas. ¡Hijo mío Kike! ¡No hace falta ser tan gráfico! pero entendí lo que me quería decir y para mí era la declaración con pelos incluidos más bonita y tierna que había oído nunca—. Si existe la mínima posibilidad de que me dejes intentarlo —continuó—, te aseguro que te voy a hacer la mujer más feliz de la Tierra. No te puedo prometer que todo lo que nos va a pasar va a ser bueno y que vamos a ser

súper felices, pero sí que te prometo que voy a luchar cada día para ser el motivo de tu sonrisa. Bueno, ¿qué dices? ¿Me darás una oportunidad? —Noté como todos los ojos de la sala se giraban hacia mí, que me encontraba en estado de shock.

—Sí, claro que sí. —Escuché esas palabras y me costó reconocerlas como mías. No estaba procesando demasiado todo lo que acababa de pasar. Pero había contestado. Mi corazón había tomado el control de mi cuerpo y había dicho lo que sentía.

Kike corrió a abrazarme y me besó en los labios mientras todos aplaudían y silbaban.

Luego Carmen invitó a todos a tomar una copa de *champagne* y algo de picar en el *hall* del hotel y la gente fue desalojando la sala poco a poco. Kike y yo nos miramos sin decir nada. Nos sonreímos mucho, como dos tontos o mejor dicho, como dos enamorados.

Carmen se acercó y nos abrazamos. Yo me alegré por ella y ella se alegró por mí, bueno, por nosotros. Estaba siendo una noche mágica, la verdad.

Mi móvil no paraba de sonar. Eran mis amigas llamándome y escribiéndome. Al parecer la declaración de Kike ya era noticia en todas partes, pero no les presté atención. Hoy era un día para vivirlo en directo. No era el momento de publicar en redes sociales, ni de escribir wasaps, ni de transmitir en directo en Instagram. Ya habría tiempo para diferir lo ocurrido y para digerirlo también.

Los fotógrafos no pensaban lo mismo. Se acercaron a Kike y a mí nada más tuvieron ocasión. Nos pillaron con dos copas en la mano, listos para brindar.

—Kike, Kike, por favor, coge a Bea y mirad para la foto. —Un fotógrafo nos apuntaba con su cámara prácticamente pegado a nosotros.

—Bea, ¿vas a asistir al encuentro de blogueras que se celebrará el próximo fin de semana? ¿O vas a acompañar a Kike en su viaje?

—*Con B de Beatriz* no cierra jamás. Acompañaré a Kike en su viaje y me abriré a mi gente a través de mi blog, mis redes sociales y mi canal de Youtube. ¡No dejéis de seguirme chicas! —hablé a la cámara con mucha seguridad, lancé un beso y miré fijamente al objetivo hasta que dejé de enfocarme.

**FIN**

# AGRADECIMIENTOS



En primer lugar quiero agradecer a mi marido Miguel su apoyo incondicional en todas las locuras que se me ocurren, escribir un libro ha sido la última. Gracias por dejarme huecos libres, por ocuparte tantas tardes de las niñas, por tus ideas y opiniones. Y sobre todo por quererme y por creer en mí. Te quiero infinito.

A mi hermana Ana y a mi prima Marta. Ellas han sido mis primeras lectoras. Se han involucrado con la historia al máximo. Me han corregido, me han cuestionado y han disfrutado junto a mí de cada paso que hemos dado en el camino. ¡Qué bueno es sentirse acompañada por la gente que te quiere en los nuevos proyectos! ¡Mil gracias mis chicas!

A mis amigas Natalia y Olalla por leer mi libro y aconsejarme lo mejor posible. ¡Os quiero! ¡Estoy feliz de teneros en mi vida!

A mis padres por educarme creyendo en mí, apoyándome y queriéndome incondicionalmente. ¡Gracias papis!

A la genial ilustradora Inma Almansa por captar enseguida lo que pretendía y hacerme una portada tan bonita.

A mi correctora Cristina por sus consejos, por su paciencia y por acompañarme de la mano en esta aventura tan nueva para mí. Le he dado mucha faena por mi inexperiencia, pero no puedo estar más contenta con el resultado. ¡Gracias!

A mis escritoras de Instagram: Beta Julieta @betajulieta9 y Lola Gil @desdeloslibros por su apoyo y sus consejos. ¡Sois estupendas!

A todas las personas que le den una oportunidad a este libro. Si consigo acompañar a un lector en un mal momento que atravesase y le saco alguna sonrisa, todo el esfuerzo habrá merecido la pena. ¡Gracias!

---

[1] Best Friend Forever. Lo que en español quiere decir “Las mejores amigas para siempre.”

[2] Aviso: Durante la redacción de este capítulo no se ha maltratado a ningún animal.